Pedro J. Fernández

Los pecados de la familia Montejo



Grijalbo

Pedro J. Fernández

Los pecados de la familia Montejo

Grijalbo

PEDRO J. FERNÁNDEZ

LOS PECADOS DE LA FAMILIA MONTEJO

Grijalbo

A Dios por el talento.
A mis padres por el esfuerzo.
A mi hermana por la paciencia.
Y *a Andoni por la inspiración.*

CAPÍTULO 1

EL PRIMER ASESINATO

JULIO DE 1885

I

Beatriz Montejo contempló con morbosa curiosidad el cadáver de su esposo.

El albor, que apenas traspasaba las cortinas translúcidas, iluminaba las partículas de polvo que flotaban en el aire. La habitación estaba impregnada con una pesadumbre inevitable. Del jarrón de la cómoda, entre rosas que de un segundo a otro habían marchitado, cayeron dos pétalos.

Envuelto entre sábanas blancas estaba el cuerpo sin vida de Carlos Montejo, con la mirada pétrea apenas visible en sus ojos entreabiertos. Había un contraste entre su bigote negro y la palidez natural de su rostro. La camisa abierta en un pecho que jamás podría respirar de nuevo; pensamientos inertes, recuerdos convertidos en sombras; las rodillas flexionadas, los brazos extendidos. Un cuchillo de cocina junto a la almohada. Cada una de las muñecas cortadas y brotando de ellas ríos escarlata, flujos de vida que manchaba las sábanas y goteaban hasta el frío mármol.

Frente a la cama estaba Beatriz, sentada en la silla de escritorio, orgullosa de su fechoría. Tenía ambas manos apoyadas en la virgen de plata que coronaba su bastón (una figura doliente, arrodillada con su hijo muerto en brazos). En sus labios se torcía una sonrisa macabra que le deformaba el rostro mientras sus ojos verdes brillaban como los de un demonio que acecha a su presa. Aún lucía joven a sus sesenta y cuatro años y llevaba el peinado inflado, en apariencia simple, pero complejo por la cantidad de broches que le daban forma, siempre a la última moda. Llevaba un vestido púrpura cerrado en el cuello y con mangas largas que le llegaba hasta los tobillos. Portaba una argolla de oro en el dedo índice izquierdo y un camafeo de san Pedro apóstol en la parte superior del pecho.

Con su bastón como único soporte, se levantó. Le excitaba mirar su obra de arte.

—¡Ay, Carlos! Te advertí que no me tentaras. ¿Acaso no me escuchaste cuando dije que no iba a consentir nuestra separación? ¿Pensaste en tu alma? ¿En tu Dios? Que te juzgue Él; yo ya cumplí con mandarte a su tribunal.

La voz de aquella mujer era aún más grave que sus palabras, parecía venir desde el fondo de un abismo eterno. Dentro de su pecho latía el corazón cual motor terrible. Apenas si parpadeaba en su delirio mientras el tiempo vibraba etéreo en su ilógico existir, alentado por la muerte de Carlos Montejo.

Beatriz tomó del escritorio un cartoncito con la virgen de Guadalupe impreso en ambos lados y una carta con mentiras escritas en tinta negra, doblez a la mitad. Apoyada en su bastón, caminó con dificultad hasta la cama donde dejó caer los dos papeles junto al cuerpo.

—No sabes qué pena me da que nunca vayas a conocer a tus nietos, y que tus hijos nunca sabrán que no te suicidaste. De verdad no sabes qué pena me da haberte matado, pero mi deber es limpiar el pecado de mi familia...

Junto a la cama estaba la cómoda y, sobre ella, una taza de porcelana con violetas pintadas. Beatriz la levantó con soberana lentitud y la dejó caer sobre la duela. Al deshacerse en pedazos, los pisó.

¿Estaba completa la escena? La mujer recorrió la habitación con la mirada. Aún faltaba la última parte de su plan: su inocencia de viuda. Tendría que sacar todos sus dotes de actriz, esconderse en una máscara de lágrimas falsas, ocultar su crimen; lo sabía. Cuando salió del cuarto ya iba preparando su actuación.

Lo primero con lo que se topó en el pasillo fue su reflejo en un marco de oro: mejillas húmedas, ojos enrojecidos, labios incoloros que temblaban ante un falso dolor en el pecho. Con una mano se acomodó el peinado, alisó el vestido en sus hombros y la cintura.

Entonces apoyó su peso en el bastón, en la efigie maternal hecha de plata. Con cierta dificultad se deslizó a través del pasillo, de los tapetes de antaño, rodeada de espejos, ventanas, cuadros de otrora envejecidos por la inclemencia del tiempo; mesitas con jarrones de flores marchitas, puertas a otras doce habitaciones: la suya, las de sus hijos, huéspedes y algunas tantas selladas para no abrirse jamás.

Pronto se topó con el principio de una escalinata de mármol, alta, digna obra de arte, iluminada por destellos coloridos de un vitral clásico que representaba a Minerva en toda su gloria; los barandales deliciosamente forjados.

Para Beatriz, cada escalón representó una lágrima simulada hasta que se encontró en el vestíbulo. Giró a la derecha, caminó junto al comedor de roble, coronado por una araña de cristal cortado colgada

del techo. En su tortuoso andar llegó hasta la cocina donde Petrona, indígena joven, desayunaba un plato de frijoles sentada frente una vieja mesa.

Ante la aparente tristeza de Beatriz, la muchacha hizo a un lado el plato y se acercó a su patrona.

—No llore, seño. ¿No ve que se le afea la cara? ¿El señor la puso triste?

Con ambas manos apoyadas en su bastón, Beatriz se cercioró de no mirar a los ojos de la sirvienta, no era digno de una dama de su rango. Levantó el rostro para que sus lágrimas espesas gotearan por su barbilla.

—No digas tonterías. Ni siquiera sabes hablar como Dios manda —dijo, con voz entrecortada—. Quiero que vayas con el doctor Camacho y le digas que es urgente que venga a la casa. Luego te vas a la comandancia de Policía y les dices que necesito un inspector ahorita mismo. Como te tardes te vas a arrepentir. ¿Está claro?

Petrona asintió en silencio. Entendió la seriedad de aquellas palabras, pues nunca había visto a su señora llorando así, de modo que salió corriendo de la cocina y atravesó el comedor hasta llegar al vestíbulo, mientras jugaban sus manos con una llave. Al salir de la casa, la envolvió el polvo de la ciudad, la luz ardiente del sol veraniego. La calle estaba llena de carruajes en un flujo incontrolable, olores envueltos en sudor. El consultorio del doctor Camacho estaba a la derecha.

Con un suspiro seco en los labios empezó a caminar.

A un par de cuadras en dirección opuesta, en la recámara principal de una casa de piedra, el hijo menor de Beatriz dijo que odiaba el sabor de los champiñones.

Julio Montejo despegó las sábanas de su cuerpo desnudo, el sudor se aperlaba en su pecho y tenía la respiración agitada. Se sentó en la cama con su mirada aceituna perdida en la infinidad de sus recuerdos.

Se revolvió el cabello negro, abundante. Era un adulto de veintitrés años con la cara de un niño, sin barba ni bigote, pero con los ojos bien grandes. Se levantó alargando su cuerpo, inflando su pecho de juventud, y estiró los brazos en el aire. Incluso bostezó al rascarse el cuello, leves cicatrices en su espalda. Lo rodeaba una mañana transparente, las plantas de sus pies desnudos acariciaron el tapete al caminar hacia la esquina de la habitación. En la cómoda que tenía frente a él, entre pinceles manchados de color verde y sobre el boceto a carboncillo de una mujer desnuda, levantó una hortensia de una palidez inusual.

—Lo corté de mi jardín para ti —dijo una voz ronca detrás de él.

Julio se volvió hacia la cama para ver a Arturo, también desnudo,

de veintidós años. Tez blanca como un lienzo en el que aún no se ha empezado a bocetar, barba de tres días y una cabellera encendida en rojo. Descansaba la espalda en la cabecera de madera y con las manos detrás de la nuca. En sus labios se dibujaba una sonrisa amorosa. El vello de su pecho brillaba por el sudor, pues el resto de su cuerpo estaba cubierto por la misma sábana de la que salió Julio.

—Agradezco que me des una flor cada vez que te veo, pero la respuesta sigue siendo no. Mi madre espera que viva en su casa hasta que me case con una señorita de sociedad y le dé nietos. Si se entera de que eres mi amante, me deshereda.

La sonrisa de Arturo fue reemplazada por la decepción, no quería perder a Julio y sentía que entre ellos empezaba a formarse un desolador barranco. Vio a su Montejo con los calzones en la mano, buscando su ropa por toda la habitación: sobre una silla sus pantalones, junto a un caballete la camisa. Se mostraba tierno, frágil, de cierta forma inocente. Siempre atrapado por las expectativas que sus padres tenían de él.

—¿Y piensas quedarte en tu casa hasta que tus padres te obliguen a casarte o sólo estás esperando tener valor para decirles que no quieres vivir más con ellos?

—Honestamente no sé qué decirte —respondió Julio mientras abotonaba su camisa—. Necesito tiempo para pensar.

La respuesta era siempre la misma, día tras día, Arturo lo sabía muy bien. Sin embargo tenía fe en su Montejo, pues al verlo su corazón latía en danzas milenarias que no comprendía. Algo dentro de su cabeza brillaba con la pasión de mil soles: la esperanza de una existencia compartida con el hombre de su vida. La sonrisa volvió a dibujarse, bien curveada en sus labios de querubín. Los poros de su cuerpo hervían, la sangre se revolvía en un caldero de fuego palpitante.

—¿Tú no te vas a vestir? Ya vamos tarde para San Carlos —añadió Julio.

—Ya voy, ya voy —Arturo se levantó de la cama completamente desnudo—. De todas maneras no sé por qué tanta prisa, el profesor González siempre llega después de las diez y no nos enseña mucho. Tiene más temperamento de artista que talento reconocible.

—Deja de quejarte y vístete que nos van a regañar por llegar tarde.

Arturo tomó a Julio de la cintura, uno desnudo, el otro vestido. Sus rostros no se tocaban, pero su respiración era una. El mundo entero dejaba de existir cuando el universo se ceñía a su alrededor.

—¿Cómo me voy a quejar si vienes todas las mañanas a visitarme antes de ir a clase de anatomía femenina?

—Lo sé, pero ahorita no tenemos tiempo de pecar —aclaró Julio al separarse de Arturo—. Te espero en la sala para irnos juntos.

Al verlo salir de la habitación, Arturo confirmó que el volcán que llevaba escondido en su pecho sólo podía hacer erupción con las caricias de Julio. Había encontrado al amor de su vida y no iba a dejarlo escapar fácilmente.

II

Parecía un velo de otro mundo, una abstracción curiosa de tonos mágicos en forma de mujer. Claroscuro en las mejillas, el vestido plegado; porte de una reina que oprime con dureza a su pueblo. Un todo de colores que viven a la luz y fallecen con las sombras. La piel estaba adornada con pinceladas angelicales y la sedosa cabellera con una tiara de luna.

El retrato de Beatriz, enmarcado en oro, estaba colgado sobre la chimenea de la sala, cual reina que en la torre más alta desdeña a su gobernados. Sobre los tapetes de seda había sillones de muchas formas, mesas con figuritas de cristal, floreros pintados a mano, lámparas de otros tiempos, candelabros de plata. Era un salón grande con poco espacio debido a la decoración de antaño.

—Ese cuadro lo pintó Julio —susurró la matrona de los Montejo—. Siempre he pensado que es una porquería, pero mi esposo insistió en colgarlo aquí.

—Pues a mí me parece que está muy bien hecho... especialmente los ojos. Son iguales a los suyos.

Rodrigo Carbajal, inspector de policía, se volvió lentamente para ver a la viuda sentada sobre uno de los sillones, con el semblante pálido, la mirada perdida y una lágrima cayendo en su vestido negro. Apoyaba ambas manos en su bastón.

A su derecha estaba Juan Carlos, su hijo mayor, robusto, un poco gordo, frente amplia en la que se adivinaba una calvicie temprana a sus veintisiete años. Agravaba su rostro un bigote espeso de color negro.

—Lo siento, he sido descortés con ustedes —añadió el inspector—. Permítanme ser el primero en ofrecerles mis más sinceras condolencias por su esposo y su padre.

—Muchas gracias— asintió Juan Carlos con un nudo en la garganta, pues dentro tenía lágrimas que aún no verían el día; quería aparentar ser un hombre fuerte.

Rodrigo Carbajal se sentó frente a ellos con su levita polvosa. Las arrugas envejecían su rostro, su juventud manchada de canas, su barba de tierra citadina.

—Ahora, señora, dejemos a un lado los formalismos y dígame cómo encontró el cuerpo del difunto.

Beatriz levantó la cabeza, tragó seco. Estaba dispuesta a recitar su

historia bien ensayada cuando creyó ver lo imposible en uno de los espejos: el reflejo de su esposo. Una aparición cadavérica de tez pusilánime, con ojeras podridas y hoyos negros en lugar de ojos. Por un momento, la aparición pareció reprobar la presencia de Beatriz, luego desapareció como las sombras en la luz.

—Yo regresaba de misa de siete de la mañana, como todos los días… Subí las escaleras con el apoyo de mi bastón. Iba a buscar a Carlos porque… porque íbamos a desayunar juntos… en el comedor, pero cuando abrí… vi la sangre… ¿Por qué cometería un pecado tan terrible?… ¿Por qué?

Bajó el rostro y lloró como pocas veces lo había hecho en su vida.

Juan Carlos se apiadó de su madre y la abrazó. Por un momento, compartió su dolor sin soltar lágrima alguna.

—El difunto dejó una carta, señora, pero es terrible, podría decirse que hasta inmoral. Aquí la tengo. Sé que no es el momento para que la lea, sin embargo le dará las respuestas que busca.

El inspector sacó de su levita una hoja doblada por la mitad, con manchas de sangre en una de las esquinas. Alargó el brazo hacia Beatriz pero ella no la tomó.

—No puedo, léela tu, hijo.

—Madre, yo tampoco puedo leer la carta de papá. No me haga esto.

El inspector de policía se aclaró la garganta, un poco molesto. Aún tenía el brazo extendido hacia ellos.

—Uno de ustedes tiene que identificar la letra de Carlos Montejo.

El puño de Beatriz apretó la virgen de plata en su bastón y ella sintió el sudor deslizarse por sus dedos mientras las lágrimas le enfriaban la piel. Semitransparente, cual velo podrido de vestido de novia, el fantasma hizo su segunda aparición y caminó sin que nadie que no fuera ella pudiera verlo.

—¡Juan Carlos Montejo! Te estoy diciendo que la leas ¿Acaso he dejado de ser tu madre y por eso me desobedeces?

Juan Carlos negó con la cabeza, apretaba los labios aún más que su corazón. Quería llorar cada pena que pasaba por su alma, pero la presencia de su madre no se lo permitía, más bien le secaba los ojos hasta dejarlos como terrones sin pasión. Tomó la carta y la desdobló despacio. El dolor lo dejó sin aliento. Balbuceó algo sobre la letra de su padre que sirvió de confirmación para el inspector de policía.

—¿Qué esperas para leerla? —preguntó Beatriz en un tono autoritario disimulado con falsa tristeza.

Y sin embargo Juan Carlos tardó en comenzar la lectura, pues cada palabra era una espina que le sangraba en la mente.

—“Amada Beatriz —leyó—. No puedo seguir viviendo con este pecado en mi conciencia y he preferido enfrentarme a la muerte de

carne que a la muerte de espíritu. Por varios meses he tenido una relación sentimental con otra mujer, pero ahora ella pide algo que mi corazón desea entregarle y mi alma no puede. Así que, antes de caer en el adulterio, preferí entregarme al Señor. Cuando tengas nietos, háblales de mí. Despídete de mis hijos... son mi alegría...”

A Juan Carlos se le quebró la voz, no pudo continuar, lo que provocó una mueca de desaprobación de su madre.

—Mire, señora, no compliquemos las cosas —aclaró el inspector de policía con la voz ronca—. El general Díaz no quiere hacer un escándalo con esto. Su esposo era un hacendado importante. Es menester que le den cristiana sepultura lo antes posible y los periódicos están advertidos de no publicar nota alguna sobre el suicidio. Ustedes tampoco hablarán sobre lo que pasó aquí para evitar cualquier escándalo.

Madre e hijo asintieron.

Entonces, el espectro se desvaneció como una sombra que es traspasada por el fuego. Sin embargo, Beatriz sabía que el muerto aún no había partido al más allá.

Aún no.

Esa noche, en la casa de Juan Carlos Montejo, su esposa Eva se peinaba frente al espejo de su tocador. El cepillo de marfil se movía a través de su sedosa cabellera castaña. Humedeció sus labios para ver a su reflejo hacer lo mismo. En su camisón podía adivinarse la forma de sus pechos, fulgor de sus veinte años. Facciones finas en un rostro de piel morena; ojos negros.

En la esquina, una lámpara manchaba las sombras hasta herirlas en diferentes colores. Detrás de Eva, sentado en la cama cual estatua de mármol, su esposo con gruesas ojeras talladas bajo los ojos tristes. Su mente iba y venía con los recuerdos de su infancia.

—¿Terminaste de arreglar lo del funeral? —preguntó sin dejar de contemplarse en el espejo.

Juan Carlos levantó su rostro, inexpresivo.

—Está todo listo, mañana en la tarde lo vamos a enterrar.

Eva dejó a un lado el cepillo, no sentía dolor por la muerte de su suegro pero compartía la tristeza de su familia política. Suspiró en silencio y giró para ver a su esposo, apenas cubierto por el velo nocturno.

—Tu madre, ¿cómo está? ¿Cómo se siente?

—¿Cómo va a estar? Devastada —a Juan Carlos se le quebró la voz y le costó volver a hablar—. Nunca la había visto llorar tanto.

Eva se apiadó de su esposo, de su habilidad para contener las lágrimas. Se veía tan indefenso como si se encontrara solo en el mundo. Se levantó, caminó hasta él y se sentó a su lado.

La llama parpadeó hasta apagarse, la noche devoró todo a su paso.

—Estoy contigo, déjame ser tu apoyo... y cuando el tiempo cure la ausencia de tu padre, estaré ahí para verte sonreír de nuevo.

Juan Carlos levantó la cabeza y ella lo besó en la frente.

III

A la mañana siguiente, el día amaneció gris, con un sol tierno acariciando cada rincón de su reino. Los mercados ya olían a carbón, las pulquerías a jabón y agua. La ciudad empezó a despertar en todas partes, en el ir y venir de un mundo que apenas empezaba a conocer la industria de la modernidad.

Ahí se alzaba la parroquia de Nuestra Señora de Guadalupe, colonial, con la fachada tallada en cantera; crucifijos, santos y arcángeles.

Se abrieron los portones de madera, crujieron las bisagras y salió el padre Jacinto Ramos de la profundidad de las tinieblas y los pisos de mármol. La sotana hasta los pies le daba la apariencia de flotar como un fantasma, rezando en su mente un centenar de oraciones por las almas del purgatorio. Pronto, se encontró con un niño descalzo y sucio, de esos con estirpe indígena que gritaban y agitaban periódicos.

El sacerdote le dio una moneda al tomar uno de ellos.

La noticia principal lo dejó sin aire: “El importante hacendado Carlos Montejo ha muerto. Le sobreviven su esposa Beatriz y sus tres hijos: Juan Carlos, Ana María y Julio”.

El padre Jacinto arrugó el papel entre sus manos. Su puño se cerró en la imagen del difunto, que le dejó la piel manchada de tinta.

Con el semblante de un verde pálido, corrió de regreso a su parroquia.

Cerca de ahí, en la casona Montejo, Beatriz se paró frente al espejo del pasillo.

En su reflejo no había rastro alguno de maquillaje, pero llevaba su vestido negro más fino, su mejor peinado, lleno de broches negros. Ojeras pesadas, palidez mortuoria; una actriz disfrazada de viuda, envuelta en sentimientos de luto, lista para salir al escenario a interpretar el papel de su vida.

Apretó su bastón y con paso firme avanzó por la alfombra, siempre con la espalda recta, orgullosa de su porte. De repente se detuvo y penetró en la habitación de su única hija, Ana María. La encontró sentada sobre la cama, apretando un pañuelo de seda en su mano derecha. Tenía la mirada perdida en el vacío, la cabellera negra era una maraña irreconocible. De sus ojos verdes, de veinticinco años, caían gotas de tormento.

Beatriz apretó los dientes.

—¿Todavía no estás lista para bajar? ¿Crees que te van a esperar todo el tiempo que quieras?

Ana María levantó la mirada hacia los ojos de su madre, mas no pudo sostenerla y la volvió hacia el otro lado de la habitación.

—Ya sólo falta peinarme, madre. En diez minutos estoy lista, usted no se preocupe.

Beatriz hizo una mueca de asco con sus labios. Se acercó a su hija para analizarla más a fondo, tocó la tela negra de su vestido, percibiendo la textura entre sus dedos, revisando cuidadosamente el material.

—Cualquiera diría que no eres mi hija, mira nada más cómo te vistes. Esa tela que traes puesta es como para una mujer que vende su moral en las calles —Beatriz respiró profundo.

—Tengo cubiertos los brazos, las piernas y el cuello tal como dice el padre Jacinto todos los domingos. No soy una mujer de la calle.

—Pero eres una quedada —atinó a responder la viuda—. Además no se necesita enseñar un poco de piel para ser una cualquiera. Te me cambias antes de bajar a recibir a los amigos de tu papá y te pones algo fino que no me opaque. ¿Me oíste?

Ana María dejó a un lado su pañuelo húmedo e inspeccionó su vestido. No entendía la razón por la que tenía que cambiarse, pero debía obedecer el cuarto mandamiento.

—¿Me oíste? —insistió Beatriz, golpeando el tapete con el bastón.

—Sí, madre, pero este es el único vestido negro que tengo —contestó Ana María.

—Pues te pones uno de los míos aunque no te quede y haces el favor de apurarte; tienes que cambiarte y peinarte bien antes de bajar.

La joven abrió la boca, sólo por un momento, pero no supo qué decir. En su mente se agolparon un montón de palabras carentes de significado alguno. La figura de su madre era demasiado grande. Sabía que Beatriz tenía razón y se lo repitió a sí misma muchas veces.

Beatriz abrió la puerta y se encontró de nuevo en el pasillo. Sintió una corriente fresca que serpenteaba en la alfombra, seguramente de alguna ventana que había sido abierta sin su permiso. Molesta, avanzó hasta encontrarse frente a otra puerta. No tocó, tenía el derecho de entrar en cualquier habitación de su casa.

La de su hijo Julio era mucho más sobria que la de Ana María: una cama individual, un crucifijo, un ropero contra la pared y un escritorio en la otra esquina, cerca de la ventana. Sentado ahí, de levita negra, recargado sobre la mesa de caoba, lloraba desconsolado el joven Montejo sobre la fotografía sepia de su padre. Era como si la imagen le pudiera transmitir recuerdos, hablara en voz baja, viviera estática en el papel.

—¿Qué diría tu padre si te viera llorando ahí como Magdalena en Viernes Santo? Ya te dije que los hombres no lloran, sólo los maricones. ¿Eres maricón?

Julio se volvió para verla, era el único de sus hijos que podía mirarla a los ojos.

—No, mamá —respondió, seguro de sí, a pesar de que su voz salió entrecortada por suspiros.

—Entonces te lavas la cara y dejas de comportarte como una mujercita, que ya nos están esperando en la sala. Y más te vale que no vea una lágrima en todo el día o ya sabes lo que te va a pasar…

Por un momento, Julio tocó su espalda tapada por la levita gruesa, sabía que ahí estaban las cicatrices, las heridas que su madre le había hecho con la base plateada de su bastón.

—Sí, mamá. En un momento bajo recibir a todos —respondió Julio con un rencor que le ardió hasta los huesos y los ojos como carbones encendidos por el mismo fuego de su alma.

Esta vez fue la misma Beatriz la que no pudo sostenerle la mirada y la desvió hacia la ventana. Gruesas nubes se iban acumulando en el firmamento, cada una más gris que la anterior, mientras que a lo lejos se oyó un trueno.

—Te lavas bien la cara, no quiero que los demás piensen que el hijo de Carlos Montejo es maricón —concluyó Beatriz con voz ronca.

La matrona de los Montejo salió de la habitación y regresó al pasillo largo donde el aire frío parecía arrastrarse por la alfombra, levantando el polvo como una criatura con vida propia.

Apoyándose en su bastón, la viuda caminó hasta encontrarse ante la escalera de mármol. El vitral lucía apagado, ese sol que había visto el padre Jacinto cuando despertó ya no estaba. Beatriz se tomó unos segundos más para volver a tomar el papel de viuda.

Con los ojos llenos de lágrimas dio el primer paso hacia el funeral.

El ataúd abierto de Carlos Montejo fue colocado junto a la entrada de la sala, sobre una mesa que le prestaron a la familia.

Cuando los asistentes entraban por la puerta principal, Petrona los llevaba a ver el cadáver maquillado y luego al comedor por un plato de chilaquiles o un caballito de tequila. De este modo desfilaron por la casona Montejo personajes muy importantes de la política y la sociedad: actores famosos, empresarios, familiares; la mayoría por obligación.

Entre ellos estuvo la única sobrina de Beatriz, una muchachita de apenas quince años, pálida y frágil, con un cuello delgado y grandes ojos tristes. La pena que embargaba su alma no era por la muerte de su tío, sino por el secreto que ocultaba en su interior.

Sentada junto a ella estaba su novio, de piel oscura y bigote espeso.

Veinticinco años que bien pudieron ser treinta.

—Ahora estoy segura de lo que te digo, ando de encargo.

Octavio se quedó sin aliento y dejó caer su espalda en el sillón, con el alma retorciéndosele en el estómago. Sintió dolor, un poco de miedo.

—No sé cuánto tiempo lleves, pero creo que lo mejor será que nos casemos lo antes posible. Ya sabes, para guardar las apariencias.

Clara se quedó pensando, apretaba muy fuerte sus labios finos, sus ojos de almendra perdidos en el vacío.

—Mi tía Beatriz dice que el pecado ya está hecho y que no me puedo casar de blanco. Además, si alguien se pone a contar los meses entre la boda y el nacimiento, se van a dar cuenta de que soy una cascos ligeros —esa última frase se atoró en su garganta.

—No digas eso, no eres una de esas mujeres. De verdad te amo y quiero criar ese hijo.

De nuevo, la jovencita se quedó pensando.

—Mis padres nunca te aceptarán como yerno.

—¡Pero eres mía! Yo voy a hablar con ellos para que me den tu mano.

Clara negó con la cabeza, luego la mantuvo quieta. Se levantó con los ojos húmedos y, con la espalda encorvada, miró a Octavio.

—No. Dame unos días para hablar con ellos, por favor...

Octavio quiso tomarla de la mano, pero ella la apartó.

—Por favor —insistió la niña y se perdió entre la gente.

Ni siquiera se fijó en que había pasado junto a su primo Julio que, pálido, cubría su rostro para que su madre, parada al otro lado de la habitación recibiendo pésames, no lo viera llorar. Arturo estaba con él, pero no sabía qué decirle.

Ana María se había sentado en la sala, acompañada de sus tíos. Rosa era la hermana mayor de Beatriz y era físicamente muy parecida a ella, pero con el cabello encanecido, arrugas en la frente y un cuerpo más fino. Su esposo, Bernardo, de poca estatura y delgadez, tampoco lucía juventud en el rostro. Los dos abrazaban a su única sobrina y le repetían que todo iba a estar bien.

Así transcurrió la mañana. El tiempo fluyó como agua que moja los tapetes y se lleva el polvo. El cadáver fue visto, incluso besado. Beatriz tenía miedo de ver al fantasma otra vez, pero el muerto no cruzó el velo que lo separaba del más allá.

Pasado el mediodía, don Porfirio Díaz se apareció en la puerta principal. Iba vestido con su mejor levita y cubierto con tal porte que su sola presencia imponía autoridad presidencial. Con la frente en alto y su bigote salpicado de canas, iba del brazo de una joven tierna de piel marfil: Carmen Romero Rubio, su segunda esposa.

Juntos se asomaron al ataúd por unos segundos y luego se

acercaron a Beatriz. Él tomó la mano de la viuda.

—Mi señora —dijo con voz ronca, impregnada de ciertos tintes melancólicos—. Lamento mucho lo de su esposo, a México le hacen falta hombres como él, con tamaños, con ganas de sacar al país adelante. Por eso, Carmelita y yo queremos extenderle el pésame de toda la nación.

—Muchas gracias, señor presidente. Mi esposo siempre lo admiró mucho —exclamó Beatriz con su voz quebrada de viuda y los ojos enrojecidos, sin apartar la mirada del general.

Detrás de don Porfirio se acercaron a la matrona muchos de los presentes, desde ministros de gobierno hasta periodistas.

Agustina Castelló, su mejor amiga, llegó unos minutos después para externar su dolor.

Pasada la una de la tarde, apareció entre los presentes una mujer tan fea y deforme que difícilmente podría haber sido calificada como un ser humano. Su piel parecía ser la de un árbol viejo y sus ojos más grises que los nubarrones de las tinieblas. Llevaba un vestido amarillo que parecía estar hecho de varias telas remachadas.

Cojeando, se acercó hasta la viuda y tomó sus dos manos entre las suyas.

—¿Aún viva? —le susurró Beatriz para que nadie la oyera.

—Patrona, vengo a ponerme en sus manos para lo que pueda ayudar ahora que tiene tanto dolor —respondió aquélla con voz rasposa.

Beatriz la barrió con la mirada. Semejante mujer insignificante se atrevía a saludarla sin su permiso.

—Cuando quiera hablar contigo, Claudia, voy a mandar traerte de la hacienda. Antes no. Ve a la cocina para que te den un plato de frijoles fríos y luego te me vas para la calle.

Claudia bajó la cabeza y asintió, su espalda crujió al enchuecarse y así caminó a un lado del presidente de la República, que en ese momento le daba la mano a Juan Carlos Montejo, el hombre de los ojos sin lágrimas.

Las flores se marchitaban en cuanto Beatriz se acercaba a ellas, pero eso no le importaba, había posado la mirada en su nuera. ¡Cómo la odiaba! Para ella, Eva era una mujer tan baja, tan poca cosa, tan pobre e inculta; seguramente tan pecaminosa como la Jezabel de la Biblia. ¿Acaso no le había dicho muy claro a Juan Carlos que no la llevara al funeral?

Su bastón, fiel compañero, le sirvió de soporte para llegar hasta su hijo mayor, a quien le pidió hablar en privado.

Él cedió, como siempre que su madre le pedía algo.

Caminaron por el pasillo que se escondía al lado derecho de las escaleras y entraron a un cuarto con libreros empotrados en la pared y

un pesado escritorio junto a la ventana. En vida, había sido el estudio de Carlos Montejo.

Beatriz cerró la puerta y dio una vuelta a la llave.

—¿Pasa algo, madre? —preguntó Juan Carlos.

Beatriz se mantuvo serena, con las manos apoyadas en el bastón mientras levantaba su ceja izquierda y apretaba los labios. Después de algunos segundos, respondió.

—Quiero saber qué hace ella aquí.

Juan Carlos se volvió a la puerta como si pudiera ver a través de ella, luego observó los ojos de su madre pero no pudo sostenerle la mirada.

—Esa... esa... no sé ni cómo llamarla —exclamó Beatriz—. ¿Qué hace en el funeral de tu padre si él nunca aceptó que ustedes se casaran? Deshazte de ella, mándala a su casa.

—Es mi esposa, mamá —se defendió Juan Carlos como niño berrinchudo.

Beatriz rugió y los libreros temblaron.

—¡Nunca será parte de mi familia! Si no la mandas a su casa, lo haré yo. Enfrente de todos para que sepan que en esta casa mando yo. ¡Soy la señora! Así que dile que se vaya o...

—¡No, mamá! —Juan Carlos la interrumpió de repente y luego se quedó callado, temblando de miedo. Estaba seguro de que su madre empezaría a golpearlo con el bastón, como cuando había llegado de la escuela con los pantalones llenos de lodo y ella le gritó que era un niño malo que jamás llegaría a ser parte de la sociedad si no aprendía a cuidar su aspecto.

Beatriz apretó la virgen de plata en sus manos, con toda la fuerza de su furia; sus ojos eran volcanes a punto de hacer erupción. Apretó los dientes hasta hacer crujir las ventanas.

—¿Qué has dicho? —preguntó Beatriz, furiosa —. ¿Te atreves a cuestionarme a mí, que soy tu madre y te traje a este mundo con dolor?

—No, es sólo que...

—¿Quién te crees para desobedecerme? ¡Te vas a arrepentir de haberme gritado de esa manera!

De pronto, un par de libros cayeron de los libreros. Beatriz era una fiera, una sombra dispuesta a destruir todo lo que la amenazara. Se acercó a su hijo con el bastón levantado.

—¡Eva es tu familia! Está embarazada —respondió Juan Carlos.

Las palabras de su hijo le arrebataron el aliento y la empujaron hasta una de las sillas donde se dejó caer. Le faltaba el aire y el mundo parecía disolverse en un abismo terrible en el que ella caía irremediablemente.

Su bastón se le cayó de las manos.

—No dijiste eso, es mentira. Dime que es mentira, Juan Carlos. ¡Es mentira!

Pero su hijo negó con la cabeza, no supo qué decir.

—Mi sangre mezclada con la de esa... esa... ni siquiera se me ocurre una palabra que no manche mis labios de pecado. Hazme un favor y lárgate. Luego voy a hablar contigo y con tu esposa sobre esto. ¡Vete!

—Pero mamá... —fue lo único que atinó a decir Juan Carlos, sin saber cómo terminar la frase porque veía que sus palabras habían causado a su madre un dolor aún más grave que el de la muerte de su padre.

—Hay momentos para discutir el infierno, y éste no lo es.

Ambos se miraron con un silencio incómodo que bien pudo destruir el mundo sin necesidad de explosiones ni terremotos. Se quedaron ahí, en lados opuestos de la habitación, quietos como dos estatuas que lentamente se desmoronan, hasta que Juan Carlos le dio la vuelta a la llave y salió de la habitación. En el bullicio del funeral, fue hasta su esposa, que pasaba el tiempo hablando con el padre Jacinto Ramos.

El cura le pidió unas palabras con Beatriz, dijo que necesitaba darle el pésame. El mayor de los hermanos Montejo le señaló el pasillo que daba hasta el estudio y el cura se deslizó hasta la puerta.

La tocó.

—Adelante —exclamó Beatriz aún con la voz entrecortada y el rostro lleno de verdaderas lágrimas de madre, quizás las únicas verdaderas que ese día brotaron de su rostro.

—Disculpe que la interrumpa en su dolor, señora, pero necesitaba darle el pésame y hablarle de un dinero que me dio su esposo.

Ante aquellas últimas palabras, la mujer levantó su pesado rostro, interesada en lo que decía el sacerdote. Con torpeza secó las lágrimas de su mejilla. Intentó levantarse, mas sin su bastón sólo pudo apoyar una mano en la silla.

—¿Qué dinero de mi esposo?

—Él vino a verme hace una semana. Estaba muy afligido, dijo que iba a cometer un pecado muy grande y que la única forma de limpiar su conciencia era dándome una fuerte cantidad de dinero. Dijo que él me diría para qué debía utilizarlo, pero ya no volvió y no sé qué hacer con los pesos que tengo escondidos en la sacristía. Supongo que lo correcto sería dárselos a usted, que a fin de cuentas son parte del dinero que le pertenece como viuda.

—Quédeselos, a Dios le hacen más falta que a mí. Ya encontrará la forma de darles uso —aclaró Beatriz al oír las campanadas que sonaban desde la sala—. Ahora, le voy a pedir que me dé mi bastón, ya es hora de que llevemos a mi Carlos a enterrar.

El padre Jacinto le acercó su bastón, además de ofrecerle su brazo para apoyarse. Ambos salieron caminando por el pasillo, justo a tiempo para ver cómo movían el ataúd.

El panteón civil de Dolores estaba cubierto por neblina. Empezaba a hacer frío, cada uno de los Montejo que desfilaron entre las tumbas y el pasto viejo pudieron sentirlo.

Detrás de ellos iban los demás familiares y el general Díaz con su esposa. El padre Jacinto tenía abierto su libro de rezos, que sólo usaba para repetir fórmulas que no llegaba a entender porque estaban en idiomas muertos. Seis de los amigos más cercanos de la familia cargaban el ataúd. Arturo iba al último, para no llamar la atención. Quería apoyar a su dulce Montejo de la única manera que se le pudo ocurrir: estando ahí por él y asegurándose de que él lo viera.

Cuando llegaron al mausoleo, se persignaron. Mientras el ataúd entraba al olvido, se rezó un rosario completo por el eterno descanso de Carlos Montejo. Julio no pudo evitar compartir lágrimas de tristeza con su hermana, a quien abrazó; juntos sollozaron ante la lástima de los presentes, así que Beatriz se acercó a su hija y le dio uno de sus pañuelos de seda.

—Tómalo y vete a llorar junto a ese árbol. No quiero que mi familia parezca espectáculo de burdel.

Ana María hizo lo que se le había pedido y su tío Bernardo la acompañó para consolar sus lágrimas.

Así, Beatriz fue la única estrella de aquel espectáculo mórbido y continuó recibiendo condolencias de los presentes.

IV

Los primeros olores de la noche empezaron a flotar cargados de la humedad que bajaba de los manchones grises que cubrían el cielo y ocultaban la luna y las estrellas. La lámpara estaba encendida y su luz manchaba las sombras.

Un trueno; susto.

Los tres hermanos Montejo estaban sentados a la mesa de la cocina como cuando eran niños, cargados de recuerdos del velorio: platos sucios, copas manchadas, servilletas arrugadas, pésames vacíos, fragmentos de una inocencia perdida.

—Mientras lo enterraban me quedé pensando en el día que dije que prefería ser pintor que administrar los negocios de la hacienda —Julio trató de fingir una sonrisa, que sólo evidenció más la tristeza que pesaba en su alma—. Recuerdo que mamá se puso furiosa y amenazó con correrme de la casa porque dijo que ningún hijo suyo iba a ser un bueno para nada, pero papá estuvo ahí para apoyarme y él me ayudó

a entrar a San Carlos. Por eso le regalé el primer cuadro que pinté… ése, el que puso en la sala. Nunca le dije a nadie por qué se lo había regalado a papá…

—Yo me quedé pensando en esa vez que mamá me quiso casar con ese Tomás Aguirre de Alva y que yo le dije que no me iba a casar con un hombre tan feo —Ana María apenas si podía decir entre lágrimas y sollozos aquellas palabras que le cerraban la garganta, ahogándose con cada sílaba—. Mamá me golpeó con su bastón pero papá me dijo que yo era una mujer muy valiente…

Hubo un momento de silencio. Tanto Ana María como Julio se quedaron viendo a su hermano mayor, que intentaba llorar pero tenía los ojos secos.

—Pues yo pensé en la última vez que lo vi, estaba limpiando su pistola en el despacho —dijo Juan Carlos, jugando con una copa entre sus dedos para no ver las lágrimas de sus hermanos—. Pero si se trata de decir lo grande que era papá, recuerdo cuando le dije que me quería casar con Eva, cuando mamá ya había dicho que sobre su cadáver me iba a unir con alguien de tan baja estirpe. Me tomó mucho tiempo convencerlo, pero me dio la razón. Yo sé que nunca quiso a Eva, pero eso no importaba, con que yo fuera feliz él también lo era.

Los tres hermanos se quedaron en silencio por un tiempo sin tiempo, mirando nada más que las sombras, recordando las luces. Cada uno pensaba en su propia infancia, en el olor de su padre, la forma de sus manos, las frases que nunca dijo, sus libros… aquella Navidad de 1867.

—Papá nos hará mucha falta cuando mamá se ponga loca con sus cosas de Dios —susurró Julio separando las palabras para que entre ellas se pudieran colar algunas lágrimas.

—No, mamá casi siempre tiene la razón —Juan Carlos se volvió hacia su hermano—. Tal vez no haya sido prudente que se metiera en mis asuntos del corazón, ni en el matrimonio de Ana María, pero definitivamente sí tuvo razón contigo. Es mejor estudiar una carrera de provecho que un arte que no le va a dar de comer a tu esposa.

—¿Y si no me quiero casar?

—Lo harás con la mujer que yo te diga —dijo una voz femenina que, grave, provenía de la entrada.

Los tres hermanos se volvieron a la puerta y la vieron cubierta de sombras, con su rostro manchado de noche. Un rayo de luz desnudó su rostro por menos de un segundo. La espalda recta, apoyando dos manos en el bastón: la figura de piedra negra.

—No es hora para que hablen tantas tonterías —añadió Beatriz con una voz tan ronca que bien pudo ser el rugido de una bestia devorando toda bondad.

—Estábamos hablando de papá —aclaró Juan Carlos, sin atreverse

a mirar a su madre.

—No me contestes, no te estaba preguntando. Sé un buen marido y lárgate a tu casa, que seguramente esa mujer que llamas esposa te está esperando en la cama.

Juan Carlos asintió nerviosamente, tomó su levita, besó a su madre en la mejilla y se perdió entre las gotas nocturnas. La lluvia apenas empezaba a caer, con lágrimas finas que humedecían las ventanas.

—Ustedes se cambian y se meten a la cama. No quiero más reproches ni que mencionen a su padre, que Dios lo tenga en su santa gloria.

Primero Ana María y después Julio, cada uno la besó en la mejilla como ella misma les enseñó cuando eran niños, para después atravesar el vestíbulo y subir por las escaleras, cada uno yendo a su habitación.

Un trueno sacudió la casa.

No muy lejos de ahí, en una casa más pequeña, dentro de una sala bien oscura, en el seno de una familia triste, Bernardo Martínez se levantó de golpe del sillón.

—¿Es posible que seas de moral tan baja que me tenga que enterar por tu tía de que andas de encargo?

Clara quiso hablar, pero las palabras morían antes de brotar de su garganta.

—Queríamos lo mejor para ti y nos sales con que llevas un pecado mortal en el vientre —Rosa también se levantó y tomó a su esposo del brazo.

—Pero este pecado es su nieto… —atinó apenas a susurrar la joven, apretando su estómago con las dos manos para protegerlo de las villanías del mundo.

Bernardo se volvió hacia la chimenea, al vacío que contenía la decisión que tanto había contemplado en el funeral de Carlos Montejo.

—Beatriz tiene razón, lo mejor es que te vayas con el hombre que te llenó de su semilla. Si pecaron juntos, entonces pueden vivir juntos. Quiero que te vayas de mi casa.

—Pero soy su hija… —las palabras se ahogaron en Clara. Su mundo se derrumbaba, sus huesos de deshacían, no tenía fuerzas para levantarse.

—Mi hija no es una cualquiera —sentenció Bernardo y desapareció tras la puerta de su despacho, lo mismo que su esposa.

¿Qué sería de ella? ¿De su hijo? Pensó en Octavio, en sus primos, en su tía. Todos los pensamientos llegaron mezclados con tantos colores que no supo qué hacer con sus ideas. Se levantó y salió a la lluvia, al frío.

Era la primera vez que pisaba el mundo.

Más tarde, mientras la lluvia golpeaba contra los cristales de la casona Montejo, los nubarrones de tormenta se ocuparon en consumir cada mota de luz que le quedaba al día. Un rayo tras otro rasgaba el firmamento, acompañado de cañonazos terribles que sacudían las paredes.

Julio estaba en su cuarto, bajo llave. El dolor ante la pérdida de su padre se le cerraba en la garganta, no lo dejaba respirar. Sentía cómo iba creciendo en su interior hasta ahogarlo lentamente. Lágrimas espesas empezaron a brotar de su corazón hasta inundarle el alma y desbordarse por los ojos.

El joven Montejo se levantó de la cama con la frente en alto. Sus labios temblaban de dolor, de la furia contenida que habitaba dentro de sí. Caminó hasta su escritorio y se sentó. Uno de los truenos cayó tan cerca que los cristales crujieron al agitarse.

Abrió uno de los cajones que tenía a su derecha y de él sacó una Biblia forrada de cuero. La abrió. Ahí estaba la fotografía sepia de su padre, parado junto a una columna, mirando fijamente a la cámara, con una de las esquinas rotas. Debajo de ésta, una foto de su madre en la misma posición que el cuadro de la sala, portando su mejor vestido y una tiara de plata lunar sobre la expresión dura, como la de una emperatriz que doblega a sus esclavos.

Tomó entre sus manos el retrato miniatura de Beatriz y lo presionó con sus dedos llenó de enojo y angustia, hasta que descargó toda su furia en ella y la rompió una, dos, tres veces. Sus manos parecían fuera de sí y aventó los pedazos hacia la ventana, los cuales después cayeron con lentitud sobre el tapete.

Aún con el cajón abierto, sacó un segundo objeto: un cuchillo de cocina con sangre seca en el filo. Lo sostuvo frente a sí mientras las lágrimas caían en sus mejillas de la misma forma en que lo nubarrones inundaban la ciudad con una lluvia sin fin.

Oscuridad y luz, ríos de lluvia en las calles de la ciudad. Las sombras aparecían con los rayos, el silencio tras el relámpago inevitable. Los techos parecían llorar junto con Clara, que caminaba por las calles con el mismo vestido que había usado en el funeral. Temblaba de frío, de rabia y miedo. No tenía a dónde ir ni qué hacer y avanzaba sin rumbo fijo, maldiciendo a sus padres.

Eventualmente llegó a una casa que reconoció de inmediato. Sabía dónde estaba pero no cómo había llegado ahí. Se paró frente a la puerta y golpeó lo más fuerte que pudo con la aldaba de hierro.

El agua avanzaba sucia entre sus zapatos hasta humedecer sus pies.

Volvió a golpear con la aldaba y esta vez se abrió la puerta, detrás de la cual apareció una figura envuelta en un abrigo negro. Octavio se quedó mirando a su novia. Sin importarle qué hacía Clara bajo la

lluvia, se hizo a un lado para dejarla pasar.

Ella se lo agradeció con una sonrisa y traspasó el umbral.

Octavio asomó la cabeza para asegurarse de que viniera sola y cerró el portón.

La tormenta no quería ceder y el jardín de la casona Montejo se inundó. No había estrellas que contemplar ni luna que anunciara la noche. Sólo el reloj de la sala que marcaba la hora con sus campanadas inevitables parecía ser la única prueba del paso del tiempo. La casa estaba en silencio, el mundo estaba fuera, lo mismo que el ruido de los truenos. Beatriz ya había terminado de cenar en el comedor cuando volvió a encontrarse con el fantasma de su esposo: estaba sentado frente a ella con la piel deshecha y las cuencas de los ojos vacías y escurriendo pus. Putrefacción semitransparente. Ella lo miró en silencio, apretó los dientes hasta hacerlos crujir y dejó escapar un gruñido.

El fantasma se levantó con sus muñecas rebanadas, portando su argolla de matrimonio. Silencioso, caminó hasta las escaleras y empezó a subirlas; tenía la consistencia de un haz de luna que se estanca en un lago y se echa a perder.

Beatriz lo siguió hasta el segundo piso. Su andar era tan lento que tardó mucho en llegar al pasillo.

Aunque el fantasma ya había desaparecido, aún se podía oler su presencia, como el olor de un huevo podrido que se escurre sobre seda blanca. La viuda caminó hasta su habitación y entró en ella: Carlos y Beatriz habían dormido en cuartos separados por más de quince años.

De inmediato encendió una lámpara de petróleo empotrada en la pared y todo se alumbró con una luz dorada. Los ojos de Beatriz se clavaron en su almohada: había sido traspasada por un cuchillo de cocina que ella podía reconocer. El filo estaba manchado de sangre seca y atravesaba un papel cuya letra no pudo reconocer. Cuando se acercó un poco más, pudo leer lo que estaba escrito y, por segunda vez en su vida, tuvo miedo.

Decía: “Eres una asesina y lo voy a probar”.

CAPÍTULO 2

LOS ASUNTOS DE LA FAMILIA

NOVIEMBRE DE 1886

I

Desesperado por su migraña, el padre Jacinto Ramos golpeó la mesa con el puño.

La estatuilla de la virgen de Guadalupe rodó por el escritorio y su piel de cerámica oaxaqueña crujió en la madera, tiró papeles y una pluma a su paso. Inevitable, la estatuilla llegó hasta el borde de la mesa y ahí se balanceó, aferrándose a su existencia. El cura estiró la mano en su intentó por salvarla pero falló.

La efigie cayó al vacío. Se oyó el golpe, la rotura posterior. Cuando el sacerdote se asomó quedó horrorizado, apenas pudo levantar la cabecita de cerámica separada del cuerpo. Se maldijo, también maldijo al escritorio y al piso de su despacho. Tratando de resolver qué hacer con ellas, sostuvo las dos partes en cada mano y luego las juntó como las piezas de un rompecabezas, mas lleno de coraje las dejó caer al piso. El cuerpo partido en pedazos irregulares, polvo fino de color negro, palmas juntas en oración, estrellas de un manto aquí y allá, la cabeza aún completa.

En ese momento tocaron a la puerta. El padre Jacinto levantó la cabeza de la estatuilla y le dio la vuelta entre sus dedos, sentía punzadas en el cráneo.

—Adelante —dijo el cura y se sentó detrás del escritorio.

Rechinido de las bisagras, una sombra proyectada en la pared.

Beatriz entró en la oficina con ayuda de su fiel bastón. Siempre vestía de negro hasta la muñecas, los tobillos y el cuello, usando un camafeo de san Juan apóstol.

—¿Está ocupado, padre? ¿Me permitiría un momento para hacerle una confesión?

La matrona de los Montejo caminó sobre la cerámica rota. Sin esperar a que la invitaran a sentarse, tomó una de las sillas, con el porte de una reina, y posó ambas manos en la figura doliente de su bastón, acariciando el rostro doloroso de María santísima con su hijo

muerto en brazos.

—Acúsome, padre, porque he pecado contra Dios y contra su santa Iglesia. Guardo en mis entrañas un pecado tan terrible que me está pudriendo el alma.

El cura la miró extrañado, nunca la había oído hablar así.

Dejó la cabeza de la virgen de Guadalupe sobre el escritorio y descansó ambos brazos en él. Entrelazó sus dedos.

—Dígame, ¿de qué pecado tan grave estamos hablando? Dios puede perdonar cualquier ofensa si se le pide perdón con un corazón sincero.

Beatriz sonrió, fatua en sus movimientos. Pensó muy bien las palabras.

—Padre, le pido que guarde mi secreto de confesión, porque hay sangre en él y quiero evitar el escándalo. La apariencia de virtud es lo que enseña a los demás católicos que somos buenos. Jesús dijo que debíamos predicar con el ejemplo.

El religioso asintió levemente.

—Por eso tengo que pedirle que guarde estas palabras y no las revele nunca a nadie mientras viva. Se lo pido por el cielo que oye mi confesión de viuda. ¿Lo hará? ¿Callará por mí?

Inesperadamente, la mirada de Beatriz se posó en el padre Jacinto y lo destrozó. Era demasiado pesada para que un ser humano la sostuviera, demasiado verde para olvidarla y oscura para entenderla.

El hombre se reclinó en la silla con los brazos cruzados.

—Enmudeceré por amor a Dios —sentenció.

—Entonces, padre, acúsome de haber mentido todo este tiempo sobre la muerte de mi esposo: no tuvo problemas del corazón. Eso sólo se dijo para que nadie hiciera preguntas. ¿Sabe qué me dijo una semana antes de morir? Que llevaba varios meses viéndose con una fulana, que la amaba y quería dejarme para irse a vivir con ella. Yo no sé cómo funcionan las leyes en este país desde que Juárez metió su mano indígena en la Constitución, pero creo que el divorcio no existe. Ante Dios y ante la ley, Carlos será eternamente mi esposo.

Silencio.

Beatriz apretaba los labios como si mordiera los recuerdos.

—¿Y qué hizo usted? —preguntó el padre Jacinto, interesado en la historia.

La matrona Montejo tomó aire antes de vomitar su pecado.

—Lo maté. Le dije que no iba a ser la burla de la ciudad ni iba a permitir que mi familia se manchara en el lodo del escándalo público. De cualquier manera, no creo que el general Díaz lo hubiera permitido, los empresarios de su gobierno también deben predicar con el ejemplo.

Otro silencio incómodo alargó los segundos.

—¿Por qué, hija? ¿Por qué le quitaste la vida? —el cura negó con la cabeza, los ojos bien abiertos, le faltaba el aire.

—Por su moral perversa —respondió Beatriz, estirando cada sílaba para hacerlas sangrar—. No iba a permitir que el pecado de adulterio cayera sobre él. Quise hacerlo razonar. No lo logré. El día que murió le preparé una infusión con unas hierbas que usan las mujeres de mi pueblo para dormir, se lo di y vine a misa. Cuando regresé, lo encontré acostado en la cama, dormido. Le corté las muñecas, apenas si se abrieron sus ojos para verme, pero ya nada podía hacer...

El cura cerró los ojos, meditando la confesión.

—Hija, yo...

—Aún no he terminado de contar mi pecado. Acúsome, frente a Dios y a usted, de llevar la muerte de otra persona en mis manos.

—¿De quién, hija?

Beatriz recargó su bastón en el escritorio, sus manos temblaban en el regazo.

—De Clara, la hija de mi hermana. Unos días antes de la muerte de Carlos ella vino para decirme que estaba esperando un niño de ese hombre que la pretendía. ¿Se imagina semejante pecado creciendo dentro de ella? Aconsejé a sus padres que la echaran de la casa para evitar un daño al nombre de la familia y así lo hicieron. La corrieron como si fuera María Magdalena antes de conocer a Cristo. De todas formas, ella me visitaba una vez a la semana y yo la hacía leer la Biblia para que limpiara sus faltas, pero en una de sus visitas empezó con labores de parto. Estábamos solas en la casa, tuvo un alumbramiento difícil. Me senté a verla gritar y patalear, la cara se le puso bien roja. Se retorció como un gusano. ¿Sabe qué hice, padre? Nada, la dejé morir frente a mí. Por desgracia, el niño nació sano. Se lo llevé a mi hermana y le dije que lo cuidara bien, porque yo no lo quería en mi casa. Así es que a Clara la maté por pecado de omisión. Una mujer no puede llamarse una dama si no llega virgen al matrimonio.

Silencio, crujir del tiempo. La mente del padre Jacinto estaba llena de citas bíblicas sobre muerte, traición, adulterio y castidad. Dios contra el diablo, el mundo y la carne.

—Hija mía, no tienes de qué preocuparte, seguiste la voz de tu conciencia, evitaste que el poder de Satanás llegara a otros. Como penitencia, por una semana agregarás un rosario a tus oraciones.

—Así lo haré padre, gracias por escuchar mi confesión.

Beatriz se levantó de la silla viendo al sacerdote hacía abajo, aún sentado. Apenas hizo una mueca irreconocible de satisfacción.

Se despidió con un susurro y salió de la oficina hasta la parroquia, donde estaba sentada Agustina Castelló, su mejor amiga y madre de la esposa de don Porfirio. Vestía de un púrpura impecable mientras le

rezaba a la virgen de Guadalupe de un altar barroco.

Juntas, como amigas que eran, salieron caminando de la parroquia.

Mientras tanto, no muy lejos de la iglesia del padre Jacinto, dos pintores jóvenes compartían un beso.

Por la ventana entraba un sol radiante que levantaba colores de la duela, partículas de polvo envueltas en un velo amarillo que se deslizaba lechoso hasta las sábanas revueltas. Una rosa deshecha en pétalos junto a la cama, dos pinceles con pintura húmeda, el boceto de un Montejo desnudo.

Julio no entendía si lo que estaba haciendo era malo, sólo sabía que no podía controlar lo que sentía. Era tan inevitable como la lluvia que gotea por los techos o la tierra que se abre para dar vida a un retoño... su corazón sólo podía latir con las caricias de otro hombre.

Estaba frente a su artista, hincado en la cama. Apenas sentía el suspiro de sus propios labios abandonar su cuerpo y adentrarse en el de Arturo, el de los ojos como torbellinos furiosos y una cabellera de lava ardiente.

¿Qué había en ese cuerpo tan pálido que Julio no podía quitarle la mirada? La atraía como un imán, levantaba fuerzas electromagnéticas de la cabeza hasta los pies, despertaba pasiones oníricas, salvajes... botón tras botón. La camisa de Arturo se abría como un tulipán a la vida, un pecho en espera de amor.

El viento se revolvía entre ellos, mágico, con tintes eróticos; labios que compartían sabores, expectativas del futuro. Era un pecho desnudo contra el otro, una mezcla de sudores que hervían en un solo matraz; artes alquímicas, amatorias, humores masculinos en roces sensuales.

Arturo disfrutaba de la imagen de su Montejo desnudo como la de un papel blanco. En esos encuentros, sus manos se transformaban en carboncillos y su mente volaba hacia tiempos inexistentes. El joven pelirrojo empezó a dibujar los muslos, las piernas; delineó cuidadosamente el abdomen. Julio disfrutaba los impulsos eléctricos en su piel, despertando sentimientos que él no sabía que podían existir. ¿Cómo nombrarlos?

El mundo se decoloraba cada vez que ellos dibujaban un solo cuerpo, cuando los dedos pinceles de Julio recorrían las mejillas de Arturo, su cuello, esos hombros anchos que portaban tan bien las levitas. Quería arrancarle toda la piel y acariciarle directamente el corazón. Arturo lo hubiera dejado.

Entonces se abrazaron, hierros ardientes apretando un cuerpo ajeno para no dejarlo escapar; besos fantasmas que se materializaban en claroscuros, sombras tenues que nacían entre ellos. Gotas de sudor, suspiros, gemidos. Todo un espectáculo al óleo, acuarela húmeda.

Arturo no pudo resistir morder el labio inferior de Julio, atraerlo, robarle el corazón.

Mas todo debe llegar al clímax: el mundo tiene que explotar en sentimientos que las palabras no pueden describir. Estrellas abandonando un cuerpo, piropos que se escapan por la garganta, la sonrisa que se dibuja en los labios de dos amantes.

—¿Sabes qué me gustaría? —Arturo se recostó en la cabecera, una sábana cubriendo la mitad de su cuerpo.

Julio Montejo estaba acostado en su pecho, húmedo y vivo.

—No sé —apenas un susurro, un gemido débil entre jadeos.

—Que el tiempo se detuviera para siempre, que no te fueras nunca de mi lado. Que me dejaras amarte todos los días.

Su Montejo no respondió, cerró los ojos y aprovechó cada segundo de aquella mañana. Nunca había sido tan feliz y, aunque su madre le había repetido muchas veces que el único amor puro era el que existía entre un hombre y la mujer que sus padres le escogían para el matrimonio, fue en ese momento que se dio cuenta de lo equivocada que estaba Beatriz Montejo.

Julio compartió el aliento de su artista favorito sin saber que una mujer los espiaba desde la calle, entre las cortinas translúcidas, asomada desde un barandal que había escalado, horrorizada por lo que veía.

Ana María salió al jardín de su casa. El pasto estaba coronado por doradas hojas frágiles que caían de los árboles. En aquella esquina, un lecho de rosas amarillas, en la otra azucenas. En medio de ellas un naranjo.

Llevaba un charola en sus manos y, sobre ella, un par de tazas de porcelana y una tetera humeante. A lo lejos se oía el canto de algunos pájaros que celebraban la mañana. La joven Montejo se sentó a la mesa y le sirvió un poco de té a su amiga, luego se sirvió a sí misma. Su mundo estaba bañado en los reflejos áureos de la naturaleza agonizante del otoño seco.

—¿Alguna vez te has preguntado si podemos escapar al destino que Dios escogió para nosotros? —preguntó Guadalupe al ver una hoja sobre el pasto; agitada por el viento, inerte… otra vez sacudida.

—No lo sé. ¿Pues qué traes que andas tan pensativa? —se burló Ana María.

Guadalupe no la miró a los ojos ni probó su té, había algo más en el pasto que llamaba su atención. ¿Un gusano, una hormiga, la misma hoja que insistía en bailar ocasionalmente al compás de la brisa?

—Desde hace unos días me pasan cosas muy raras, como si alguien más me estuviera empujando por la vida. Primero recibo una carta de un amigo de mi padre que me invita a mudarme a Oaxaca para

casarme con su hijo… Luego recibo una herencia de un tío en Guanajuato y hoy descubro el secreto de un hombre al que creí admirar. Seguro me oigo como una chiquilla ridícula.

—No, para nada… —exclamó Ana María.

Guadalupe era una mujer de mirada cristalina, azul como una cascada a la mitad de un bosque encantado, pero su rostro gris y su nariz ganchuda la convertían en un difícil partido para encontrar un esposo.

—¿Cómo está tu hermano? —la mujer se volvió a la Montejo, arqueando las cejas como si quisiera llenar de veneno cada una de sus palabras al escupirlas.

—¿Juan Carlos? —preguntó Ana María.

—Julio, ¿cómo está? Se está tardando en conseguir esposa.

Ana María se extrañó, los pájaros habían enmudecido. Sólo se escuchaba el murmullo del viento.

—Pues no sé, anda muy raro últimamente. Creo que esconde una novia, pero quién sabe. ¿Por qué la pregunta? ¿Sabes algo?

Guadalupe bebió un poco más de su té mientras adornaba su rostro con una sonrisa cómplice.

La hoja inerte volvió a moverse hasta desaparecer tras una sombra.

—Prefiero hablar con tu madre primero. Hay que evitar el escándalo en estos casos —sentenció Guadalupe.

—No seas así. Soy tu mejor amiga. Me puedes contar el chisme, prometo que no se lo voy a decir a nadie. ¿Con quién está saliendo mi hermano? ¿La conozco?

Una mueca sarcástica se dibujó en los labios de Guadalupe, mientras la brisa arrancaba más hojas doradas de los árboles. Empezó a sentirse frío.

—No sé, no creo. Deja que hable con tu madre, y si ella me lo permite, te lo diré.

—Pues entonces platiquemos de algo más en lo que llega. ¿Viste el vestido de doña Carmen Romero Rubio en la fiesta del sábado?

—Divino, como siempre…

Ana María, suspirando, le sirvió más té a su amiga.

Del otro lado de la ciudad, dos amigas también se habían reunido a platicar sobre el zarandeo de la vida.

Era un restaurante elegante, recién pintado de color durazno. El movimiento de los meseros parecía un baile bien organizado, un vaivén de olores frescos y platillos húmedos. Chilaquiles, frijoles, huevos estrellados, fruta fresca. A veces llevaban jugo de naranja, otra café y hasta un té inglés que, decía el dueño del establecimiento, había desembarcado horas antes en el puerto de Veracruz.

Junto a la ventana desayunaban Beatriz Montejo y Agustina

Castelló, la primera chilaquiles rojos, la segunda verdes. En medio de ellas un florero con margaritas que empezaban a marchitarse.

Cada una bebía un jugo de naranja recién exprimida.

—Pues es una pena que haya muerto Trinidad García de la Cadena, era un gran general de la República —comentó Beatriz.

—No cambies el tema, hablábamos de tu hija. Beatriz, haces mal en dejar que Ana María se quede soltera —declaró Agustina—. A mi Carmelita la casé a los diecisiete años con don Porfirio y no puedo estar más contenta.

Beatriz arqueó las cejas, orgullosa. Las arrugas en su frente empezaban a notarse.

—Le conseguí pretendiente y estuvo muy cerca de casarse, pero ella siempre dijo que estaba muy narizón y le faltaba pelo. Mi Carlos, que en paz descanse, le dio permiso de no casarse y ahora tengo una solterona de veintiséis años metida en casa. Me temo que es una dejada cualquiera.

Agustina soltó una risita socarrona con la boca llena.

—¡Ay, Beatriz! Pero qué cosas dices. Mira, siempre hay un roto para un descosido, seguro habrá un hombre de sociedad que quiera casarse con tu hija. Al menos para pertenecer a la familia Montejo. Es más, ¿oíste que el doctor Epigmenio Camacho acaba de enviudar?

—¿Don Epigmenio? ¿En verdad? —a Beatriz se le iluminaron los ojos cual serpiente contemplando el pecado original.

Agustina asintió con una sonrisa.

—Y seguramente estará interesado en casarse con una mujer un poco más grande, como Ana María.

Beatriz terminó su platón de chilaquiles. Con movimientos gatunos y refinados, limpió sus labios utilizando una servilleta de tela.

—Por supuesto, la Biblia dice que una mujer no está completa sin un hombre, pero fíjate: no es Ana María la que me preocupa, sino Julio —Beatriz nombró a su hijo en un susurro impregnado de cierto asco; de las margaritas cayeron dos pétalos marchitos—. Me preocupa que tenga más de veinte años y nunca le haya conocido una novia o una amante; que no vaya con sus amigas a los bailes de sociedad.

—Bueno, querida, hay hombres que son penosos y muy discretos. Tal vez sea el caso de tu Julio.

Agustina no pudo más con su platillo, se había comido la mitad cuando dejó los cubiertos sobre él y lo puso a un lado.

—Me importa un soberano real cómo sea Julio, quiero que se case de una vez y embarace a su mujer. Necesito que todos mis hijos me den nietos para poder morir en paz conmigo y con Dios.

Agustina asintió y se quedó pensativa por un largo rato mientras terminaba su jugo de naranja. El mundo no se detuvo, pero el tiempo sí cambió de forma. Lo que para Agustina fueron diez segundos, para

Beatriz fueron cinco minutos de silencio.

Más pétalos cayeron, las nubes cambiaron su posición en el cielo y los carruajes pasaron de un lado a otro en el existir sin razón que gobernaba sobre la ciudad.

—Pues te tengo una idea, mi querida Beatriz. Dicen que la hija mayor de mi yerno, Amada, tiene problemas con su novio, el hijo del general Manuel González. Tu Julio es un joven muy guapo y bien parecido. ¿Por qué no lo presentamos con Amadita y vemos si hay algo entre ellos? Con un poquito de suerte hasta podrías emparentar con don Porfirio.

—Tú siempre con tus cosas, pero está bien, hagamos una cena —aceptó Beatriz—. Con tal de casar a mis hijos, soy capaz de todo.

Agustina compartió su sonrisa.

II

Octavio esperó paciente en la calle, envuelto en el polvo de la ciudad, en los humores del progreso.

De los carruajes se levantaban olores tan putrefactos que se llevó un pañuelo a la nariz. Volvió a tocar la puerta, impaciente. Estaba harto y sus piernas temblaban con desesperado fastidio.

Finalmente abrió la puerta una figura calva, con canas en el bigote enmohecido.

—¿Otra vez tú? —preguntó Bernardo, apretando los dientes como si no quisiera que las palabras se escaparan de su garganta.

—Déjenme ver a mi hijo... por favor. Es mío, es mi sangre... mi carne. Por favor, tengo que ver a mi hijo. Necesito abrazarlo.

Las peticiones de Octavio eran sinceras, cálidas, hasta luminosas. Le brillaban los ojos cada vez que repetía la palabra *hijo*, pues una parte de él tenía la esperanza de verlo algún día. ¿Por qué no? Se lo había pedido muchas veces en cada Padre Nuestro a la virgen de Guadalupe, a san Judas Tadeo, a Dios.

Lástima que Bernardo no se conmoviera por ese amor de padre. Cuando veía a Octavio no veía a un hombre ni a un corazón latiendo, veía un clase social de raza morena, humilde, labios gruesos. Veía lo único que no quería para su nieto: pobreza.

—Te lo voy a advertir por última vez. ¡No te acerques a nuestra familia! No eres digno de pertenecer a ella. Además, ni siquiera sabemos si eres el padre de nuestro nieto. No te pareces a él.

¡Cuánta impotencia sentía Octavio en esos momentos! Con la quijada empapada en una furia que no conocía y el pecho latiendo cual tambor de guerra, el joven intentó saltar sobre Bernardo mientras lo maldecía, pero éste rápidamente lo empujó a la banqueta. Ahí le escupió en la cara para humillarlo más.

—¡Lárgate, porque nunca lo vas a ver! Ya no tienes hijo y, si nos sigues molestando, pondremos en aviso a la policía para que te lleven a la comandancia y luego a la cárcel.

La puerta se cerró, el mundo volvió a la barbarie habitual, al ruido de los coches y el silencio de las conciencias, al llanto inevitable de Octavio por su hijo.

A tres cuadras de ahí, la puerta de la casona Montejo se abrió con cierta lentitud adornada de rechinidos. Julio Montejo asomó la cabeza, para asegurarse de que no hubiera alguien más; sólo polvo, sombras, muebles viejos iluminados por el otoño.

El joven entró y, seguido de él, Arturo. Los dos iban vestidos con su levita, con el polvo de la ciudad en los hombros, el cuaderno de bocetos bajo el brazo, manchas de carboncillo en las mejillas. Dejaron ambos sombreros en una mesita del vestíbulo. Sigilosos se deslizaron por la duela y la alfombra, hasta la sala, frente al cuadro de la matrona.

—¿Lo pintaste tú? —preguntó Arturo con un escalofrío que no pudo controlar.

Julio asintió.

—Capturaste la maldad de sus labios, parece que los aprieta con odio.

—No empieces, no estoy de humor para hablar de ella.

Las palabras se ahogaron en su garganta. Abrió la boca de nuevo pero no pudo hablar. Tomó la mano de Arturo y lo vio a los ojos. Entre ellos había silencio, una sonrisa compartida y una mirada de complicidad que pintaba flores. El joven pelirrojo se fue acercando a su Montejo, lentamente, empujado por un viento que brotaba de su corazón, mas Julio se apartó.

—Aquí no, por favor. No quiero que nos encuentre mi hermana o la chismosa de la criada —la voz de Julio aún estaba hecha de susurros, del humo de una vela que se pierde en la noche—. Mejor ven conmigo, tengo algo que enseñarte. Creo que mamá no está en la casa.

Tomados de la mano se alejaron de la sala y subieron por la escalera. Caminaron por el pasillo, sigilosos como el viento que entraba por la ventana y se movía por los tapetes, agitando las flores de los jarrones.

El cuarto de Julio estaba impecable como siempre. La cama bien tendida, polvo flotando en el aire, un sol de mediodía entrando por la ventana.

Julio puso llave a la puerta y se volvió a su compañero. Estaba tan cerca que nada más importó, quería probar esos labios y, antes de que Arturo pudiera preguntar la razón de ese silencio, su Montejo le robó un beso.

—Desde que entramos a la casa tú traes algo —el joven pelirrojo levantó una ceja.

Julio asintió, tenía miedo.

Fue hasta su escritorio y abrió el cajón superior para sacar su Biblia. Arturo se acercó al ver que hojeaba el Génesis, pues en la última página había un cartoncillo de formas grises, rostro y levita.

—¿Te sientes mal, Julio?

El joven Montejo levantó la fotografía para enseñársela a su hombre, mirarlo a los ojos y decirle con una sonrisa:

—Esta foto es de papá poco antes de morir. Era bien parecido, ¿no?

—Tiene la misma sonrisa que tú —respondió Arturo, compasivo—. También la misma nariz, pero esos ojos que me gustan tanto son los de tu madre. Lo supe cuando vi el cuadro que pintaste, era como verte a ti, la misma forma, el mismo color, pero llenos de bondad... ¿Sabes que es muy fácil hacer que te sonrojes?

—No es cierto —objetó Julio, separándose de Arturo, desviando apenas la mirada para que no viera su rostro.

¿Qué brillaba en el cajón? Su secreto, el más profundo. El joven Montejo se quedó muy serio, inflado de una antigua melancolía. Su rubor se transformó en una palidez del más allá. Era un cuchillo de cocina, manchado de sangre en algunas partes. Cuando lo sostuvo en su mano derecha, lloró. Por un momento, se lo enseñó a su pelirrojo.

—¿Y esto? ¿La sangre? ¿De quién es este cuchillo, Julio? —balbuceó Arturo.

—Del mayor de mis secretos, de algo que he estado guardando por más de un año. Se lo robé dos veces a mi madre y ahora te lo encargo a ti. Tal vez no lo entiendas, pero la entrega de este cuchillo simboliza el acto de confianza más grande que he hecho en mi vida...

—Sí, pero, ¿de quién es?

—Hoy no puedo decírtelo. Por favor, no insistas. Mira, llévate este cuchillo a tu casa y escóndelo muy bien. A su debido tiempo te contaré, pero ahora confía en mí. Llévatelo o me van a matar.

Arturo lo tomó en sus manos, se preguntó de quién sería la sangre, de dónde había salido el cuchillo. Su mente se llenó de tantas interrogantes que se le endureció el rostro. Envolvió el arma plateada en su pañuelo blanco y lo guardó en uno de los bolsillos de su levita.

—No te preocupes, yo lo guardo en mi casa.

Julio se inclinó tan sólo un poco para besar su mejilla y arrancarle una sonrisa, un suspiro. Un brillo cruzó por sus ojos. El roce de una mano, el silencio cómplice. Dos hombres envueltos en un latido, floreciendo el mismo sentimiento de calor en el pecho.

—¿Por qué eres tan endiabladamente guapo? —Arturo le susurró al oído como si las palabras pintaran su garganta en otros idiomas.

Julio Montejo levantó los hombros y lo besó.

Nada más importaba…

Cuando Beatriz se sentaba en el estudio de su difunto esposo, se convertía en una reina en su trono, sosteniendo en la mano derecha su bastón a modo de cetro. La habitación era su reino, nadie la cuestionaba, podía dar órdenes para que se escribieran en piedra, ser dura y castigar; premiar a voluntad.

Con la frente en alto y la espalda recta, Beatriz fulminó con la mirada a su hijo Juan Carlos, sentado del otro lado del escritorio.

—Así es como lo vamos a hacer —aclaró la matrona de los Montejo con su voz de ultratumba—. La hacienda de tu padre, que Dios lo guarde en su memoria, la vamos a administrar los dos. Yo porque me la dejó en su testamento y tú porque estudiaste para eso. Sin embargo, las decisiones finales son mías. ¿Está claro?

—Sí, madre, como usted diga.

—Ahora vete a tu casa a cuidar a tu esposa. No vaya a ser que se le ocurra perder otra vez al bebé como hace un año. Ya me di cuenta, sólo tengo oportunidad de tener un nieto contigo.

Esas palabras abrieron una herida fresca, el aborto de Eva sangró en sus recuerdos. Sombras fugaces de doctores tratando de salvar a su esposa.

—Sí, madre. Su nieto estará sano.

Juan Carlos Montejo se levantó, dio la vuelta al escritorio para encontrarse junto a su madre, estatua de mármol de antaño griego, inmortal, perenne. Fría. Le besó la mano y dejó que le diera la bendición en la frente. Luego se retiró silencioso, cual ratón cobarde.

Un par de horas más tarde, era otro de sus súbditos reales quién estaba sentado del otro lado del escritorio. Esta vez se trataba de una mujer tan fea como el pecado original a los ojos de Dios. Claudia tenía una mirada gris con la capacidad de opacar cualquier piedra inerte.

—Nunca imaginé que quedarías tan deforme —sonrió Beatriz con maquiavélica sonrisa.

—Me tocó pagar en vida por mis pecados —aclaró Claudia.

Beatriz la miró en silencio, la odió en su corazón. Apretó los labios para que se deformaran en una mueca.

Tocaron a la puerta una vez más y entró Guadalupe, con quien Beatriz simpatizaba.

—Pasa, hija. Claro que puedes hablar conmigo, iba a tratar unos asuntos de la hacienda con Claudia pero la puedo mandar a la calle en lo que tú y yo platicamos. ¿Estás bien?

—Sí, señora, pero estoy un poco nerviosa por lo que voy a contarle de su hijo Julio. Espero no se moleste.

Y la matrona de los Montejo la invitó a sentarse.

No muy lejos de ahí, el padre Jacinto Ramos caminaba de un lado a otro de su despacho, mientras acariciaba la cabeza de su virgen de Guadalupe hecha de barro negro. No pensaba en ella ni en los haberes de su iglesia, estaba lleno de confusión y reflexiones sombrías por lo que Beatriz Montejo le dijo horas antes.

¿Cómo ayudar a una mujer que no se arrepiente de sus crímenes ni de sus pecados? ¿Qué decirle cuando ella se justificaba de una forma tan católica, coherente y correcta? Por un lado, pensaba en el ejemplo de rectitud que Beatriz le daba a sus hijos y amigos, en aquella parábola bíblica donde Jesucristo decía que si algo te era ocasión de pecado, debías arrancarlo de tu vida; por el otro lado, pensaba en el quinto y en el octavo mandamiento.

El cura se detuvo y suspiró, sin haber tomado una decisión sobre los Montejo. Supuso que la penitencia sería suficiente, que le correspondía a Dios perdonar a Beatriz y que, si él olvidaba aquellos pecados, no tendría que llevarlos en su propia conciencia.

Dejó la cabecita de barro sobre el escritorio y fue a prepararse para la siguiente misa…

Esa tarde, el padre Jacinto no era el único que pensaba en la muerte de Clara; todos los jueves, Bernardo y Rosa se sentaban frente al retrato de su hija y acomodaban sus recuerdos, recostando en ellos a su nieto rubio de ojos plateados mientras lo entretenían con bromas, juegos, historias de príncipes y chistes sobre animales. Lo hacían ver el retrato de Clara y le repetían trece veces que su madre había sido tan buena como la santísima virgen, tan dulce como el Espíritu Santo y tan inteligente como Aristóteles. También le repetían trece veces que su padre lo odiaba como Satanás al mismo Creador, y por eso lo había abandonado.

Lo llamaron Pablo, en honor al santo, y su juguete favorito era un muñeco de trapo que emulaba a don Porfirio vestido de general, con medallas pintadas en la tela y una espada de cartón en la mano derecha, con la que luchaba contra una muñeca vestida de Carlota, emperatriz.

Mas no todo era diversión y juegos. El bebé también disfrutaba de gratas historias bíblicas como la de Lot emborrachado por sus hijas, la agradable suerte de Job el sufriente, la masacre de Jericó y la pasión de Jesucristo; los sábados incluso le leían pasajes del Apocalipsis para que pudiera dormir. Ocasionalmente rezaban oraciones con él como el Padre Nuestro, el Ave María, el Credo de los Apóstoles y otras más.

Querían salvar a Pablo de los pecados de su madre y moldear su educación como si ellos fueran sus padres legítimos. Beatriz les había recomendado oración, Biblia y sacrificio.

III

El cuerpo de Eva se hinchó irremediablemente; los brazos, las piernas, el rostro entero. Pasaba todo el día sentada porque en su panza sentía una serpiente que se desenroscaba en sus entrañas. A veces le dolía, otras le resultaba agradable la sensación de vida floreciendo en su interior otra vez; y es que por las noches la invadían pesadillas donde se ahogaba en la oscuridad, en la sangre, en la posibilidad de un segundo aborto.

Así que le llevaron una silla del comedor a su cuarto y ahí se sentaba todo el día a tejer cobijas de colores para cuando naciera el niño. En sus manos, como por arte de alquimia, el estambre adquiría forma y propiedad, creaba mantas rectangulares, graciosas y ancestrales, desde golondrinas hasta princesas.

Mientras ella trabajaba muy duro en darle forma a un príncipe convertido en rana, entró Juan Carlos sacudiendo el polvo de su levita y su sombrero.

Le dio un beso a su esposa.

—¿De dónde vienes? —preguntó Eva, sin inmutarse.

Juan Carlos suspiró, temiendo problemas.

—Fui a casa de mamá porque quería hablar conmigo.

Eva siguió tejiendo sin levantar la mirada.

—¿Otra vez me echó la culpa de que hayamos perdido a nuestro primer hijo?

Tardó en contestar, apenas se sentó en la cama para pensar en qué decirle.

—Sólo discutimos de la hacienda.

—Cómo quisiera creerte, Juan Carlos. Y cómo me gustaría que tu madre se dejara de meter en nuestro matrimonio.

—Querida, por favor, ya hablamos de esto...

Eva permaneció indiferente, tejiendo sin importarle el mundo, cuando, de repente, sintió algo húmedo que le escurría entre las piernas. Soltó las agujas, sin aliento.

El inicio de las contracciones.

—Juan Carlos, llama a la partera... es hora.

Y así lo hizo él, temiendo que fuera otro aborto.

IV

En medio de un silencio taciturno, casi sepulcral, el atardecer quedó fundido en el cielo derritiendo sus luces en las nubes otoñales, manchando de tonos cálidos cada rincón de la ciudad. Duraznos, naranjas. Un viento frío agitaba las ramas y desnudaba los árboles. Beatriz dejó a un lado el documento que estaba leyendo, los asuntos

de la hacienda le daban dolor de cabeza.

Además, no podía pensar en las compraventas mientras su hijo menor se encontrara en pecado. ¿Serían ciertos los rumores sobre su hijo Julio?

—El amor entre los hombres no existe, sólo es sagrado el que florece entre un hombre y una mujer —dejó escapar en un susurro que apenas encontró forma.

Con mucha dificultad se levantó, apoyando una mano en el escritorio y la otra en su bastón. Un latigazo de dolor recorrió cada vértebra de su espalda, hasta convertirse en un gemido de pesar negro. ¡Cómo le molestaba su pierna derecha cuando no la movía por varias horas!

Caminó hasta el vestíbulo, donde Petrona sacudía un jarrón de margaritas ya sin pétalos. La luz se iba gota a gota, arrebataba los colores del día. La casona Montejo se iba sumergiendo en tonos crepusculares.

—¿No sabes si ya llegó Julio? —preguntó Beatriz sin mirar a su criada.

—Sí seño, hace rato que oí la puerta cerrarse, me asomé. El niño venía con otro joven. Estuvieron un rato en la sala y se subieron pa' su cuarto.

Furia, la explosión de un volcán cuya rabia desea impedir todo pecado en el mundo. La mente de Beatriz se agitaba como las hojas de una Biblia ante la furia de un huracán.

Olvidó el dolor de su pierna, el mundo en su existencia, el origen del universo. Subió las escaleras con el apoyo del barandal, apenas si tocó su bastón. Sabía lo que iba a encontrar: dos pecados desnudos, entregados a la sodomía. En su mente los rumores tomaron la esencia de lo real, con olores y gemidos. Apareció en una pared la sombra de Carlos Montejo, pero rápidamente se disolvió en la noche temprana.

Cuando la Matrona de los Montejo llegó hasta la puerta de su hijo, no la tocó. La abrió de golpe, apretó los dientes. Incluso brotó un gruñido inhumano de su garganta, mas sólo encontró a Julio bocetando en su escritorio.

—¿Dónde está? —preguntó Beatriz, furiosa al posar ambas manos en su bastón.

—¿Quién, mamá? —declaró Julio Montejo sin quitarle la mirada a su madre.

Beatriz movió los ojos de un lado a otro, inspeccionando que todo estuviera en su respectivo lugar.

—Soy tu madre, no tu burla. Sé muy bien que hoy trajiste a un pecador a la casa y ya me dijeron que tuviste relaciones ilícitas con él.

—¿Quién te lo dijo? —Julio se puso en pie, frente a su madre.

El parecido de ambos era notable.

—¿Qué importa quién me lo dijo? Tu reputación como Montejo está arruinada. Pasaste de ser mi hijo a ser un chisme de letrina. ¿Así te educamos tu padre y yo?

—Sí, me enseñaron a no mentir.

La reacción fue instantánea, le tomó a Beatriz menos de un segundo levantar su mano derecha y golpear a su hijo en la mejilla.

—Yo te traje a este mundo con dolor, a mí me respetas: más que a mí, al cuarto mandamiento. Yo no sé qué te haya dicho ese hombre para callar tu conciencia, pero con ayuda de Dios y la santísima virgen podré encontrarte una esposa de buena clase que me dé los nietos que tanto anhelo.

—¿Y si no quiero? —la pregunta de Julio vino acompañada de otro golpe, esta vez del bastón cayendo sobre su hombro izquierdo.

Los ojos de Julio se llenaron de lágrimas, pero sólo una alcanzó a deslizarse por la mejilla hasta perderse en el olvido.

—Vas a querer porque sabes que deseo lo mejor para ti, soy tu sangre. La única manera de liberarte del infierno es tomar mi mano y hacerme caso. Ningún hijo mío va a ser maricón, primero muerto a manchar tu alma con los encantos de un sodomita. Un hombre es incapaz de amar a otro, lo dice la Biblia.

—Pues éste me quiere y me respeta. Me ha hecho feliz tantas veces que ya hasta olvidé contarlas —respondió el joven Montejo, la sangre hirviendo en su rostro, los ojos desorbitados, la voz quebrada; en su pecho, un tambor sin ritmo coherente.

Otro golpe del bastón.

—Ya no puedo verte los ojos sin asco, pero juro que haré hasta lo imposible por salvar tu alma y alejarte del demonio que te seduce con ideas torcidas.

Aunque tenía las palabras para hacerlo, Julio no alcanzó a responder pues en ese momento entró corriendo Ana María.

—Vino un mensajero de parte de mi hermano, dice que Eva ya está con los dolores de parto. Que nos esperan en la casa. ¿Por qué lloras, Julio?

—Llora porque sabe que irá al infierno por pecador —respondió Beatriz—. Prepárense los dos, me van a acompañar a visitar a su hermano y a conocer a mi primer nieto.

Beatriz forzó una sonrisa, siempre la mejor actriz de la familia. Caminó con su hija por el pasillo y juntas entraron en una de las habitaciones consumidas por la noche.

Julio se sentó en la cama y siguió llorando por Arturo, por sus encuentros recién revelados al mundo.

Fue la primera vez que temió por su vida.

Minutos después, Beatriz caminaba por las calles de la Ciudad de

México lo más rápido que sus piernas le permitían, especialmente la derecha, que se negaba a obedecerla. Las partículas de la noche flotaban perennes desde el mundo de los muertos para envolver a los vivos. La luna menguaba en lo más alto, moviendo sus caderas plateadas entre brillantes de colores.

Detrás de su madre, a una distancia razonable, caminaban Ana María y Julio en silencio. El viento añejo los rodeaba. La ciudad entera quedaba sumergida en el mar onírico de la oscuridad, en el carbón quemado flotando en el ambiente, desde el lejano aroma de una pulquería hasta el erotismo de una pareja que consumaban su amor no muy lejos de ahí. Todo aquello se apilaba en el viento, le daba una forma sensual, y Beatriz lo detestaba. Encontraba la ciudad llena de pecado y vicio.

En cuestión de minutos llegaron a casa de Juan Carlos Montejo y Beatriz llamó a la puerta. Impaciente, esperó a que una mulata le abriera y se hiciera a un lado cabizbaja, reconociendo a una emperatriz ataviada con sus mejores sombras y un camafeo de san Juan apóstol en el cuello.

—Que dice mi patrón que lo esperen en la sala, él irá con ustedes cuando pueda. ¿Les puedo servir en algo?

—Ni mis hijos ni yo queremos nada, puedes irte a la cocina que seguro tienes platos sucios que lavar —Beatriz no se dignó a mirarla, apretó la efigie de su bastón.

La mulata cerró los portones de la casa, le asintió a los Montejo y se perdió entre los muebles.

Beatriz caminó hasta la sala de la casa, mucho más pequeña que la suya. Tan sólo dos sillones, pocos ornamentos, una pintura de Julio de unas rosas amarillas. Se sentaron todos y permanecieron callados. Entre el polvo y el crujir de la madera, el segundero de un viejo reloj marcaba el paso del tiempo. Con la espalda recta, la matrona miraba orgullosa al vacío, evitando parpadear para que las ideas no se le escaparan por los ojos.

Julio, en cambio, sabía que le habían arrancado su secreto, le habían extraído los pétalos de su hombría. Su sodomía estaba en el aire, lo sabía su madre y alguien más.

—Por favor mamá, no se quede en silencio. Sabe que necesitamos hablar —la voz de Julio brotó de su garganta, con una seriedad inusual para su edad.

Pero hubiera sido más fácil sacarle una respuesta a una pared de ladrillos que a Beatriz. Sentada, cual estatua inmóvil, sin abrir los labios o responderle a su hijo, no había sentido esa furia incontrolable desde que se enteró de los engaños maritales de su esposo y planeó su muerte.

Beatriz siguió callada mientras la manecilla del reloj avanzaba

hasta que finalmente se cumplió la hora y sonaron once campanillas, acompañadas por el ruido del paso de un coche por la calle y la madera del sillón en donde Julio se recargó. Suspirar, aguantar el vacío que se le formaba en la garganta y no lo dejaba respirar. Quería llorar. No por él, sino por Arturo; tenía miedo de que su madre lo matara como había hecho con su padre.

Pocos minutos después, los pensamientos sumergidos en su hombre pelirrojo se secaron, pues de ellos apareció la figura de su hermano. Pálido, pero con una sonrisa tan amplia como la noche misma, secaba el sudor de su frente con un pañuelo amarillento. Jadeaba. Beatriz se levantó, apoyando la mano derecha en su bastón. Ana María hizo lo mismo.

—Ya nació… nació… mi orgullo ya nació… —Juan Carlos Montejo repitió una y otra vez, a su hermano, a su madre, a su hermana—. Vengan a ver mi orgullo… ya nació.

Beatriz dio el primer paso, su hijo mayor la tomó del brazo izquierdo y la ayudó a caminar hasta las escaleras principales. Juntos, subieron lentamente con ayuda del barandal. Atrás iban Julio y Ana María, en silencio. Llegaron a la recámara principal, al sudor que cargaba el ambiente, las cortinas pesadas cerrando el paso de todo fulgor lunar. Sólo había luces de las lámparas manchando la noche; los pliegues de las sábanas con huellas de transpiración.

Ahí acostada, con el rostro pálido como el de la luna en invierno, Eva sostenía un bulto entre manos y le sonreía.

Juan Carlos se acercó a su esposa con la ternura de un pétalo y le dio un beso en la frente. Tomó al bebé entre sus brazos y se lo llevó a Beatriz para que ella también lo sostuviera, por lo que tuvo que cederle su bastón a Ana María.

—Madre, le presento a su primera nieta. Mi orgullo, mi carne y mi sangre. Le pondré Beatriz, en su honor.

Silencio.

Beatriz hizo una mueca de desprecio, apretando los dientes y deformando su rostro con asco. Sin ver a la niña, se la dio a Julio.

—Yo no quería una nieta… quiero un niño fuerte y sano para Dios. No manches mi nombre al ponérselo a tu hija. Se llamará Magdalena porque nació pecadora y nuestro Señor le hará encontrar la redención. ¿Está claro?

Juan Carlos asintió de una manera torpe. ¿Quién se iba atrever a contradecir a Beatriz?

Esa noche reinó el silencio, pues la pequeña Magdalena se acomodaba en los brazos protectores de su tío. Ambos, saliendo de una revelación difícil, habían cortado el cordón umbilical.

Sellaron su empatía con una sonrisa, cubierta por el velo de la noche.

CAPÍTULO 3

EL HIJO INCÓMODO

ENERO DE 1887

I

Julio Montejo dijo que él mismo iría a comprar las flores para la cena.

Pasó la tarde llenando los floreros de la sala y del vestíbulo con rosas, luego hizo un arreglo para la mesa del comedor. Mientras tanto, Petrona estuvo encerrada con Beatriz en la cocina, preparando el roscón de reyes y el chocolate espumoso.

Así pasaron las horas, la noche cayó con infantil inocencia; fría, volátil. Todo estaba listo para la cena, Beatriz se acomodó el peinado antes de examinar el aspecto de sus hijos, seguía disfrazada de viuda con seda negra, sombras verdes bajo los ojos y un camafeo del apóstol Santiago el Mayor al cuello. Con un vestido de tela rosa, Ana María iba envuelta hasta los tobillos, las muñecas y el cuello, con el pelo recogido detrás de la nuca en un moño anticuado. Julio vestía su mejor levita, sacudiendo el polvo de la solapa y de los hombros.

—Al menos te hubieras puesto una buena camisa —la matrona de los Montejo vomitó las palabras con desprecio.

—Desde que nació Magdalena no me había dicho nada, ¿y hoy viene con reclamos?

—Cuando aprendas a ser un hombre, me diriges la palabra, mientras tanto eres un pecador que no merece el apellido Montejo.

Julio tomó las palabras de su madre, tan pestilentes y venenosas, y las guardó en su corazón. Las sembró ahí para que germinaran fantasmas de una infancia violenta. Las heridas de su espalda le dolieron otra vez, infectadas.

En cuestión de media hora habían llegado los invitados: Juan Carlos de la mano de Eva, don Porfirio Díaz acompañado por su esposa y su hija Amadita, el viudo don Epigmenio Camacho, Agustina Castelló y su esposo Manuel Romero Rubio y, por último, dos periodistas amigos de la familia: Andoni Vales y Pedro Fernández.

Estuvieron un momento en la sala y brindaron frente al retrato de la diosa de la crueldad. Luego pasaron al comedor, donde las flores se

marchitaron en cuanto Beatriz se acercó a ellas. Julio levantó el arreglo que había hecho horas antes y se lo llevó a la cocina. Entretanto, Petrona llevó chocolate caliente en la jarra de plata y lo sirvió en trece copas de porcelana. También ofreció trece copas con agua.

El honor de cortar el primer pedazo de roscón fue de la primera dama. Carmelita tomó el cuchillo y contempló el pan por algunos segundos. Finalmente tomó la decisión, partió entre dos pedazos de fruta y… nada. Siguió don Porfirio y lo mismo… las mujeres, los hombres.

El chocolate había sido traído directamente de Oaxaca para el general presidente. Por eso, tenía una consistencia especial, unos vapores azucarados que se elevaban en el aire polvoso y adquirían formas curiosas. Tan rico como la tierra de la que había crecido el cacao.

—General, en esta casa admiramos sus proezas de guerra —sonrió Beatriz—. Y nos gustaría que nos contara alguna, si no es mucha molestia.

Don Porfirio le dio un sorbo a su taza y se limpió con una servilleta de tela.

—Fíjese que hoy en la mañana me andaba acordando de la guerra de intervención, cuando los franchutes querían que aceptáramos a su emperador y pues los que estábamos en el bando liberal no íbamos a dejar que nos impusieran a un hombre en el gobierno, cuantimás a un extranjero. Salí a luchar por México y ¡que me capturan los enemigos de la República! Ah, pero yo era más inteligente que esos mochos que nos encerraron en el convento de Santa Inés, en Puebla. ¿Pueden creer que me querían llevar a Veracruz para deportarme? Pero fuimos más inteligentes que ellos, porque don Berriozábal y yo nos fugamos dos días antes de que nos llevaran al puerto. Y pues traté de ir ganando batallas, algunas por aquí, otras por allá. A veces no teníamos parque ni qué comer, pero había que hacer sacrificios por la patria… así fuimos ganando la guerra y tras ganar la batalla del dos de abril y tomar la Ciudad de México, triunfamos.

—¡Salud por eso! —brindó doña Agustina.

Los demás levantaron sus tazas y copas a la salud del general Díaz.

Era una velada agradable, iluminada por las velas en la araña de cristal que oscilaba del techo y lámparas de petróleo a lo largo de toda la mesa. Algunos de los comensales se manchaban de luz, otros de sombras; seguían bebiendo de su chocolate espumoso y partieron por tercera vez el roscón. Esta vez, Julio sacó un muñeco de porcelana, de manera que, avergonzado, lo escondió bajo el borde su plato.

—Le tocaron los tamales para el día de la Candelaria, joven, y con tanto invitado le van a salir caros —bromeó Andoni Vales.

—Más bien los tendré que hacer yo, porque no creo que Julio pueda vender alguno de sus cuadros para pagarlos —sonrió Beatriz con cierto dejo venenoso.

—Pues entonces aquí estaremos el dos de febrero para comer los tamales —festejó don Porfirio—. Dicen por ahí que los de esta casa saben a gloria.

—Me halaga usted, general —la matrona de los Montejo se sonrojó de repente, algo que ninguno de sus tres hijos había visto antes.

La noche era fría, coronada por estrellas en lo alto, entronada en las caderas suaves de la luna. El chocolate siguió fluyendo entre los invitados, como las miradas de odio entre Beatriz y su hijo menor.

—¿Por qué no le has dicho a Amadita lo bien que se ve hoy? ¿No se te hace bonita, Julio? —preguntó la matrona de los Montejo.

—Sí, mamá —respondió Julio con hartazgo.

—No me lo digas a mí, ahí la tienes. Dile lo bonita que te parece, y usted también, doctor Camacho, ya me di cuenta de que no ha dejado de ver a Ana María en toda la noche. ¿Por qué tan penoso?

—Estas indirectas me están molestando mucho, mamá —Julio dejó sus cubiertos sobre el plato.

—Únicamente te pedí que le dijeras a nuestra invitada lo bien que se ve, si no quieres hacerlo...

—Si va a decirme maricón dígamelo a la cara. Si no, dígaselo sólo a Dios, cuando vaya confesar sus pecados.

Don Porfirio se aclaró la garganta.

—Joven, me parece que usted está muy pollito para hablarle así a su madre —comentó el presidente de la República, acariciando su bigote.

Beatriz dio un sorbo a su taza de chocolate, serena, como un demonio que ha calculado fríamente todos sus movimientos en un tablero de ajedrez.

—Déjelo, general. Este muchacho siempre ha sido un mentiroso desagradecido. No vale la pena discutir con él, sólo tiene insultos para la mujer que lo trajo a este mundo con dolor.

—Pues si así van a estar las cosas, me voy —vomitó Julio las palabras con rabia, luego salió del comedor y de la casa, al frío del caos nocturno.

No hubo quién lo detuviera, todos los presentes permanecieron callados. Los relojes de la casa se detuvieron por un segundo y reiniciaron su marcha hacia atrás.

—¿Gusta más chocolate, general? —preguntó Beatriz.

Don Porfirio asintió y la noche continuó como si nada hubiera pasado.

II

En la oficina principal de San Sebastián, una de las haciendas más antiguas del país, colgaban cuadros de todos los Montejo desde el siglo XVI, amontonados en las paredes, unos sobre otros, la mayoría llamados Carlos Montejo o variaciones del mismo nombre. Los últimos cuadros que se habían agregado eran los de Juan Carlos con su esposa e hija, Ana María vistiendo seda blanca en sus quince años y Julio a los dieciocho, frunciendo el ceño en un gesto que lo asemejaba a su padre. Más arriba, tapando el cuadro de un Montejo que había sido denunciado ante la santa Inquisición por brujería, un cuadro de Carlos Montejo y Beatriz Fernández el día de su boda.

A Claudia, fea como una piedra, le molestaba ver todos esos cuadros y les escupía cada vez que tenía la oportunidad.

Había sido raro que Carlos Montejo le pidiera a una mujer administrar su hacienda, pero él se dio cuenta de que Claudia sabía tratar a los trabajadores con mano dura, los castigaba si no seguían las reglas y sabía mucho de precios, impuestos y exportaciones entre estados de la República. Hasta sabía cómo mover los granos entre los comerciantes para que no se les quedara en las bodegas, porque luego había que dárselos a los puercos. De modo que Beatriz dejó que permaneciera en ese cargo cuando heredó la hacienda.

Juan de Dios Cruz, caballerango de la hacienda de los Montejo y famoso curandero de la zona, iba todas las mañanas a visitar a Claudia a la oficina. Ella le daba órdenes y mensajes de Beatriz.

—Ayer recibí un telegrama de la patrona —dijo Claudia con su voz ronca y aguardientosa—. Los peones trabajarán una hora más cada día pero sin aumento de sueldo. El telegrama no decía más, así que todavía se les respeta su día de descanso para que vayan a misa. Vete de una vez a decirles que hoy su jornada deja de ser de doce horas.

—Lo que usted diga, siñora —respondió Juan de Dios, apretando su sombrero y moviendo su bigote de aguacero.

—Ah, y mañana no vengas a verme. Salgo en la tarde para la capital.

—Lo que usted diga, siñora —repitió el caballerango.

—¿Qué no sabes decir otra cosa? —Claudia preguntó y luego escupió sobre una de las alfombras—. Ve a decirles a los peones lo que te dije.

Juan de Dios asintió lentamente y salió de la oficina. Claudia permaneció sola, rodeada de los retratos. Con tantos ojos sobre ella, estaba convencida de que los muertos la observaban desde el más allá. Siglos de montejos despóticos, malvados y orgullosos, a los que servía por miedo.

III

La cena había terminado y el velo nocturno se disolvió en el amanecer. La casona Montejo estaba manchada con sombras tiernas y el cantar de los pájaros que anunciaban un nuevo día en la capital mexicana. El polvo se acumulaba en los rincones, en las esquinas del vitral de Minerva.

Ana María salió de la sala y penetró en el comedor donde su madre, eterna figura de piedra, estaba sentada en la cabecera con la mirada perdida en el fantasma podrido de su difunto esposo, que sólo abría los labios para intentar decir algo, pero ningún sonido brotaba de su garganta.

—Mamá, ¿ya vio que el reloj del comedor y el de la sala están caminando para atrás? Vamos a tener que llamar al relojero.

El fantasma descompuesto se desvaneció como la enfermedad dentro de un cuerpo sano y Beatriz volvió a la realidad. Entonces, miró a su hija con desprecio.

—Deja de decir tonterías, los relojes caminan siempre hacia delante porque es lo que Dios manda. Siéntate a desayunar que no estoy de humor para tus tonterías.

Ana María asintió torpe, nerviosa, con la autoestima entre las piernas. Arrastró los pies hasta la silla y se sentó en ella. Vio su plato con trozos de manzana recién cortados, la fruta que más detestaba.

—¿No vas a desayunar? —preguntó Beatriz con la saña del lobo que devora a Caperucita—. Te advierto que no voy a permitir que peques en mi casa dejando que la comida se desperdicie.

La joven Montejo mordió su labio inferior. Suspiró. El silencio parecía interminable, los segunderos de la casona Montejo seguían caminando hacia atrás. Ana María tomó uno de los tenedores de plata, picó una manzana y la llevó a su boca. Sintió náuseas al masticarla. El jugo le asqueaba. Tragó un pedazo que parecía estar hecho de clavos oxidados.

Beatriz sonreía, complacida, y comió de su propio plato.

—¿No ha sabido nada de Julio, mamá?

La furia contenida de un volcán que no deseaba hacer erupción, un tenedor caer sobre el plato de porcelana, la mirada encendida de una madre que traspasa a su hija cual lanza en el pecho de Cristo.

—Escúchame bien, yo sólo tengo dos hijos: tú y Juan Carlos. Julio, Félix y Antonia ya están muertos y no quiero que repitas sus nombres si yo no los menciono primero. ¿Está claro, Ana María?

—Sí, madre.

Los desayunos de la casona Montejo siempre fueron así: llenos de silencios incómodos, palabras hirientes, el crujir del tiempo y la madera, los cubiertos contra los platos, el hervir de la sangre, el fluir de la vida.

—Me gustaría saber una cosa: ¿por qué te gusta ser una mujer sin

moral? —Beatriz preguntó indiferente, mientras se llevaba un pedazo de manzana a la boca.

—No sé de qué habla —respondió la otra, tropezando las palabras.

Ana María vio a su madre acariciar el bastón y luego apretarlo. Recordó las heridas que le había hecho en los brazos cuando era niña. Las cicatrices se abrieron de repente y empezaron a sangrar.

—No te hagas la mosquita muerta, ya me dijeron que los martes te ves con un tal Ignacio Pérez, sin chaperón. No quiero que vuelvas a ver al hijo del carnicero porque me vas a conocer.

—Pero, mamá... —protestó Ana María en vano, un golpe del bastón en la mesa la hizo callar.

Hasta la araña de cristal tembló.

—¡Pero nada! Lo dejas de ver y punto. Te vas a casar con el doctor Camacho porque yo lo ordeno. Esta vez no está tu padre para zafarte del compromiso. Cuando termines de desayunar te vas a la cocina y ayudas de Petrona a lavar los platos de anoche y luego quiero que tires las flores de la sala, que ya están marchitas.

Beatriz se limpió los labios con una servilleta de tela y se levantó con mucho pesar. Le dolía la pierna derecha, pero se la ofreció a la virgen de Guadalupe como sacrificio. Salió caminando hacia el estudio de su difunto Carlos Montejo, donde apareció otra vez el fantasma balbuceando palabras en el silencio.

No muy lejos de ahí, los rayos del sol naciente también pintaban las paredes con pinceladas cálidas de color durazno en la piedra gris. Las ventanas empezaban a calentarse, tan sólo un poco.

Julio estaba perdido en sus pesadillas de santos envueltos en fuego, capillas llenas de humo, encerrado en una iglesia en llamas de la que no podía salir, ver o respirar, mientras sentía su piel carcomida por el dolor. Estaba olvidado en el silencio de sus sueños torcidos hasta que emergió de ellos con un grito de dolor.

No era su cama, ni eran sus cosas, tampoco su ventana por donde entraba el sol.

—¿Estás bien? —le preguntó una voz suave.

Julio se incorporó y vio a una mujer que, al pie de la cama, le sonreía con la tez tan blanca como un lienzo nuevo y un peinado de color encendido como el más brillante de los atardeceres. No hubo duda alguna de que se trataba de la hermana mayor de la que Arturo hablaba tanto en sus clases de pintura.

—Perdón, no quise molestarla, es que tuve una pesadilla —respondió Julio, avergonzado.

La mujer se limitó a sonreírle, mientras que Arturo entraba corriendo a la habitación, en su rostro se bocetaba la preocupación y el miedo.

—¿Otra vez con fiebre? ¿Te duele algo? Ayer llegaste balbuceando que tu mamá había matado a tu papá. ¿Estás bien? ¿Quieres que vaya por el doctor Camacho? —el pelirrojo tropezó una pregunta tras otras hasta que su hermana le puso una mano en el hombro.

—Tranquilo, Pepe, sólo tuvo una pesadilla.

Julio arqueó las cejas más relajado.

—¿Pepe?

—Me llamo José Arturo como mi papá, que en paz descanse, pero la verdad odio esa parte de José, así que me presento solamente como Arturo. A mi hermana le gusta llamarme Pepe sólo para molestarme, pero a ti te lo prohíbo.

Julio rió, hasta que el pelirrojo se sentó a su lado y le hizo una caricia en el pelo, lo que provocó que el joven moreno bajara la cabeza, sonrojado.

—Tu hermana nos está viendo —susurró el Montejo.

—¿Y qué tiene? Ella sabe muy bien que somos maricones y no tiene problemas con eso. Dice que si lo que sentimos entre nosotros nos hace ser mejores personas, entonces no hay pecado.

—Pero el padre Jacinto dice que la Biblia señala otra cosa —protestó Julio.

—Cada quien lee en la Biblia lo que quiere. Por otro lado, me harías muy feliz si te quedaras con nosotros —añadió Arturo con otra caricia—. Nuestro tío, que vive en Coahuila, manda suficiente dinero para que los tres vivamos bien y podamos estudiar. Así que quita esa cara de tristeza y ven a la cocina a desayunar, que se nos está haciendo tarde para clases.

Le costó a Julio forzarla, pero después de unos segundos compartió la sonrisa de sus compañeros. Había dejado atrás el mundo de los Montejo y eso lo relajaba tanto que las cicatrices en su espalda empezaron a sanar ese día.

Se levantó de la cama y los acompañó a la cocina.

Octavio entró al cementerio, acompañado del frío y el miedo. Estaba envuelto en un torbellino de recuerdos que a veces le volaban el abrigo, lo despeinaban de golpe y despertaban las pesadillas que dormitaban en su corazón. Los árboles negros se torcían macabros, sin vida. Se podía oler la muerte subir desde las piedras inertes, el pasto quebrado, los cientos de cadáveres enterrados por el olvido, putrefactos.

Leía los nombres de las tumbas, veía los juguetes que habían dejado sobre una de las lápidas. Residuos de vidas que habían dejado de existir, mausoleos de apellidos rancios, Cristos bajando de su cruz, vírgenes desoladas. Pasó el mausoleo de los Montejo, con las esquinas desgastadas por el viento, y, al dar la vuelta, encontró la tumba que

estaba buscando: Gloria Clara María Margarita Martínez Montejo, 6 de julio de 1870–14 de febrero de 1886.

Su amada, su novia, la madre de su único hijo; su hermosa Clara.

Se hincó ante la lápida, apenas la tocó entre sus dedos, áspera, pero no por la piedra, sino por la pérdida. Empezó a rezar un Padre Nuestro y, al llegar a la mitad, se le quebró la voz. No pudo continuar. Se dejó caer, roto como un cristal.

—Me dijiste que ibas a casa de tu tía, que sólo te ibas a tardar un par de horas. Ni siquiera me despedí... ese día no pude decirte cuánto te amaba, ni abrazarte en la noche. Clara, ¿por qué te fuiste? ¿Por qué no tuviste los dolores de parto en mi casa? ¿Por qué?...

Y así le habló al viento el resto del día.

El atardecer agonizante anunció el reinado de las sombras, de la oscuridad devorando la urbe, de las pulquerías abriendo sus puertas para dejar entrar a los más pobres, y el silencio llevando en sus carruajes a la clase media, lejos del aullido de un perro callejero y los sollozos de un Montejo manchando de lágrimas un boceto a carboncillo de Arturo, durmiendo desnudo.

Todavía le dolía haber dejado atrás su casa, sus cosas, a sus hermanos y la comodidad de su apellido.

Julio estaba tan ensimismado en sus lamentos, que no se dio cuenta de que Arturo entraba sigiloso. Lo abrazó por la espalda y le cubrió el cuello de besos, el pecho de caricias, pero bastó que lo viera a los ojos para compadecerse de él.

—¿Aún te preocupa tu madre? Estás lejos de ella, eres libre. ¡Vive!

Julio asintió, quiso hacer el carboncillo y los papeles a un lado y se le cayeron de la mesa los bocetos de Eva y Magdalena, todos regados en la duela. Arturo se inclinó para recogerlos, pero Julio le apretó el hombro.

—No, déjalos dónde están. No importan. Necesito que vayas por el cuchillo que te di a guardar. Tengo que confesarte el secreto de la familia.

Arturo tuvo un momento de duda, pero la seguridad de su Montejo lo convenció. Lo dejó con sus lágrimas en lo que iba a la sala a buscar el cuchillo que había escondido. Cuando regresó, se lo dio a Julio. La sangre se había teñido de negro.

—Es muy probable que mis días estén contados, que el secreto que lleva este cuchillo termine por desgarrarme la vida y arrebatarme de ti, todo por culpa de Beatriz. Ya no sé si pueda seguir llamándola madre. Me aterra pensar que lo es.

Arturo, serio, lo miró a los ojos sin comprender, era como si el miedo de su Montejo fuera una serpiente que ya no enroscaba a una persona, sino a los dos, robándoles el aliento; los unía y separaba al

mismo tiempo.

—¿Qué significa este cuchillo?

Julio carraspeó.

—La noche antes de que papá muriera, me vino a visitar sudando. Dijo que sólo yo entendería porque mis hermanos no creerían sus palabras. Mi madre lo había amenazado de muerte e intentó matarlo una vez, pero no dijo cómo. Cuando Juan Carlos me confesó que papá se había suicidado, supe que había sido ella... ese día fui a su cuarto y encontré el cuchillo guardado en uno de sus cajones como un recuerdo y lo robé por primera vez.

—Dime que no hiciste una tontería.

Julio bajó la cabeza, apretando el cuchillo caminó al otro lado del cuarto. Le sudaban las manos.

—Ese día estaban tan enojado que clavé un mensaje en su almohada con este cuchillo. La acusé de ser una asesina. Mamá no dijo nada, pero escondió el cuchillo dentro de la maquinaria del reloj de la sala. Yo lo encontré cuando quise darle cuerda. Lo robé y lo volví a esconder en mi cuarto, pero un día vi a mamá buscando algo dentro del reloj y supe que si no sacaba el cuchillo de la casa estaría en peligro. Por eso te lo di, pero temo que ahora tampoco estoy seguro.

—Pero ella no sabe que fuiste tú.

Julio suspiró, se volvió uno con su sombra.

—No es tonta, Arturo. Sabe que ni Ana María ni la criada serían capaces de confrontarla así. Voy a tener que luchar contra el dragón si quiero sobrevivir.

Arturo caminó hasta él, lo rodeó con sus brazos y lo miró a los ojos. Por un momento compartieron un beso que los convirtió en el centro del universo; planetas y estrellas giraron a su alrededor.

—Lucharé contigo, san Jorge.

—No sabes lo que estás haciendo, es mucho riesgo —exclamó Julio.

Arturo recogió los bocetos y el carboncillo y se los dio a Julio. Juntos compartieron una sonrisa, un beso y un pensamiento.

Venganza.

Eva se peinaba frente a su tocador, pensativa en los Montejo. Ya no era una jovencita delgada y llena de vida. Desde el embarazo, se le había secado la piel, incluso le habían salido grietas negras en los muslos, pero eso no le importaba. Pensaba en su cuñado, en que había sido el único que la había tratado bien en la casona Montejo y quien le pedía su opinión siempre que terminaba alguno de sus cuadros. Incluso se preguntaba si no hubiera sido más feliz casándose con Julio en lugar de Juan Carlos. Precisamente por esa empatía insistió en que el menor de los Montejo fuera el padrino de bautizo de Magdalena...

Como la prostituta bíblica…
Como la pecadora redimida…
Por capricho de su suegra. Magdalena.
Eva se levantó y caminó hasta el cuarto de su hija, la encontró en la cuna, sentada silenciosa con los ojos abiertos, mirando a la pared. Ella no lo sabía, pero su pequeña Magdalena no estaba viendo a la nada sino al espíritu de luz envuelto en la gloria de la hermosura: el fantasma de Carlos Montejo se le había aparecido a su hija sin putrefacción alguna; y no era la primera vez que lo hacía. El muerto se materializaba todos los días.
Confundida, Eva levantó a su hija para darle pecho.
Magdalena rió, inocente.

Juan Carlos empezó a engordar desde la muerte de su padre. Preso de gula, comía varias veces al día sin sentirse satisfecho. Ya había cambiado dos veces su guardarropa. Con la levita apretada caminó por las calles hasta llegar a los portones de la parroquia de Nuestra Señora de Guadalupe. Por un momento levantó el rostro y vio todas las figuras bíblicas talladas en la cantera, manchadas por la mierda de las palomas que se acurrucaban en la falda de algún santo.
Decidido, penetró el umbral y se rodeó de átomos sin luz, del frío extremo, de cierto aire religioso que daba miedo. Sus pisadas hicieron eco en el silencio, los vitrales de colores manchaban el mármol con su rayos lechosos; azules, morados, rojos. A los lados, altares de madera con hojas de oro: aquel para Juan Bautista, el otro para san José y el del centro un vía crucis perfecto; candelabros hermosos del siglo XVII colgando del techo.
En una de las capillas, junto al altar, estaba un pasillo que daba a un edificio contiguo, más moderno. Cuando llegó a la oficina principal, tocó a la puerta.
—Adelante— dijo una voz desde adentro y Juan Carlos obedeció.
La oficina necesitaba limpieza, los libreros empezaban a apolillarse, los tomos a volverse amarillos. Sobre el escritorio había santos rojos, brazos sin cuerpos, piernas sin torsos, cabezas sueltas; madera, cerámica, telas rotas.
Juan Carlos tomó asiento y fusiló al cura con la mirada.
—Buenos días, señor Montejo, me encuentra tratando de restaurar algunas de las reliquias de nuestra parroquia. En cualquier momento va a llegar el carpintero y el artesano y no sé si…
—Seré breve —interrumpió el Montejo—. Sé de mi hija.
El cura se mostró interesado, dejó a un lado la efigie de santa Isabel que intentaba vestir con terciopelo y se recargó sobre el escritorio. Esperaba una confesión parecida a la que había hecho Beatriz.

—Hable, lo escucho y lo escucha Dios.

—No voy a confesarme. Vine porque, como bien sabe, mi hija debe ser una nieta digna de mi madre y eso significa que debe ir a una escuela católica y ser educada de una excelente manera, con valores cristianos que la ayuden a encontrar un buen esposo. No sé si usted podría ayudarme.

—¿A conseguirle marido o a buscar una buena escuela? —se burló el padre Jacinto Ramos, enseñando su dentadura rancia.

—Por el momento a encontrar un colegio que forme su alma contra los peligros del mundo.

El religioso asintió, se reclinó en la silla, pensando.

—Mire, le voy a ser honesto, el mejor colegio para su hija es el de La Sagrada Virginidad de María Santísima, pero se necesitan influencias y las monjas cobran colegiaturas bastante elevadas, de todas maneras no creo que un hombre como usted tenga dificultades en inscribir a su hija. Le diré a la madre superiora que pase a visitarlo.

Juan Carlos le estrechó la mano, complacido, mientras tocaban a la puerta de la oficina.

El carpintero había llegado.

IV

En el estudio del difunto Carlos Montejo, Beatriz pasaba la mañana sumergida en las páginas de su Biblia, memorizando nombres, lugares, pasajes de cómo vivir en rectitud, pero también de cómo castigar el pecado. El invierno se colaba por una de las ventanas, del cielo bajaba un viento gélido que volaba de un lado al otro de la habitación.

Cuando estaba más enfocada en su lectura, tocaron a la puerta. Beatriz puso su Biblia a un lado.

—Adelante —ordenó con soberana autoridad.

Se abrió la puerta y entró Claudia, tan repugnante como el peor de los pecados y la piel más seca que el desierto. Se acercó al escritorio cojeando, encorvada en su fealdad y esperó en vano a que su patrona la invitara a sentarse.

—¡Habla! ¿Qué quieres? No tengo tu tiempo.

Claudia, nerviosa, empezó a jugar con sus manos.

—Vine a comentarle que ya terminé de revisar las cifras de todo lo que generó la hacienda el año pasado. Hicimos crecer la producción un trece por ciento y conseguimos que nos condonaran algunos impuestos.

—No sé para qué viniste a la ciudad, pudiste haber mandado una carta o un telegrama.

Respiración agitada, miedo.

—Pensé correcto venir a su casa y darle las cifras en persona.

—Como siempre, pensaste mal y no seguiste mis órdenes de quedarte en la hacienda. Muy mal, Claudia.

Beatriz apoyó su mano derecha en el bastón para levantarse, su cuerpo entero temblaba con el crujir de su columna. Pálida, dio la vuelta al escritorio con la paciencia de una víbora acechando a su presa. Claudia, cabizbaja, vio cómo las manos de su patrona se habían arrugado en los últimos meses.

—Pero ya que estás aquí, necesito que me hagas dos encargos muy importantes.

—Lo que usted diga, patrona.

—A mi hija la pretende un carnicero sin clase que se hace llamar Ignacio Pérez, y ella no quiere dejar de verlo, a pesar de habérselo ordenado como una madre. Lo que tienes que hacer por mí es contratar a una mujer de moral relajada y hacer que ella lo seduzca enfrente de Ana María.

—Así se hará —asintió Claudia de manera torpe.

—Y quiero que hagas algo más por esta familia, necesito que averigües dónde está viviendo mi hijo Julio. Ayer se fue de la casa y no sé nada de él. Es muy importante que lo encuentres rápido para que pueda salvar el buen nombre del apellido Montejo. ¿Está claro?

Claudia asintió con recelo y permaneció en silencio hasta que Beatriz pegó en el piso con su bastón.

—¿Qué haces ahí parada como una estatua de sal? ¡Lárgate a cumplir mi encargo! —ordenó Beatriz, dándole a su voz toda la fuerza de la destrucción de Gomorra, y su empleada salió corriendo a obedecerla.

La matrona de los Montejo se quedó sola, caminó de regreso a su silla y se sentó con el apoyo de su bastón. Suspiró molesta. Abrió uno de los cajones del escritorio y de ahí sacó la pistola de su difunto esposo.

La dejó sobre el escritorio y reanudó su lectura bíblica.

Días después, al final de la calle, en un parque que don Porfirio había inaugurado meses antes, entre árboles que empezaban a crecer con los fulgores de la patria y estatuas a los héroes independentistas, Ana María caminaba con Ignacio Pérez. Él era un muchacho bien parecido en sus rasgos indígenas, de piel morena como la tierra húmeda del campo chiapaneco en que nació. Ella vestía un modelo antiguo, esmeralda, pesado para protegerla del frío citadino.

—Nacho, hay algo que quiero decirte —dijo ella de repente—. Mi mamá ya sabe de nosotros.

Ignacio suspiró profundo.

—No digas más, niña. Sé que no está feliz con que nos estemos viendo y también sé que me considera poquita cosa para su hija porque guardo tres pesos abajo del colchón.

—Sabes que mi mamá sólo quiere lo mejor para mí. Ante todo, me dio la vida y sé que tiene buenas intenciones con sus hijos.

—Niña, mi bolita blanca decía que lo importante no es lo que dicte tu familia, sino lo que susurre el corazón. Después de todo es tu vida y tú decides en ella.

—Si fuera tan fácil para una mujer —suspiró la Montejo.

Caminaron juntos, entre las sombras que hacían las estatuas de Miguel Hidalgo, Morelos y Guerrero, todos hombres, todos piedra en pedestales caducos. En una de las bancas estaba el general Manuel González con sus hijos, en otro un abogado de bigotes respingados. Finalmente encontraron una y se sentaron juntos.

Ana María sentía un presentimiento en la boca del estómago. Estaba llena de un miedo que no comprendía.

—Supongo que tu madre quiere casarte con algún riquillo abogadete —se burló Ignacio.

—Con un médico, el doctor Epigmenio Camacho.

—Por eso digo, niña. Todo depende si quieres casarte con él o ser mi novia.

Nacho intentó consolarla, pero no pudo siquiera abrazarla. Ya tenía encima a una mujer rubia de apariencia bastante corriente y un lunar en forma de cruz en la mejilla derecha. Llevaba puesto un vestido rojo escandaloso, enseñaba un poco de busto y olía a licor barato.

—¡Nachito! Qué bueno que te encuentro —dijo la mujer y le forzó un beso en la boca.

Antes de que Nacho pudiera responder, se adelantó la mujer del peinado revuelto.

—¿Quién eres? —preguntó la Montejo.

—Nachito es mi novio. ¿Tú quién eres?

—Nadie, ni su sombra —sentenció Ana María Montejo con la dignidad que le había enseñado su madre.

Con la espalda recta y la frente bien alta, los dejó en el parque. Se alejó de ahí, fuerte, orgullosa.

Mientras tanto, en la casona Montejo, los relojes seguían marchando hacia atrás, el de la sala, el del comedor, los de las habitaciones. Nadie sabía explicarlo y a Beatriz no le importaba, estaba sentada en la sala leyendo el periódico *El Imparcial* como todos los días, pero su mente no estaba enfocada en las noticias del día, sino en el cuadro que había pintado su hijo maricón, porque lo encontraba una pintura despreciable.

Dejó el periódico a un lado y llamó a Petrona, que limpiaba las escaleras con un trapo sucio.

—¿En qué la puedo ayudar, seño?

Beatriz señaló el cuadro.

—Quiero que quites esa porquería y la lleves a uno de los cuartos vacíos de arriba.

Petrona obedeció, intentó mover el marco y éste no cedió. La pintura estaba fija en la pared y parecía no querer irse de ahí. Después de media hora de intentarlo, Beatriz se levantó del sillón y pegó en la alfombra con su bastón.

—¡Ya vete! Luego le digo a mi hijo Juan Carlos que lo quite porque tú no sabes hacer nada. Regrésate a limpiar la escalera.

—Lo que usted diga, seño —dijo la indígena avergonzada y regresó a tallar los escalones con su trapo sucio, mientras que por la puerta entraba Ana María, cual huracán que lo arrastra todo con sus lágrimas.

—Hija, ¿qué te pasa? —preguntó Beatriz.

—Que usted tenía razón, madre. Ignacio tiene una moral tan baja como su clase social. No sé cómo pude creer que yo le importaba.

—Compostura, querida. Respira un momento y cuéntame qué pasó, porque no te entiendo nada.

Ana María bufaba furiosa. Cruzó los brazos y miró a su madre con fuego.

—Pues que me cortejaba mientras tenía una novia. Usted tenía razón, ese pecador no me convenía. Era un... un... no sé. un cualquiera...

Beatriz apoyó su bastón en el piso, caminó hasta ella y la abrazó lo más fuerte que pudo.

—Si me hubieras hecho caso, te habrías ahorrado el berrinche.

Ana María rompió el abrazo.

—Usted planeó todo esto, ¿no es cierto? Pues si no quiere que me case con Nacho, tampoco me casaré con su médico. ¡Se lo aseguro!

La joven Montejo, aún en un arrebato de ira que la tornaba roja y le hacía hervir todos los jugos del cuerpo, subió las escaleras y se encerró en su cuarto por el resto del día.

Beatriz sólo atinó a deformar sus labios en una mueca grotesca.

CAPÍTULO 4

EL MATRIMONIO ARREGLADO

AGOSTO DE 1890

I

Ana María Montejo acomodó su velo de novia sobre la cabeza.

Vistiendo su mejor levita, el doctor Epigmenio Camacho la tomaba del brazo con cariño y respeto. Era un momento que las familias de ambos desearon desde hacía mucho tiempo y, para ello, habían rentado el jardín de un edificio colonial.

Después de la misa en la capilla barroca, los novios caminaron hasta el jardín para llevar a cabo la boda civil. Los testigos fueron el presidente de la República, don Porfirio Díaz, su esposa, Carmen Romero Rubio, la madre de la novia, Beatriz Montejo, un hermano del novio, Bruno Camacho, y el general Bernardo Reyes.

Una vez que hubieron firmado todos los interesados y que los novios recitaron sus votos de fidelidad y amor, el juez del registro civil procedió a leer la epístola de Melchor Ocampo: —"Declaro en nombre de la ley y de la sociedad, que quedan ustedes unidos en legítimo matrimonio con todos los derechos y prerrogativas que la ley otorga y con las obligaciones que impone; y manifiesto: 'Que éste es el único medio moral de fundar la familia, de conservar la especie y de suplir las imperfecciones del individuo que no puede bastarse a sí mismo para llegar a la perfección del género humano. Éste no existe en la persona sola sino en la dualidad conyugal. Los casados deben ser y serán sagrados el uno para el otro, aún más de lo que es cada uno para sí. El hombre cuyas dotes sexuales son principalmente el valor y la fuerza, debe dar y dará a la mujer protección, alimento y dirección, tratándola siempre como a la parte más delicada, sensible y fina de sí mismo, y con la magnanimidad y benevolencia generosa que el fuerte debe al débil, esencialmente cuando este débil se entrega a él, y cuando por la sociedad se le ha confiado'".

"La mujer, cuyas principales dotes son la abnegación, la belleza, la compasión, la perspicacia y la ternura debe dar y dará al marido obediencia, agrado, asistencia, consuelo y consejo, tratándolo siempre

con la veneración que se debe a la persona que nos apoya y defiende, y con la delicadeza de quien no quiere exasperar la parte brusca, irritable y dura de sí mismo propia de su carácter...”

Cuando el juez terminó de leer, Ana María y Epigmenio compartieron un beso sumergido en aplausos y nadie estuvo más feliz que Beatriz Montejo. Luego caminaron todos hasta las mesas largas que se habían acomodado del otro lado del jardín, describiendo un cuadrado perfecto. Así pues, los novios se sentaron en el centro, con Beatriz a la derecha de la novia, luego la familia presidencial encabezada por el mismo don Porfirio vistiendo su uniforme de general. Del lado izquierdo del doctor Epigmenio Camacho, sus tres hermanos y más ministros de gobierno. Alejados de los personajes importantes, se acomodaron Juan Carlos, Eva y Magdalena.

El menú estuvo compuesto por un *mousse* de salmón fresco para matar el calor. Al terminar, mole de Oaxaca para agasajar los antojos del señor presidente y, después, un pastel de tres pisos con betún blanco y relleno de fresas.

—La verdad es que no entiendo el matrimonio civil, general —comentó Beatriz cuando los meseros empezaron a repartir el pastel y a servir el café de olla—. Si el único matrimonio que le importa a Dios es el que se da en sus santuarios.

—Mi señora —respondió don Porfirio con la boca llena de pastel—, es verdad que a Dios le importan los matrimonios, pero al Estado mexicano también le importan mucho y para eso nosotros necesitamos llevar nuestro propio registro.

—Perdone que insista, pero soy una pobre devota que sigue sin entender.

—Bueno lo que pasa es que...

—Porfirio, no hable con la boca llena —interrumpió doña Carmelita.

Don Porfirio tragó antes de continuar.

—Mire, doña Beatriz, hay cosas legales que son muy importantes para el gobierno mexicano. Las herencias, por ejemplo. Si su esposo hubiera muerto de repente sin dejar testamento, usted no podría heredar lo que le corresponde porque no tendría un nexo legal con mi compadre Montejo, que en paz descanse. Eso entre muchas otras cuestiones que usted no entendería porque no ha estudiado nuestra Constitución como todos esos abogadetes que tengo en el Congreso.

Beatriz se aclaró la garganta, burlona.

—Sigo sin entender por qué el Estado es más importante que la Iglesia, pero cada quién su opinión.

Don Porfirio no quiso discutir y dio un sorbo a su café de olla.

—Y dígame, doña Beatriz, ¿cómo vio el desfile de carruajes con flores en Paseo de la Reforma? Mi Carmelita ganó el primer lugar...

Beatriz sonrió con una mueca asquerosa y dio su opinión.

Un viento fresco agitaba el pasto recién cortado.

Mientras se celebraba la boda, Julio y Arturo tenían otros planes. Habían salido muy temprano de su casa, en las transpiraciones de un domingo que apenas despertaba. Aún no empezaba el calor veraniego, pero ya se sentía una brisa que, llena de colores, recorría la ciudad.

En cuestión de minutos, se encontraron frente a las rejas de acero negro de la casona Montejo, forjado en líneas torcidas, burdas y afrancesadas. Julio metió su llave oxidada en la cerradura y pasaron hasta la puerta principal. Arturo le hizo un gesto a su Montejo para indicarle que debían guardar silencio.

Los dos hombres entraron. Fueron al comedor y revisaron muy bien las vitrinas, donde estaban los platones de porcelana, las ollas de cobre pintadas por un artista francés y un reloj con el escudo del emperador Maximiliano de Habsburgo. Cuando hubieron terminado fueron a la sala, donde tuvieron la oportunidad de inspeccionar los adornos. Buscaron en el interior de las cajitas, en el fondo de los jarrones, entre las cojines de los sillones y hasta en la maquinaria del viejo reloj.

—Oye, Julio —susurró Arturo—. ¿Ya viste que este reloj y el de la sala están caminando al revés?

—No tengo tiempo para tonterías —respondió el Montejo.

Lo que necesitaban era una prueba de que Beatriz Montejo era culpable de asesinato, cualquier cosa que pudieran llevar a la policía, porque sabían que el cuchillo en sí no era evidencia de un asesinato si no podían probar quién lo había usado. Intentaron buscar si había algo detrás del cuadro de Beatriz disfrazada de reina opresora, pero por más que ambos intentaron mover el cuadro, éste no cedió.

Cuando terminaron, quisieron entrar al estudio de la matrona Montejo, pero estaba cerrado con llave, así que tuvieron que desistir. La cocina era un tiradero de ollas y platos sucios.

—Tú busca en el cuarto de tu padre, yo buscaré en el de tu madre —sugirió Arturo mientras subían por las escaleras manchadas por los reflejos coloridos del vitral—. Sólo dime cuál es y yo me encargo.

Y así lo hizo Julio. Le enseñó la puerta y el pelirrojo entró. Los dos cuartos fueron revisados a conciencia en los armarios, los cajones, entre las sábanas; nada.

Cuando salieron de la casa, Julio azotó la reja con coraje y le dio vuelta a la llave para cerrarla otra vez.

—Tiene que haber otra forma de probar que Beatriz es culpable, porque si no el general Díaz la va a proteger de nuestras especulaciones. —gruñó Julio.

Arturo no quiso comentar al respecto y, en silencio, caminaron de

regreso a su casa.

II

Horas después, a la luz de un par de velas blancas que entintaban la noche, Epigmenio Camacho y Ana María estaban listos para su primera noche como marido y mujer.

Ella se había puesto un camisón blanco que le regaló su madre y se recostó en la cama, temblando de miedo. No sabía lo que era tener intimidad con un hombre, tan sólo podía imaginar cómo se sentiría realizar un acto que el padre Jacinto Ramos calificaba de impuro. Sus amigas casadas le habían dicho que debía mantenerse quieta mientras su esposo bufaba sobre ella, que sería normal el dolor y la sangre al principio. Él, en cambio, estaba emocionado, sería la segunda vez que tomaba la virginidad de una mujer. Se sentía fuerte, experimentado, un sansón moderno con una misión que cumplir.

Ana María temblaba de miedo, mientras que él apagaba las velas y se acercaba a ella. Oyó a su esposo pedir permiso a Dios para entrar en su mujer, luego sintió su cuerpo pesado, su aliento de hombre. Sin que ella se diera cuenta, su Camacho le había robado un beso.

Ana María lo rechazó.

—¿Estás bien? —preguntó el doctor Camacho.

—Sí, perdón. No sé por qué te alejé. Es la primera vez que hago esto y...

—No digas más —interrumpió el médico—. Sé perfectamente cómo te sientes, y no porque no hayas hecho esto antes, sino porque hace dos días leí tu horóscopo y vi a tu signo astral cayendo por las casas del zodiaco. Sé que no es buen momento para que tú y yo hagamos esto, pero es necesario. La Biblia dice que debemos crecer y multiplicarnos, para hacer eso voy a necesitar que recibas mi semilla en lo más profundo de ti.

Ana María aún temblaba, sus piernas frágiles no dejaban de moverse entre la sábana que los separaba como amantes fallidos.

—Pienso en eso, pero no se me quita el miedo...

El doctor Camacho se levantó de la cama, Ana María no podía verlo, pero apreciaba su figura negra pasearse de un lado a otro.

—Eres mi esposa y tus obligaciones son las de atenderme y embarazarte. Tú sabías que la única razón por la que me casé contigo era tener un hijo que llevara mi sangre. Tú te casaste conmigo porque eras una quedada y sólo un viudo te tomaría por esposa; además tu madre necesita un nieto para morir en paz. Entonces, ¿cuál es tu problema con que tengamos relaciones carnales? Ya somos marido y mujer.

El cuarto era un remolino de sombras que entraban desde la

ventana y se arrastraban por el piso, crujidos aquí y allá. El baile ancestral de las estrellas que cambian su posición en el cielo.

—Perdona, no quise molestarte —susurró, finalmente, Ana María —. No es que no quiera que hagamos esto, lo que pasa es que todo es nuevo para mí y tengo miedo.

El médico volvió a acostarse sobre su esposa, envuelto en sus humores de mujer.

—No te preocupes, una vez que lo hagamos, se te va quitar el miedo y cuando logres embarazarte podrás sentirte como una mujer plena y realizada. Y no sólo lo digo yo, también lo dicen los textos kármicos de los egipcios y las cartas astrales de los griegos. Tú tranquila, sólo tienes que aflojar tu cuerpo un poquito para que pueda entrar en él. ¡Eso es! ¿Ves cómo no es tan difícil? Poco a poco te vas a ir acostumbrando a mí y vas a dejar de llorar.

Y Ana María esperaba que su esposo tuviera algo de razón, porque le dolía mucho. Hizo caso a los consejos de sus amigas y esperó a que su esposo dejara de bufar y cayera rendido sobre ella. Separada, claro está, por la sábana matrimonial húmeda que acompañaba todo encuentro carnal.

III

Beatriz se paró frente al espejo, acomodó su peinado y sonrió. Tenía un camafeo de san Andrés apóstol en el disfraz de viuda que usaba todos los días.

Había un silencio inevitable aquella mañana de agosto. Apenas se veían los rayos del sol atravesar los cristales de la casona y manchar el mármol, los tapetes y los jarrones de flores marchitas. Beatriz sabía qué era lo que le enchinaba su corazón de piedra: la soledad. Por una razón u otra, sus hijos habían partido del hogar y la dejaron como la reina de un país abandonado. ¿Qué había sido de aquellos niños que corrían por los pasillos en la mañana de Navidad? ¿Qué había sucedido con el tiempo que se le escapaba de las manos como un sueño al amanecer?

Beatriz se percató de un humo verde que iba apareciendo en el espejo, pero decidió ignorarlo. No le importó que la aparición tomara la forma de un cadáver putrefacto con el vientre ensangrentado: Clara atravesó el velo que separaba el mundo de los vivos y de los muertos.

La matrona de los Montejo hizo una mueca de asco y salió de su habitación, pero para su hartazgo, la difunta se reflejaba en todos los espejos del pasillo, igual de amarillenta. Abría los labios sin producir sonido alguno, parecía decir algo que Beatriz no entendió en su silencio.

Bajó las escaleras con soberana lentitud, manchada de los colores

jugosos que iban desde el vitral hasta su nuca; mas al llegar a la primera planta de su casa encontró a Clara en todos los reflejos, en las ventanas y los espejos.

Se persignó y salió de casa.

Ya iba tarde para misa de siete.

Aún con la mañana fresca y el cielo pintado sobre el firmamento, Julio Montejo entró a la casa de su hermana. Ana María lo recibió con una sonrisa forzada y lo invitó a pasar a la sala. Ya no eran los niños que jugaban a esconderse y hacían travesuras a espaldas de su madre, ya no eran las almas libres sin la presión de una sociedad con leyes.

Se vieron como si hubieran pasado siglos.

—Me da gusto que hayas venido —comentó Ana María.

—Es que te quería felicitar por tu matrimonio con el doctor Camacho, encontraste un buen partido para casarte.

Ana María asintió, modesta. Sus mejillas empezaron a tomar color.

—Gracias Julio. Me hubiera gustado que nos acompañaras.

El Montejo arqueó las cejas y tragó saliva, tardó en responder.

—También me hubiera gustado, pero no supe de tu boda hasta que lo leí en el periódico y pues vine felicitarte.

—Gracias —susurró ella.

Pasó el tiempo, los segundos amontonados en la alfombra, helados. Un momento incómodo tras otro. ¿Pasaron cinco minutos o cien? Era imposible determinarlo, porque las horas habían perdido su consistencia.

—¿Y tú cómo has estado? —preguntó Ana María.

Silencio. Ideas surgiendo lentamente antes de convertirse en palabras.

—Bien, nada importante. Sigo tomando clases de pintura en San Carlos y he vendido algunos cuadros a los curas que son los que tienen dinero para invertir en el arte, pero bien. No me quejo. Al menos me da gusto no tener que vivir a la sombra de Beatriz.

Ana María se retorció en un escalofrío terrible al escuchar la última palabra.

—Esa mujer me da pesadillas de ríos de sangre bajando por las escaleras desde el vitral de Minerva hasta la sala. El otro día, soñé con su voz leyendo algún versículo del Nuevo Testamento, mientras veía imágenes de santos envueltas en fuego.

—¡Yo tuve el mismo sueño! —interrumpió Julio.

Por primera vez los hermanos se vieron y se miraron extrañándose. Iluminados por sus sueños de destrucción, se fundieron en un abrazo onírico que los volvió a hacer hermanos.

—Deja ese presentimiento atrás —añadió Julio—. ¡Ven conmigo! Deja a tu esposo, a Beatriz y haz la vida que quieras.

—Para ti es muy fácil decirlo. Eres hombre... y además no puedo.

Ya me casé y tengo que quedarme con mi marido. No puedo ir en contra de Dios.

—Pero…

—¡No insistas, Julio! —exclamó Ana María con cierto recelo.

El Montejo buscó entre los bolsillos de su levita y finalmente encontró una llave oxidada, un carboncillo roto y algunos papeles con bocetos.

Empezó a escribir.

—Aunque no quieras, te voy a dar la dirección donde estoy viviendo y el nombre de otras dos personas con las que comparto la casa. Cuando estés lista para huir de mamá o de tu esposo, usa esta llave y serás libre.

Ana María tomó la hoja con la llave y la guardó en una de las cajitas que tenía adornando la mesa de la sala. Luego le ofreció una taza de té y se fue a la cocina a prepararlo.

Julio se quedó bocetando el polvo y el silencio en trazos ininteligibles.

Entretanto, Eva había llevado a su pequeña Magdalena a un edificio del siglo XVII que ahora servía como un colegio religioso lleno de monjas tan obesas como feas. Todas marchando por los pasillos, seguidas de sus alumnas, bien vestidas de falda larga con moños azules en el pelo.

Una monja cachetona con canas en el bigote las recibió en la entrada; Magdalena lloraba.

—Soy la madre superiora, ¿le puedo ayudar en algo? —dijo con su aliento pestilente.

Eva titubeó al responder.

—Soy la esposa del licenciado Juan Carlos Montejo, traigo a nuestra hija para su primer día de clases.

La monja arrebató la mano de la niña que estaba bien aferrada a los dedos de su madre.

—Sí, conozco bien a su esposo, el hijo de nuestra benefactora. Le recuerdo que usted está aquí porque su hija fue recomendada por el padre Jacinto Ramos y por la esposa del presidente de la República. Aquí, señora, no aceptamos a cualquiera.

—Lo comprendo —susurró Eva, abnegada.

—No lo parece, pero aquí lo importante no es lo que usted piense, sino lo que vamos a hacer con su hija. La vamos a moldear para convertirla en una mujer digna de la gloria de Dios. Aquí aprenderá a bordar, a cocinar y a llevar la economía de un hogar, pero, más importante que aprender a leer y a escribir, aprenderá a rezar como Dios manda.

—Entonces regreso más tarde por ella —dijo Eva al partir.

Magdalena estiró la mano hacia su madre, la llamó entre lágrimas:

—Mamita, ¡no te vayas!, mamita —pero nada pudo hacer.

Se había ido.

La monja arrastró a la pequeña Magdalena hasta el patio principal del edificio.

—Eres una niña muy berrinchuda y maleducada, y, si no aprendes a comportarte, vas a pasar mucho tiempo en la capilla castigada. ¿Me oíste? Así que seca esas lágrimas y acompáñame que te voy a enseñar tu nueva escuela y te va a gustar mucho.

La monja no esperó a que la niña respondiera, la tomó fuerte de la mano y la arrastró hasta su oficina, luego hasta el comedor donde la obligó a tomar un plato de avena. De ahí la llevó a una capilla sin ventanas y santos de madera sin pintar; al terminar de rezar un Padre Nuestro, la arrastró hasta el segundo piso, donde la empujó al interior de un salón.

—Esta es la clase de sor Antonia, si no la obedeces te va a castigar y además te vas a ir al infierno.

La niña, asustada, se presentó con su profesora y esperó a que le dijeran dónde sentarse.

Tenía miedo.

IV

El viento era uno con el cálido verano de ese año. La tarde se antojaba fresca con la tranquilidad de una ciudad efervescente en el progreso, los empresarios iban y venían en carruajes finos de todos tamaños. De entre el polvo del olvido, apareció una figura pobre, llena de pasión y tristeza, con manchas de tierra en la camisa. Pasó junto a un policía y siguió caminando; apurado. Se le iba el aliento con cada idea, cada suspiro y recuerdo.

Octavio empezaba a ser una piltrafa de su juventud, las preocupaciones por su hijo le habían marcado la piel de la frente, de los párpados y las mejillas; le habían arrebatado la edad de los ojos. Por las noches soñaba con su Clara, que lo visitaba desde la muerte para estar sin ser, mirar sin ver y abrir los labios sin hablar.

Dio la vuelta en una esquina y se encontró con la calle que estaba buscando, su corazón latía acelerado, su respiración se agitaba cada vez más. Tenía miedo de lo que iba a hacer, de enfrentarse al fracaso de su plan.

Llegó a la casa que estaba buscando, vio a ambos lados de la calles y, cuando se aseguró de que nadie lo estaba viendo, escaló la reja y entró a la propiedad de los abuelos maternos de su hijo. Se olía el peligro, el verano crecer en el paso, pero era un riesgo que estaba dispuesto a correr.

Rodeó la casa, buscando alguna ventana abierta por la que pudiera entrar. Como era verano, no fue difícil encontrarla y dio la casualidad de que en ese cuarto estaba su hijo jugando con su arca de Noé.

Octavio se acercó a su vástago de cuatro años, lo más sigiloso que pudo, y, cuando se encontró frente a él, fue como reflejarse en un pasado remoto pero no olvidado. Esa carne juguetona y risueña era fruto del amor que había sentido por Clara.

Sabía que no tenía mucho tiempo y lo confirmó cuando escuchó pasos a lo lejos, de modo que se inclinó ante su hijo y lo miró a los ojos.

—Tal vez no sepas quién soy, pero yo te quiero mucho y voy a luchar por ti hasta que pueda, porque soy tu papá y nadie te va a querer más que yo.

Sacó un papelito de su bolsillo y lo escondió entre los animales del arca.

—Si alguna vez necesitas ayuda o hablar conmigo, ésa es mi dirección.

Octavio besó a su hijo en la frente y salió por la ventana, al tiempo que Rosa entraba por la puerta con la Biblia en la mano.

Quería leerle la historia del pecado del rey David.

Del otro lado de la ciudad, la clase de paisajismo había terminado. Julio guardó sus lápices y papeles en su carpeta. Era la única clase que no tomaba con Arturo, así que su pelirrojo se iba a casa, mientras que el Montejo se quedaba en clase.

Con el sudor en su frente, Julio salió del salón y bajó las escaleras con un extraño dolor en el estómago, un presentimiento de maldad que empezaba en el vientre y ramificaba hasta la nuca. Al llegar a la entrada del edificio, entendió el por qué: ahí estaba su madre vestida con las sombras de la viudez y las ojeras de la maldad. Apoyaba ambas manos en su bastón y apretaba los labios con fuerza, lo que tensaba su mandíbula.

—Por fin te encuentro, hijo —la voz de Beatriz burbujeó en el veneno de su alma—. Claudia contrató a un hombre para buscarte, pero no pudo hacerlo. Tan fácil que era venir a San Carlos para ver si todavía seguías tomando clases... ¿El sodomita te está pagando la matrícula?

Julio la miró con desdén, el ceño fruncido.

—¿Qué es lo que quiere?

—Ay, Julio, no sé para qué te haces el tonto, quiero lo mejor para ti.

Julio suspiró, cruzó los brazos y miró fijamente a su madre.

—No me voy a disculpar porque no he hecho nada malo, ni he pecado contra Dios ni contra usted. No creo que la Biblia me condene

por algo que no escogí sentir.

Beatriz gruñó, al tiempo que daba un golpe en el piso, usando su bastón.

—Te engañas con los artificios del maligno, Julio. El Levítico claramente dice que un hombre que se echa con otro como quién lo hace con una mujer, comete un acto de abominación, que en tiempos del rey Salomón se castigaba con la muerte.

Julio carraspeó con una sonrisa burlona, el tiempo seguía detenido a su alrededor.

—Madre, en ese mismo libro se habla de sacrificios animales, se nos prohíbe comer crustáceos, cortarnos la barba y hasta nos da permiso de tomar a la hijas de nuestros vecinos como esclavas. Ninguna de esas prácticas se acostumbra hoy, ¿por qué la que usted cita permanece vigente?

Una bofetada de Beatriz, los ojos húmedos de un hijo furioso.

—Ante todo, a mí me respetas porque soy tu madre y te traje a este mundo con dolor. En segundo lugar, ningún hijo mío va a atentar contra la santidad de la Biblia.

—No atento, cuestiono un libro que dice que no me puedo hincar ante un altar de Dios si no tengo una vista perfecta, que se debe castigar con la muerte al que lleve dos tipos de telas diferentes, que me da permiso de vender a mi hermana como esclava y, ¿sabe qué?, cuestiono a las personas que no saben lo que están leyendo.

Beatriz apretó los dientes, su alma ardía en enojo. Levantó la mano sin golpear a su hijo, sólo una amenaza, un hervir furioso de sangre dentro de su cuerpo viejo.

—Te vas a condenar si sigues hablando así de la Biblia y te aseguro que no habrá poder en este mundo que te salve del infierno.

—¡Ay, madre! Si siguiéramos el Levítico al pie de la letra le aseguro que hasta el Santo Padre se chamuscaba —se burló Julio.

Pero Beatriz se mantuvo seria.

—Con Dios no se juega. Ten mucho cuidado con lo que haces, Julio, no vaya a ser que algo le pase al sodomita que alimenta tu pecado y luego descubras que yo tenía razón.

—No le va pasar nada porque usted se va a alejar de nosotros si no quiere que todos se enteren de lo que le hizo a papá. No se haga la inocente, que sé perfectamente cómo murió.

Beatriz se quedó petrificada, sin aire en los pulmones. La sangre se detuvo en sus venas. Por un momento se sintió como una estatua de sal en presencia de la destrucción de Gomorra.

Julio, con un toro metido en el pecho, supo que no tenía más que decir. Salió de la Academia de San Carlos y se perdió entre la gente.

Pasadas las dos de la tarde, y tras haber revisado a un paciente con el

cuerpo astral inflamado por una infección de la conciencia, el doctor Camacho cerró su libro de alquimia. Estaba cansado y tenía hambre. Dio gracias a Dios que ya no tenía que ir a la fonda de la esquina para comer, porque se había conseguido una esposa que lo atendiera. Se levantó de la silla y se acarició la barba, mientras su estómago hacía algunos ruidos extraños. Le dijo a su casera que regresaría en una hora para atender más pacientes y ella asintió.

El doctor salió a la calle y rápidamente cubrió su boca con un pañuelo, la ciudad era un hervor de sudores de todas las clases sociales. Caminó con cierta lentitud hasta su casa y entró en ella. Vio el humo arrastrándose por los techos, el olor a quemado inundar cada una de las habitaciones. Otra vez se llevó el pañuelo a la boca y fue hasta la cocina para encontrarse con su esposa.

—¿Se puede saber qué pasó aquí? —preguntó.

Ana María suspiró con cierto hartazgo.

—Quería recibirte con una sopa de fideos y un estofado de carne, pero la sopa se convirtió en un engrudo gris en cuanto le puse el caldillo de tomate y la carne se disolvió en la salsa roja y se hizo negra.

Epigmenio Camacho soltó una risotada.

—Ay, querida esposa, yo no sé quién te enseñó a ser mujer, pero eres un verdadero desastre. Ayer no sabías qué hacer en la cama y hoy me entero de que tampoco sabes cocinar. Ya nada más falta que me digas que no sabes coser, bordar ni cuidar niños. Hasta parece que no eres hija de doña Beatriz Montejo.

Ana María apretó los dientes y bajó la cabeza. Dejó la cuchara de madera en el engrudo.

—Te juro que voy a aprender a cocinar, no sé cómo pero lo hoy a hacer. Hoy me dijeron que hay una señora, aquí a la vuelta, que da clases.

—No, pues ya me casé contigo y ya me fregué. Al rato vas y preguntas cuánto cuestan esas clases y, mientras tanto, yo lo consulto con los espíritus para ver si es un gasto que me conviene hacer; si ellos me dan permiso, entonces las pagaré.

Y sírveme de tu porquería, que tengo que atender a un paciente en cuarenta minutos y no tengo tiempo de ir a la fonda a comer.

Ana María tomó uno de los platos y empezó a servir del engrudo que olía a carbón.

—Ya verás que no tiene mal sabor.

—Mejor no digas mentiras, que es mal karma —respondió Epigmenio.

El médico fue hasta el comedor y esperó a que su esposa le llevara el plato.

Entretanto, Beatriz, con su porte soberbio, tocaba la puerta del padre Jacinto. Una vez que el cura le dijo que podía pasar, ella abrió y penetró en la oficina. El atardecer se marchitaba sobre los libros apolillados de san Agustín y san Ignacio.

—¿Qué la trae hoy a la iglesia, hija mía? —preguntó el sacerdote.

—Acúsome, padre, porque he pecado contra Dios.

El padre Jacinto tuvo un escalofrío desde la nariz hasta los pies. Tragó seco cuando vio que el fantasma fermentado de Carlos Montejo dio un paso al frente, de las sombras a la luz, sin ojos en las cuencas, carne verde, mollera al descubierto y un olor fétido. El espectro caminó entre ellos, de modo que la matrona de los Montejo también lo vio.

—¿Qué es lo que deseas confesarme hoy? —tartamudeó el religioso sin quitar la mirada de la aparición errante.

El espectro de Carlos Montejo fue acompañado por el de Clara Martínez; igual de putrefacto y deshecho, con el vientre empapado en sangre negra. Caminaron juntos en aquella oficina. Nómadas en la muerte, nómadas en la vida.

—Cuando mi Carlos, que en paz descanse, me dijo que estaba por cometer adulterio con otra mujer, entré en cólera. Sentí odio por mi esposo y por la mujer con la que él me era infiel. Cuando planeé mi crimen, lo hice por los dos. Ambos pecadores merecían morir.

Los fantasmas se detuvieron, enredaron al cura entre sus dedos llenos de gusanos y le apretaron los hombros para provocarle un escalofrío.

—¿Qué hiciste? Dime y callaré por amor a Dios bondadoso.

Beatriz suspiró.

—Unos días antes de matar a Carlos, fui a la hacienda. Claudia era la administradora entonces, y vivía en un cuarto separado de la casa principal. Me acerqué a la mitad de la noche con una vela, sabía que ella estaría durmiendo. Entré a su casa y prendí las cortinas, luego me quedé afuera para ver cómo todo se destruía. Llegaron los peones y no dijeron más. Cuando regresé a la ciudad, en verdad creí que estaba muerta.

—¿Y qué pasó?

La matrona recargó su bastón en el escritorio, las manos sobre su regazo. El atardecer se apagó, el claroscuro le pintó arrugas.

—En el funeral de mi esposo la vi aparecer y ponerse a mis órdenes. Me sorprendí de su aspecto, cuando yo la conocí era muy joven y muy bonita, pero el pecado de su alma le sudó por la piel para volverla fea y arrugada. La dejé vivir porque no puede probar que yo inicé el incendio, y es mayor castigo vivir con esas deformidades sangrantes en todo el cuerpo. Así que, padre, ése es mi pecado...

Los fantasmas se desvanecieron.

El cura, aliviado, se recargó en su escritorio.

—Mi señora, usted no llegó a cometer el pecado. Ella no está muerta, pero si quiere que su conciencia se sienta mejor, agregue a sus oraciones diarias tres rosarios por un mes completo.

El padre estaba por levantarse, cuando Beatriz carraspeó.

—Aún hay algo más, padre. Necesito su consejo sobre qué debo hacer con mi hijo Julio.

—¿Qué pasa con Julio?

—Ay padre, me da tanta pena decirle esto. ¿Qué va a pensar de nuestra familia?

—Hija, ¿qué ha hecho tu hijo Julio?

—Se ha convertido en una abominación que va en contra de la naturaleza de Dios y ahora es un sodomita cualquiera. ¡Huyó de la casa para vivir con su amante! Padre, ¿qué debo hacer con él?

Los fantasmas no aparecieron, pero su olor sulfuroso volvió a llenar el ambiente.

—Hija, haz lo que te aconseje tu conciencia, pero no derrames más sangre.

Beatriz tomó su bastón para apoyarse en él con mucha dificultad; sentía tornillos de dolor entrar y salir de su pierna derecha.

—Así lo haré, padre. Muchas gracias por escuchar mi confesión.

Y el cura asintió, aún pensando en los fantasmas que había visto.

V

En su inevitable andar, el sol llegó al final de su camino diario. Sangre en el cielo inyectada en el manto que cubría a la Ciudad de México. La brisa fresca anunció el triunfo de las tinieblas, al tiempo que las estrellas lo festejaban en lo alto. Julio Montejo era parte de la noche, sentado en un comedor que apenas era iluminado por tres lámparas.

Poco se distinguía del reloj del fondo, los cubiertos frente a él, la quesadilla enfriándose en el plato; del triste reflejo en la mirada de su pelirrojo al otro lado de la mesa.

—¿Te sientes mal? No has comido nada —comentó Arturo con sincera preocupación.

—Si te duele el estómago te puedo preparar un té de hierbas —añadió la hermana de éste.

Mas Julio suspiró profundo y negó con la cabeza. Estaban sumergidos en un silencio incómodo marcado por el compás de un segundero.

—Julio, no soy tonto, te conozco demasiado bien —aclaró el pelirrojo en la oscuridad—. Tú traes algo o hiciste algo que no nos quieres decir.

El Montejo hizo el plato a un lado y se recargó en la silla. Arturo lo

imitó y su hermana se levantó de la mesa.

—Creo que ustedes dos necesitan hablar. Me retiro a mi habitación para que no les moleste mi presencia.

Y la mujer se fue en silencio, dejando a los dos amantes en las sombras, el secreto y el rumor.

—Bueno, ¿qué hiciste? —preguntó Arturo, serio, con la autoridad de su carácter.

Y el Montejo aún tardó en responder. Nervioso, apilaba las ideas en su mente, forzando las piezas de su rompecabezas mental para crear una imagen coherente.

—Hoy, cuando salí de clase de paisajismo al óleo, mientras tú me esperabas aquí para comer, me encontré con mi mamá afuera de San Carlos. Empezó a provocarme, recitó una cita bíblica tras otra de por qué debería quemarme en el más pútrido de los infiernos, y yo le respondí para defender lo que soy y lo que siento. A fin de cuentas, ella me hizo leer la Biblia por muchos años y ahora puedo usarla en su contra.

Arturo carraspeó, serio.

—Dime que no hiciste algo estúpido...

—Cuando no pudo vencerme, empezó a hablar de cómo una madre protege a sus hijos. Amenazó con que algo malo podría pasarte y que solamente así entendería el poder de Dios y el amor de una madre.

—Dime que no lo hiciste...

Silencio.

—Pensé que eras más inteligente que eso, Julio —Arturo se oía decepcionado.

—No pude evitarlo. Te quiero demasiado como para permitir que la asesina de papá te quiera ver como otra más de sus víctimas. Sólo le dije que sabía lo que había hecho y que se alejara de mí si no quería que alguien más se enterara.

Arturo bufó, pegó en la mesa y se levantó. Su mente era un hervidero de posibilidades funestas, de planes de huida, de muerte. Sangre. Miedo.

—¿Sabes lo que esto significa, verdad Montejito? Vamos a tener que probar que tu madre es culpable o tendremos que huir de la ciudad. Yo no sé de lo que esa mujer es capaz de hacer y tengo mucho miedo por ti.

—No te preocupes por mí, tengo amigos médicos y amigos abogados. A lo mejor nos pueden ayudar.

—Tengo miedo de que, en el peor de los casos, esto llegue a matar o morir.

—¡No! —Julio también se había levantado de su asiento—. Una cosa es probar que es culpable y otra caer en su juego. Yo no voy a matar.

A Arturo no le dio tiempo de explicarse, su Montejo había salido del comedor, dejándolo con un montón de platos sucios.

No muy lejos de ahí, la misma brisa fresca agitaba las ramas de los árboles y movía los vestidos de las estrellas al compás del silencio nocturno. Ana María no había cerrado los ojos, estaba acostada boca arriba en la oscuridad de la nada, porque junto a ella roncaba su esposo como un bulto negro.

Sigilosa, salió de la cama y de la habitación, era un cúmulo de movimientos gatunos envueltos en un camisón blanco. Bajó las escaleras como una sombra que se desliza en una pared. Con la paciencia de un fantasma, caminó hasta el comedor, ocupándose de que la duela no crujiera con sus pisadas. Llegó hasta la cocina y abrió la puerta que daba a la calle trasera.

Un beso, una caricia, un suspiro perfumado en sus labios; una llovizna ligera. Ignacio entró a la casa delineando la figura de Ana María con sus dedos, envolviéndola con la lujuria de su mente, con la fuerza con la que una flor abre sus pétalos al amor del sol.

—Te amo, Ana María. Eres mi llorona, la masa con que mis dedos hacen tortillas, eres pecado y virtud al mismo tiempo.

—No podemos dejar que este matrimonio nos separe. Aún somos el uno para el otro.

—Pero, ¿nos vamos a arriesgar a algo así?

Ana María se acercó a él, lo palpó para asegurar que no se hubiera convertido en polvo. Ignacio seguía ahí, tan nocturno como moreno. Ella se acercó lentamente a su oído, mientras él sonreía con cierto dejo de maldad.

—Mi esposo me confesó hace poco que tiene problemas del corazón y que no vivirá mucho tiempo. Sólo se casó conmigo para que le diera un hijo antes de morir, porque su primera esposa nunca se embarazó y su única ilusión en la vida es la de ponerle su nombre a un niño.

Y una pregunta salió de lo más profundo de su alma.

—¿Y qué hacemos?

—Esperar a que se muera para casarme contigo. Lo que une Dios, que no lo separe el hombre.

Y compartieron un beso, cómplice del engaño, testigo de la locura. Esa noche, tanto la esposa, como el amante, dieron rienda suelta a su lujuria pecaminosa.

CAPITULO 5

EL AMOR DE UNA MADRE

ABRIL DE 1892

I

Arturo de la Garza arregló el vestido rojo sobre la piel de porcelana.

Magdalena esperó a que le dieran su nuevo juguete: una muñeca de Carmen Romero Rubio con rulos en la cabeza.

Eva sonrió por su hija.

—Mi amigo y yo te la compramos por ser la niña más bonita del mundo —dijo Julio.

La sala de casa de Juan Carlos había cambiado poco desde el nacimiento de Magdalena y, aunque él no estaba presente, se respiraba su loción amarga en los cuadros y las vitrinas. Julio y Arturo, sentados en el sillón largo, invitaron a Magdalena a sentarse con ellos.

—¿Quieres que tu tío te cuente una historia? —preguntó Arturo.

Magdalena asintió inocente. Julio carraspeó antes de iniciar la narración.

—Érase una vez, hace muchísimo tiempo, un reino lejano que vivía en prosperidad. Todos eran felices porque no había pobreza ni hambre; pasaban el tiempo juntando leña para que no los sorprendiera el invierno, coleccionaban animales de todo tipo para hacer unos banquetes deliciosos que duraban días y días, entre pasteles, canciones y osos que se disfrazaban de cortesanos para bailar ante el rey.

”Ah, pequeña, pero déjame decirte que éste no es un cuento feliz como los que te han contado de princesas que encuentran esposo con la ayuda de una zapatilla de cristal. Este cuento tiene un final muy diferente. Del otro lado del mundo había un desierto gris y en una cueva vivía una bruja que salía todas las noches a flotar por la arena. ¿Qué cómo era ella? Pues tenía el pelo negro como el de una sombra y usaba vestidos como la medianoche. Era tan malvada que decían que había sido esposa del diablo una vez. De verdad era tan mala que si alguien pronunciaba su nombre, todas las flores que hubiera en el cuarto empezaban a marchitarse. Usaba bastón porque hace muchos

años la había mordido un dragón en la pierna derecha y nunca había podido recuperarse del todo.

”Pues bien, esta bruja tenía envidia del país que era tan próspero y feliz, y estaba decidida a acabar con toda esa bondad. Así pues, llegó hasta el reino y entró a él. Caminó entre la gente hechizándola con su magia. A unos los convertía en sapos, a otros en cucarachas. Los guardias intentaron detenerla, pero terminaron convertidos en ratones. Finalmente llegó hasta el salón del trono, donde el rey descansaba plácidamente. La bruja se presentó como la hechicera más poderosa de todas, y le dijo que si se casaba con ella juntos podrían conquistar el mundo. El rey era muy tonto, así que aceptó la proposición de la bruja y se casaron una mañana de julio. Juntos tuvieron tres hijos, pero luego la bruja se cansó del rey y siguió con su plan.

”Una noche, mientras el pueblo entero dormía plácidamente entre las estrellas, la bruja preparó una poción para convertir al rey en un ratón pequeñito, que luego mató con un cuchillo de plata. ¡Oh sí! Así de mala era la bruja, y consiguió convertirse en la reina. Sus hijos, los príncipes herederos, estaban muy felices con los lujos del castillo, como para darse cuenta del crimen que había cometido su mamá.

”Los cielos del reino empezaron a llenarse de tinieblas. Los campesinos, que alguna vez fueron ricos y no les había faltado madera para calentarse en el invierno, ahora eran pobres. Además, los impuestos habían subido tanto que ya nadie podía pagarlos. Poco a poco, ese reino que fue tan próspero en otros tiempos empezó a destruirse. Sus habitantes huyeron lejos. Para cuando los príncipes herederos se dieron cuenta de lo que sucedía, ya era muy tarde, murieron solos y pobres y nunca más se volvió a saber de ese reino tan maravilloso, tan próspero y tan rico que alguna vez existió hace muchísimo tiempo en una tierra muy lejana.

”Y te voy a decir algo, ahijada: la bruja aún vive y si piensas un poquito quién es, no te vas a dejar engañar por sus palabras como lo hizo el rey y los príncipes herederos. Tienes que prometerme que abrirás bien los ojos y serás inteligente para que esa bruja malvada no te haga daño. ¿Lo harás, Magda?”

La niña asintió, tímida. Eva se levantó del sillón.

—Bueno, dale las gracias a tu tío por la muñeca y ve por tus libros, que se nos va a hacer tarde para la escuela.

—Sí, mami —respondió la niña y salió corriendo de la sala.

Los tres adultos se vieron, incómodos, en un silencio gris que se les metió por la garganta y les robó la voz por varios minutos. Hasta que Eva reunió valor:

—No se preocupen, yo no soy quién para juzgarlos. Ustedes saben qué tratos tienen con Dios y sólo a él le responderán. Julio, ¿tendrás

tiempo de venir a la casa como a las cinco de la tarde? Tu hermano no va a estar y me gustaría hablar contigo.

—Claro que sí, cuñada. Aquí estaré a las cinco.

Habiendo acordado la cita, Julio y Arturo se despidieron de Eva y salieron a la calle.

También iban tarde para su primera clase en San Carlos.

Julio y Arturo caminaban rápido hacia San Carlos, al tiempo que Ana María dejaba que Beatriz, con el porte de un viuda elegante y un camafeo de Felipe apóstol en el cuello, entrara a su casa. La matrona de los Montejo ya tenía arrugas en los ojos, sobre los labios y en la frente. Su mirada, sin embargo, seguía poseyendo el poder traspasar a su hija para obligarla a bajar la mirada.

La casa de Ana María era similar a la casona de los Montejo, pero más pequeña. Los techos eran bajos y las arañas no eran de cristal cortado, sino de un material plateado que ya mostraba signos de oxidación.

Beatriz observó todos estos detalles y apretó los labios con desprecio.

—De haber sabido que ibas a ser un fracaso como ama de casa, no hubiera perdido el tiempo enseñándote los deberes de una mujer para con su marido.

—Discúlpeme, madre. Epigmenio está ahorrando para que arreglemos las paredes y los techos.

Beatriz asintió, poco convencida. Sin esperar a que la invitaran, caminó hasta la sala y se sentó en el sillón más alto de todos, recargó su bastón en la mesa. Ciertamente la sala era más pequeña que la suya, con muebles de menor calidad, cajitas de latón sobre las mesas y un florero de motivos egipcios con rosas que habían empezado a marchitarse.

—¿Le puedo preparar un té? —preguntó Ana María, al tiempo que su madre arqueaba las cejas con cierta maldad.

Ana María desapareció por algunos minutos y regresó con una charola de plata y una tetera mal pintada. Le sirvió una taza a su madre y una para ella, luego tomó asiento en un sillón.

—Se te amargó el té, Ana María. Espero no se lo sirvas así a tu esposo, no vaya a venir a reclamarme un día que no te enseñé a ser una esposa.

—No, madre, fue cosa de hoy. Epigmenio nunca se ha quejado de cómo se lo preparo, en verdad.

Silencios largos, en apariencia eternos, que le dolían tanto a Ana María. No sabía si hablar con su madre o arreglar las cajitas de latón sobre las mesas polvosas.

—¿Y cómo va tu vida de casada, Ana María?

—Como usted me enseñó, madre. Me dedico a limpiar la casa, a preparar la comida, a rezar el rosario, a coser los botones de todas las camisas de mi esposo y a escucharlo pacientemente cuando llega por las noches.

—Pero todavía no le das un hijo y eso te hace una mala esposa.

—Lo intento, pero Dios no quiere.

—Y aunque no quiera, siempre es culpa de nosotras. ¡Que no se te olvide!

Silencios mortales, el sol fijo en el cielo. El polvo acumulándose en el aire rancio.

—¿Has oído algo de Julio?

Ana María asintió torpe, mientras daba el último sorbo a su té.

—Sí, vino un día a decirme que estaba bien, que estaba feliz y me dio la dirección donde está viviendo. Ah, y una llave por si un día quería ir a visitarlo.

—¿Y dónde esa dirección y esa llave?

—Sé que la guardé, pero ya no me acuerdo dónde.

—¡Ay, Ana María! Eres una desgracia. No sé qué le hice a Dios Padre para que me castigara con una hija como tú. Llévate mi taza, tira esta cochinada en alguna maceta y hazme un té que valga la pena, por favor. Quiero platicarte bien de los deberes cristianos que debes cumplir como esposa de un médico.

—Sí, mamá —respondió Ana María con voz autómata.

Beatriz se quedó sola en la sala, respirando con aire de triunfo. Se levantó con ayuda de su bastón y caminó lentamente por toda la sala. Buscó entre las cajitas hasta que encontró, en un cofrecito del tamaño de su mano, una llave de cobre oxidado y un pedazo de papel, en el que apenas se distinguía una dirección escrita en carboncillo. La guardó en uno de los bolsillos de su vestido de viuda y regresó al sillón justo para que Ana María le trajera más té.

—¡Este sabe peor que el anterior! —exclamó Beatriz al probarlo—. ¿Es que no puedes hacer nada bien?

Ana María volvió a bajar la cabeza, mientras sollozaba.

Beatriz pasó la mañana hablando de la Biblia, pero su hija no le prestó atención. Prefería llorar con los ojos secos.

La oficina del doctor Epigmenio Camacho era un cuarto que rentó a unas cuadras de su casa. Lo había amueblado con un librero y una pintura del barco de los Argonautas detrás del escritorio. Sólo había una ventana por la que apenas se colaban unos haces de luz.

El doctor, de bigote y barba canosos, garabateaba fórmulas químicas en un papel frente a su cuñado Juan Carlos, de manos nerviosas y pies fijos en las alfombra apolillada.

—Sí, me parece que así es como debe de ser —murmuró

Epigmenio.

Juan Carlos se inclinó sobre el escritorio, tratando de razonar los números y las letras en el papel, algunas tachadas, otras resaltadas en círculos de tinta.

—¿Qué encontró? ¿Es grave?

—Me acabo de dar cuenta de que… claro, esto no miente: Saturno se encuentra en movimiento retrógrado con Venus y, si lo vemos a la luz de Marte, junto con los estudios que le he realizado a su esposa, podemos ver que… sí, así está bien.

Juan Carlos siguió contemplando la hoja, pero no vio planetas, sólo fórmulas químicas unidas, circuladas y estudiadas. ¿Dónde estaba Saturno, Venus y Marte?

—¿Eso es bueno o no?

—Cuñado, deje de inclinarse sobre el papel, no va a entender nada de lo que acabo de escribir porque usted no ha estudiado el antiguo y noble arte de la alquimia que ha pasado de generación en generación desde Moisés hasta mí.

El señor Epigmenio Camacho se levantó de su escritorio y fue hasta uno de los libreros, de ahí sacó una Biblia y la abrió de repente. Una nube de polvo salió de las hojas y flotó por toda la oficina. El doctor hojeó entre los pasajes hasta encontrar el que estaba buscando y se lo dio a Juan Carlos. Éste lo tomó y leyó con cierta consternación.

—Esto es cuando Dios castiga a Adán y Eva por haber cometido el pecado original —el médico le arrebató el libro y lo regresó al librero.

—Tiene usted el pensamiento más enlodado de lo que yo pensaba. Mire, cuñado, la cuestión es muy clara. Lo dicen los planetas, las cartas y la química de los estudios que le mandé a hacer: su esposa ya no es capaz de concebir.

Juan Carlos intentó abrir la boca para hablar, pero las palabras no salieron de su mente gris; movió los labios en silencio.

—Es usted muy tonto —continuó el doctor—. Marte es un planeta de hombres y, si desde ahí vemos a Venus, la diosa del amor estará lejana de Saturno, rey de los dioses. ¿Sigue usted sin verlo? Su esposa es muy frágil, por eso no pudo sostener a su primer hijo y abortó. Quedó muy débil y hubiera necesitado meses de reposo antes de volver a embarazarse.

—Pero es que mi madre quiere un nieto.

El doctor lo ignoró, caminó en círculo por su despacho, sacando varios libros con ilustraciones curiosas, desde el huevo filosófico hasta la piedra filosofal y el hombre Vitrubio dibujado en diferentes colores.

—Como estos estudios lo indican, su esposa tuvo daños importantes en sus órganos internos. Es probable que su cuerpo haya hecho un esfuerzo increíble por embarazarse una segunda vez y su matriz quedó tan inservible como la corona de Maximiliano de

Habsburgo.

Juan Carlos Montejo tomó uno de los libros, pero el doctor se lo arrebató y lo cerró de golpe levantando una nube de polvo amarillo.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó el Montejo.

El doctor empezó a guardar sus libros en los huecos de los libreros, luego se sentó y dibujó círculos en el papel.

—Eso depende de lo que usted quiera. Si desea tener otro hijo debe esperar a que su esposa muera o conseguirse una amante. También existe la adopción y el robo de niños. Lo que yo haría sería quedarme con la hija que tengo y volverme a casar en la viudez, así como hice con su hermana. ¿Le mencioné que subí el precio de mi consulta? Ah, no se preocupe, a usted no le voy a cobrar por ser familia.

Juan Carlos no supo cómo pero en cuestión de minutos estaba de regreso en la calle, caminando a su casa.

Había sido una consulta extraña, como siempre.

Mientras tanto, Magdalena pensaba en su tío, en la historia que le había contado sobre la bruja. Estaba sentada en su banca de escuela, mirando a la ventana mientras la sinfonía de vientos acomodaba las nubes en cruces y catedrales.

De repente oyó una regla de madera golpear contra la mesa de su banca. Magdalena volvió a concentrarse en la realidad y vio a sor Antonia muy enojada, con el rostro inyectado de furia.

—Repítame lo que acabo de decir sobre la diferencia entre las vocales y las consonantes, escuincla.

Era la mujer más obesa que había visto en su vida, tenía los cachetes gordos que le colgaban flácidos hasta el cuello, donde cuatro papadas se agitaban cada vez que hablaba. Su cuerpo ya no tenía forma de mujer; hasta su aliento tomaba forma de verdoso vapor de peste sulfúrica.

—Disculpe señorita, no estaba prestando atención.

Otro golpe de regla, otro miedo bajando por la garganta de Magdalena. La monja la miró con ojos de rata callejera.

—¿Y por qué no estaba prestando atención, Montejo? ¿Qué es tan importante que la distrae de sus lecciones?

Magdalena señaló la ventana donde jugaban las golondrinas.

—Perdone, señorita, es que estaba viendo la...

¡Otro golpe!

—¿Qué no le enseñaron modales en su casa? No le pregunté para que me respondiera, la estaba regañando por no hacer sus obligaciones ¿O le recuerdo que los deberes que se llevó a casa estaban llenos de errores?

—No, señorita.

La monja intentó aspirar aire con su nariz hinchada de grasa y

apretó los labios hasta parecer un sapo.

—¡No me conteste que usted no es quién! A ver, párese por aquí y extienda las manos con las palmas hacia abajo. Ya sabe cómo.

Se levantó con cierta dificultad y caminó hasta la otra esquina del salón. La monja obesa la siguió, haciendo temblar las paredes con cada uno de sus pasos. Finalmente se encontraron frente a frente y la monja soltó el primer golpe de regla de madera contra los nudillos de su alumna. Las otras doce compañeras de clase veían la escena en silencio.

Magdalena recibió diez golpes y regresó a su banca. La clase continuó de forma normal. Esta vez sí prestó atención a la diferencia de las vocales y las consonantes, pero sin dejar de pensar en la historia de la bruja.

II

La hacienda de la familia Montejo abarcaba una gran extensión de tierra heredada de la Colonia española. Por eso, todos los cuartos estaban adornados con pinturas, crucifijos dorados y otras reliquias católicas. Había, también, estatuas de piedra en un camino que llevaba hasta una habitación larga, llena de vitrales y olor a incienso.

Claudia, tan fea como el cadáver de un perro que se descompone a la mitad del verano, fue hasta la capilla para desnudar la estatua de una virgen que llevaba un vestido de oro. Luego caminó hasta la casa de Juan de Dios y éste la dejó entrar:

—Quiero que utilices tus poderes en mí y cures mi piel para que vuelva a ser como antes del incendio. Toma esta tela como pago por tus servicios.

Juan de Dios asintió, quemó incienso y pronunció las palabras mágicas que, según él, podían curar toda dolencia de alma y cuerpo. Sin embargo, no hicieron efecto en el cuerpo de Claudia, sino que sumergieron al caballerango en una visión tan poderosa que, cuando emergió de ella, exclamó:

—He visto su pecado con el patrón Carlos Montejo y el fuego cambiando su piel. Sólo en el dolor hallará la penitencia, siñora.

Furiosa, temerosa de que su secreto se diera a conocer, Claudia no dijo más y se escondió en su casa por varios días.

Algunas horas después, en una fonda inundada por el olor del jitomate, la cebolla, el tomillo y el carbón, Julio y Arturo terminaban de comer.

—¿Te conté que esta mañana recibí una carta de mi hermana? —preguntó el pelirrojo mientras comía de su nieve de tuna—. Dice que llegó bien a casa de mi tío y que regresará en noviembre.

—Da gusto que con don Porfirio se estén acabando los salteadores de caminos.

Arturo levantó su jarrito con nieve. Compartieron un guiño, una mirada cómplice, una sonrisa amorosa que permaneció invisible para el resto de los comensales.

—Por cierto —comentó Julio— tengo un plan para descubrir el crimen de mi madre, pero te lo cuento en la noche, porque aquí hay mucha gente.

—Si esto no resulta, nos vamos a tener que ir a vivir con mi tío o a Estados Unidos. De hecho, me tomé el atrevimiento de contarle a mi hermana lo que pasó con tu madre, antes de que se fuera.

—Mejor. Yo quería contarle, pero tenía miedo de que me fuera a juzgar. La historia de mi familia no es tan limpia como todos creen, cuando éramos colonia española le dábamos sobornos al Virrey para que nos dejara pagar menos impuestos; tengo un tío perdido en mi árbol familiar que fue quemado porque, según él, había aprendido a invocar espíritus bíblicos; y durante la Guerra de Reforma, papá le daba dinero a los conservadores y a los liberales por igual para quitarse de problemas.

Arturo sonreía, escuchaba divertido la historia los Montejo.

—Pues lástima que saliste pintor y no escritor, porque ahí tendrías material para una novela digna de Víctor Hugo.

A lo lejos se oyeron las campanas de la iglesia. Julio se limpió la boca lo más rápido que pudo.

—Ya es bien tarde. Están llamando para misa de cinco y quedé de verme con Eva en su casa. ¿Pagas la cuenta?

—Apúrate, que se te va a hacer tarde. Nos vemos en la noche.

Julio asintió y salió corriendo, mientras que Arturo pedía más nieve de tuna.

En cuestión de minutos, en los albores de un atardecer dorado, Julio entraba a la casa de Eva Montejo.

—¿Cómo está mi ahijada? —preguntó.

—Bien, igual que esta mañana. Ahorita la dejé en la mesa de la cocina haciendo sus deberes. Julio, te pedí que vinieras porque no entiendo qué está pasando con tu madre y con ese amigo que te acompaña cuando nos visitas.

Julio tragó, seco de palabras. Se distrajo con las sombras, con una araña que caminaba a lo lejos sobre una silla.

—Por favor —pidió Eva—. Si estás aquí es porque confías en mí. No le he dicho ni a Juan Carlos ni a tu madre que vienes a ver a Magdalena una vez a la semana. ¿Quién es ese hombre que te acompaña a todos lados?

Julio levantó la mirada para enredarla con la de su cuñada. Tenía

miedo, como una lombriz que subía desde la boca del estómago, le apretaba la garganta y finalmente tomaba forma de palabras.

—Arturo es... él... es mi amante.

Eva se recargó en el sillón, cerró los ojos y respiró.

—Y tu madre lo descubrió.

Julio asintió, sus ojos se humedecieron. Le temblaban los labios.

—¿Quién es Arturo? —insistió Eva.

El Montejo abrió la boca, pero no hubo sonido alguno. Sólo estiró la quijada, buscando valor para empezar a hablar.

—Conocí a Arturo en mi primer día en San Carlos —inició Julio su narración como un susurro avergonzado—. Todos éramos nuevos, así que fuimos haciendo grupos de amigos, pero lo que había entre él y yo era diferente. Una conexión especial que no sé cómo describir, como si no pudiera salir de mi mente ni de mis sueños ni de mis trazos. Entonces empezamos a vernos después de clases para bocetar en el parque. Un día ofreció acompañarme hasta mi casa...

La voz de Julio se apagó.

—¿Te lastimó?— preguntó Eva.

El joven negó con la cabeza y una sonrisa empezó a florecer en sus labios, su rostro iluminado por los recuerdos.

—Al contrario, me robó un beso a la entrada de la casa. Gracias a Dios que nadie nos vio, porque fue un momento largo.

—¿Y tú qué hiciste?

—Al principio me enojé, pero luego me di cuenta de que no podía negarlo: también lo quería. Así que, cuando mamá se enteró y dejó de hablarme, supe que era el momento de dejar la casa y buscar mi seguridad en Arturo.

Eva pensaba en aquellas palabras.

—Mira, yo no soy quién para juzgarte. Sólo a Dios vas a rendirle cuentas de tus pecados, pero ¿y la reputación de tu familia?

—Por eso no te preocupes. Hay un secreto en mi familia que, cuando se conozca, hará ver mi sodomía como un pecado menor. No te lo puedo decir aún, sólo te pido que no confíes en mi madre.

—Nunca lo he hecho —se burló Eva.

—Entonces no se diga más. En unos días vendré con Arturo y te diremos cuál es el pecado que oculta la familia Montejo. Oye, pero ahorita, ¿podemos traer a mi ahijada? Le quiero ayudar con sus deberes.

—Voy por ella —sonrió Eva, mientras se levantaba del sillón.

El atardecer filtró sus rayos por la ventana, calentando la nuca de Julio.

Se respiraba un aire de tranquilidad.

III

En la casona Montejo flotaba el polvo en la luz lechosa que alcanzaba a colarse por las ventanas y manchaba el vestíbulo, el comedor y la sala. Apenas crujía el silencio de la nada, el rechinido de un atardecer lejano.

En cuanto Beatriz se acercó a uno de los floreros, las rosas perdieron su encanto rosado. Siguió apoyándose en su bastón hasta llegar a la sala, donde el gran reloj caminaba al revés.

—Qué bueno que llegaste, hijo. Te mandé llamar porque necesito que quites ese cuadro que puso tu padre sobre la chimenea.

Juan Carlos, ligeramente más gordo, besó a su madre en la mejilla.

—Claro que sí, mamá. Lo que usted ordene.

Así, pues, el Montejo dejó a un lado su levita polvosa y se arremangó la camisa. Se acercó a la chimenea e intentó mover el cuadro, pero éste no cedió. Por más fuerza que usara para quitar la pintura, lo único que logró fue llenar su rostro de un sudor espeso. Harto, acercó una silla y subió a ella. Desde ahí alcanzó la parte superior del cuadro e hizo fuerza sobre el marco dorado. Sin embargo, volvió a fracasar: la imagen de Beatriz permanecía fija en la pared.

—El cuadro no quiere ceder, mamá. Tal vez esté pegado a la pared.

La matrona de los Montejo dejó escapar un gruñido de insatisfacción y un golpe de su bastón en la alfombra. Se quedó pensativa un rato.

—Pues si no quiere salir por las buenas, vas a tener que desmontarlo como puedas para que tenga libre esa pared.

Juan Carlos acarició su bigote y asintió. Fue hasta la cocina y volvió con el cuchillo más grande. Volvió a subir a la silla e intentó desarmar el marco, y rasgar el lienzo pero no pudo dañar la pintura.

—Con fuerza, hijo —ordenó Beatriz.

Mas para Juan Carlos no fue posible dañar el marco dorado del cuadro, hasta que dobló la hoja plateada del cuchillo.

—Mejor bájate de ahí, creo que no vas a poder quitar ese cuadro. Vamos a la cocina a que te dé un vaso de agua.

—Sí, madre, lo que usted diga.

Juan Carlos acompañó a Beatriz hasta la cocina. El día empezaba a apagarse, las sombras a cubrir la Ciudad de México.

Acechaba la parca.

La tarde aún flotaba agradable, el aire estaba lleno de los sabores blandos de dulces que vendían las inditas en las calles. Se respiraba cierta tranquilidad de que el general Díaz siguiera gobernando México y así se lo hizo saber Bernardo Martínez a su esposa.

—A la Junta Central Porfirista le está yendo muy bien buscando la reelección de don Porfirio, ¿no? —preguntó Rosa tomando un poco de té.

—No podía ser de otra forma, mujer. Pablo Macedo, Francisco Bulnes, Joaquín Casasús y Pepe Limantour son los que están detrás de este proyecto. Además, todo el país quiere que siga el progreso positivista que nos ha traído el general Díaz.

Bernardo pasó la página de su periódico, con las manos manchadas de tinta.

—No sé qué opine el país de que don Porfirio llegó al poder con el lema de la no reelección y ahora esté buscando su cuarta presidencia.

Bernardo cerró el periódico, lo dobló cuidadosamente y lo puso a un lado.

—¿Eso a quién le importa? Todos estamos muy felices de que no haya más guerrillas. Éste ya empezaba a ser un siglo perdido hasta que llegó el general.

Rosa se sirvió más té y bebió un poco.

—Me cuesta mucho creer que en este país no haya alguien que pueda gobernar, mantener esa paz en la ciudades y la economía de México a flote.

—Como el general Díaz, no.

Rosa se levantó, acomodando su vestido, las arrugas de la falda.

—Voy a revisar que el niño esté haciendo sus deberes.

Colocó su taza y la tetera en una charola y salió de la habitación. Pasó el tiempo, el inevitable fluir de los minutos ahogándose en la ciudad, hasta que Rosa entró de golpe en la habitación, más pálida que el periódico que momentos antes leía su esposo.

—El niño no está en su habitación.

Bernardo se levantó de golpe.

—¿Dónde lo dejaste, mujer?

—Ahí, con sus cuadernos y sus libros, pero ya no está.

—¡Todo es tu culpa! Lo vas a echar a perder como echaste a perder a tu hija. Seguramente se escondió en la cocina o en el estudio.

Rosa asintió, asustada. Sus ojos empezaban a llenarse de lágrimas, lo que provocó un gruñido de su esposo.

—Si el mundo se pudiera solucionar con lágrimas… —suspiró Bernardo y salió de la habitación.

Rosa lo siguió.

Pero ni Bernardo ni Rosa pudieron encontrar a su nieto, una hora antes había salido de ella con un papel en la mano. Con casi siete años, tenía una inteligencia envidiable y ya entendía muy bien cómo funcionaba la ciudad. Así que, con imperiosa certeza, caminó entre las calles llenas de catrines y damas de largos vestidos.

—¿Estás perdido, pequeño? Puedo llevarte a tu casa si quieres —le preguntó una señora con un sombrero grandísimo.

—Muchas gracias —respondió Pablo con mucha cortesía y le dio el

papelito que meses atrás le había dado su padre—. Vivo en esta dirección y queda al doblar esa esquina.

La dama asintió.

—Entonces déjame acompañarte, la ciudad no está para que un pequeño como tú camine sólo.

Así fue como llegó Pablo hasta casa del hombre que le había dado la vida. La dama porfiriana tocó a la puerta y, tras abrirse, apareció Octavio, un poco confundido al ver a la mujer, pero en cuanto bajó la mirada y vio a Pablo no pudo contener su alegría. Sonrió sin quererlo. Por un momento estuvo seguro de que la fuerza de gravedad se había levantado sobre la Tierra y la materia flotaba sin control por los aires. Sin embargo, pronto supo que eso no era verdad. Seguía con sus dos pies firmes en la puerta de entrada.

Octavio agradeció a la mujer que le había llevado a su hijo, luego cerró la puerta y llevó a Pablo de la mano hasta la cocina. Ciertamente era una casa muy diferente a la casona de los Montejo; un hogar improvisado de clase media. Una cocina mediana, una sala pequeña, un comedor minúsculo y una escaleras grises que llevaban a un cuarto en el primer piso.

—No es que no me dé gusto que hayas venido, pero ¿qué haces aquí?

—Vine a verlo —respondió el niño con la voz impregnada en inocencia.

Octavio sonrió y lo abrazó largamente, luego vino a su cabeza una amenaza de otrora. “¡Lárgate, porque nunca lo vas a ver! Ya no tienes hijos y, si nos sigues molestando, pondremos en aviso a la policía para que te lleven a la comandancia y luego a la cárcel.”

Miró a su hijo a los ojos y le preguntó:

—¿Tus abuelos saben que estás aquí?

Pablo negó con la cabeza, un puchero en los labios.

—No te voy a regañar, hiciste bien en venir a verme y puedes hacerlo cuando quieras, pero si se enteran que estás aquí me va a ir muy mal. Déjame acompañarte de regreso a tu casa.

—Sí, papá —sonrió el niño, con un extraño fulgor gris en los ojos.

—Nada más que tienes que cuidarte muy bien cuando vengas, porque no le puedes decir a nadie y tus abuelos no se pueden enterar de que sales de la casa. ¿Estás de acuerdo?

Pablo asintió, Octavio lo tomó de la mano.

—Oye, papá, ¿por qué?

Y juntos regresaron a la calle. Media hora después, lo encontraron sus abuelos y nunca supieron que había salido de la casa.

IV

Inevitables las sombras, las estrellas vestidas de nubes, la luna en su baile erótico. La Ciudad de México desaparecía ante los vapores de la noche.

El doctor Epigmenio Camacho estaba cansado, había tenido un día largo lleno de consultas. A uno se le había roto el brazo y lo curó con polvos de una piedra filosofal, a otro le empezaba a fallar la vista, por lo que le puso gotas de luz que le extrajo a unas flores que tenía en su jardín... y así sucesivamente.

Con la espalda encorvada y los pensamientos dormidos, caminó entre las calles de la ciudad, ya iluminadas por los faroles de gas. Finalmente llegó a su casa y, cuando entró en ella, no halló las usuales humaredas grises que Ana María creaba cuando hacía la cena. Se le hizo extraño y de inmediato temió por la seguridad de su esposa. Corrió hasta la cocina y la encontró llorando junto a una olla. Epigmenio no lo dudó, la abrazó y se dio cuenta de que su cuerpo estaba frío. Por un momento le pareció estar tocando a un cadáver que soltaba lágrimas aceitosas y las secaba con un pañuelo blanco.

—¿Qué tienes, querida? ¿Te quemaste mientras preparabas la cena?

Ana María negó con la cabeza.

—Perdone si me comporto como una tonta, pero toda la tarde he tenido un presentimiento horrible de que algo va a pasar. Ya me tomé un té para los nervios pero no pude calmarme. Ni siquiera pude hacer la cena.

Epigmenio la llevó hasta el comedor, apenas iluminado por los faroles de la calle. Ahí la ayudó a sentarse en una de las sillas. Le dio una copita de coñac y le dijo que lo tomara, que la haría sentir bien, pero en cuanto Ana María le dio un sorbo, sintió que la inundaba un sentimiento de asco. Lo dejó a un lado y levantó la mirada para encontrarse con la de su esposo.

—¿Qué sientes exactamente? —preguntó él.

Ana María tardó en responder.

—No sé cómo explicarlo, a ratos me duele la cabeza, aquí en la frente, y cuando cierro los ojos sólo veo un color rojo muy intenso, como si fuera sangre.

Epigmenio asintió levemente, pero no en su condición de esposo, sino de médico.

—En el laboratorio tengo un remedio que va a relajar tu cuerpo, a liberar tu mente de las preocupaciones que la aquejan, pero no recordarás nada por unas horas. Yo te llevaré a la cama, no te preocupes.

El médico no había terminado de decir eso, cuando los faroles de la calle se apagaron de repente y toda la ciudad se sumergió en un caldero de oscuridad infinita.

—Ha de haber algún problema con el gas.

Pero Ana María no lo creyó así, cerró los ojos y contempló su visión de santos en llamas, hasta que su esposo le dio a beber un jarabe espeso con sabor a carbón.

De las tristezas de la noche, verdes en apariencia, pero de una consistencia negra como el pecado, apareció Julio Montejo caminando por una calle polvosa; el aire se sentía pesado, grumoso dentro de una bruma gris que dejaba ver poco.

Arrastraba sus pisadas en la tierra, levantaba montoncitos de polvo que luego morían en el fluir del tiempo. Cada paso era un ruido nuevo, un recuerdo. Sólo quería estar en su casa y descansar un poco. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que eso no sería posible, pues al llegar notó que la puerta principal estaba abierta completamente y dentro no había luz alguna en la que pudiera apoyarse para caminar.

Julio tuvo un miedo que se apoderó de él, como pequeñas arañitas que le subían por la espalda y le mordían la base del cuello. Tembló con un escalofrío y un crujido de huesos. Hizo acopio de todas las migajas de valor que le quedaban en su alma y traspasó el umbral.

Dentro encontró más noche, oscuridad. Sombras que apenas dejaban ver siluetas negras en los tapetes y las paredes. De las ventanas no brotaba ni una partícula de luz que lo pudiera ayudar a ver lo que sucedía, pero Julio que tenía una buena memoria y eso le permitió caminar entre las sillas y las mesas, sin chocar con ellos.

—¡Arturo! ¿Dónde estás? —gritó el Montejo en varias ocasiones, sin conseguir respuesta alguna.

Recorrió la sala y la cocina, también caminó junto al comedor donde estaba puesta la mesa. Fue a la habitación que compartía con Arturo y hasta anduvo un rato por la brisa fresca del jardín sin entender lo que sucedía.

Finalmente volvió al vestíbulo y encontró que su zapato había pisado algo húmedo. Confundido, se hincó y tocó un líquido que parecía pegarse entre sus dedos. Fue entonces que sus ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad y el horror se apoderó de todo su ser.

Ahí, frente a él, estaba el cadáver de Arturo de la Garza, bocarriba y con un hoyo de bala en la frente como la marca del Caín bíblico.

Julio no pudo contener las lágrimas, se envolvió en sollozos y se acercó hasta él para abrazarlo y, entre caricias, mancharle el rostro con su propia sangre.

—No te mueras, por favor. No te mueras, rojito —pidió Julio en un frenesí de tristeza incontrolable, hasta que finalmente pronunció las palabras que largamente había albergado en su corazón—. Te amo...

Y besó sus labios fríos...

Entonces, oyó pasos que se acercaban. No estaba solo.

Asustado, Julio se levantó, tan solo para envolverse con un perfume amargo que conocía muy bien. Sintió una presencia detrás que él que le oprimió el pecho, luego la boca de la pistola sobre su sien derecha.

—Por favor. Soy... su... hijo... —clamó en vano.

La paz de la noche fue rasgada por un disparo y el caer de un cuerpo muerto en un charco de sangre que se confundía con el de otro, enfriado minutos atrás en el velo de la noche. Un cartoncillo con la virgen de Guadalupe cayendo al vacío.

A lo lejos empezaron a ladrar los perros, mientras una sombra irreconocible se alejaba de la escena del crimen.

La mañana siguiente se amaneció perezosa. La noticia de la extraña muerte de Julio había conmocionado a la ciudad. Los periódicos no alcanzaron a cubrir la nota, pero el rumor se extendió entre la población más rápido que la luz del amanecer acariciando tiernamente las casas de la ciudad.

Era de esperarse que Rodrigo Carbajal, inspector de policía, se acercara a Beatriz Montejo para preguntarle si su hijo había tenido algún problema con otra persona, o si lo habían amenazado de muerte. A lo que Beatriz negó con la cabeza.

Rodrigo asintió lentamente.

—¿Hay algo más que pueda decirnos sobre su hijo, señora?

—No, lo siento.

—Le seré sincero, señora. En la comandancia creemos que el asesino quería matar al señor de la Garza y mató a su hijo para no dejar testigos. Por eso seguimos investigando si el señor de la Garza tenía alguna actividad criminal.

Rodrigo Carbajal esperó una reacción de la mujer, pero no la obtuvo. La matrona de los Montejo permaneció inmóvil, amargada, con el ceño fruncido y los labios en una mueca de asco; su corazón latía como el de un demonio que recordaba su crimen y se alegraba por ello.

—Sea como haya sido, no es mi deber cristiano juzgar los pecados de los demás, para eso está Dios y su corte celestial.

—Es probable, sí. Ahora, si me permite, hablaré con su hijo que me espera en la sala.

—No creo que Juan Carlos le pueda ser de utilidad, pero si cree que sea necesario hablar con él, adelante.

El detective le agradeció a Beatriz por toda su ayuda y salió de la habitación, al momento que la pequeña Magdalena iba entrando. Inocente, pálida. Se acercó a Beatriz y le dio un beso en la mejilla.

—Abuelita —dijo con su voz de niña—. ¿Ya vio que hoy los relojes de la casa no caminan hacia atrás?

—Eso es porque los relojes siempre caminan hacia delante, está en su naturaleza —respondió Beatriz con frialdad y desprecio.

Magdalena calló, las palabras de su abuela le habían causado un escalofrío. Después de algunos segundos, Beatriz pegó con el bastón en el escritorio.

—Habla, niña. ¡Di algo! Es de mala educación que te quedes callada.

Tomando un poco de valor, Magdalena jugó nerviosa con sus dedos.

—Abuelita, ¿es cierto lo que dicen de mi tío Julio?

Beatriz sonrió.

—¿Que está muerto? Sí, es verdad, pero no te confundas con lo que te digan tus papás: a tu tío Julio lo mataron por pecador, así que tómalo como una lección. A Dios no le gusta que lo desobedezcas, porque sale caro el castigo.

Cada una de esas palabras entró en Magdalena y sufrió un cambio extrañísimo, porque fueron alterando su forma y consistencia, de letras unidas a lágrimas sin forma acumulándose en sus ojos y mojando sus mejillas infantiles.

—Pobre de mi tío Julio, rezaré mucho por él —sollozó la pequeña Magdalena.

—Puedes hacer lo que quieras, no me interesa. Lo que sí te adelanto es lo que dice el testamento de tu padrino. Dejó todo a tu nombre y como lo único que tiene son pinceles y pinturas mal hechas, creo que vas a salir perdiendo. ¿Y sabes qué? Mejor regresa con tus papás a la sala, que no puedo estar perdiendo el tiempo con una escuincla metiche.

Y las lágrimas continuaron brotando de los ojos inocentes de Magdalena, mientras que Beatriz, divertida como la serpiente en el Edén que goza con el pecado, reía sin control.

Magdalena, humillada, triste y deshecha, arrastró los pies hasta el pasillo y cerró la puerta tras de sí.

CAPÍTULO 6

LA JUSTICIA ES CIEGA

OCTUBRE DE 1895

I

Pablo Martínez soltó una lágrima por la muerte de su padre.

Sucedió que, un día de tantos en la Ciudad de México, el cielo se inundó de tonos cálidos que iban pintando de fuego las nubes y de oro las calles con sus transeúntes. Sin embargo no de forma común, pues el sol había decidido que saldría por el oriente y convertiría el amanecer cotidiano en un atardecer espectacular, inexplicable pero hermoso.

Eran los primeros minutos del día, las partículas de luz recién nacidas envolvieron el cuerpo de Beatriz, siempre vestida de negro en memoria de su esposo muerto y un camafeo de san Pedro apóstol al cuello. Estaba en la sala polvosa de la casona Montejo, mirando a la ventana. De repente, carraspeó y volvió la cabeza para ver a su sobrino nieto sentado en uno de los sillones.

—Dios te ha llenado de desgracias porque te ama, pero eres muy joven para entenderlo —susurró Beatriz con su voz grave, ronca, sin pasión alguna—. Aún no tienes la madurez suficiente para ver que nuestro Señor te pone a prueba en estos momentos, por eso te arrebató a tus abuelos y los mandó a la cárcel por haber conspirado y asesinado a tu padre. Así que deja de llorar o la gente va a empezar a decir que eres igual de maricón que mi hijo Julio, que en paz descanse.

Pablo, próximo a cumplir los diez años, usó el dorso de su mano para limpiar la única lágrima que humedecía su mejilla. Levantó el rostro lentamente y contempló la mirada pétrea de Beatriz, antes de volver a bajar la cabeza.

—¿Qué va a pasar conmigo?

Beatriz torció los labios mientras contempló el amanecer extraño que se posaba sobre la ciudad.

—La peor de las desgracias, serás rechazado por el mundo. No se te olvide que eres el hijo de un pecado terrible y eso no lo perdona la

sociedad. Además, ya no solo eres el hijo de una cualquiera y un hombre de clase social cuestionable, sino el nieto de unos asesinos. Serás despreciado, pero no te preocupes, aunque a veces te mire con asco, no te repudiaré con mis palabras. Te quedarás conmigo y te educaré.

Beatriz apenas se inmutó contemplando la luz que se veía a través de la ventana, en el jardín. Ahí, mezclada con la sombra de un árbol seco, le pareció ver la sombra de Julio, gris y putrefacta.

—Maldito sea el día que no me deja olvidar aquella noche —susurró Beatriz con asco.

Pablo, callado, se levantó del sillón y se acercó a la matrona de los Montejo. Con delicadeza jaló su vestido y llamó su atención. Beatriz bajó la mirada con el poder de un rayo.

—Perdone, tía abuela, ¿dijo algo? Es que no la alcancé a escuchar.

—Nada que te importe, rezaba en voz baja —respondió Beatriz, autoritaria.

Luego se percató de que la sombra fantasmal de su hijo se unía a la de otro hombre y se desvanecía ante el sol que se levantaba en el oriente. Haciendo una mueca de desagrado ante los recuerdos de una muerte tan asquerosos que manchaba su mente de pus, Beatriz Montejo soltó un gruñido y apretó con fuerza la figura de plata de su bastón.

—Y tú harías bien en rezar más —añadió Beatriz—. No sé si te hayan dicho esto en la escuela, Pablo, pero a la virgen de Guadalupe le molestan los niños que no atienden correctamente sus deberes.

Pablo abrió los labios con miedo, pero Beatriz se le adelantó con una reprimenda:

—¡No me contestes! A partir de ahora yo estoy a cargo de tu educación. Petrona puso tus cosas en la habitación que está a un lado de la de tu tío Julio. Vas, tomas tus libros y me esperas en la puerta en dos minutos. No te tardes, que me vas a hacer enojar y tengo que ir a misa de siete y a visitar a la suegra del señor presidente.

Pablo no cuestionó las órdenes y caminó con mucho pesar hasta las escaleras, donde se volvió hacia la sala y sonrió con la malicia que había heredado de su tía abuela.

Luego se bañó con los colores lechosos del vitral.

Mientras tanto, Eva esperaba a que Magdalena terminara de desayunar en el comedor, mientras contemplaba el amanecer extraño.

—Apúrate, hija. Se nos va a hacer tarde para la escuela.

—Ya casi termino, mamá —respondió la niña con buena educación.

Eva asintió, no dijo más. Se alejó de la ventana y caminó hasta el cuadro que habían colgado hacía poco: una representación de la

sagrada familia, exquisitamente pintada por Julio Montejo sobre un bastidor de madera que Magdalena había heredado junto con otras doce pinturas de motivos religiosos.

Por un momento, Eva recordó la última conversación que tuvo con su cuñado, ahora difunto, cuando oyó que alguien tocaba la campana de la entrada. Bufó, porque su sirvienta mulata estaba en el mercado y no quería que le quitaran el tiempo. Al abrir la puerta encontró al cartero, quien le entregó un sobre manchado y cortésmente se retiró.

Eva volvió al comedor, se sentó junto a su hija y leyó el remitente: "Josefa de la Garza". En contra de las buenas costumbres y el manual de Carreño, rompió la parte superior sin el abrecartas y sacó un papel cuidadosamente doblado.

—¿De quién es la carta, mami? Usted nunca recibe correo.

—No lo sé —respondió Eva al desdoblarlo.

En el papel se habían escrito una líneas en tinta negra, con perfecta letra manuscrita que serpenteaban en el papel como la cabellera de Medusa:

> Estimada Eva. Usted no me conoce pero me han hablado mucho de usted. Yo conocí a Julio Montejo por algunos años y, por más extraño e inexplicable que le que pueda parecer lo que estoy por escribir, mi hermano lo amó con locura hasta su muerte. Me atrevo a escribirle porque ellos me confesaron un secreto que podría destruir a la familia Montejo si se llega a saber. Me gustaría confiárselo en persona y para eso haré un viaje a la Ciudad de México en próximas fechas y me pondré en contacto con usted. Sólo le pido que no confíe en Beatriz Montejo. Su vida y la de su hija corren peligro.

Al final de la carta, aparecía una firma enredada que no se podía entender.

Eva la dobló una, dos y hasta cuatro veces y la guardó en uno de los bolsillos de su vestido, confundida.

—¿Qué decía la carta, mami?

Eva la miró en silencio, se levantó de la silla y caminó hacia la puerta.

—No seas metiche y apúrate, si llegas tarde te van a castigar las monjas.

Ante la amenaza, Magdalena abrió los ojos bien grandes y salió corriendo por sus libros, no fuera a recibir los golpes usuales de su maestra obesa.

No muy lejos de ahí, Ana María despidió a su esposo y le dio un beso en la mejilla para verlo partir. El doctor Camacho se detuvo en el umbral de la puerta y levantó la vista horrorizado al sol que pintaba de atardecer la mañana tierna.

—¿Sucede algo, Epigmenio?

El médico vio el cielo sin entenderlo.

—Nada que no pueda consultar en mis libros de alquimia.

Ana María cerró la puerta con una sonrisa, pero no porque la vista de su esposo la llenara de alegría, más bien por el amante que ocultaba en sus pensamientos y le inundaba los sueños de vapores eróticos. Caminó hasta el espejo más cercano y se contempló en su reflejo gris. Como le había enseñado su madre, se recogió el peinado en un nudo detrás de la nuca y se puso un vestido verde que en las sombras se volvía negro. Después se sacudió una mota de polvo de los hombros y se aseguró de que no hubiera arrugas en la falda. No era una mujer bonita ni llamaba la atención por sus ojos. Lo mejor que tenía era el apellido Montejo y la argolla de matrimonio que le había entregado su esposo el día de su boda y que se quitaba cuando él no estaba en la casa.

Cuando se aseguró de que estaba presentable, se cubrió en una nube de perfume y corrió a la cocina. Abrió la puerta que daba un callejón trasero y se encontró con su amante moreno de rasgos indígenas que la volvían loca. Bastó una mirada de Ignacio para abrasar el fuego entre ellos y que se besaran con la pasión que detiene el tiempo y altera las leyes del universo.

Los dos amantes entraron a la cocina, donde cerraron la puerta y las cortinas para llenarse de sombras y ocultar su pasión del mundo. Continuaron con mimos y caricias como si la vida hubiera sido creada sólo para ellos y compartieran un solo corazón, con un entramado de venas que los unía cada vez más, en un idioma que solamente ellos comprendían.

—¿No te sientes mal de que nos estemos entregando al pecado del adulterio? —le preguntó Nacho de repente.

—Te amo y prefiero besarte mil veces y confesarme otras mil, que negarme el placer de abrazarte cada día —respondió ella.

Así que poco les importaba lo que sucediera más allá de la cocina; ellos estaban más ocupados en entregarse a las extrañas artes amatorias de la alquimia lujuriosa que a sopesar las consecuencias del mundo.

Y los dos amantes se deshicieron de la ropa como a una naranja se le quita la cáscara antes de comerla. Luego se mezclaron como los ingredientes de un pastel al que sólo hay agregarle un poco de fuego para conseguir una pasta dulce de colores brillantes.

II

Beatriz siempre asistía a las misas del padre Jacinto porque eran las de la iglesia más cercana y porque eran aburridísimas. Ella entendía un poco del latín y estaba de acuerdo en que el pueblo no entendiera las

palabras de la ceremonia, porque así Jesucristo tomaba un aura de misterio que era digno de su nombre y su divinidad. Sin embargo, cuando era el turno de que el sacerdote le hablara a los feligreses desde el púlpito, la ceremonia se tornaba aún más somnolienta.

—En verdad, en verdad, debo hablarles de un tema de moral y compostura que me preocupa —iniciaba siempre sus sermones y luego continuaba explicando las razones por las que las mujeres no debían enseñar el escote, las pantorrillas y las intenciones.

La matrona de los Montejo escuchaba con atención los consejos que el cura daba sobre cómo una mujer debía comportarse en una fiesta, en la calle, en su casa, frente a su esposo; y estaba segura de que lo único que hacía el padre Jacinto era complementar las palabras del manual de Carreño con las enseñanzas de la Biblia.

Como era su deber cristiano, Beatriz siempre asistía a misa muy temprano, antes de desayunar, para poder comulgar en ayunas. Después, esperaba a que el padre fuera a su oficina para poder confesarse, o bien, regresaba a su casa a desayunar. Ese día, sin embargo, no pudo retirarse como lo hacía todos los días, pues, al terminar la misa, el padre Jacinto la alcanzó en la entrada de la iglesia.

—Mi señora, necesito hablar cinco con usted en la privacidad de mi despacho.

Beatriz asintió, molesta. Lo acompañó hasta el despacho del edifico anexo. El padre Jacinto le ofreció un asiento y ella lo tomó con el dolor punzante de su pierna derecha. Luego recargó su bastón en el escritorio.

—¿Le puedo ofrecer un vaso con agua? —preguntó el cura.

Sin embargo, Beatriz no respondió con la misma cortesía, apretó los labios en su mueca usual de asco y arqueó las cejas.

—Me imagino que tendrá algo importante que decirme, así que mejor déjese de tonterías y dígame qué es lo que necesita.

El sacerdote asintió, torpe. Impulsos nerviosos le recorrieron el cuerpo desde la nuca hasta los pies y lo hicieron temblar de repente. Se sentó con un suspiro eterno. Desvió la mirada de su feligresa y tartamudeó lo que tenía en su mente:

—Hija, me atrevo a hablarle antes de que aborde sobre su pecado. En este lugar usted me confesó varias muertes y entiendo las razones cristianas por las que lo hizo: había que evitar el pecado. Quiero preguntarle algo y espero que me conteste con la verdad.

—Pues entonces deje de darle vueltas al tema y pregunte —sonrió Beatriz, de forma que sus dientes se asemejaron a los de un león dispuesto a devorar a su presa.

El padre Jacinto tuvo un escalofrío repentino, que lo obligó a vomitar la pregunta que ya se estaba cociendo en su mente:

—¿Mató usted al padre de Pablito Martínez?

—Si lo hubiera hecho, ya se lo hubiera confesado —respondió Beatriz con toda la seguridad de su alma perversa.

Sin embargo, el sacerdote insistió con miedo:

—Pero tardó en confesarme la muerte de su esposo y la de su hijo. ¿Me está diciendo la verdad, esta vez?

Beatriz suspiró y se llevó la mano al camafeo de san Pedro apóstol que llevaba prendido al cuello. Haciendo gala de sus dotes de actriz, interpretó el papel de una mujer ofendida.

—Padre, ya le dije que no maté a ese hombre. ¿Me cree capaz de cometer un pecado semejante?

—Por desgracia, hija, debo confesar que la creo capaz de eso y muchos horrores más. He sido su confesor por treinta años, pero me temo que mi alma ya no me deja serlo. Sus pecados pesan tanto en mis sueños que ya no puedo dormir de noche. Por favor, Beatriz, deje de buscarme y buque otro confesor.

Beatriz se relamió los labios y cruzó los brazos.

—Me temo que no puedo hacer eso, padre. Necesito que usted me absuelva.

El padre Jacinto se levantó de su asiento y caminó hasta la puerta. Temblando, giró la perilla y la abrió, dejando entrar una brisa gélida que se colaba desde la iglesia.

—Por favor, mi conciencia no puede soportar más sus pecados. Voy a sacarlos de mi mente y guardarlos en un papel para no recordarlos más. Así que le pido, por favor, no vuelva a verme, búsquese otro sacerdote. Déjeme dormir en paz.

Beatriz no le volvió a hablar en vida. Tomó su bastón y, con mucho dolor, se levantó de la silla. Fulminó al sacerdote con su mirada, utilizando la misma fuerza con la que el diluvio universal destruyó toda vida. Apretó los dientes con furia incontrolable y, en silencio total, salió a la calle.

III

El extraño comportamiento del sol vino acompañado de efectos extraños en toda la ciudad, las flores marchitas volvieron a vivir, los pájaros flotaron en el aire sin agitar sus alas y las veladoras de la catedral se prendieron y apagaron sin explicación; pero ninguno de los habitantes de la ciudad se percató de estos hechos, más que uno: el doctor Epigmenio Camacho.

En cuanto llegó a su oficina, aprovechó que no había llegado su primer paciente para realizar un horóscopo detallado. Cuando lo terminó, se quedó muy pensativo pues todos los planetas y las estrellas se comportaban de forma extraña. Consultó sus libros de astrología y

luego los comparó con algunos grabados alquímicos del siglo XVI. Estaba por empezar a deducir lo que ocurría cuando llegó su primera paciente, una señora regordeta de cincuenta años que gustaba de platicar sobre sus trece hijos y abría tanto la boca que sólo dejaba que el doctor preguntara lo indispensable para hacer su revisión médica.

—Antes de que le siga preguntando por los dolores que siente en el pecho, me gustaría hacerle notar algo: el sol se está moviendo de una forma diferente hoy.

La señora se aclaró la garganta y se acomodó las perlas en el cuello.

—Ay, doctor. ¿Cómo cree que el sol va a hacer eso? Usted siempre con sus cosas —se burló su paciente—. ¿Por qué no mejor le sigo contando de las bolas que me están saliendo por todo el pecho?

Así que el doctor Camacho no siguió ahondando en el tema hasta que su paciente partió y lo dejó sólo. Entonces volvió a comparar sus hallazgos y encontró una vieja profecía escrita en tiempos de las pirámides y de las momias: decía que cuando el sol cambiara su posición en el cielo, el pueblo tenía quince años para prepararse ante la eminente llegada de una gran hecatombe que cambiaría a todo un país.

Epigmenio volvió a quedarse pensativo.

Justamente ese día el país entero estaba sumergido en el luto negro del color de los cuervos, pues el día anterior había muerto, víctima de cáncer, uno de los hombres más importantes de la vida nacional, y no sólo por haber sido un político de alcurnia por muchos años y secretario de Gobernación, sino porque había sido el suegro del mismísimo don Porfirio. Además, era el esposo de Agustina Castelló, la mejor amiga de Beatriz.

Fue por eso que la matrona de los Montejo fue hasta la calle de Cadena, hogar secundario del presidente de la República. Los sirvientes, que la conocían muy bien, la dejaron pasar y la llevaron hasta la sala, donde se sentó en uno de los sillones y apretó la base plateada de su bastón. Su mente conjuraba Ave Marías por su esposo y su hijo muertos, quienes ella creía que estaban en el infierno penando cada uno de sus pecados.

Y es que, cuando Beatriz se encontraba sola, como en ese momento, el velo que separaba al mundo de los vivos del de los muertos se volvía fino y lo atravesaban Carlos y Julio Montejo, con aspecto putrefacto y olor pusilánime. A veces aparecían en los reflejos de las ventanas y de los objetos metálicos, otras veces caminaban entre las sombras y desaparecían; pero la mayor parte del tiempo permanecían parados, viéndola a los ojos mientras movían los labios en silencio. Luego desaparecían envueltos en un humo verde.

Agustina Castelló, ahora viuda de Romero Rubio, entró a la sala, envuelta en un vestido negro y una máscara pálida de lágrimas frías. Beatriz se apoyó en su bastón para levantarse con mucho pesar y esperó a que su amiga llegara hasta ella.

—Mi más sentido pésame. Sé cómo te sientes, yo perdí a mi esposo hace diez años y aún me siento como una mujer incompleta.

Agustina secó sus lágrimas con un pañuelo blanco.

—¡Ay, Beatriz! No sabes cómo agradezco que te hayas dado el tiempo de venir, sobre todo con lo de tu hermana. Le dije a mi yerno que los ayudara, pero como está ocupado buscando un secretario de Gobernación para el país, no sé si se dé el tiempo.

Ambas amigas se sentaron juntas en el sillón.

—¿Qué importa mi hermana? —preguntó Beatriz con sus palabras empapadas en hipocresía— No vine a hablar sobre ella, sino a darte mi pésame. Me acompañaste con el dolor de Carlos, de Julio y el del espantoso matrimonio de Juan Carlos; además me ayudaste a que Ana María consiguiera marido en un médico de sociedad. Amiga, te debo tanto...

—No tanto como yo a ti —Agustina forzó una sonrisa a través de su dolor—. ¡Ay, estos sirvientes! ¿No te ofrecieron ni un vasito con agua?

Beatriz negó con la cabeza.

—Ahorita les digo que te traigan uno —continuó Agustina—. ¡Lo que hay que ver en estos días! Una total falta de educación con las visitas.

—Estoy segura que si revisamos bien la Biblia, en algún lugar debe de decir que la falta de modales es un pecado mortal.

—¡Ay, Beatriz! Qué cosas dices... mejor voy yo por tu vaso.

—No es necesario, lo que me gustaría es saber si puedo ver a don Porfirio y a tus hijas, me gustaría darles el pésame en persona en nombre de toda mi familia.

—Están en el piso de arriba. ¿Me acompañas?

Beatriz, con el eterno dolor punzante en su pierna derecha, se apoyó en su bastón para levantarse y salió de la sala, acompañada de su amiga, que ya empezaba a mojar sus mejillas con las lágrimas de su viudez.

El padre Jacinto Ramos daba vueltas en su oficina, siempre rodeado de estatuillas de santos que había que reparar, vestir o pintar. De repente tomaba uno de sus libros y lo hojeaba buscando consuelo. Tras fracasar, lo regresaba al librero. Ni san Ignacio ni san Agustín ni san Hipólito ni san Masiosare lograban tranquilizar su conciencia.

Tenía la cabeza llena de las confesiones de Beatriz, la de Carlos, la de Clara y la de Julio. Las sentía moverse dentro de su cabeza como

un montón de gusanos que se arrastraban dentro de su cráneo, enroscándose en sus pensamientos.

Odiaba haber sido el confesor de Beatriz, odiaba las pesadillas que esa mujer le había causado. Detestaba la presencia de los fantasmas, que en ese momento se aparecían frente a él, como sombras de tinta, siluetas de humor, recuerdos de otrora. Los vio rezar Padres Nuestros en silencio, pudrirse entre las paredes, declamar poemas enteros solamente con sus labios y crear pinturas con el silencio de su caminar.

Jacinto Ramos sabía muy bien cómo exorcizar a los fantasmas. Acosado por las ánimas en pena de Carlos y Julio Montejo desdoblándose en la vida como si nunca hubieran pisado la muerte, abrió un bote de tinta y les ordenó que entraran en él. Las ánimas lo obedecieron, deshaciéndose en partículas de polvo que flotaron de mil colores en el ambiente y entraron al botecito. Ahí, el sacerdote mojó una pluma de plata que guardaba para ocasiones especiales y escribió todo lo que Beatriz le había confesado. Cuando se le acabó el papel, continuó su historia en los márgenes hasta que se le secaron las palabras y supo que había terminado.

Enrolló el papel entre sus manos, regresó a la parte principal de la iglesia y lo escondió en las faldas de un santo, con la esperanza de que sus pesadillas se quedaran ahí; si sus recuerdos se le morían, siempre podría traerlos a la vida con esas palabras.

Complacido por lo que había hecho, entró a su confesionario y nunca más volvió a ver a los fantasmas.

Y el día continuó, insólito. Magdalena estaba en su salón de clases, escuchando las lecciones de la monja gorda que siempre le pegaba con su regla. Como siempre que se aburría, estaba más ocupada en las nubes del cielo que con las palabras de la monja obesa que apestaba a sudor.

—¡Magdalena Montejo! ¿Me está escuchando? —se oyó el regaño usual y la niña reaccionó asustada.

Tal como otras veces, no esperó a que la religiosa le impusiera el castigo. Ella misma caminó hasta la esquina de aquel salón, donde la monja obtuvo su regla de madera y le dio algunos golpes en los nudillos, luego la mandó a regresar a su asiento.

—¿Se puede saber en qué tonterías estaba pensando que no presta atención a mi clase? —preguntó la monja con un aliento pestilente a cebolla podrida.

—Perdóneme, estaba pensando en mi tío, que en paz descanse. ¿Sabe? Es que la policía todavía no sabe quién lo mató.

—¡Qué cosas más impropias para una señorita! El crimen nunca es un tema adecuado para una mujer. ¿Me oyó, Montejo? —se horrorizó

la monja, de forma que su horrible papada se agitó—. Le recomiendo que mejor preste atención a la clase que estoy dando, que será muy importante para su futuro matrimonio.

Magdalena no estaba de acuerdo, pero no quiso hablar más, porque sabía que aguardaban más golpes y ya le estaban saliendo marcas negras en los nudillos. Así que abrió su cuaderno y se preparó para escribir cualquier cosa que la "monja gorda y fea", cómo la llamaba enfrente de su madre, le enseñara.

—Así pues, como les estaba diciendo antes de que la señorita Montejo nos distrajera con sus tonterías, este libro de piel que tengo sobre el escritorio se llama *Manual de Carreño*. Le van a decir a sus padres que lo compren, porque es muy importante que las niñas como ustedes lo lean y se lo aprendan de memoria.

Una niñita pelirroja, de nombre Virginia, levantó la mano y esperó a que la monja le diera permiso de hablar.

—¿De qué habla ese libro? ¿De Dios?

—Si tu mamá no te ha hablado de él, no sé qué clase de moral tendrá ella. Este libro es un conjunto de reglas de cómo deben comportarse los hombres y mujeres en sociedad, de modo que no solo tengan una buena reputación, sino que agraden a Dios en cada uno de sus actos. Escúchenme bien, niñas, una mujer debe mantener su reputación a costa de sus acciones…

IV

El sol inició su tortuoso y loco descendimiento en el cielo, pero tan extraño era que no impregnó de atardecer el cielo, sino de un amanecer incomprensible. Y esos átomos de luz cayeron hasta la casona Montejo y atravesaron el cristal del despacho donde Beatriz bebía de su taza llena de chocolate espumoso. Juan Carlos estaba frente a ella, sacudiendo el polvo de su levita. Seguía engordando y la ropa le apretaba de nuevo. Su calvicie se había vuelto más prominente y se le había caído un pedazo del bigote.

—Mamá, perdone que lo diga, pero usted ya no está para andar cuidando chamacos. Lamento mucho lo que pasó con el tío Bernardo y con la tía Rosa, pero creo que tenemos que pensar en ese niño.

—Estoy de acuerdo —asintió Beatriz con soberana majestad—. Nuestro Señor Jesucristo siempre veló por los niños y pedía que se acercaran a él.

—Entonces comprenderá que es mejor que Pablo se vaya a vivir con Eva y conmigo, para que le demos un futuro de calidad.

Beatriz se le quedó viendo a su hijo y guardó silencio por un largo rato en el que no parpadeó mientras ordenaba sus ideas. Apretaba los labios como cada vez que había algo con lo que no estaba de acuerdo.

—¿O qué dice usted, mamá? Me lo puedo llevar desde hoy —añadió Juan Carlos, nervioso.

Beatriz Montejo carraspeó.

—Pablo se va a quedar aquí, no quiero que tu esposa le meta ideas extrañas en la cabeza. Si quiere hacerlo con tu hija, es tu problema, pero no lo permitiré con Pablo.

—Pero, mamá...

Ni siquiera hubo necesidad de que Beatriz lo interrumpiera, con una mirada bastó para hacerlo callar. Juan Carlos bajó la mirada.

—La próxima vez que vayas a confesarte, no se te olvide decirle al padre que hoy pecaste en contra del cuatro mandamiento.

—A veces me gustaría que no se expresara así de Eva —susurró el Montejo.

—¡Dos veces contra el cuarto mandamiento!

Juan Carlos suspiró, siempre sumiso.

—Está bien, Pablo se quedará con usted. De todas maneras, si necesita que un día lo cuidemos Eva y yo podemos hacerlo.

—Gracias, pero para eso tengo a tu hermana, que tiene que aprender a cuidar niños para cuando tenga los suyos. No debe tardar en embarazarse y darme al nieto que tú no pudiste darme.

—Perdóneme, madre. Ya sabe que Eva...

Juan Carlos no pudo terminar de hablar, porque tocaron a la puerta. Beatriz Montejo pidió que entraran y así lo hizo Petrona. Tenía un telegrama en la mano.

—Disculpe que la moleste, seño, pero acaban de traer esto para usted.

Su patrona se lo arrancó de las manos y esperó a que Petrona se retirara. Entonces lo leyó con gesto inexpresivo y lo guardó en uno de los cajones.

—¿Qué decía el telegrama, mamá? —preguntó el Montejo.

—El veredicto de un juicio en tres palabras: Bernardo Rosa culpable. Pero esto es algo que a ti no te interesa, porque no te mandé llamar para discutir el futuro de Pablo ni el de mi hermana. Ya sabes que tenemos que revisar los números de la hacienda.

Juan Carlos asintió y los dos empezaron a revisar unos papeles llenos de números que sólo ellos entendían.

Mientras tanto, en la sala de la misma casona Montejo, Magdalena estaba sentada en uno de los sillones, con su muñeca de porcelana de Carmen Romero Rubio. Estaba tan enfocada en su juego infantil que no se dio cuenta de que Pablo entraba a la sala, sigiloso. Sin que ella pudiera evitarlo, le arrancó la muñeca de sus manos y corrió hasta el otro rincón. Magdalena lo siguió.

—Esa muñeca es mía. ¿Me la das? —preguntó Magdalena con

inocencia.

Pablo negó con la cabeza, divertido. Incluso soltó una risotada, corrió al otro lado de la sala y espero a que su prima lo alcanzara.

—Es mía. ¡Dámela! —insistió Magdalena.

Pero Pablo estaba muy divertido molestando a Magdalena y tomó los extremos de la muñeca y le dio a entender a la niña que estaba por romperla. Los ojos de Magdalena se llenaron de lágrimas.

—¡No! ¡No la rompas! Es mi muñeca favorita.

—Es mi muñeca favorita —repitió Pablo y volvió a hacer la finta de que la iba a romper—. Yo maté a mi papá, ¿qué te hace pensar que no voy a romper tu muñeca?

—¡Dámela! ¡Dámela! —Magdalena intentó tomar su muñeca, pero cada vez que estiraba la mano, su primo la movía a otro lado.

Magdalena estalló en llanto y fueron esos sollozos los que atrajeron a un fantasma hermoso que brillaba con una luz más blanca que la de los mismos ángeles. El espectro de Julio entró a la sala y se acercó a los dos niños que no creían lo que estaban viendo. El Montejo muerto le quitó la muñeca a Pablo y se la regresó a Magdalena, con el dorso de su mano izquierda intentó limpiarle sus lágrimas y desapareció justo en el momento en que Juan Carlos entró a la sala. Cuando vio a su hija en lágrimas, se hincó ante ella.

—¿Qué te pasa, hija? Todo bien.

—Quería quitarme la muñeca —acusó la pequeña y Pablo sólo hizo un puchero, enojado.

—Ven, m'ijita, no le hagas caso a tu primo. Sólo te está molestando. Hay que regresar a la casa porque ya terminé de hablar con tu abuela.

Juan Carlos la tomó del brazo y caminó con ella hasta la puerta, mientras que Magdalena alcanzaba a volver la cabeza para sacarle la lengua a su primo, quien aún con ganas de romper algo levantó una de las figuritas de porcelana que Beatriz tenía en la sala y la dejó caer en el piso. Era una virgen de Guadalupe que quedó partida en dos: la cabeza separada limpiamente del cuerpo.

El resto de la tarde, Pablo estuvo haciendo berrinche.

Las últimas motas de luz flotaban en el ambiente, átomos de color que daban vida a toda la materia. No era un atardecer común porque el sol se estaba ocultando por el poniente. De modo que en lugar de pintarse un crepúsculo sangrante, pareció un atardecer piadoso, mientras el sol bajaba céfiro. Nadie había podido explicar el comportamiento del sol. Tampoco les importaba. Para Eva, solamente se traba de la forma en que el sol estiraba los brazos y salía de la rutina, al menos para sentirse libre por un día.

La sirvienta mulata deshebraba el pollo para las enfrijoladas que

planeaba para la cena, mientras que Magdalena estaba sentada a la mesa, aprendiendo a escribir en manuscrita, con la propiedad de una dama.

—Acuérdate que tengo que revisar eso cuando lo termines —le recordó Eva.

—Sí, mami. Ya casi está.

Eva carraspeó y continuó contemplando el atardecer hasta que oyó que alguien tocaba la campana de la entrada. Le dijo a la mulata que siguiera con el pollo y fue hasta la puerta. Al abrirla, se encontró con un inspector de policía que la saludó amablemente.

—¿Es usted Eva Montejo? —preguntó finalmente el oficial.

Ella asintió, con un escalofrío terrible recorriendo su espalda.

—¿Conoce usted a la señora Josefa de la Garza?

—Recibí una carta esta mañana, iba a venir a la ciudad de visita y quería hablar conmigo.

—Me temo que no podrá hacerlo, señora Montejo —sentenció el policía—. Cuando viajaba a la capital fue atacada en la carretera por unos salteadores de caminos y murió. Encontramos su nombre y dirección en un papel de su maleta y creímos que sería pertinente que lo supiera.

Eva le agradeció el gesto y lo despidió al cerrar la puerta. Del bolsillo oculto en su vestido, sacó la carta que había recibido en la mañana, la leyó una vez más y la rompió en varios pedazos, al tiempo que se le acercaba su esposo.

—¿Quién era el de la puerta?

—Una indita que vendía flores, pero estaban muy feas y no las compré —mintió Eva.

Juan Carlos escogió creerle y regresó a su estudio a revisar las cuentas de la hacienda. Eva, en cambio, volvió a la cocina y tiró los papelitos a la estufa, pero no se quedó tranquila. Su mente estaba llena de preguntas: ¿Qué secreto tan peligroso ocultaba Julio sobre su familia? ¿Era eso lo que había causado su muerte? Si era así, ¿a manos de quién? Aún más grave, si Julio, su amante y la hermana de su amante estaban muertos, ¿el secreto de la familia se había ido con ellos al más allá?

—Ya terminé, mami —dijo Magdalena y Eva dejó sus preguntas a un lado para ayudar a su hija.

La felicitó por su buen trabajo, mientras el velo de oscuridad empezaba a caer en la ciudad.

La noche pesaba sobre la ciudad, el extraño comportamiento del sol era solamente un recuerdo. La luna había seguido su trayectoria normal en el cielo, de caderas plateadas y linaje gitano. La luz se derramó blanca sobre el rostro serio de Beatriz, asemejándolo al de

una estatua de mármol de otrora, de consistencia dura y moral terrible. Era una gárgola mexicana en pleno Porfiriato, caminando lentamente por las banquetas con ayuda de su bastón plateado. Su corazón palpitaba acelerado en medio de un nerviosismo que comprendía muy bien. Le dolía la pierna derecha pero no le importaba. Ya se había acostumbrado a ofrecerlo como sacrificio por las ánimas del purgatorio y del limbo.

Pronto llegó a la parroquia de Nuestra Señora de Guadalupe, se detuvo por un momento para contemplar los santos tallados en la cantera, manchados por la mierda de las palomas y bañados por el polvo de las estrellas que titilaban a los lejos. El portón de la iglesia estaba entre abierto, el aroma a incienso alcanzaba a colarse entre las sombras. Beatriz entró al recinto donde flotaba un aire de solemnidad, con motas de polvo nadando en el silencio y velas blancas a las faldas doradas de los santos.

Ella conocía muy bien los horarios del padre Jacinto, sabía que a esa hora estaba en su oficina rezando un rosario, así que no le dio mucha importancia. Sus pisadas hicieron eco, el golpe de su bastón contra el mármol también. Su respiración se iba apurando, su corazón aceleraba el ritmo cual tambor de guerra en espera de la batalla. Llegó hasta el altar principal y se persignó con la lentitud de una reina. Con los ojos cerrados rezó unas cuantas palabras que llegaron a su mente, pidiendo perdón por lo que iba a hacer. Cuando terminó, abrió los ojos y entre los átomos de oscuridad alcanzó a distinguir dos figuras putrefactas con lágrimas de pus en las cuencas vacías. Beatriz los reconoció al instante: su esposo y su hijo menor, moviendo sus labios muertos en Padres Nuestros que parecían no tener fin.

—¿Por qué no me dejan en paz? No es natural que los muertos se le aparezcan a los vivos, ustedes pecan hasta en la muerte —susurró Beatriz para que nadie más la oyera; luego, apretando los dientes en una rabia incontrolable, les ordenó—. ¡Váyanse de la casa de Dios!

Y así lo hicieron, se desvanecieron en una nube amarilla que disipó el aroma a incienso y lo llenó de azufre. Beatriz, complacida, tomó una de las velas y la acercó a la túnica dorada de un santo barbado que adornaba el altar principal; hizo lo mismo con una virgen dolorosa a su derecha. Poco a poco empezó arder la tela y el fuego pasó a otros santos. La temperatura empezó a levantarse, los destellos amarillos y naranjas a manchar el ambiente. La matrona de los Montejo usó el bastón para encender la túnica de un santo de cada uno de los altares. Pronto, todos quedaron envueltos en llamas, las chispas saltaron a las bancas, a la mesa del altar, al púlpito y al coro, el órgano también quedó envuelto en el fuego. Todo se llenó de humo negro, al tiempo que Beatriz dejaba el edificio y contemplaba su obra desde la calle.

Poco a poco fueron apareciendo los vecinos y todo aquel que, desde lejos, pudiera ver la humareda que brotaba por la cúpula de la iglesia. Estallaron los vitrales, se oyó la caída estrepitosa de los candelabros que colgaban del techo. A la matrona de los Montejo se le unieron sus dos hijos, su yerno y su nuera. Nadie sospechaba que Beatriz fuera la culpable, todos estaba muy ocupados viendo el templo colonial convertido en una antorcha gigante que opacaba todo brillo astrológico en las alturas. Para desgracia de la matrona Montejo, de entre las llamas y el humo apareció el cuerpo frágil del padre Jacinto Ramos, llevando en sus brazos el cadáver desnudo de una mujer delgada, rubia y con un lunar en forma de cruz en la mejilla derecha. Algunos de los presentes corrieron a ayudarlo, pero el sacerdote estaba más ocupado en identificar a Beatriz entre la multitud.

Él sabía que su feligresa era culpable.

CAPÍTULO 7

UNA REINA EN EL CIELO

MARZO DE 1898

I

El doctor Epigmenio Camacho levantó, orgulloso, su copa de vino.

Los presentes lo imitaron. Juan Carlos tenía una sonrisa en los labios, sentado a un lado de su esposa. Ana María se había sonrojado de repente, sin importarle las malas caras de su madre. La matrona de los Montejo también levantó su copa, pero no bebió de ella; tenía el estómago revuelto desde hacía varios días, se había puesto pálida y todo el día sudaba frío debajo del fondo y de sus pesadas telas negras. Por las noches no dormía, apenas si probaba bocado en la cena. Sin embargo, no había conseguido adelgazar, sino hincharse y, por lo tanto, hablaba poco, porque su paladar le dolía cuando salían palabras de él. De cualquier forma, aquella era una ocasión especial y Beatriz Montejo estaba complacida del festejo que se estaba dando aquel día.

—Te felicito, hija, al fin puedes llamarte una mujer.

Y aunque todos volvieron a tomar de aquel vino, Beatriz no bebió, sino que volvió a dejar la copa en la mesa y miró con asco el pastel de fresas que tenía frente a ella. Le resultaba pestilente su olor, su color y su textura; lo hizo a un lado con la mueca que sus hijos conocían tan bien.

—Ay, ojalá viviera mi hermano Julio para que fuera el padrino del niño —sonrió Ana María, apenas acariciando su vientre.

Beatriz gruñó.

—¡Ana María! Te dije que no quería oír el nombre de tu hermano en esta casa. El padrino de tu hijo va a ser don Porfirio.

—Sí, madre, no lo vuelvo a hacer —Ana María bajó la cabeza en actitud sumisa.

De repente, se oyó la campana de la entrada y los presentes callaron. Esperaron a que Petrona saliera de la cocina y caminara hasta la puerta para abrirla. Sin pensarlo, se hizo a un lado y dejó pasar al padre Jacinto, con el cabello hecho de ceniza, arrugas pesadas en el rostro y remiendos en la sotana.

Juan Carlos se levantó de su asiento e invitó al padre a sentarse junto a él. Mandó a Petrona por una copa y él mismo le sirvió vino.

—Padre Ramos, qué bueno que nos visita —se alegró el mayor de los Montejo—. Justamente hoy tenemos una noticia muy importante que compartirle. Mi hermana está esperando a su primer hijo, ya en unos meses lo estará bautizando.

—Me temo que eso no será posible —respondió el cura, al obtener una botellita rellena de un polvo blanco que dejó caer en su copa.

Los presentes lo miraron extrañados. El doctor Camacho, temiendo que algo no estuviera bien, intentó tomar la copa del sacerdote, pero éste la hizo a un lado.

—Discúlpeme, doctor, pero, aprovechando que están todos aquí, me gustaría decir unas palabras.

Beatriz arqueó las cejas y apretó los dientes con un rechinido horroroso. Tan enojada estaba que empezó a temblar y bebió el vino de su copa de un solo trago, pero ni siquiera así pudo recuperar el color.

El padre Jacinto se levantó con su copa y empezó a caminar entre las sillas.

—Quiero decirles que por muchos años he sido amigo de esta familia y agradezco generosamente todo lo que han donado para reconstruir la iglesia, que algún apóstata desconocido incendió —y cruzó la mirada con Beatriz mientras lanzaba la acusación, luego siguió con su andar por el comedor—. Sin embargo, me ha sido muy difícil vivir con esta familia en estos últimos años. No entiendo cómo pueden aparentar tanta clase y educación si no son más que manzanas podridas que contagian a los demás con sus pecados. Estoy harto de haber escuchado las sodomías que me iba confesar Julio, los deslices de poca moral de Clara y así con cada uno de ustedes. Y de la matrona que se cree la reina del cielo, mejor ni hablemos.

Juan Carlos se levantó de su silla, pero se mantuvo quieto.

—Padre Jacinto, por favor, respete a mi madre.

—Señor Montejo, ya no me es posible seguir pretendiendo que son una familia cristiana. Sus pecados se han convertido en criaturas negras que no me dejan dormir en la noche. No lo aguanto más, que Dios me perdone, pero creo que es lo mejor para todos.

El cura siguió caminando hasta permanecer junto a Beatriz, le regaló una sonrisa, una última mirada y bebió el contenido de su copa de vino. En cuestión de segundos se quedó sin aire y cayó sobre el tapete, la copa rota en cientos de cristales finos. El doctor Camacho intentó llegar hasta él, pero fue muy tarde, no hubo nada que hacer.

Beatriz secó el sudor frío que se aperlaba en su rostro.

A la mañana siguiente, Claudia entró a su oficina rodeada de Montejos

hechos de pinceladas viejas. Intentó enderezar uno, pero se le cayeron varios. No importaba cuántas pinturas tirara, siempre había otras detrás en un árbol genealógico enredado. Tan ajetreada estaba, que no se dio cuenta de que Juan de Dios había entrado a la oficina.

—¿Para qué me buscaba, siñora? —preguntó él, con cierto respeto.

—Más bien tú me buscabas, pero fui a la Ciudad de México a ver si el doctor Camacho podía curar la piel, porque tú no pudiste hacerlo con tus poderes. ¿Qué se te ofrece?

—Verá, siñora, mi hija quiere matrimoniarse con uno de los peones de esta hacienda y el padrecito nos esta pidiendo un dinero para casarlos y apenas si tenemos tantos centavos.

—¿Y eso a mí que me importa?

—Quería ver si me podía prestar un poquito para la ceremonia, siñora.

—No. Ahora, regresa a trabajar y ahorra tu salario.

—Por favor —insistió Juan de Dios—. No me obligue a decirle a mi gente lo que vi en mi cabeza cuando intenté curarla: usted pecando en brazos del patrón Montejo.

Y mientras dijo cada una de esas palabras, sintió un calor que le subía desde las plantas de los pies hasta sus muslos; su corazón latía acelerado y la sangre más bien parecía lava.

—¿Se siente bien? —preguntó Juan de Dios, apretando su sombrero de palma con ambas manos—. De repente se puso muy pálida.

A lo que Claudia respondió con un gruñido molesto. Regresó hasta el escritorio y se sentó detrás de él. Respiró lentamente y se tranquilizó.

—Deja de decir tantas tonterías, dije que no y no es no. Y mucho cuidadito con lo que dices por ahí, porque si me buscas me vas a encontrar.

Juan de Dios respiró profundo.

—Regreso a trabajar, siñora. Disculpe por haberla molestado.

El caballerango salió de la oficina y Claudia aprovechó para tratar de colgar los cuadros de vuelta, pero los Montejo siguieron cayendo.

Mientras tanto, en la Ciudad de México Eva regresaba a su casa tras haber acompañado a su hija a la puerta del colegio, pero no pensaba en Magdalena ni en su esposo. La noche anterior, cuando quiso dormir, una figura surgió en sus sueños, la del padre Jacinto sentado a la mitad de una ciudad de piedra, mientras la casona de los Montejo se deshacía como un polvorón.

Con los primeros rayos del sol habían surgido en su intuición de mujer preguntas que no lograba comprender. Eva se sabía que tenía en sus manos las piezas de un rompecabezas del que no tenía la

imagen completa. Quizás todo había empezado el día que murió Julio. Mientras lavaba los platos de la cocina, se esforzó por recordar el cuento que Julio le contó a Magdalena. ¿Algo sobre una bruja o una princesa muerta? No lo recordó.

Sin embargo, Eva se preguntaba mientras desempolvaba las figuras de porcelana de su sala, ¿podía confiar en una mujer que nunca había conocido? De nuevo recordó sus pesadillas y la figura de un ángel se le cayó de las manos y quedó partida en tres pedazos: el cuerpo, las alas y la cabeza.

"Tal vez —se dijo mientras recogía los pedazos de porcelana rota —, no eran las piezas de un rompecabezas, sino las locuras de un ama de casa aburrida. Así que guardó todos esos pensamientos en una cajita de su sala y siguió limpiando su sala."

No muy lejos de ahí, Juan Carlos también pensaba en la muerte del padre Ramos. No como un amigo, sino como un confidente. Recordaba todos los lunes que había pasado en aquella oficina pequeña, mientras iluminaba sus pecados con los últimos rayos del sol. El cura había sido testigo de su transformación en aquellos últimos años. De ser un hombre joven, delgado y con un bigote muy espeso, se convirtió en un ser humano obeso, sin forma alguna en las caderas, bolsas bajo los ojos y nada de pelo sobre la cabeza.

Sus cavilaciones lo llevaron hasta la fachada negra de lo que, otrora, había sido la parroquia de Nuestra Señora de Guadalupe. Algunos santos aún permanecían tallados en piedra, otros habían perdido la cabeza, incluyendo a la propia virgen de Guadalupe. Al crucifijo le faltaban los brazos. Juan Carlos penetró por los portones chamuscados y se encontró rodeado de cenizas. Los altares dorados habían desaparecido, los candelabros habían caído en el mármol, de las cúpulas sólo quedaban montones de piedras. Se percibía un aire melancólico, pues recordó el día en que había hecho su primera comunión, su bautizo y su boda.

¿Qué habría llevado al padre Jacinto a cometer un pecado tan terrible? Siempre lo vio tan piadoso, tan temeroso del poder de Dios. Más de una vez habló desde el púlpito en contra del suicidio. Sin embargo, él lo cometó. Juan Carlos Montejo nunca había visto morir a un hombre, había leído muchos obituarios en el periódico y sentido pesar por la muerte de su padre, pero nunca había sido testigo de cómo un hombre perdía la vida. Eso lo atormentó durante la noche. No tuvo problemas para conciliar el sueño pero se sumió en la peor de las pesadillas, donde su corazón dejaba de latir en medio de un humo negro muy espeso.

Fue hasta las ruinas del despacho del padre Jacinto Ramos y reconoció los libreros vacíos, el escritorio y la ventana rota.

Suspiró.

Cerró los ojos y rezó un Padre Nuestro por el sacerdote. Luego salió de la iglesia y se alejó caminando. Tenía una cita con el secretario de Hacienda y Crédito Público del gobierno de don Porfirio, José Yves Limantour, y ya iba tarde.

II

Pablo se había acostumbrado a la vida en la casona Montejo, tenía un cuarto sobrio y una ventana por donde podía asomarse al jardín. A veces, cuando terminaba de hacer sus lecturas bíblicas de cada día, salía al pasillo donde el aire aullaba musical en la alfombra de colores y hacia bailar las cortinas y las flores marchitas que siempre decoraban los jarrones. Cuando Beatriz dio el cuarto de Julio vació los cajones del escritorio y rompió todos los bocetos, carboncillos secos y pigmentos que pudo encontrar. Todo fue a dar al piso, junto con la fotografía de Carlos Montejo aún manchada con lágrimas. Más tarde se dirigió al armario e hizo una pila con todas las camisas y levitas de su tío. Le tomó un par de horas destruir todo recuerdo del Montejo y estaba complacido por ello.

Pablo bajó las escaleras y se encontró con su tía Beatriz, sentada en el comedor con la mirada fija en el vacío, la frente pálida y un ligero temblor en los labios; con un camafeo de Bartolomé apóstol en el cuello, esperaba a que su té se enfriara.

—Buenas tardes, tía abuela. ¿Ya se siente un poco mejor? —preguntó Pablo con buena educación.

Beatriz salió del trance y suspiró.

—Sí, es que a veces pienso en tu tío abuelo y me parece que todavía puedo verlo como si aún estuviera vivo. Fue un gran hombre… gran hombre…

De nuevo, Beatriz se perdió en el vacío y Pablo tuvo la impresión de que su tía abuela estaba viendo algo en el aire, pero no sabía qué. Entonces fue a la cocina y encontró a Petrona preparando la comida. La tomó de los hombros y, a la fuerza, la volvió hacia él.

—¿No te había dicho que cuando un hombre entra a un cuarto, una mujer siempre debe estar dispuesto a atenderlo? Está en la Biblia, las mujeres siempre atendían a Jesús.

Petrona asintió con miedo.

—Disculpe, joven, no lo oí entrar. ¿En qué le ayudo?

Pablo la soltó con asco.

—No sirves como hembra si sólo me atiendes a regañadientes. Quiero que subas a mi cuarto y te lleves toda la basura que tengo junto al escritorio. No me importa lo que hagas con ella, puedes donarla o tirarla al río, pero llévatela. ¿Me oíste?

—Sí, joven…

—¡Pero ya, mujer! —explotó Pablo.

Petrona salió corriendo de la cocina mientras el aire se llenaba del olor de la sopa de fideos. Pablo salió al jardín y esperó a que lo llamaran para comer.

Para Ana María Camacho, la felicidad eran un cúmulo de burbujas multicolores con las que se iba llenando su cuerpo. No sabía cómo explicarlo de otra manera, desde que su esposo le dio la noticia de que seguramente ella estaba de encargo, se le tatuó una sonrisa en los labios, que no desaparecía ni cuando dormía.

Se llevó las manos a su vientre e imaginó tener a su hijo en brazos como una pequeña bolita de carne que dormía plácidamente tras haber mamado su alimento. No sabía si el padre era Ignacio o su esposo, pero eso no era importante. Al fin se había hecho el mayor de los milagros, era capaz de producir vida dentro de ella. Ya no le importaba el futuro ni el pasado ni los insultos de su madre ni la muerte de su padre, tampoco el asesinato de su hermano menor. Lo único que quería era aprovechar ese instante detenido en el tiempo, la paz de saber que al fin podría llamarse una mujer de verdad: casada con un doctor de sociedad y esperando un hijo. ¿Qué más podía exigirle a la vida sino más de lo mismo? Hasta sentía que las cicatrices que tenía en los brazos sanaban sin dejar marca alguna.

Para Ana María, el mundo emergía de un mar de tonalidades grises para sumergirse en el arcoíris de la vida. Todo brillaba, era perfecto, se sentía libre. Hasta la sopa que preparaba en ese momento giraba roja como lo que era en verdad, de tomate. En ese momento María pudo haberse convertido en la reina del mundo y el mundo la hubiera dejado, si no fuera porque la felicidad no está hecha para durar por siempre.

Justo cuando Ana María estaba deshebrando el pollo, sintió una punzada de dolor en el vientre, palideció de golpe. ¿Qué tenía su bebé? Tenía que ir a buscar a su marido al consultorio para decirle lo mal que se sentía, tenía que salvar a su hijo, pues el dolor de su vientre iba creciendo, espinando cada vez más rápido.

Ni siquiera le dio tiempo de salir de la cocina cuando sintió que un líquido caliente bajaba por sus piernas. Se dejó caer en la loza de la cocina cubriendo su rostro en vergüenza, mientras le reclamaba a Dios por haberla engañado. Todo se trataba de un lamentable desarreglo en su cuerpo de mujer. ¡Nunca había estado embarazada! ¡Nunca había sido mujer! ¡Nunca! ¡Nunca! Su esposo había diagnosticado mal.

Entonces el mundo volvió a sumergirse en las sombras grises, perdió todos sus colores y dejó de brillar. La sopa que tenía puesta al fuego se tornó espesa y negra, como si en lugar de ser comestible se

tratara del más pesado de los combustibles. Ana María gritó maldiciones a su esposo, a su amante y a Dios por haberla engañado, hasta que no pudo más y se echó a llorar.

Una hora después llegó su esposo y la encontró pálida en la cocina con el espíritu destrozado. La ayudó a levantarse y la llevó hasta su cama, donde le hizo un estudio minucioso y confirmó su diagnóstico: Ana María nunca había estado embarazada.

—Pero no significa que no puedas estar de encargo y que no podamos seguir intentando conseguir el hijo que tanto quiero.

Ana María se cubrió con las sábanas.

—Tú no entiendes nada.

Epigmenio no quiso discutir y la dejó descansando, prefirió comer en la fonda que estaba cerca de su consultorio, que soportar las lágrimas de su esposa.

Después de comer, y tras revisar a un paciente con migraña, Epigmenio Camacho cerró los ojos y quedó sumergido en un mar de sangre, en la muerte de sus ideales; la menstruación de Ana María era su derrota personal. Lo único que quería de la vida era un hijo que llevara su sangre y al que pudiera heredarle su apellido. Necesitaba que una voz infantil lo despertara llamándolo papá. ¿Por qué Dios y el universo entero le negaban su único deseo? Siempre fue un buen cristiano y un buen doctor… había preparado las pociones más conocidas para que Ana María fuera receptiva a su semilla de hombre y, sin embargo, no lo había logrado. Se sentía fracasado como hombre, sabía que el tiempo se le acababa. Su corazón era débil, cada mañana alentaba sus latidos. Aún tenía tiempo para embarazar a su esposa, para verla dar a luz y conocer su hijo. Quizás vendría un milagro del cielo y podría vivir muchos años más. Aún tenía la esperanza… los astros nunca le habían fallado.

Tras despedir a otro paciente con extraños dolores estomacales, decidió que le dibujaría un horóscopo a su esposa. Sacó un tomo del librero y analizó cuidadosamente la posición de los planetas en el cielo, luego los dibujó en un papel blanco y los unió con tinta. Con un utensilio de plata, similar a una regla pero en forma de semicírculo, midió la distancia entre las estrellas y el ángulo de relación entre ellos. Cuando terminó, escribió todas sus reflexiones en un papel y quedó horriblemente sorprendido de lo que vio.

El planeta de la muerte se había posado sobre Ana María, pero no directamente, sino que proyectaba una sombra sobre su destino. Esto, según los cálculos del doctor Epigmenio Camacho, significaba que alguien cercano a ella moriría pronto.

—Suegrita… suegrita… —canturreó el médico.

Siguió analizando los planetas, sin encontrar nada importante.

Luego, como cada semana, dibujó otro para él y llegó a las mismas conclusiones de siempre: no había un niño en su camino, la sangre de su cuerpo no estaba destinada a pasar a la siguiente generación. Ni él ni sus hermanos tenían hijos en el mundo real ni en los horóscopos. No había forma de transmitir su apellido a la siguiente generación.

Epigmenio Camacho supuso que su horóscopo de la siguiente semana sería diferente, rompió todos los papeles y los dejó caer al bote de basura. No tenía tiempo para más estudios astrológicos, había llegado su siguiente paciente: una señora que se quejaba de tumores en sus sueños.

El médico la atendió el resto de la tarde.

III

Juan Carlos regresó a su casa cuando el cielo aún no se manchaba con los colores trágicos del atardecer. Entró a su casa y fue hasta la cocina, donde su Magdalena adorada estaba haciendo la tarea y Eva se asomaba al cuaderno para revisar que los números estuvieran correctos.

El Montejo se recargó en la entrada de la puerta y sonrió. Le hubiera encantado que ese momento pudiera ser capturado con una fotografía o en una pintura, pues compartía la felicidad de su familia. Sabía que su matrimonio con Eva era un constante desafío a los deseos de su madre, pero cuando veía la sonrisa de su esposa se sentía un idiota de cuento, un Romeo idealista, el universo se detenía y los diez mandamientos perdían toda su autoridad. Sólo importaba la textura de esos labios, la armonía de su forma, el calor que provocaba en su corazón de hombre.

De repente, Eva se percató de que estaba siendo observada, levantó la mirada y se encontró con la de su esposo. Había algo entre ellos, una chispa que daba vida a la tarde. Ella se levantó y fue hasta él para enredarse en su abrazo y campartir un beso de textura dulce.

—Te amo, ¿lo sabías? —preguntó Juan Carlos en un susurro.

—Existo para ti.

Fueron dos cuerpos con una sonrisa, un beso, un abrazo eterno que los convertía en una sola alma. Eran dos corazones latiendo al mismo ritmo, mientras Magdalena los observaba y deseaba que pudiera encontrar un hombre tan educado y buen esposo como su padre.

Minutos después, en la casona Montejo, Beatriz se detuvo a admirar el cuadro que colgaba sobre la chimenea y en las pinceladas lunares que su hijo había impregnado en el lienzo. Odiaba el retrato, pero no porque estuviera mal hecho sino porque representaba una juventud que ya se le había ido. Incluso cuando se asomaba al espejo, su carne

era tan pálida, llena de arrugas y canas. ¡Horribles dejos de su paso inevitable por la vida! ¿Era la vejez lo que la hacía sentirse tan mal?

El mismo sudor frío de la noche anterior empezó a recorrer su nuca en gotas gruesas que bajaban por su espalda. Se sentía mareada, débil. Se volvió y se encontró a su nieta sentada en uno de los sillones, viéndole fijamente con sus ojos bien grandes.

—¿Se siente bien, abuelita? —preguntó la joven.

Beatriz gruñó, fue hasta su sillón de siempre y se dejó caer.

—Solamente me preguntas porque tus papás te dijeron, ¿verdad? Además, ve qué greñas traes. Al menos podrías peinarte antes de venir.

—Perdone, abuelita, es que me vine de la escuela y no me dio tiempo de arreglarme. Quería visitarla un ratito antes de comer.

Beatriz arqueó las cejas, molesta. Apretó ambas manos con su bastón y fulminó a su nieta con la mirada. Magdalena tuvo que desviarla al cuadro, en medio de un silencio incómodo que se desmoronaba en el tiempo. Fue entonces que la matrona de los Montejo empezó a toser sin poder controlarse. Cuando se calmó se dio cuenta de que su nieta estaba junto a ella.

—¿Se encuentra bien?

Fingiendo fortaleza, Beatriz irguió su espalda cual reina en su trono.

—Te voy a contar algo de mi vida, pero si se lo cuentas a alguien más te vas a arrepentir de tenerme como abuela, ¿me oíste?

Magdalena se sentó a su lado y asintió.

—¿Sabes por qué luché porque tu tía Ana María consiguiera un buen esposo? Hace muchos años, antes de la presidencia del general Díaz, todo el país estaba en guerras civiles y los presidentes duraban muy poco en el cargo. Yo nací en un pueblo del Estado de México y éramos realmente pobres...

Poco a poco Beatriz Montejo perdió la voz, hasta que volvió a tener un ataque de tos y Magdalena tuvo que esperar a que su abuela se recuperara.

—¿Qué pasó después?

—Mi hermana y yo vinimos a la ciudad a trabajar y encontramos trabajo de meseras en una fonda. Por primera vez en mi vida tuve miedo, porque era una mujer mayor y no había encontrado marido o tenido hijos. Entonces conocí a tu abuelo. Finalmente nos casamos y ya sabes el resto... Me costó mucho trabajo llegar hasta donde estoy y he tenido que hacer terribles sacrificios para hacer que mi familia mantenga una excelente reputación, por eso no voy a permitir que nadie baje su clase social con un matrimonio. Fracasé con tu padre, pero tengo mi confianza puesta en tu tía Ana María y en Pablo. En ti no, porque sé la madre que tienes. Así que ahora... ya sabes... porque

quiero que la familia… mantenga su reputación. Cuando esté muerta no dejes de… rezar por… por mi alma.

Beatriz Montejo tuvo otro ataque de tos en el que parecía que se le iba el aire hasta no dejarla respirar. Antes de que Magdalena pudiera ofrecer ayuda, su abuela le dijo que la dejara sola para que sintiera mejor y la niña obedeció.

Cuando Ana María se calmó y se hubo tomado las medidas necesarias para el sangrado femenino, se vistió de negro y salió a la calle.

El sol aún brillaba en lo alto, el calor emergía vaporoso de las calles. Algunos caballeros limpiaban las gotas que se aperlaban en su frente con pañuelos blancos, las damas agitaban abanicos mientras comentaban chismes políticos. Ana María sabía que debajo del vestido, ella también estaba sudando copiosamente, pero no le importó. Jugaba con sus manos, enredando sus dedos, temblando sus piernas.

Finalmente llegó hasta la casona de su madre y la observó desde afuera, reuniendo fuerzas para entrar y decirle la verdad, pero en esa indecisión pasó el tiempo. Una hora completa estuvo Ana María sin tener el valor necesario, hasta que se abrió el portón de la casa y salió Petrona.

—Niña, dice su mamá que qué anda haciendo aquí afuera así nomás, que es malo para la criatura que carga.

La Montejo abrió los boca para responder, pero tenía la garganta tan seca que fue incapaz de producir sonido alguno.

—¡Ándele! Métase a la casa y le preparo un vasito con agua de limón —añadió Petrona y empujó a Ana María hacia la casa.

El vestíbulo se encontraba fresco, silencioso. Beatriz bajaba las escaleras.

—Hija, ¿qué hacías en la calle? Estaba cosiendo un vestido cuando me asomé por la ventana y te vi ahí parada —dijo la matrona de los Montejo con cierto pesar.

—Sí, mamá, es que venía a verla y me entretuve pensando en otras cosas.

Beatriz se veía cansada, bufaba cada vez que descendía un escalón. Su piel estaba blanca, sus labios se habían tornado azules. Su mano izquierda temblaba cuando se apoyaba en el barandal. Finalmente llegó hasta el pie de la escalera y miró fijamente a su hija.

—Se ve muy mal, mamá. Debería ir con mi esposo para que la revise, no vaya usted a tener algo grave.

—Tonterías —respondió Beatriz con una voz tan débil que Ana María se espantó—. Yo sé cuidarme muy bien, en mis oraciones le he pedido a Dios que cuide mi salud, pero ya será cosa de él si me hace caso o no. Además no te estaba preguntando por mí, sino por ti.

¿Cómo va mi nieto?

Ana María tragó seco, las palabras se le agolparon en su mente haciéndola tartamudear:

—De eso mismo quería hablarle, pero tengo un poco de miedo.

—¿Miedo de qué, hija? Es verdad que el parto es muy difícil y sufrirás como si estuvieras en el mismo infierno, pero al final estarás feliz de saber que has traído una vida al mundo.

—Tengo miedo de haber hecho algo que ofendiera a Dios, tengo miedo de lo que va a hacer conmigo cuando se entere de lo que vengo a decirle... Madre, no estoy embarazada. Todo fue un desarreglo que mi esposo confundió con un bebé.

Odio, furia, enojo, la fuerza de un huracán que se eleva desde el infierno y destruye todo a su paso. Un volcán haciendo explosión, cuya lava devasta toda la vida que encuentra a su paso. El corazón de Beatriz estaba más acelerado que un motor de fábrica.

—Eres una... una desagradecida. Si tu padre viviera, se volvería a morir... eres... eres...

Levantó el bastón con toda su furia, dispuesta a marcarle la espalda con la plata de su fe. Ana María no se movió, fue cosa de unos segundos, de un rayo cayendo sobre la tierra y el trueno doloroso como aviso posterior. La matrona de los Montejo no alcanzó a dar el segundo golpe, cuando levantó el bastón su corazón no pudo más. Su cuerpo estaba demasiado enfermo. Sus piernas le fallaron y cayó inconsciente al pie de la escalera.

Al principio, Ana María pensó que su madre estaba muerta, pero luego la vio respirar. Petrona, que había oído el golpe de la caída de Beatriz, salió de la cocina con su vaso de agua de limón y, en cuanto vio a su patrona en el piso, se le fue de las manos y se hizo añicos.

—Ve con mi esposo y dile que mi mamá necesita ayuda. ¡Pero pícale! —le ordenó Ana María.

La criada salió corriendo de la casa, mientras el vestíbulo quedaba sumergido en el polvo de la vida diaria, en la angustia y la desesperación. Ana María no sabía qué hacer para ayudar a su madre.

IV

El comedor de la hacienda de los Montejo era antiquísimo, de tiempos de la colonia española. Tenía una mesa muy larga de madera gruesa y sillas bien talladas donde, otrora, se habían sentado algunos virreyes. Para iluminar la noche, tenían candelabros de oro y pinturas de los cuatros arcángeles en las paredes. Cuando Claudia tenía algo que festejar, mandaba al caballerango para que le preparara todo, desde el mantel blanco hasta la vajilla de porcelana.

Esa noche no fue diferente. Juan de Dios preparó la mesa y pidió a

los cuatro trabajadores de la cocina que prepararan un buen pollo asado cubierto de salsa verde. Cuando la cena estuvo lista y el aire quedó impregnado con las partículas invisibles de la salsa, Claudia llegó hasta el comedor con una botella de vino ya descorchada.

—¡Juan de Dios! ¿Por qué un lugar en la mesa? Pon otro junto a la cabecera, que hoy cenarás conmigo. Que traigan dos copas, la mía de coñac. Tú beberás este vino que he preparado especialmente para ti para celebrar el casorio de tu hija. De todas maneras, no quiero que mi secreto se sepa.

El caballerango hizo lo que le habían pedido y se sentó a cenar junto a Claudia, mientras que uno de los trabajadores de la cocina les servía.

—Mi hija estará muy agradecida, siñora. Usted será la invitada de honor.

Juan de Dios arqueó las cejas sin entender. Se le nublaba la mente, pero no sabía por qué. Intentó tomar la copa de vino, pensando que se encontraba borracho, pero el cristal se le escapó de las manos y se derramó en el mantel.

—Señora, no me siento bien, ¿me permite retirarme?

—Haz lo que quieras —respondió Claudia con toda su fealdad.

El caballerango se apoyó en la mesa para levantarse, pero sus piernas fallaron y cayó sobre un tapete de doscientos años de antigüedad, apenas si respiraba. Cuando el cocinero que los atendía trajo el postre, le preguntó a Claudia si Juan de Dios se había retirado.

—No, está tirado junto a la mesa. Que lo entierren y hagan una misa por su alma.

—¡No respira! ¿Qué pasó, señora Claudia?

—Bebió tanto vino que dejó de respirar. Vayan haciendo el hoyo en la tierra, cuando terminen ya no vivirá más. Y llévate esta botella y tira lo que tiene dentro.

Claudia sonrió y se retiró a su cuarto, donde soñó con el cuerpo de Carlos Montejo de mil formas.

El cielo de la Ciudad de México parecía haber sido sumergido en un betún naranja, decorando el manto celeste como un pastel con montoncitos de azúcar nebulosos rodeando al sol. Sus rayos apenas caían lechosos por toda la ciudad y hasta la casona Montejo, por donde penetraban por una de las ventanas y se colaban entre unas cortinas pesadas, hasta el rostro pálido de la matrona. Recostada en su cama, ella abría los ojos con mucho pesar y miraba a su única nieta.

—Siempre pensé que por ser mujer serías muy poca cosa, pero últimamente me he dado cuenta de que tal vez haya estado equivocada...

Beatriz entrecerró los ojos y, con mucho esfuerzo, los volvió a

abrir.

—Ya viene el doctor, abuelita. Él la va a curar.

—Ningún doctor puede ir en contra de los designios de Dios, Magdalena. No lo olvides nunca. Diosito es lo más importante que tenemos, más que la vida misma —las palabras de Beatriz eran débiles, apenas un susurro gris que se perdía en cuanto se le escapaba de la boca, como el humo de una vela que está pronta a apagarse—. No has olvidado todo lo que te dije, ¿verdad?

La pequeña Magdalena, con los ojos llenos de lágrimas, asintió. Ya temía lo peor.

—No se me olvida, abuelita.

Beatriz intentó hablar, pero empezó a toser. Una vez que pudo recuperarse, agitó su mano izquierda en el aire hasta que la vida regresó a su garganta.

—Mi historia no es importante, esa morirá cuando ya no esté aquí. Lo que quiero es que no dejes de rezar por mi alma todos los rosarios que puedas para sacarme del purgatorio. Prométeme que lo vas a hacer. Promete… niña… lo necesito…

—Te lo prometo, abuelita —respondió Magdalena con la voz entrecortada.

Justo en ese momento entró el doctor Epigmenio Camacho, con su levita polvosa, su barba manchada de canas y su maletín médico en la mano derecha. Ciertamente era una figura que le imponía mucho respeto a Magdalena y se hizo a un lado en lo que el médico iba sacando pinzas plateadas y utensilios dorados de formas que ella no entendía bien. Se acercó para verlas bien.

—Niña, me ayudarías más si no estorbaras. ¿Por qué no mejor te bajas a la sala con tus papás? Si estás aburrida le dices a la sirvienta que yo dije que te preparan un chocolate.

—Sí, tío, como usted diga —respondió la niña y obedeció.

La pequeña Magdalena salió al pasillo y caminó por las puertas, los espejos y los cuadros. Las ventanas estaban abiertas y las cortinas bailaban con la brisa fresca de la primavera. Bajó las escaleras y entró a la sala, donde esperaban sus papás, su tía Ana María y Pablo Martínez. Se sentó en uno de los sillones y se quedó muy calladita. Los adultos se veían nerviosos, caminaban de un lado para otro. Juan Carlos cruzaba los brazos y otras veces bufaba. Cada vez que Eva intentaba hablar, decía algo como: “Ahorita no”, o “¿No ves que no es el momento, mujer?” Ana María caminaba de un lado a otro, jugando con sus manos.

—¿Por qué tardará tanto tu esposo? —le dijo Juan Carlos a Ana María y ésta se alzó de hombros y caminó hasta el otro lado de la habitación.

El tiempo goteaba en el silencio, en el reloj de la sala cuyo péndulo

era un vaivén inevitable. Todo en la sala crujía, desde los muebles hasta la ventana. Con el pasar de las horas, la luz empezó a terminarse y la noche penetró intempestiva en la casa, devorando toda la luz a su paso. Petrona pasó por la sala a prender las lámparas de petróleo y algunas velas blancas. Juan Carlos no soportó más la espera y fue a servirse una copita de coñac.

—Mi tío dijo que podía pedir una taza de chocolate, mamá —pidió Magdalena.

—Hay que ser más educados hija —respondió Eva, cariñosa—. Cuando vayas a la cocina con Petrona, pide primero una taza de chocolate caliente para tu primo y luego una para ti.

Magdalena se levantó de su sillón y caminó entre el claroscuro de las velas hasta la cocina, donde Petrona preparaba la cena. Ahí le pidió el chocolate.

—Claro que sí, mi niña, deme unos minutos y pongo a hervir el agua.

Magdalena forzó una sonrisa y caminó de regreso a la sala, pero cuando pasó por las escaleras se encontró con el doctor Epigmenio Camacho, quien le puso una mano en el hombro y la acompañó en silencio de regreso a la sala. Los presentes lo rodearon.

—¿Qué tiene mamá? ¿Se va a poner bien? —preguntó Ana María, nerviosa.

El médico carraspeó.

—Tu mamá tiene una enfermedad muy rara de las que pocas personas se salvan. Si la hubiera diagnosticado antes, es probable que hubiera podido ayudarla, pero en el estado en el que está, me temo que es cuestión de días, quizás de horas para que veamos el fin de todo esto y que mi suegra pueda ser una con los cielos…

El doctor no pudo terminar de hablar, Ana María se le echó en brazos y empezó a llorar desconsolada. Eva abrazó a su esposo y lloró en la solapa de su levita. Juan Carlos, que nunca en su vida había llorado, guardó todas las lágrimas en su corazón y suspiró. Pablo se quedó seco y regresó a su rincón en la sala. Magdalena abrazó a su madre.

La noche se coló hasta lo más profundo de los Montejo, el silencio pesó sobre la habitación. El cuadro de Beatriz Montejo, que colgaba en la sala, cayó de golpe y se rompió el marco.

CAPÍTULO 8

EL FIN DE SIGLO

DICIEMBRE DE 1899

I

Juan Carlos Montejo abrazó con fuerza a su hermana.

Ana María lloraba desconsolada en los brazos de su hermano, sollozando en voz alta lo cruel que era la vida y lo terrible que era Dios para llevarse a los seres que uno quería tanto. Otra vez, la casona Montejo sirvió de escenario para un desfile macabro, donde aparecieron ministros de gobierno, políticos importantes y actores de todo tipo.

Como siempre que fallecía alguien de la familia, asistía don Porfirio Díaz de la mano de su esposa. El viejo gobernante ya no era el que había ido al funeral de Carlos Montejo, con su bigote de aguacero y canas manchadas, sino que había aclarado su piel con polvos de arroz y le había dado una forma francesa a su bigote. Todo esto por los consejos de su primera dama, la siempre elegante Carmen Romero Rubio.

Cuando Petrona dejó entrar a don Porfirio, se hizo un silencio sepulcral. Por respeto, todos callaron y posaron su mirada en él, mientras caminaba hasta los hermanos Montejo. Tomó cálidamente la mano de Ana María y la miró a los ojos.

—Señora, mi más sentido pésame por la pérdida que acaba de sufrir.

Luego miró a Juan Carlos y volvió a repetir la misma frase. Eva se levantó de uno de los sillones, se acercó a la pareja presidencial y les ofreció algo de beber. Don Porfirio aceptó un poco de tequila y Carmelita un vaso con agua de Jamaica.

Petrona puso sobre la mesa del comedor los chilaquiles que ella misma preparó. Magdalena, ya una jovencita, estaba en uno de los sillones de la sala, tomando un poco de chocolate; levantó la mirada sobre la chimenea y recordó la pintura de su abuela, hecha de pinceladas de otrora, con el gesto duro y las sombras entre los pliegues de su vestido. Le gustaba la tiara lunar que Julio había

pintado sobre su cabeza. Sin embargo, el cuadro ya no estaba, después de que se cayó, su padre colgó otro cuadro con unos volcanes y un atardecer naranja.

Entonces, la familia presidencial se separó, Carmen Romero Rubio fue hasta Magdalena, se sentó a su lado y le habló de lo importante que era conseguir un buen esposo para seguir las buenas costumbres de la sociedad mexicana. Don Porfirio, en cambio, caminó hasta la caja del ataúd, que estaba abierta, y se asomó por uno segundo: el cuerpo estaba tan bien embalsamado que en verdad se parecía a Epigmenio Camacho en vida.

Volvió a hacerse el silencio en la sala. La mujer que todos estaban esperando por fin llegó: Beatriz Montejo apareció al pie de la escalera con su bastón. Ya no estaba enferma, el color había vuelto a su piel, que ahora tenía arrugas marcadas en las células y una cabellera gris manchada de blanco. Con más dolor que antes en su pierna derecha, se apoyó en el barandal con una mano y con el bastón en la otra bajó hasta el vestíbulo para encontrarse con el presidente de la República.

—Mi señora, en nombre de toda la nación, quiero extenderle mi pésame por la muerte de su yerno. Fue un gran médico para la Ciudad de México y se le va a extrañar. Si no quiere ir a los festejos de bienvenida del siglo veinte, entenderé.

Beatriz, carente de tristeza alguna en el rostro, negó con la cabeza.

—Nada de eso, general, no podemos detenernos por una muerte. La vida continúa y no todos los días hay un cambio de siglo. Ahí me tendrá en el castillo de Chapultepec para brindar con usted y con su esposa.

El presidente asintió y fue al comedor por un plato de chilaquiles. Entonces los presentes se fueron acercando a Beatriz para darle el pésame, como si Ana María no existiera en el mundo, como si el difunto nunca hubiera estado casado. Ese día, la matrona de los Montejo recibió más pésames que la viuda.

—Es una lástima que haya muerto sin haber conocido la felicidad de un hijo —suspiró Juan Carlos.

—La verdadera lástima es que tú también morirás de la misma forma —corrigió Beatriz y fue a regañar a Petrona por no haber hecho los chilaquiles como a ella le gustaban.

Un par de horas después, llevaron a Epigmenio Camacho al cementerio para ser enterrado junto a su padre, Agustín.

Lejos de la Ciudad de México, Pablo desayunaba. Tenía catorce años, pero era muy inteligente para su edad. Educado por Beatriz, se había aprendido toda la Biblia, sabía cómo evitar el pecado y cómo debía pagar sus penitencias después de confesarse. Desde que se fue a vivir a la hacienda de los Montejo, por órdenes de su tía abuela, despertaba

antes de que apareciera el sol en el cielo y pasaba las primeras dos horas del día encerrado en la capilla conversando con todos los ángeles que, según ella, lo rodeaban, aunque jamás vio a alguno. Luego iba al comedor a desayunar con Claudia y pasaba el resto del día encerrado en la oficina, revisando números y cuentas, aprendiendo del pago de impuestos.

Sin embargo, sucedió que llegó una carta para Claudia en la que Beatriz Montejo le ordenaba que le diera a Pablo Martínez el puesto que había quedado vacante desde la desafortunada muerte de Juan de Dios.

—Su tía abuela tiene grandes planes para usted. A partir de hoy me ayudará en el manejo de la hacienda. Para eso le tengo que enseñar cómo funciona todo aquí. Lo espero afuera en diez minutos y daremos un paseo por los plantíos para que aprenda a tratar los peones.

Pablo asintió, la vio levantarse del comedor y cojear. Nunca había visto a una mujer tan fea en su vida, parecía que en lugar de tratarse de un ser humano, fuera un ser mitológico con escamas horribles sobre la piel y unos hoyos horribles en las manos que le sangraban cada vez que se enojaba.

De cualquier forma, agradeció la oportunidad que se le estaba dando y se encontró con ella donde habían acordado.

—Mira, Pablito, la cosas en el campo son muy difíciles, contratamos a la gente de clase humilde para hacer lo que nosotros necesitamos, pero ellos son muy flojos y van a encontrar veinte formas de cobrar sin hacer bien su trabajo, por eso es necesario tener mano firme con ellos, para que aprendan quién es el que manda...

Pablo escuchaba cada una de sus palabras atentamente.

—Si trabajan mal hay que castigarlos y tenemos muchas formas de hacerlo. Por ejemplo, si la producción de un año no es tan alta como la del anterior, sin importar si haya sido culpa del clima o no, podemos retener parte de su salario o incrementar los precios en las tiendas de raya. Además usted puede implementar castigos físicos. Haga todo lo que tenga que hacer para que la hacienda funcione correctamente. Yo soy la administradora y lo necesito como mi mano derecha.

No habían llegado al plantío cuando encontraron a un peón con los pies descalzos y las manos llenas de costras amarillas, descansando a la sombra de un árbol. Claudia lo tomó de los hombros y lo obligó a levantarse, le aventó su sombrero de paja al pecho y lo empujó en el camino para que se cayera en una nube de polvo y tierra.

—¡Ponte a trabajar, patarrajada! Ya sabes que si no rindes no se te va a pagar el mes completo.

Pablo no dijo nada en ese momento, pero tampoco ayudó al peón, al que Claudia fue empujando hasta llegar a la plantación. Fue ahí que

el pequeño Martínez le dijo a su administradora:

—Yo también recibí una carta de mi tía abuela Beatriz, me pide que la ayude mañana con unas cosas en la ciudad. Pero no se preocupe, voy y regreso rápido para ayudarla con todas las labores de la hacienda. Hoy he aprendido lecciones muy valiosas de usted.

Claudia le sonrió.

II

El aire de la Ciudad de México estaba impregnado de partículas cristalinas, heladas en su vuelo glacial entre los edificios. El sol brillaba en lo alto como la yema de un huevo que no se atrevía a calentar el invierno. Eva estaba sentada en un parque inaugurado por don Porfirio, el mismo donde años antes Ana María había paseado con el hijo del carnicero. Se podía notar el paso del tiempo en el largo de los troncos, en las ramas desnudas que se agitaban con el viento; no así en las estatuas de los próceres patrios, tan limpias y cuidadas como el día en que fueron puestas sobre aquellos pedestales.

—¡Cómo ha cambiado la ciudad con el general Díaz! —suspiró Eva, con cierta nostalgia—. ¡Ay, mi'jita! Todavía me acuerdo cuando en ese edificio de allá vivía una viejita que le lavaba la ropa a mi mamá y míralo nada más, lo tiraron e hicieron un edificio bien bonito. Dicen que hay uno igual en París...

—Muy bonito, mamá —respondió Magdalena sin mucho interés.

Eva intentó asomarse al libro que hojeaba su hija, pero la letra era tan pequeña que apenas si alcanzó a distinguir el tema de la historia.

—¿Por qué no me estás prestando atención, mi'jita? —preguntó Eva, extrañada.

Magdalena cerró su libro por un momento y le enseñó la portada.

—Es un libro que me recomendó una compañera en mi escuela. Se llama *La parcela* y es de un escritor que se llama José López Portillo y Rojas. Es una historia de amor bastante interesante. ¿Sabe qué, mamá? A veces me gustaría dedicarme a ser periodista o escritora.

—Bueno, fuiste educada para ser una buena ama de casa católica y yo creo que tu papá se va a enojar mucho si no te casas con un hombre que él haya aprobado. Los oficios no son para las mujeres de clase alta como nosotras.

—Pero mami, yo quiero...

—Yo sé lo que quieres y me gustaría que encontraras la felicidad haciendo lo que tú deseas, pero debes encontrar un esposo primero.

De repente ambas mujeres escucharon cómo un hombre se aclaraba la garganta. Cuando levantaron la cabeza, se encontraron con un joven que las observaba. ¡Y vaya que sí era guapo!, de una tez lunar, un bigote bien estilizado y cabello ondulado del mismo color que la

noche plutónica.

—Disculpe que la moleste señorita —dijo con una voz grave, varonil—. Pero la estaba viendo desde el otro lado del parque y espero que disculpe mi atrevimiento. Me gustaría decirle que es usted es una mujer muy hermosa y que me gustaría invitarla mañana, a mediodía, a tomar un chocolate caliente en un localito de aquí cerca.

Magdalena lo pensó un par de segundos y le sonrió gentilmente al joven.

—Me gustaría, mucho.

—Por cierto, me llamo Jorge Macías.

—Magdalena Montejo —respondió la joven.

—Muy bien, entonces la espero mañana, con su chaperón, a mediodía en este parque —sonrojado, Jorge asintió levemente y se alejó caminando.

Magdalena tenía una sonrisa en sus labios que no sabía cómo borrar, o incluso cómo había llegado ahí; pero ya había empezado a echar raíces en su piel, enredando su venas hasta el corazón palpitante.

—¿Qué fue eso? —preguntó Eva, extrañada.

Magdalena levantó los hombros mientras perdía de vista a Jorge entre los árboles.

—A tu papá no le va a gustar lo que acabas de hacer. No sabemos qué clase social tenga ese tal Jorge, o quiénes sean sus padres.

—Déjeme conocer a Jorge y que mi corazón decida. ¿Me acompañará mañana como mi chaperona, por favor?

—Creo que no tengo otra opción —respondió Eva.

La mañana transcurrió tranquila, fría y cristalina. Magdalena, aún con la sonrisa en el rostro, volvió a su lectura, mientras que su madre le contaba de los cambios que había hecho Porfirio Díaz a la ciudad.

El estudio de Carlos Montejo no había cambiado desde su muerte, los mismos libros se acumulaban en los estantes, vueltos amarillentos con el paso del tiempo. Como Petrona no podía entrar a esa habitación para limpiarla, el polvo se había acumulado por los rincones en montoncitos grises y la alfombra central levantaba nubes amorfas cada vez que alguien la pisaba. Pero, aunque que el aire abrumaba, a Beatriz le gustaba encerrarse ahí para analizar la Biblia y realizar otras labores. Desde ahí escribía cartas a personajes importantes de toda la ciudad: empresarios, artistas y amigos suyos, especialmente a Agustina Castelló para mantenerla al tanto de su familia.

Sucedió que, mientras escribía una de esas cartas y las flores de la casa se marchitaban irremediablemente, tocaron a la puerta.

—Te dije que no me molestaras, Petrona —gruñó Beatriz.

—Perdone, tía abuela, pero soy yo... —respondió Pablo.

Beatriz dejó a un lado la pluma y le pidió a Pablo que entrara. El joven lo hizo y, tras cerrar la puerta, se sentó frente al escritorio.

—¿Tú qué haces aquí? Hace unos días mandé una carta a la hacienda para decirle a Claudia que le ayudaras.

—Sí, ella me enseñó la carta —asintió Pablo—. Y me llevó a ver cómo trata a los trabajadores. Por eso vine a verla, tía abuela. Las cosas no son como usted piensa.

Beatriz tomó su bastón y acarició la efigie de plata maternal.

—¿Qué quieres decir? —preguntó la matrona de los Montejo con la autoridad de una reina.

—Bueno, antes de hablar me gustaría preguntarle qué tanto confía en Claudia y en su labor en la hacienda de mi tío abuelo.

Beatriz se apoyó en el escritorio.

—Mira, no te hagas el inocentón, que tú y yo sabemos quién mató a tu padre y si no he ido a la comandancia de policía es porque sé que confesaste tu pecado con el padre Jacinto. Así que ten mucho cuidado con lo que me vayas a decir de Claudia, porque podrías terminar igual que tu padre.

Pablo miró a su tía abuela a los ojos, pero ni siquiera él pudo sostenerle la mirada. Abrió la boca un par de veces, con la intención de contar su historia, pero se le enredaban las ideas en la garganta.

—¿Te acuerdas qué fue lo que te dije cuando me curé de mi enfermedad?

Pablo asintió lentamente en silencio. Beatriz continuó:

—Cuando estaba a punto de morir y pensaba en los pecados de mi familia, cerré los ojos y caí en un profundo sueño, entonces el arcángel Gabriel vino a mí y me dijo que había hecho lo correcto con mi esposo, mi hijo y mi sobrina. Me llamó: La Reina del Cielo. Por eso estoy convencida que debo seguir con mi labor de destruir el pecado en mi familia. Si sabes algo de Claudia, habla ahora, escuincle.

Pablo siguió sumergido en la duda.

—Es que no sé...

—¡Habla! —ordenó Beatriz con tal autoridad que los cimientos de la casona Montejo temblaron de miedo, las paredes de algunos de los cuartos se cuartearon y la araña del comedor se sacudió con violencia.

Pablo asintió.

—Mire, tía abuela, descubrí que Claudia ha estado castigando a sus trabajadores de formas no cristianas. Cuando no cumplen su trabajo, los golpea y les retiene su salario. Antes de venir a la ciudad, escuché a dos de ellos hablando sobre algo que les había dicho el caballerango anterior, de cómo mi tío abuelo había pecado fuera del matrimonio.

Beatriz escuchó atentamente la historia sin pestañear. Cuando Pablo terminó, ella cerró los ojos, maquinando un plan para limpiar su nombre. Después de algunos minutos de silencio, torció la boca en una

mueca horrible. Tomó la pluma con la que estaba escribiendo minutos antes y la mojó en tinta. En una hoja nueva empezó a escribir con una caligrafía muy delicada mientras le decía a Pablo:

—Tenemos que ser muy inteligentes. Vas a tener mucha discreción con lo que dice esta carta porque te voy a decir exactamente lo que quiero que hagas con ella...

Y Pablo, en su corazón podrido, se alegró de lo que su tía abuela le iba diciendo.

Magdalena estaba aburrida, no tenía clases y ya había terminado lo que le tocaba bordar ese día. Hizo el libro a un lado y le dijo a su madre que iba ir a visitar a su abuela. Eva, recordando la advertencia que le había hecho Julio, le pidió a su hija que tuviera mucho cuidado.

—¡Ay, mamá! Es mi abuela... lo dices como si fuera a ir a la cárcel.

Eva Montejo no quiso hablar de las dudas pestilentes que tenía sobre Beatriz y dejó que su hija se fuera. Así que Magdalena caminó un par de cuadras hasta la casona Montejo, Petrona le abrió la puerta trasera y entró. Pasó el comedor y estuvo admirando las figuritas de porcelana que se escondían tras las vitrinas, a Jesús con los doce apóstoles y platos pintados con escenas del Génesis. Tan enfocada estaba en las piezas que no se dio cuenta de que Pablo salía de la oficina del difunto Carlos Montejo y caminaba hasta ella.

Lujurioso, la empujó hacia la vitrina y cerró su puño alrededor del cuello. Magdalena no podía respirar, sentía el aliento pesado de Pablo sobre ella, deseándola.

—Un día de estos no vas a tener tanta suerte prima, los deseos que despiertas en mí me obligan a pensar en cosas que no quiero y tú eres la única responsable, tú llevarás el pecado en tu conciencia. El día que pruebe tu carne, será porque me provocas con tu perfume y tus vestidos.

El corazón de Pablo era un volcán de maldad que despertaba todo su cuerpo, cada célula y sueño húmedo. Con una risa burlona, soltó a su prima y la vio correr despavorida por la puerta principal, pero, ¿ella qué importaba? Tenía una misión que cumplir.

Magdalena regresó corriendo de casa de su abuela con cara de asustada, por lo que su madre prefirió evitar cualquier clase de preguntas. Supuso que Beatriz la había regañado por algo y la había hecho llorar.

Siguió limpiando el comedor, pero sin quitarle la mirada al cuadro de la sagrada familia. Con la muerte de Julio Montejo, Magdalena había heredado trece cuadros que Juan Carlos no supo dónde meter. Al principio, los habían guardado en su estudio y en la sala, pero no

podían quedarse ahí por siempre.

—Escoge el que más te guste y los demás lo vamos a vender —le dijo el mayor de los Montejo a su hija.

Magdalena pasó varios días pensando cuál iba a escoger, hasta que el espectro de su tío apareció de manera angelical con los rayos de un atardecer y le señaló el de la sagrada familia. Así se lo comunicó a su padre, quien no creyó la historia porque nunca había visto un fantasma.

III

Mientras tanto, Ana María se sentía sola, desde la muerte de su esposo se había sumergido en el más profundo de los silencios. Tras su deceso, nadie más usaba su laboratorio de alquimia y nadie más entendía el contenido de sus libros con símbolos astrológicos en las portadas. Sobre el escritorio, quedaron todos los horóscopos que el doctor Epigmenio Camacho dibujó antes de ser arrebatado por la muerte.

Esa noche, Ana María encendió la chimenea con mucho cuidado y se sentó frente a ella a ver cómo crujía la madera. En la soledad de aquella sala no sentía tristeza por su viudez sino alegría por su libertad. Juntó todos los recuerdos de su esposo y uno a uno los arrojó al fuego. Ante la mirada atónita de la Montejo, las llamas fueron cambiando de color con el azufre de los matraces, el cristal de los telescopios, la tinta de las cartas astrales y las fotografías de la boda.

Ése era el pasado de Ana María, el que dejaba caer al fuego con la promesa de un nuevo amor, que en ese momento penetraba el umbral de la sala y la tomaba de la cadera para llenarle el cuello de besos.

—Ahora sí somos libres para compartir nuestra felicidad —dijo ella mientras cerraba los ojos.

—Y Diosito, que según mi bolita blanca siempre bendice el amor, nos dará tiempo para compartir un hijo con la sangre de ambos —respondió Ignacio.

Así, ambos amantes se encontraron de frente y dejaron que su piel ardiera más que el fuego de la chimenea. Al fin, amándose lícitamente, se despojaron de sus pesadas ropas y se vieron como Adán y Eva en el paraíso terrenal. Se fundieron en beso profundo y se compenetraron en un solo cuerpo. Se amaron tanto que se tornaron livianos y se elevaron hasta el techo de la sala, donde retozaron con suma felicidad, mientras su piel se iba cubriendo de pétalos azules.

Después de varias horas de placer, sus cuerpos desnudos regresaron a la fuerza de gravedad y se recostaron junto a la chimenea a contar su felicidad en forma de sonrisas. Decidieron casarse el siguiente año y se recostaron a dormir con el sueño de su boda.

Tres días habían pasado desde que Beatriz le entregó la carta a Pablo. Era el último mediodía del año, de la década, del siglo, y Petrona pasó la mayor parte de la mañana haciendo lo de costumbre: limpiando y desempolvando toda la casa, aunque sólo conseguía que la mugre y la suciedad se embarrara en las ventanas, multiplicándose ante ella en forma de manchas que no sabía cómo borrar.

Cuando terminó de limpiar la sala, fue hasta la habitación de su patrona y tocó a la puerta. Esperó a que le dieran permiso para entrar.

—Seño, los relojes de la casa están avanzando bien lentos, ¿quiere que vaya por el relojero?

Beatriz cerró su Biblia de golpe y la dejó a un lado. Fulminó a su criada con la mirada de un cuervo hambriento y gruñó.

—No seas estúpida, lo mismo me dijiste cuando los relojes caminaban hacia atrás y ahora funcionan bien. Así que deja de ver problemas donde no los hay y dedícate a limpiar si sabes lo que te conviene.

Beatriz volvió al estudio de su Biblia y Petrona a los trapos y a las escobas, pero le pareció curioso que, en toda la casona Montejo, los segunderos avanzaran con la paciencia de un minutero.

La casona Montejo era un vacío desolador, extraído de un mundo donde el progreso construía fábricas con inversión extranjera y la cultura florecía en todas sus ramas.

Esa tarde, la matrona de los Montejo estaba sentada en su cuarto, frente a su tocador. Se peinaba con un cepillo de nácar mientras contemplaba las figuras que aparecían y desaparecían de su reflejo. Fantasmas de otrora hechos de ceniza y pus. Cuando el humo dejaba de tener la forma de Carlos Montejo, adquiría la de Julio y por momentos parecía tener los rasgos de Clara Martínez. Sin embargo, ella no les prestaba atención. Cuando terminó y sus canas adquirieron una forma delicada en su peinado, se volvió hacia la cama y se percató de que su hija, sentada sobre la cama, veía el inicio del atardecer y sonreía.

—¡Mira qué cara traes! Estás viuda, deberías parecer lima pelada. Cuando estés en la fiesta del general Díaz quiero que estés llorando... ¡Y ya te dije que te levantes de la cama! Es para dormir, no para sentarse.

Ana María se levantó de golpe, la sonrisa extinta de su rostro.

—Esta noche te voy a presentar al ingeniero Emeterio Aparicio del Valle para que lo vayas conociendo y de una vez empecemos a planear la boda. Aún estás tiempo de darme nietos.

Ana María apenas negó con al cabeza y dejó escapar un susurro tan débil que tuvo que aclararse la garganta y repetirlo:

—Prefiero casarme con otro, mamá.

Beatriz tomó su bastón y acarició por un momento la efigie de plata antes de levantarse, pensamientos oscuros circulaban en su mente, tinieblas atrapadas en la fuerza destructora de un huracán mental. Le tomó unos pasos llegar hasta su hija y destrozarla con la mirada aceituna.

—No te estaba preguntando, Ana María, te vas a casar con don Emeterio Aparicio del Valle, quieras o no. Y más te vale que te embaraces luego luego, porque no estoy para aguantar tus tonterías.

—Prefiero casarme con Nacho y formar una familia con él. Creo que los dos hemos estado esperando mucho y merecemos esta oportunidad de ser felices.

Beatriz apretó su bastón y pegó en el piso con él. Cerraba los labios con una mueca de horror y asco que marcaban más las arrugas de su rostro.

—¡Qué tonta eres, hija! La felicidad no es más que una estupidez que inventan los pobres para justificar que se puede vivir sin dinero. ¿Qué te hace pensar que voy a dejar que te cases con un cualquiera?

Por primera vez en su vida, Ana María se sintió orgullosa de sí, con la espalda recta, logró mantenerle la mirada a su madre.

—Que si no me deja casarme con Nacho, le voy a decir a todos que usted es la que mató a Julio.

Beatriz respondió con un gruñido, en el que Ana María intuyó el peligro. Sin decir más, salió de la habitación de su madre y caminó por el pasillo lleno de puertas, cuadros polvosos y floreros con rosas marchitas. Casi había llegado al pie de la escalera, cuando escuchó la voz de su madre.

—No te atrevas a irte de mi casa hasta que terminemos de hablar.

Ana María se volvió hacia su madre y esperó a que llegara hasta ella. Enfrentadas, madre e hija, se vieron por primera vez en la vida.

—¿Por qué andas diciendo que yo maté a tu hermano? —preguntó Beatriz.

—¿Y no es cierto? Tal vez piense que soy una tonta, pero entiendo mucho más de lo que cree. Julio me dio una llave y la dirección de su casa, pero eso solamente se lo dije a usted y luego desapareció esa llave cuando fue a visitarme. Luego quise buscarla para ir a buscar las cosas de mi hermano, y ya no estaba.

—Pero sí eres una tonta si crees que voy a dejar que peques contra el cuarto mandamiento casándote con el hijo de un carnicero.

—Si tengo que dejar de ser una Montejo para aprender a ser feliz, que así sea —sentenció Ana María, al darle la espalda a su madre.

No había dado el primer paso hacia las escaleras, cuando Beatriz la empujó por la espalda con su bastón. Ana María intentó apoyarse en el barandal, pero no midió la distancia y se le fue la mano. Su cuerpo

cayó hacia el frente y rodó en los escalones hasta quedar, bocarriba, debajo del vitral de Minerva. Tenía una herida en la cabeza de donde brotaba un hilillo de sangre que se deslizó por los escalones como la serpiente en el Edén hasta llegar al vestíbulo y retorcerse por la sala.

Beatriz Montejo bajó las escaleras y se detuvo ante el cuerpo de su hija. Lo vio con desdén y siguió su camino hasta la sala, donde se sentó frente al cuadro los volcanes, sumergida en el silencio del tiempo y el segundero de los relojes. Ocasionalmente se oía un gemido débil de Ana María, pero a ella no le importaba.

De repente escuchó pasos y se volvió para ver a Magdalena correr desde el comedor.

—¡Ya te dije que no corras en la casa! —la regaño la Beatriz—. ¿Cómo entraste?

—Por la puerta de la cocina, me abrió Petrona que estaba lavando los platos.

—También te dije que no eres servidumbre, cuando vengas a mi casa entras por la puerta principal. ¿Me oíste?

Magdalena bajó la cabeza y susurró monótona.

—Sí, abuela.

Y volvió a oírse un gemido de dolor por parte de Ana María. Magdalena, extrañada, se volvió hacia las escaleras y se percató del estado lastimoso de su tía.

—¡Abuela! ¡La tía Ana María se cayó por las escaleras!

La matrona de los Montejo sonrió con toda la maldad que el veneno de su alma impregnaba en sus labios:

—Ya lo sé, es su castigo por haber pecado.

—¿Y te vas a quedar aquí escuchando su dolor?

—Ése es mi castigo. Ahora, no te metas en lo que no te importa y trae el cepillo de mi habitación para que te peine bien para la fiesta del señor presidente.

—Voy por un doctor, abuela. No tardo —explicó Magdalena y salió corriendo hacia el comedor.

Beatriz se levantó del sillón con cierta dificultad cuando aparecieron dos espectros tomados de la mano, tan asquerosos como pusilánimes, semitransparentes. Julio y Arturo le bloquearon el paso a Beatriz y no la dejaron salir de la sala hasta que Magdalena hubo regresado a la casona con uno de los hermanos del doctor Camacho, que también era médico.

Beatriz no tuvo más opción que ver cómo se llevaban a su hija para tratarla. Aunque inconsciente, Ana María respiraba y eso la llenó de miedo en su cuerpo viejo.

Lejos de la Ciudad de México, en la hacienda de la familia Montejo, Pablo Martínez descansaba en el comedor. Le habían servido una copa

de coñac y caminaba admirando las pinturas de arcángeles en marcos dorados. No entendía de arte pero le gustaba cómo la piel de las pinceladas era luz, cercada por sombras, y eso le daba forma y profundidad. Después de algunas horas de caminar sin sentido y de impregnarse de las primeras partículas de la noche, Claudia apareció con las manos cubiertas en trapos sucios.

—Joven, ya reuní a todos los trabajadores afuera de la hacienda y están esperando que usted lea esa carta que trae de la patrona Montejo.

—Nada mal para ser una mujer —respondió Pablo con la mueca de asco que había aprendido de Beatriz.

—¿Está seguro de que la patrona me está premiando por mi buen trabajo? —preguntó Claudia emocionada, al tiempo que la sangre humedecía los trapos de sus manos.

Sin embargo, Pablo no contestó. Arqueó las cejas y obtuvo un sobre doblado de unos de los bolsillos de su levita. Se lo enseñó a Claudia por un momento y se dirigió hacia la entrada. Aún con el murmullo de los trabajadores, había serenidad en el ambiente. La noche cortaba la vida con una velocidad peligrosa.

Cuando Pablo se hizo presente, la hacienda de los Montejo quedó sumergida en el silencio. Su voz temblaba en un pálido color nervioso; mientras que Claudia sonreía triunfante.

—Les traigo una carta de su patrona, Beatriz Montejo, que habla sobre la administradora de la hacienda. Les pido que la escuchen completa, por favor.

La luna quedó enterrada entre nubes grises y la única luz que salpicaba el rostro del joven provenía de antorchas y lámparas. Aun así, Pablo sacó la carta del sobre e intentó leer la letra de Beatriz lo mejor que pudo:

—“Amigos, quiero ofrecerles una disculpa por visitarlos tan poco, pero bien saben que mi pierna infectada no me permite hacer viajes largos fuera de la ciudad y ya no cuento con la ayuda de mi esposo, que en paz descanse. Para hacer funcionar la hacienda, pensé que podía confiar en Claudia, pero me han llegado noticias de que esto no es así…”

Los murmullos empezaron a olear en el aire, Claudia se mostró incómoda por lo que estaba oyendo. Pablo se detuvo por un momento antes de continuar:

—“Sin mi permiso, Claudia ha pecado contra ustedes y les ha quitado el dinero que, por derecho, les corresponde por su trabajo. Además, no ha podido aclarar la muerte del caballerango Juan de Dios, al que sé que ustedes le tuvieron gran estima por sus artes sanatorias…”

—Juan de Dios fue a cenar con ella y no salió vivo —gritó un

hombre.

—La patroncita tiene razón, ella lo mató —añadió otro.

No hubo oportunidad de que Pablo Martínez terminara de leer la carta, la furia calentó la sangre de aquellos hombres. Desde la tierra se levantaron insultos de todos los colores. Claudia sintió miedo, pero no tuvo hacia dónde correr. Un peón moreno la atrapó del pelo con sus brazos musculosos y la arrastró lejos de la hacienda. La amarraron al árbol más seco y torcido del campo y apilaron leña sus pies.

Cuando la hoguera quedó lista, la desnudaron para dejar sus senos deformes al aire y rompieron la carne de su abdomen con palos. La sangre, que caía negra sobre los leños, sirvió de combustible, pues cuando dejaron caer una de las antorchas la noche se incendió de golpe. Claudia quedó envuelta en las llamas y los recuerdos de aquella noche en que Beatriz había intentado matarla se avivaron.

Todo su cuerpo fue dolor, agonía, un momento que se prolongó hasta el tormento más intenso. Fue ahí que toda la fealdad de su cuerpo se derritió y reveló a la mujer de la que Carlos Montejo se había enamorado años atrás: de piel bronceada, caderas suaves, muslos firmes y pechos bien redondeados; Claudia, la bella. Levantó la mirada a las nubes que despejaban el cielo y dejó que su cuerpo entero se transformara en ceniza y se alejara con el viento hasta volverse solo un recuerdo.

La noche se antojaba fría, las estrellas titilaban en lo alto celebrando la despedida de un siglo que se había vuelto añejo. Eran los últimos minutos de un año que agonizaba en la eternidad. Don Porfirio había organizado una fiesta para despedir el 1899 y saludar al siguiente con una gran celebración y, para ello, invitó a ministros de gobierno y personajes importantes de la sociedad mexicana al castillo de Chapultepec, que era la residencia oficial de la presidencia. Beatriz Montejo recibió una carta, escrita de puño y letra por don Porfirio Díaz, para invitarla, junto con su familia, al magno evento.

—¡Qué desgracia la de su hija, doña Beatriz! —exclamó Amadita, la hija mayor de Porfirio Díaz—. Primero se le muere su esposo y luego se cae por las escaleras.

—Algo ha de haber hecho para que Dios la castigue así —respondió Beatriz, al dar un sorbo a su champaña.

—¡Ay, pero qué cosas dice usted, señora! —se burló Ignacio de la Torre, esposo de Amadita.

La matrona de los Montejo se había puesto un vestido de fiesta, aunque negro, para que a nadie se le olvidara su viudez; además, llevaba un camafeo de santo Tomás apóstol. Su peinado, casi blanco, iba lleno de pinzas para darle una forma muy especial. Se había sentado en uno de los sillones para no perderle la vista a su hijo, pues

a lo lejos lo veía junto a su esposa y a su hija, hablando con el secretario de Hacienda y Crédito Público, José Yves Limantour.

—¿Qué opina usted de las obras emprendidas por el general Díaz? —preguntó Ignacio de la Torre.

—Eres injusto, Nacho —comentó Amadita—. Le preguntas a doña Beatriz de mi papá enfrente de mí.

Beatriz carraspeó, acariciando la parte alta de su bastón.

—Se equivoca, Amadita, porque la prudencia y la honestidad son dos virtudes cristianas que no están peleadas si no hay hipocresía de por medio. La verdad es que admiro lo que el general Díaz ha hecho por este país, antes de él todo era desorden y guerras civiles, y en estos años de gobierno positivista hemos gozado de paz. Yo le agradezco todo lo que ha hecho por México, ojalá su padre fuera eterno para mantener el país así. Este país le debe tanto.

Amadita asintió, pero Ignacio de la Torre puso su copa vacía en una de las mesas; por su modo de hablar, era evidente que llevaba un buen rato tomando champaña.

—Bueno, pero no todo es tan color de rosa como usted lo pinta, doña Beatriz. Usted que es dueña de una hacienda me va a entender muy bien. A veces todo ese progreso de don Porfirio no lo entienden los más pobres.

—Nacho, yo creo que deberíamos cambiar de tema —pidió Amadita, pero ni Beatriz ni su esposo la escucharon.

—Mire, joven De la Torre —dijo Beatriz—, yo creo que mis peones no saben el bien que les ha traído don Porfirio al país precisamente porque son ignorantes y no pueden leer ese progreso a través de los periódicos. También creo que es nuestro deber cristiano protegerlos y darles de comer, pero siempre trabajando por ello. Ya llegará el día en que entiendan qué es lo que está pasando en el país.

—Lo que necesitan es mano dura, disciplina y... —Ignacio de la Torre siguió tomando de su copa.

—Dígame, doña Beatriz —Amadita interrumpió a su esposo—. ¿Ha ido a ver el nuevo invento de los hermanos Lumiére? Es una cosa increíble, las fotografías cobran vida y empiezan a moverse. Podemos ver paisajes de Campeche o de otros países sin salir de la ciudad.

—Me pregunto qué diría Dios de un invento tan infernal como ése —respondió Beatriz.

A lo lejos, Carmelita anunciaba con un grito que eran las doce de la noche, se iniciaba un siglo nuevo, las campanadas resonaba en cada uno de los rincones, a los lejos empezaban los fuegos artificiales, con una variedad tonal.

En la casona Montejo, todos los relojes de la casa detuvieron su marcha al mismo tiempo y para siempre.

CAPÍTULO 9

RÍOS DE SANGRE

JUNIO DE 1906

I

Jorge Macías era perseguido por el supremo gobierno.

No le había quedado más opción que esconderse en casa de su novia, Magdalena Montejo. Por las noches, dormía en el despacho de Juan Carlos y, a la primera luz del día, desaparecía en el jardín. Así había pasado dos semanas, pues los agentes del gobierno estaban muy ocupados buscándolo por las calles.

—Te dije que era muy peligroso escribir en contra del gobierno desde ese periódico —le recriminó Magdalena, cuando fue a llevarle el desayuno a escondidas.

—¿Y qué querías que hiciera? Los pobres mineros de Cananea tenían derecho a trabajar ocho horas y a cobrar un salario mínimo, por el bien de sus familias. El gobierno hizo mal en meterse en su huelga.

Magdalena bufó. Aunque era joven, ya no era la niña que había asistido a la escuela de monjas. Con el pelo recogido en una trenza y un moño negro, se había convertido en una mujer parecida a su madre.

—Jorge, fueron los yanquis los que dispararon contra los mineros.

—¿Y tú crees que don Porfirio no sabía? Si a él le convenía parar esa huelga más que a nadie y el pueblo mexicano necesita saberlo. Le mandé el manuscrito de mi editorial a Ricardo Flores Magón y él estuvo de acuerdo en que debía publicarlo.

—¿Los Flores Magón? No estaré de acuerdo con nuestro presidente, pero tampoco quiero la anarquía que ellos promueven y ya apúrate a desayunar, que mi papá no tarda en bajar a desayunar y no quiero que te encuentre aquí.

Jorge asintió y apuró su vaso con jugo de naranja y un poco de pan que Eva había horneado el día anterior. Cuando terminó, tomó a Magdalena de la cintura.

—Dejemos la política en paz y vayamos a otros asuntos. ¿Qué has

pensado de lo que te propuse ayer?

Magdalena suspiró, se zafó del abrazo y caminó hasta la ventana. Su cuerpo estaba bañado por las últimas sombras de la noche.

—No es tan fácil lo que pides. Ten en cuenta que el país está pasando por tiempos difíciles y eso incluye a mi familia. Mi abuela ya decidió que me tengo que casar con no sé qué francés. Dame tiempo en lo que pienso qué voy a hacer.

Jorge se apiadó de su novia, caminó hasta ella y juntos contemplaron el disco dorado elevándose en la tapia del jardín, con rayos de colores inexistentes bañando el pasto esmeralda.

—Por un lado, está la familia y el deber, y, por el otro, lo que quiero. Soy mujer, no tengo derecho a elegir... la maldición de mi tío Julio se repite conmigo.

—Pero él era diferente y los tiempos están cambiando... Piensa en tu padre, el sí se casó por amor sin importar lo que los demás dijeran.

A lo lejos se oyeron pisadas en las escaleras y una voz grave que llamaba a Magdalena.

—¡Es mi papá! Rápido, escóndete en el jardín y yo te voy a buscar al rato, pero no saltes la barda como el otro día. Los vecinos son bien chismosos y te pueden denunciar con la policía.

Rodrigo asintió. Apurado, abrió la ventana y saltó al pasto, pero antes de salir a esconderse en el rincón de siempre, se volvió para robarle un beso a Magdalena.

—No se te olvide que eres mi constelación favorita —susurró y ella se sonrojó por completo.

Volvió a escuchar el llamado de su padre. Segundos después se abrió la puerta y entró Juan Carlos Montejo, increíblemente obeso, con cachetes enormes y dos papadas, un rostro lleno de arrugas, lampiño y calvo.

—¿Qué haces aquí, hijita? Pensé que estarías dormida...

La joven Montejo negó con la cabeza.

—¿Otra vez pensando en ese periodista? —preguntó Juan Carlos—. Lo mejor que pudo haber hecho fue huir sin avisarte, al menos después de publicar algo tan injurioso contra el señor presidente. Vergüenza le debería de dar haber aprendido a escribir...

Como cada vez que Jorge era el tema de conversación, Magdalena callaba y oía a su padre hablar sin escucharlo.

—En unos días vamos a cenar con Jacques de Belle Enfant. Tu abuela ya quiere que le pongamos una fecha a la boda, para que no seas una quedada y te tengas que casar mayor como ella misma o como tu tía Ana María, que en paz descanse.

Magdalena no quiso discutir más con su padre y lo acompañó hasta la cocina. Eva, con sus primeras canas en el pelo, ya preparaba el desayuno.

Desde la muerte de Claudia, los trabajadores de la hacienda de San Sebastián habían albergado la esperanza de que su situación cambiara. Sin embargo Pablo no resultó ser tan diferente, los trataba con mano dura y los obligaba a trabajar doce horas al día.

Lo primero que hizo como administrador de la hacienda fue poner una nueva tienda de raya. Estos locales se habían vuelto muy populares porque vendían todo lo que un trabajador pudiera necesitar, desde alimento hasta ropa, y Pablo los obligaba a comprar ahí con su sueldo. De este modo, el dinero regresaba a él.

Durante el primer año, en la tienda hubo precios normales y a los trabajadores de la hacienda no les molestó su existencia; pero Pablo empezó a ponerse avaro y le dio un valor muy alto a sus productos. Además, creó un sistema por el cual los peones se endeudaban por no tener dinero suficiente para pagar. Llegó un momento en que ninguno de los obreros recibía dinero alguno por su trabajo, pues todos debían enormes cantidades.

Un día les llegó el rumor de que los mineros de Cananea se habían levantado en huelga y que habían dejado de trabajar como protesta por los abusos laborales de sus patrones. ¿Por qué no hacemos nosotros lo mismo?, se dijeron los peones de la hacienda de los Montejo y dejaron su trabajo, fueron hasta la Tienda de Raya y forzaron las puertas. En cuestión de horas saquearon las bodegas y se llevaron todo lo que pudieron encontrar, desde los frijoles hasta la tinta. Destruyeron los libros de cuentas y rascaron los ladrillos con sus uñas hasta que los cimientos no pudieron más y el edificio colapsó irremediablemente.

Cuando llegaron al edificio principal, los trabajadores quisieron vengarse del hombre que los había tratado tan mal. Entraron a la fuerza y rompieron todo cuanto hallaron. Las pinturas de arcángeles fueron presa del fuego de las antorchas, al igual que el comedor y las camas. Luego fueron a la capilla, donde no vieron santos ni cristos, sino oro reluciente. Ellos tenían hambre y la virgen dolorosa vestía lujosa. Desnudaron todas las figuras y arrancaron la hoja de oro de la madera. Por respeto a su religión no incendiaron lo poco que quedaba del retablo, que parecía un esqueleto mal labrado, empotrado en una pared derruida. Dolores, la esposa de Pablo, abortó y murió del susto cuando los trabajadores de la hacienda entraron en su cuarto gritando que la iban a matar, mientras su esposo los enfrentaba:

—Yo soy el que manda aquí, regresen a trabajar y no habrá represalias.

Pero a los huelguistas no les importó. Lo sujetaron entre varios con la intención de quemarlo como habían hecho con Claudia, pero el líder de la huelga los detuvo:

—Nos ha robado y nos ha dejado con hambre. Además mató a Juan de Dios. Que pague con la misma moneda...

Lo llevaron hasta su oficina llena de los cuadros de la familia y lo encerraron ahí con los asistentes de la cocina, que aún le eran fieles.

—Nos quedaremos aquí afuera hasta que te mueras de hambre, y le demos tu cadáver a los cuervos.

Pablo se sentó a llorar ante la mirada de los Montejo, que parecían tener vida en sus pinceladas inmóviles. Pensó en su esposa, en sus abuelos y en Beatriz Montejo, así como en la soledad de aquella habitación.

II

Habían pasado veinte años desde la muerte de su esposo y el rostro de Beatriz se había agrietado y tornado gris. La abundante cabellera negra de otrora se transformó en una maraña delgada de blancura lunar. Su rostro se mantenía eternamente serio y sus movimientos tardos.

En un arranque nostálgico que nunca pudo entender, iba una vez a la semana al cementerio y contemplaba las tablas de mármol con los nombres de Ana María, Carlos, Julio, y de los dos hijos que se le habían muerto al nacer.

Cuando Beatriz entraba al mausoleo, se adhería a otro mundo, un mundo atrapado entre la vida y la muerte porque estaba envuelto en un frío preternatural, sin importar si se trataba de la mitad del verano o el nacer del invierno. En cuanto daba el primer paso, un vapor verdoso y putrefacto empezaba a salir de las tumbas que poco a poco tomaba formas humanas. La primera era la de Carlos Montejo, sin ojos ni orejas, con las muñecas rebanadas en las mangas de su camisa percudida. Abría la boca para intentar decir algo, pero en lugar salir palabras, brotaba un petróleo verduzco de consistencia espesa. La segunda era la de Julio Montejo, con una herida en la cabeza por donde brotaba pus. Lo mismo Ana María, con el cuello torcido y una bola morada en él. Así, los tres fantasmas hablaban sin hacerlo, movían los labios contando los secretos de la muerte y no había quién pudiera escucharlos.

Beatriz se quedaba ahí parada, recordando cada uno de sus asesinatos, con los ojos llenos de lágrimas rojas que caían hasta el mármol añejo.

—Espero que algún día puedan entender que lo hice por el bien de su alma —decía antes de darles la espalda y salir de aquel ambiente tan pesado.

Cuando se encontraba de regreso en el mundo real y se daba cuenta de las horas que había pasado dentro del mausoleo, se volvía a

su interior para ver la nada y regresar al silencio de su casona.

Mientras tanto, las horas pasaron etéreas en la huelga de la hacienda de los Montejo. Pablo llevaba tantos días sumergido en la oscuridad de aquella habitación que ya no sabía qué día de la semana era o si el atardecer moría ante la espada lunar. Carente de ventanas, la oficina de la hacienda se iba achicando cada vez más y él confundía las respiraciones de los sirvientes con los muertos de las pinturas. El estómago le rugía y sólo podía calmar su hambre masticando pedazos de la alfombra.

—Hagan lo que tienen que hacer, es por su bien —dijo Pablo después de un silencio muy largo y los sirvientes asintieron en la noche.

Entonces, los tres sirvientes tocaron la puerta con fuerza, hasta que se abrió y alcanzó a colar un poquito del velo lunar. Un trabajador de la hacienda asomó la cabeza y preguntó:

—¿Qué quieren? Aquí se van a quedar y aquí se van a morir.

Los sirvientes de la cocina cayeron de rodillas.

—No, por favor —dijo uno de ellos—. Ya entendimos por qué estaban haciendo la huelga y queremos apoyarlos. Nosotros también sufrimos por la tienda de raya. Fue un error apoyar a los patrones.

—¡Quédense aquí! —ordenó el trabajador y volvió a trabar la puerta.

De nuevo fluyó el tiempo de forma extraña, pues aunque para Pablo no pasaron más de dos minutos, cuando el trabajador de la hacienda volvió a abrir la puerta no entró la noche sino el ardiente sol del mediodía. Pablo quedó cegado y apenas alcanzó a cubrir sus ojos con la palma de su mano. Escuchó una voz grave que hablaba desde la luz:

—¡Está bien! Pueden irse, pero el patrón se queda a morir...

Los tres sirvientes le agradecieron varias veces y salieron, mientras que Pablo se acurrucaba en un rincón, lejos de la luz.

Esa tarde, Eva no soportó más los cuestionamientos que le llenaban la cabeza, sabía que tenía que hablarlos con alguien y pensó largamente a quién decirle sus desgracias. Así que fue hasta el estudio de su esposo y lo encontró revisando unos números de la hacienda.

—Siéntate —pidió Juan Carlos y dejó los papeles a un lado—. Cuéntame qué te molesta. ¿Magdalena está bien?

Eva asintió levemente y levantó la mirada de almendra.

—No sé si es una tontería lo que voy a decirte, pero creo que hay algo que no está bien con respecto a tu madre.

Juan Carlos arqueó las cejas.

—No sé a qué te refieres. Fuera de esa vez que se enfermó, no ha

tenido ningún problema.

Eva se acomodó en la silla, sin perder el contacto visual con su esposo, donde el resto del mundo desaparecía.

—Mira Juan Carlos, prefiero decírtelo de una vez antes de andar con un juego de indirectas que no nos va a llevar a nada. El día que mataron a tu hermano, vino a verme por la tarde y me dijo que me cuidara de tu madre, luego recibí una carta de una mujer extraña que me advertía de lo mismo y cuando tu hermana se cayó por las escaleras, Magdalena me dijo tu mamá no había querido ayudarla...

Mientras Eva exponía cada uno de sus puntos, Juan Carlos sintió cómo le hervía la sangre, hasta que no lo soportó más y pegó con su puño obeso en el escritorio.

—¡Por Dios, Eva! Está bien que no te caiga bien mi mamá pero darle crédito a esas habladas nomás porque sí... Pensé que eras más inteligente... Hay personas que le tienen envidia a mi mamá por su santidad y su dinero, y por eso le inventan chismes.

—¿Y Magdalena?

—Ella no sabe lo que dice. ¿De verdad crees que si mi mamá hubiera visto a Ana María desangrándose en las escaleras no hubiera mandando a Petrona por el doctor Buendía?

Eva bajó la cabeza, sin atreverse a responder.

—¡Por supuesto que no! —añadió Juan Carlos—. Además, sabes que mi hermano se fue de la casa en un incidente bastante lamentable. ¿Esperabas que te contara cosas buenas de mamá?

Otra vez, Eva se mantuvo en silencio, con la mirada en el piso. Juan Carlos se levantó del escritorio con mucho pesar, pues su excesiva gordura no le permitía sentarse bien. Con el espantoso ruido que hacían sus rodillas al caminar, fue hasta la puerta.

—Te veo en la cena, quedé de acompañar a mamá a la iglesia. Espero que no sigas creyendo chismes tontos sobre ella.

Dicho esto, salió de la oficina y azotó la puerta.

Minutos después, en un coche motorizado, Beatriz y Juan Carlos se apresuraron a llegar a la parroquia de Nuestra Señora de Guadalupe.

—Quedó muy bien, mamá. Entre los donativos de la esposa del general Díaz y los míos lograron levantar la iglesia otra vez —exclamó Juan Carlos orgulloso, mientras que su madre gruñía.

—Dile a tu sirvienta que prepare mejor tus alimentos. ¿No ves que te tiene demasiado gordo? A Dios no le gustas así... estos cocheros son odiosos, siempre tratando de llegar rápido a los lugares. Me marean cuando dan vuelta en alguna calle.

Mientras brotaba un sinfín de quejas y reclamos de la matrona de los Montejo, llegaron a su destino. Juan Carlos ayudó a su madre a bajar del coche y, entonces, ella quedó maravillada por lo que veía.

—Yo tampoco podía creerlo, mamá. Lograron rescatar toda la fachada y poner los santos que faltaban en la piedra con ayuda de unas fotografías que tomó el padre Jacinto antes del incendio.

Beatriz no comentó nada al respecto, tomó el brazo de su hijo como apoyo y, con ayuda de su bastón, traspasó los portones recién barnizados de la entrada. El interior del recinto había cambiado por completo, si bien el mármol del piso seguía intacto, los candelabros gigantes que colgaban plateados de las cúpulas habían adquirido un forjado moderno. Los altares recubiertos con hojas de oro ya no hacían referencia al vía crucis, sino a la historia de la aparición milagrosa de la Virgen de Guadalupe.

—Muy bonito, hijo, se ve que invertiste bien el dinero de la hacienda, pero la próxima vez que me traigas a conocer una iglesia, mejor ponte una levita que te quede y que no esté llena de polvo. ¿Me oíste?

—Sí, mamá —respondió Juan Carlos con su voz monótona, luego suspiró y encontró el valor—. Además ya hay un nuevo párroco, no tenemos que ir hasta catedral todos los días para la misa y confesión.

Juan Carlos llevó a su madre hasta el edificio contiguo, que había cambiado su estructura, pues la capilla no daba a un pasillo como en otros tiempos sino a un patio muy grande donde las palomas se alimentaban bajo el sol del atardecer, que madre e hijo cruzaron para tocar a la puerta de la oficina principal.

—Adelante —dijo una voz seductora y varonil.

Juan Carlos ayudó a su madre a entrar en una habitación pequeña con una ventana grande que daba hacia la calle. No había libreros ni santos rotos, sólo un escritorio desde donde les sonreía un hombre extremadamente guapo a quien los músculos poderosos se le adivinaban escondidos bajo la sotana. Su rostro, bien afeitado, era un deleite para mirar, porque se asemejaba a las estatuas que los griegos esculpieron de sus dioses. Canas bien mezcladas entre mechones azules, un fulgor especial en la piel.

—Mamá, quiero presentarle al padre Ricardo Allende.

De inmediato, el sacerdote se levantó y estrechó la mano de Beatriz, quien se había quedado sin palabras ante la belleza divina que emanaba aquel religioso.

—Encantado de conocerla, ya nos conoceremos a fondo en el sacramento de la confesión.

Ante el silencio de Beatriz, fue su hijo quien tuvo que responder por ella:

—Así lo hará padre. Mañana mismo la verá en misa de siete.

Juan Carlos se despidió y acompañó a su madre de regreso a casa. Caía la noche y las estrellas despertaban al compás de cuentos infantiles.

III

Encerrado en la oficina, Pablo veía pasar el tiempo en oscuridad y silencio. La locura había entrado por debajo de la puerta y se le había metido por las orejas. Desde entonces le fue imposible dormir e incluso soñar porque ya no se acordaba cómo. El mundo real le parecía un escenario lejano en donde habían desfilado alguna vez sus abuelos y su padre, donde los relojes caminaban siempre hacia delante y la lluvia caía hacia la tierra, pero ahora ya no estaba seguro de que ello fuera real.

Con el paso del tiempo, se acordó de que las paredes estaban llenas de cuadros y rió al recordar cómo era una persona. ¡Claro! Tienen cabezas deformes, vestidos horribles y manos llenas de anillos. Además, la piel debe ser áspera y con la textura de brochazos.

—¡Así soy yo! —se dijo Pablo—. Áspero, feo, deforme y sin tiempo.

Con el inútil paso de las horas, se dio cuenta de que las personas deberían hablar, así que fue hasta los cuadros y les habló en un idioma que acababa de inventar, pues en su locura había olvidado el correcto uso del español y había tenido que imaginar palabras para nombrar las pocas cosas que recordaba del mundo. Entonces estableció conversaciones enteras con los cuadros de aquella oficina, él preguntaba sobre todo lo que no entendía, como porqué el escritorio estaba fijo en el tapete y no salía volando, o cómo guardar una sombra en un cajita de plata o incluso por el sabor de la oscuridad, y se quedaba en silencio observando los labios de óleo, esperando a que se abrieran y le respondieran, pero como aquello no era posible, Pablo tuvo que imitar sus voces de acuerdo con la personalidad que les había dado y respondía con un montón de disparates que carecían de toda lógica.

Cuando terminaba de hablar con uno de los cuadros, caminaba hasta el otro y levantaba la vista para preguntarle a otro sobre la textura de las estrellas, el color del aire y el sabor del fuego. Poco a poco se fue olvidando de Beatriz y de Claudia, de Juan Carlos y de Eva e incluso de su propia esposa; pero de quien nunca pudo olvidarse fue de Magdalena, a quien imaginaba desnuda en la soledad de aquel cuarto que había sido olvidado por el fluir del tiempo.

A Beatriz Montejo le gustaba saber que, a pesar del cuadro sobre la chimenea y el polvo de los rincones, la sala de su casa no había cambiado con los años. Aún iba disfrazada de viuda con un camafeo de san Mateo apóstol. Envuelta en los primeros rayos del atardecer, apareció Magdalena Montejo, luciendo un hermoso vestido blanco que le llegaba hasta los tobillos y la hacía brillar como una estrella más del

verano.

—Petrona fue a mi casa en la mañana. ¿Me mandó llamar, abuelita?

Beatriz ni siquiera levantó la vista.

—Siéntate.

Magdalena se tornó seria y se sentó enfrente de Beatriz, quien cerró la Biblia y la dejó a un lado.

—¿No te había dicho que dejaras de ver al anarquista que quiere meterte a la cabeza que don Porfirio es malo?

Magdalena asintió en silencio.

—Tal vez hayas engañado a tus padres, pero a mí no. Estoy muy decepcionada de ti, jovencita. Has enojado a Dios con tu desobediencia. Hoy en la noche vas a cenar con Jacques de Belle-Enfant porque va a pedir tu mano y vas a decir que sí.

—Pero abuela, yo amo a otro...

Beatriz pegó con la base de su bastón en la alfombra, de forma que se levantó una nube de polvo que tomó la forma de sus hijos muertos, antes de volver a caer en la alfombra.

—No se puede amar a quien atenta contra el gobierno —rugió Beatriz.

—El general Díaz pudo haber sido lo que el país necesitaba hace veinticinco años, pero los tiempos cambian y los países también. Lo único que hace en el poder es envejecer.

Beatriz apretó los dientes furiosa, el rostro inyectado de sangre. El vitral de Minerva empezó a temblar, junto con el candelabro de la sala y el jarrón de la entrada.

—¡Y gobernar bien! Escuincla desagradecida. ¿Quién eres tú para cuestionar lo que hace o deja de hacer un presidente? Ahora tenemos paz y progreso.

—Sé de la matanza de mineros en Cananea y que el gobierno está persiguiendo a los periodistas que se atreven a decir la verdad.

Beatriz soltó una risita socarrona.

—¿Mineros? Huelguistas que no saben lo que es bueno para el país.

—¡Eran personas, abuela!

—¡Suficiente! —gritó Beatriz con una voz tan grave que hizo eco en todos los rincones de la casona Montejo.

Magdalena, presa del susto, bajó la cabeza.

—Si nunca le aguanté a mis hijos que me cuestionaran, menos te lo voy a aguantar a ti. ¿Me oíste? Vas a dejar de ver a ese periodista y vas a aceptar la propuesta de matrimonio del francés, si no quieres acabar como tu tío Julio.

—Sí, abuela —respondió Magdalena en un susurro tan débil que ni siquiera se entendió.

Fue entonces que Petrona apareció junto a ellas.

—Disculpe, seño...
—¿Qué quieres? —preguntó Beatriz, aún con la pasión enfurecida.
—Llegó una señora de su hacienda, dice que es muy importante que hable con usted.
A la sala entró, llorando, una mujer regordeta vestida con tela vieja llena de remaches. Magdalena se levantó con la intención de consolarla, pero Beatriz pegó otra vez con el bastón y la nube de polvo tomó la forma de su difunto esposo antes de disiparse.
—Siéntate, Magdalena. Nadie te pidió ayuda.
La joven obedeció. Beatriz posó la mirada filosa sobre su visitante:
—Habla. ¿Qué quieres?
—Ay, señora. No sé si me recuerde, pero llevo muchos años trabajando en la hacienda. No sé ni cómo decirle esto, pero hubo una huelga... ¡fue horrible! Se robaron todo lo que pudieron en la tienda de raya y encerraron al joven Pablo en la oficina. ¡Lo están matando de hambre! A nosotros nos dejaron salir y vine a pedirle que lo ayude.
Beatriz se levantó con mucho pesar y, recargando ambas manos en su bastón, le dijo a Magdalena:
—Tú te me vas para tu casa y te arreglas para la cena de hoy en la noche. Más te vale que vengas bien arreglada y no con esas fachas que traes ahorita —luego se volvió a su visitante—. Tú me vas a acompañar a la oficina y me vas a contar bien todo lo que sucedió, mientras yo le escribo una carta a don Porfirio para pedirle ríos de sangre para aquellos que no han sabido apreciar el trabajo que ofrezco en mis tierras.
Magdalena saltó ante aquellas palabras.
—Abuela, usted no puede hacer eso.
—¡Lárgate para tu casa! Esto es asunto de personas mayores, no de escuinclas babosas.
Beatriz no dijo más, las arrugas del rostro se le habían llenado de furia. Con ayuda de su bastón, caminó hasta la oficina y se encerró el resto de la tarde, mientras hacía varios borradores de una carta terrible.

La cena había sido dispuesta de acuerdo con las órdenes de Beatriz.
Todas las casas de la colonia gozaban de la energía eléctrica que había traído el progreso del gobierno, sin embargo, la matrona de los Montejo no confiaba en los avances de la ciencia. Estaba segura de que algún científico utilizaría los átomos para convencer al mundo de la inexistencia de Dios. Así, la araña de cristal que colgaba del techo del comedor fue prendida con velas y se colocaron lámparas de petróleo a lo largo de la mesa para iluminar la gala.
Puesto que los relojes de la casona Montejo aún permanecían estáticos, fue imposible para Petrona decir a qué hora llegó Juan

Carlos con su esposa y su hija, vistiendo con sus mejores ropas. Luego llegó una envejecida Agustina Castelló, acompañada de Carmen, la esposa del presidente. Por último llegó un hombre alto, con una nariz torcida y abundante cabello rubio sobre su cabeza. Se presentó como Jacques de Belle-Enfant, un empresario francés de unos treinta años que recibía telas de toda Europa y las vendía a precios altísimos en sus tiendas de la ciudad, forma en la que había logrado hacerse de una pequeña fortuna.

De inmediato, Beatriz lo hizo pasar al comedor, donde todos se habían sentado en los lugares que les correspondían. Se sirvió una sopa de espinaca que a Beatriz le gustaba mucho y Juan Carlos descorchó dos botellas de vino francés.

—Dígame, señor de *beyefan*, ¿qué opina de nuestra ciudad? —preguntó Beatriz, mientras tomaba un sorbo de vino.

—Es una ciudad muy fascinante —respondió el invitado de honor con un marcado acento francés —. Se pueden ver los edificios ¿cómo dicen?... ah, sí, *modernos* que hizo su presidente y que me recuerdan tanto a *París*, y además las *iglesias* que levantaron... no, esa palabra no, que... construyeron los españoles hace muchos años.

Juan Carlos asintió levemente, mientras partía de su carne.

—Así es señor *bel*, tenemos una ciudad que está llena de historia y cultura.

—Muy bonito... *oui,trés belle* —sonrió Jacques.

Fue entonces que Agustina Castelló empezó a contar la historia de cómo se había construido la catedral y todos prestaron mucha atención a lo que decía, pues era una narración llena de pasiones, historias y fantasmas. Cuando terminó, Beatriz no pudo evitar hacer un brindis por su mejor amiga.

—Yo quisiera aprovechar este momento para decir algo —dijo Jacques, y pronto recibió la atención de todos los presentes—. Ya todos saben por qué vine, y me gustaría decir que Magdalena es *le fémme le plus belle* que yo he conocido en mi vida y no he podido dejar de verla en toda la noche. Me haría usted un hombre dichoso si aceptara convertirse en mi esposa.

El silenció se posó en el comedor, cubiertos sobre los platos, copas de cristal manchadas de vino, las llamas coronando las velas. Magdalena se sonrojó sin saber qué responder. De repente sintió una mano sobre su hombro y se volvió para ver el fantasma brillante de su tío Julio, junto a un hombre de barba pelirroja. Los dos parecían estar hechos de estrellas. Beatriz también los vio, pero como seres decrépitos, sin ojos y con la piel negra de tanta podredumbre.

—Es usted un buen hombre y estoy segura de que a su lado sería una mujer muy feliz, pero mi corazón pertenece a otro. No voy a cometer el mismo error de mi tía Ana María, prefiero seguir los pasos

de mi tío Julio.

Beatriz se volvió a su hijo con un gruñido.

—¡Juan Carlos! Dile algo a tu hija....

—Sí, papá, dime cómo no le hiciste caso a mi abuela y te casaste con la mujer que odiaba.

Era tanta la furia de Beatriz, que se levantó de la silla sin ayuda de su bastón.

—No te atrevas a faltar al cuarto mandamiento en mi presencia. Te vas a casar con Jacques porque yo lo digo.

—Pues si así van a estar las cosas, me voy —vomitó Magdalena las palabras con rabia, luego salió del comedor y de la casa al frío del caos nocturno.

Juan Carlos se volvió a Eva para echarle la culpa de que su hija se comportara de esa forma, pero ella lo intuyó y también se levantó de la mesa.

—¿Cuándo aprenderás a poner a tu esposa y a tu hija antes que a tu madre? —preguntó, antes de irse de la casa.

—Tú te quedas —le ordenó Beatriz a su hijo y volvió a sentarse.

El resto de la cena se llevó a cabo en silencio. Sirvieron el pastel que había preparado Petrona sin que nadie mencionara una palabra y se retiraron veinte minutos después. Jacques de Belle-Enfant quedó tan decepcionado de aquella experiencia que una semana después de embarcó a Francia y no se volvió a saber de él.

Mientras que su novia se encontraba cenando, Jorge Macías revisaba todos los papeles que había en el despacho de Carlos Montejo, bajo la luz eléctrica de la lámpara que colgaba del techo. Entonces sacó libros que había en los libreros. Había novelas de Mariano Azuela y de Manuel Altamirano, también algunos escritos por secretarios y ministros de gobierno y libros de cuentas de la hacienda familiar.

Como no encontró lo que estaba buscando, apagó la luz y salió al jardín. La noche se antojaba fresca, la luna iluminaba el pasto con sus destellos bruñidos, apenas recubiertos por el titilante esfuerzo de los astros lejanos.

Se olvidó del peligro que tenía sobre sus hombros y corrió hasta la barda, que escaló y saltó como si se tratara de una ardilla. Luego se alejó corriendo por la calle, alegre de sentir el aire golpear su rostro. Era un sentimiento agradable que le arrancaba sonrisas. Cuando estuvo cansado, supuso que era tiempo de volver al despacho de Juan Carlos Montejo y saltó la barda como lo había hecho minutos antes. Lo que no sabía era que una de las vecinas lo había visto a la luz del nuevo alumbrado público.

Al día siguiente de la cena en la casona de los Montejo, Juan Carlos

suspiró molesto por lo que había ocurrido la noche anterior. Habían herido su orgullo de hombre, de padre y esposo. Por lo tanto, después de un desayuno incómodo, en el que la familia compartió el silencio de las miradas vergonzosas, le pidió a Eva que lo acompañara a su oficina.

—Siéntate —le ordenó, con una pálida imitación de la autoridad de su madre.

Luego se sentó detrás del escritorio y se apoyó en él. Fruncía el ceño con un fuego interno que podría haber destruido el mundo si se lo hubiera propuesto. Tenía el rostro completo inyectado en sangre. Eva, orgullosa, no se permitió el lujo de bajar la mirada.

—Me decepcionó mucho lo que pasó ayer con Magdalena —dijo Juan Carlos.

—Me decepcionó más que tú no fueras capaz de entender que nuestra hija no quiere estar con alguien más. ¿Hasta cuándo vas a dejar que tu mamá se meta entre nosotros?

La respuesta de Juan Carlos fue un gruñido tan fuerte que pudo oírse en la cocina, donde Magdalena lavaba los platos con ayuda de la sirvienta mulata.

—Mi mamá es incapaz de cometer un acto de maldad, si quiere que Magdalena se case con el francés, es porque cree que sería lo mejor para ella.

—En su momento decidió que era mejor que te casaras con la hija de don Mauricio Esquivel, pero decidiste no hacerle caso y casarte conmigo. Ahora tu hija está en la misma posición que tú... No estaré de acuerdo con que ame a un hombre que escribe en contra del gobierno, pero ella sabe en lo que se está metiendo. ¿Por qué no la apoyas?

Enfrentado con la verdad de su pasado, Juan Carlos se levantó de la silla y caminó hasta la ventana. El jardín parecía tranquilo, envuelto en aquella luz matinal.

—Magdalena es mi hija y debe aprender a obedecer sin cuestionarme.

El interior de Eva se fue llenando de lágrimas, hasta que le ahogaron el corazón y empezaron a desbordarse por los ojos.

—Te oigo y no te conozco. No eres el hombre con el que me casé. Ni siquiera me di cuenta de que te habías convertido en una copia de tu madre. Si tu hija quiere buscar su felicidad, ¿quién eres tú para impedírselo?

Juan Carlos bufó, fue hasta su esposa y le enseñó los dientes:

—¡Soy su padre!

—¡Y yo su madre! —respondió Eva con la misma fuerza—. La llevé nueve meses dentro de mí y la traje a este mundo con todo el dolor de mi cuerpo.

Enfurecido, Juan Carlos levantó la mano con intención de pegarle a su esposa, pero la dejó en el aire. Eva ni siquiera hizo el intento de protegerse, levantó el rostro orgullosa.

—¿Me vas a pegar? —preguntó ella, mientras la voz le temblaba—. Porque te advierto que el día que de verdad me levantes la mano saldré por esa puerta y no volverás a verme nunca más. Seré tu esposa, pero nunca una esclava.

Juan Carlos no dijo más, fue hasta la puerta y la abrió de golpe. Una ráfaga de aire penetró en la habitación y los envolvió con su movimiento furioso.

—No estoy jugando, Eva. Es tu deber como madre convencer a Magdalena de que se case con el hombre que su padre elija para ella.

Sin más que añadir, salió de la oficina y azotó la puerta. Eva suspiró y limpió sus lágrimas con el dorso de su mano.

IV

Los días pasaron inevitables en la hacienda de los Montejo, a veces se prolongaban más de lo permitido y otras caía el manto nocturno antes de la hora esperada. Los hombres, que alguna vez habían sido trabajadores del aquel campo, se encargaron de continuar robando todo cuanto podían. Primero, despojaron todos los objetos de valor que encontraron en las habitaciones y las llevaron a un mercado cercano para venderlas a escondidas. De este modo, se deshicieron de lámparas, candelabros, marcos de oro, santos y crucifijos de los tiempos en que el país era colonia española.

Luego arrancaron la pintura de las paredes y quitaron los ladrillos de los cuartos, asimismo se hicieron de los tablones de madera del techo y los usaron para fortalecer sus propias casas, construidas en un pueblo cercano. Por último, dividieron el ganado en dos: la mitad se vendió barato a un hacendado vecino que no le importaba la huelga y la segunda se sacrificó para hacer una comilona de domingo, donde alcanzó guacamole y tacos para las familias de todos los huelguistas.

Una noche de verano se reunieron todos ante una fogata enorme, discutiendo sobre el porvenir de su movimiento. Después de una larga conversación, llegaron a la conclusión de que sólo sabían hacer dos cosas en la vida: una era trabajar el campo y la otra era robar. Como no tenían tierras qué cosechar, puesto que todas eran de los hacendados riquillos que trataban muy mal a sus trabajadores, la respuesta resultó evidente. Luego se hizo el silencio. Se oyeron pisadas violentas sobre el pasto húmedo y varios de los hombres tomaron sus fusiles. El aire estaba cargado de peligro. La luna se escondió entre las nubes para no contemplar esa terrible escena.

Entre los arbustos aparecieron las sombras: un grupo de militares

que fue imposible contar en la noche. De un momento a otro, inició una lluvia de balas plateadas que llenó el aire. Los huelguistas se escondieron detrás de algunos árboles y temieron lo peor por sus familias que no acampaban muy lejos de ahí. Pasaron veinte minutos antes de que cayera el primer hombre, el hermano del difunto Juan de Dios, quien además había sido el organizador de la revuelta.

Envalentonados, los dos grupos siguieron con la balacera, coronada por la fogata que, poco a poco, quedó reducida a cenizas. La luz dejó de crujir y las bajas aumentaron. Los pocos huelguistas que sobrevivieron corrieron hacia sus familias con la intención de huir a la mitad de la noche, pero fueron perseguidos por los soldados del gobierno, que en ningún momento dejaron de disparar.

Cuando los huelguistas llegaron a lo que había sido la capilla de la hacienda, donde sus familias descansaban entre ladrillos viejos, aquello se convirtió en una masacre, ni las mujeres ni los niños tenían fusiles con los cuales defenderse y por más que intentaron desaparecer a la mitad de la noche, la luna tuvo el desatino de asomarse un poco para ver por qué tantos gritos, pues con su luz plateada alcanzó a revelar las figuras que intentaban correr lejos de ahí y se escondían en las ruinas de lo que otrora había sido la hacienda de los Montejo.

Los disparos continuaron, los gritos de auxilio se elevaron en una maraña irreconocible de colores apagados, los cuerpos cayeron. Algunas mujeres fueron hasta la oficina y destrabaron la puerta. Entraron seguidas por los soldados, quienes empezaron a disparar. Pablo se refugió debajo del escritorio, mientras las balas rebotaban por los marcos y el techo. Las balas entraron a las pinturas y éstas sangraron y gritaron antes de caer al tapete raído.

Cuando los soldados terminaron, se retiraron del terreno y Pablo, temblando de miedo, se quedó sin parpadear hasta que llegó el amanecer. Entonces salió de su escondite y contempló la desolación que había quedado atrás: los cuadros de la familia Montejo, acumulados desde siglos atrás, habían quedado destruidos sobre los cadáveres de mujeres que aún tenían lágrimas en los ojos. Apenas salió se dio cuenta del horror: aquello era un campo de cadáveres humeantes, había madres con los ojos abiertos que apretaban a sus hijos muertos. Siguió caminando y encontró ríos de sangre que llegaban hasta la entrada de la hacienda o lo que quedaba de ella.

No pudo más y cayó de rodillas para llorar, mientras que el silencio punzante se dejó oír en el viento. No quedaba más de la hacienda de los Montejo, sólo un recuerdo y un grupo de fantasmas confusos que vagaban por el terreno árido, pues la muerte se había colado en la tierra hasta dejarla infértil.

La casa de Juan Carlos Montejo estaba tranquila, era una noche

agradable donde los grillos tocaban serenatas a la luna. La luz eléctrica de la lámpara manchaba las sombras que envolvían el rostro de Magdalena.

—... tus ojos podrían opacar las constelaciones que contemplaban los griegos —le susurró la última estrofa de una hoja de papel y la dejó a un lado.

La joven Montejo se sonrojó de repente y desvió la mirada.

—Mejor te hubieras dedicado a ser poeta que periodista. Te salen mejor los versos que las críticas al gobierno.

—Cuando tienes un presidente que ha estado veinticinco años en el poder, es difícil quedarte callado. Además siempre quise ser periodista, y pues...

Se oyó un golpe sordo en la puerta principal de la casa. Los dos amantes, sorprendidos, se levantaron de repente. Tomados de la mano, compartieron el mismo susto. Se oyó otro golpe y salieron del estudio, al tiempo que Juan Carlos y Eva bajaban las escaleras.

—¿Qué hace él aquí? —le preguntó Eva a su hija, pero antes de que ésta pudiera responder, Juan Carlos se había acercado a la puerta.

—¡Somos de la policía! Tenemos una denuncia de los vecinos de que el reportero Jorge Macías se encuentra escondido dentro de la casa.

Magdalena se vio presa del pánico. Palideció. Tomó a su papá del brazo mientras lo miraba con lágrimas en los ojos.

—¡Por favor, papá! ¡No les abra! Se lo pido, no entregue al hombre que amo —suplicó Magdalena.

Eva se mantuvo callada.

—¡Abran o entramos a la fuerza! —amenazó un policía del otro lado.

Juan Carlos, suspiró, su mente era una maraña de ideas, cada una más extraña que la anterior. De repente, se volvió a la puerta y gritó:

—Aquí no escondemos criminales. La denuncia es falsa.

—¡Abra la puerta! —respondió el policía.

Más golpes acompañaron el miedo. Eva tomó de la mano a su hija y le hizo una seña a Jorge para que las acompañara. En silencio fueron los tres hasta el comedor.

—Tenemos que esconderlo, mamá —pidió Magdalena.

Eva negó con la cabeza.

—Es muy tarde para eso, tiene que irse de la casa. Tenerlo aquí pone en peligro el apellido de toda la familia.

—¡Mamá, por favor! —suplicó Magdalena.

Eva volvió a negar con la cabeza.

—Pues entonces me voy con él —sentenció la joven Montejo.

Los policías seguían golpeando en la puerta y la casa temblaba. En un intento desesperado por retener a su hija, la tomó de la mano, pero

Magdalena se soltó.

—No, mamá, voy a aprender de los errores de mi tía Ana María.

Ante la sorpresa de Eva, Magdalena se alejó de ella, tomó el cuadro la sagrada familia que había heredado de su tío Julio y se fue hasta la cocina.

—No se preocupe, su hija estará en un lugar seguro —agregó Jorge y la siguió.

Ahí huyeron los dos por la puerta trasera, a la mitad de la noche iluminada por los faroles de luz eléctrica, mientras que en la casa de Juan Carlos Montejo la policía rompía la puerta y entraba a la fuerza. Por cuestión de dos horas, revisaron cada rincón de la casa, rompieron las figuritas de la vitrina y las cajitas de la sala, vaciaron todos los libreros y levantaron los colchones. Buscaban cualquiera prueba de que el periodista había estado ahí, pero su búsqueda no rindió fruto.

Al menos por un par de años.

CAPÍTULO 10

LAS FIESTAS DEL CENTENARIO

SEPTIEMBRE DE 1910

I

Eva Montejo tenía el cuchillo ensangrentado que había matado a su suegro.

Magdalena tampoco podía creer lo que tenían frente a ellas. Minutos antes había regresado a casa de sus padres con la noticia del arresto de Jorge. Con vergüenza, traspasó el umbral convertida en una señorita de casi veinticinco años y una belleza que Ana María hubiera envidiado en su tiempo.

—No te preocupes por Jorge —le dijo Eva—. Tu papá conoce a gente muy importante en el gobierno que nos puede ayudar.

—Pero mamá, todos están organizando las fiestas del centenario de la Independencia.

—Entonces tendrás que esperar un mes a que terminen los festejos. No le pasará nada, ya lo verás. Ahora dame a la sagrada familia para regresarla al comedor.

—Con cuidado... es el único recuerdo que tengo de mi tío Julio.

Magdalena entregó la pintura a su madre para que la colgara en el mismo clavo de la pared que se había cubierto de un óxido negruzco. Al colocar el marco, el peso fue demasiado y cayó en la duela fría, partiendo el cuadro y fracturando el bastidor de madera.

La joven Montejo se hincó ante el desastre, llorando; mientras que su madre la consolaba:

—A la pintura no le pasó nada, podemos cambiarle el marco y restaurar el bastidor...

Entonces callaron porque se dieron cuenta de que el interior del bastidor no estaba vacío: pegado con un mecanismo ingenioso de hilos encontraron un cuchillo de cocina con el metal manchado con sangre negra.

—¿Por qué Julio escondería algo así dentro de su pintura? —dijo Eva, extrañada al tomar aquel utensilio en sus manos.

Magdalena encontró algo más dentro del bastidor, un papel

amarillento cuyos bordes se quebraban al tocarlo. Estaba escrito con una letra que Eva identificó como la de su cuñado muerto.

> Magdalena, si estás leyendo estas palabras, es porque la mujer que me trajo al mundo fue la misma que me arrancó de él. Cuídate de Beatriz Montejo, no caigas en sus juegos ni creas que es una buena mujer, estoy convencido de que mató a mi padre con el cuchillo que escondí con esta carta. No te conviertas en una más de sus víctimas.

Tu padrino que te quiere, Julio Montejo.

Eva tenía el cuchillo ensangrentado que había matado a su suegro y la carta que podía probarlo. Fue entonces que un rayo de luz penetró por la ventana y apareció el fantasma de Julio Montejo, pero Magdalena fue la única que pudo verlo.

—Es muy importante que no le menciones a nadie que tenemos la carta y el cuchillo. No quiero que te pase nada —la abrazó con fuerza y la besó en la frente—. Siempre serás mi niña.

Eva salió del comedor con la carta y el cuchillo, mientras que Magdalena se quedaba a recoger lo que había quedado del marco del cuadro. Cuando Magdalena dejó todas las piezas sobre la mesa, saludó a los espíritus, que se desvanecían, y subió a su cuarto. No había cambiado en cuatro años.

II

Beatriz pasó toda la tarde en un evento organizado por las fiestas del centenario, donde se celebró que la embajada española había regresado objetos de la lucha independentista iniciada un siglo atrás.

El mismo don Porfirio Díaz, presidente por treinta años, invitó a Beatriz con una carta escrita con su puño y letra. Desde la muerte de Agustina Castelló en 1907, la matrona de los Montejo se recluyó en su casa, en parte porque su edad avanzada ya no le permitía moverse tanto y el dolor de su pierna se había extendido hasta la cadera. Su cabello se había vuelto tan delgado que cada día era más difícil peinarlo con sus broches negros. Además, había empezado con temblores en las manos y nubes borrosas en la vista que los lentes ya no le quitaban. Sin embargo, no rechazó la invitación del presidente de la República y fue a la ceremonia de inauguración.

Cuando regresó a su casa, los átomos nocturnos que conformaban la noche empezaron a sospecharse en el ambiente húmedo. Todo era clausura y silencio, polvo y mugre, los relojes seguían detenidos, las paredes crujían junto con las ventanas. Tacones contra el piso, velas blancas, una sombra proyectada en la pared, el brillo opaco de un

bastón moviéndose en la noche. Beatriz cenó sola esa noche, apenas un poco de carne bañada de sombras grises y silencios incómodos. Cubiertos chocando entre sí. Cuando terminó, fue hasta la cocina y encontró a Petrona lavando unas ollas.

—Ya terminé de cenar. ¡Límpialo! —ordenó Beatriz, luego regresó al vestíbulo y subió las escaleras en la oscuridad.

A lo lejos se vio un rayo, el vitral se iluminó por un segundo; luego llegó el trueno. Sin embargo, no llovió.

Media hora después, Beatriz estaba lista para irse a la cama. En camisón blanco, rezó dos rosarios por su familia y apagó su lámpara de aceite (pues aún se rehusaba a utilizar la ciencia eléctrica en su casa). Se recostó del lado izquierdo y dejó la cabeza en la almohada. Como cada noche, tardó en dormirse...

Y empezó a soñar.

En aquel mundo onírico, la pierna le servía muy bien, las arrugas se le habían ido del rostro y las canas de la cabeza. Caminaba por el pasillo de su casa, iluminada por un sol verde y, al detenerse frente a un espejo, encontró a la Beatriz adulta de hace veinte años.

Luego bajó las escaleras, mientras todos los objetos de la casona flotaban en el aire, libres de la fuerza de gravedad. Al pie de la escalera se encontraba un hombre que había visto muchas veces en misa, tan varonil y guapo como siempre, el padre Ricardo la observaba con una sonrisa deliciosa.

Embebida en su propio sueño y libre de sus acciones conscientes, Beatriz bajó cada uno de los escalones y se encontró frente a aquel aliento embriagador. El sacerdote la tomó entre sus brazos y la besó dulcemente, mientras sus manos palpaban la espalda que se escondía debajo del vestido negro.

La matrona de los Montejo despertó de inmediato, asqueada por lo que estaba sintiendo. Su corazón palpitaba como un motor moderno, su aliento convertido en huracán. ¿Cómo entender el pecado que se le había metido en los sueños? ¿Cómo no sentirse culpable cuando el sacerdote no le resultaba indiferente?

Beatriz empezó a toser, sin control, mientras temblaba. Luego vomitó sobre las sábanas y mandó a Petrona a cambiarlas y prepararle de nuevo el cuarto para dormir. Esta vez se dispuso un té con unas hierbas que le robaron los sueños y se adentró al vacío hasta la mañana siguiente.

En una habitación cercana descansaba Pablo Martínez. Desde que los soldados del gobierno terminaron con la huelga de la hacienda de los Montejo, el pasto de aquellas tierras había crecido rojo y matado las cosechas. Se hicieron numerosos intentos de plantar diferentes semillas en el campo pero ninguno resultó exitoso. Todo lo que

entraba a esas tierras moría inexplicablemente, desde el ganado hasta tres nuevos administradores que Beatriz había nombrado. Por ello, nadie quería comprar ese terreno que se decía maldito y plagado de fantasmas que acosaban a los vivos.

Después de la matanza, Pablo huyó a la ciudad, donde se enteró de que la mayoría de los periódicos guardaron silencio de la cantidad de cadáveres que él vio sobre el campo. Algunos periodistas se acercaron a él para que les contara la historia, pero como Pablo no quería hablar contra el gobierno, Petrona tuvo que decirles que se fueran y no volvieran a molestar.

A Pablo le costó mucho trabajo volver a la vida de la ciudad después de todos los muertos que vio, pero Beatriz estaba convencida de que a su sobrino nieto le había entrado un demonio por la boca y le enrevesó el cerebro, así que lo sentó a leer la Biblia en voz alta por horas y horas, hasta que se calmó. Sin embargo, había un nombre que no conseguía olvidar y le calentaba el cuerpo de manera inexplicable. Por eso lo había escrito a lo largo de todo el piso y en todas sus sábanas con una caligrafía tosca.

Petrona mandaba lavar las sábanas una vez a la semana y éstas regresaban blancas para que Pablo pudiera escribir otra vez el nombre que le despertaba la lujuria del corazón: Magdalena...

Como la prostituta bíblica, Magdalena...

Una y otra vez, en tinta fresca en la tela, en su mente, en sus venas. Magdalena...

Sabía que nunca había querido a Dolores y sólo se casó con ella por recomendación de Beatriz; la mujer a la que siempre amó era su prima. Ni siquiera se molestó en decírselo su tía abuela, sabía que no lo entendería.

Cuando el sueño lo venció, quedó recostado sobre el escritorio con los ojos cerrados, mientras su mano continuó escribiendo todo lo que llegaba a la mente.

A la mañana siguiente, bajó a la cocina con los primeros rayos del sol y se encontró a Petrona picando fruta para el desayuno.

Pablo tronó los dedos.

—Mujer, ¿otra vez olvidas que el Génesis te llamó esclava del hombre? Cuando entre al cuarto debes preguntarme si necesito algo.

—Perdone joven, pasé muy mala noche.

A Pablo no le importó, se sentó a la mesa raspada y levantó el rostro para no ver a la servidumbre a los ojos.

—Cuando termines con eso, quiero que vayas a casa de mi prima y le digas que necesito verla en cuanto pueda, y que no se le olvide que soy hombre y debe obedecerme.

—Lo que usted diga, joven —tembló Petrona mientras seguía picando la fruta.

Pablo gruñó molesto y salió de la cocina.

Esa mañana tampoco procedió calmada en casa de Juan Carlos Montejo, pues se fue a encerrar a su estudio para leer el periódico. Desde la huida de su hija, resolvió encomendarse a san Juan Bautista para que ella regresara y, como sacrificio, le ofreció no comer en el desayuno y en la cena, lo que había resultado en la pérdida de su gordura; por lo tanto, ya no le colgaba la piel en los brazos, las piernas y la papada. Todo ello oculto discretamente en las nuevas levitas que se mandó hacer para dicho fin. No había terminado de leer la primera plana, cuando entró Eva y se sentó frente a él.

—Quiero hablar contigo —dijo ella muy seria.

Juan Carlos, sin importarle mucho su esposa, dobló cuidadosamente el periódico y lo dejó a un lado.

—Desde que Magdalena se fue de la casa no me has dirigido una palabra ni has respondido a mis preguntas, ¿y ahora vienes como si no hubieras pasado cuatro años en silencio? Ya ni siquiera dormimos en la misma cama, ni vas a los eventos del general Díaz conmigo.

Eva no respondió, dejó sobre el escritorio el cuchillo de cocina impregnado con la sangre seca negruzca y la carta amarillenta con la letra de Julio. Su esposo desdobló el papel y leyó cada una de las palabras, hasta que les encontró significado. Sin pensarlo, apretó el documento entre sus manos, hasta hacer crujir las partes secas. Luego aprovechó su furia para romper el papel en pequeños pedacitos que aventó hacia la ventana.

—Pensé que era más inteligente, Eva —respondió Juan Carlos con una voz profunda llena de tana saña que, por un momento, su esposa pensó que había escuchado a Beatriz Montejo—. No supuse que falsificarías la letra de mi hermano para inculparlo en tus rumores. Está muerto... déjalo... descansar... en paz.

Eva le enseñó el cuchillo con la sangre petrificada.

—Cuando el cuadro de la sagrada familia se partió, encontramos la carta y el cuchillo. ¿O acaso me crees capaz de buscar un cuchillo igual al que había en tu casa hace veinticinco años?

—Últimamente ya no sé de lo que eres capaz —respondió Juan Carlos con mucho pesar—. Ya no eres la mujer con la que me casé.

—Por desgracia, tú sí. Nunca dejaste ser el hijo mimado de Beatriz Montejo, nunca me diste el lugar que me correspondía como esposa y ahora dudas de mis palabras porque crees que tu madre está en lo correcto.

—Mi madre es una mujer que no tiene la capacidad de pecar... ¿y sabes por qué? ¡Porque es mi mamá! Sólo por eso.

El Montejo le arrebató el cuchillo.

—¡Juan Carlos!

—Si decidiste hablarme para contarme más chismes de mi madre, mejor te hubieras quedado callada.

—¿Para qué? Escucharas mi opinión o no, tu madre siempre tendría la última palabra.

Juan Carlos no soportó más la humillación, abrió uno de sus cajones, dejó caer el cuchillo y lo cerró con llave. Su quijada se tensaba, sus ojos eran la imagen de un volcán en plena erupción. Fue hasta su esposa y, sin pensarlo, le soltó un golpe en la mejilla. Eva, ofendida, se levantó con los ojos llenos de lágrimas y respondió con la voz entrecortada:

—Tu hermano habrá sido maricón, pero siempre fue más hombre que tú.

En ese momento, la puerta principal de la casa se abrió como si la empujara un huracán que recorrió toda la casa, abriendo puertas y desacomodando los muebles. Eva salió de aquel despacho y caminó a través del vestíbulo, luego se fue de la casa y desapareció al doblar en una esquina.

Juan Carlos no tuvo corazón para seguirla.

III

Como parte de los festejos del centenario de la Independencia, don Porfirio Díaz mandó construir un hemiciclo de mármol a su antecesor político: Benito Juárez, al que Beatriz odiaba por sus ideas liberales y su estirpe indígena.

—Yo sé que Porfirio es indígena, pero al menos lo oculta con polvos de arroz. También sé que es liberal, pero al menos pactó con la Iglesia católica para que no hubiera más guerra —decía Beatriz cada vez que el tema aparecía en alguna cena—. A Juárez no encuentro qué admirarle.

Sin embargo, no podía desairar las invitaciones que recibía por parte de la familia presidencial y se mandó a hacer varios vestidos para asistir a todas las cenas, eventos e inauguraciones a las que había sido invitada. Además, podía lucir en público las joyas y camafeos que guardaba en su joyero.

Aquel día, Porfirio Díaz ofreció un discurso por Benito Juárez y recibió muchos aplausos por parte de los asistentes, pero no de Beatriz Montejo, que consideraba el monumento una porquería. Cuando terminó el evento, pidió un coche de motor que la llevó hasta la parroquia de Nuestra Señora de Guadalupe y se apeó del vehículo al llegar. Con la dificultad de la vejez y la lentitud de la enfermedad, llegó hasta la capilla y al patio del edificio anexo. Algunas monjas jugaban con niños, otras limpiaban con agua y jabón el patio. Fue hasta la oficina del párroco y tocó a la puerta. El sacerdote la invitó a

pasar.

—Doña Beatriz, justamente pensaba en usted hace un momento. Vi mi reloj y pensé que se le había hecho tarde para su confesión de la semana... con tanto festejo por el famoso centenario, supuse que no iba a venir.

Beatriz negó con la cabeza mientras tomaba asiento y esperaba a que el sacerdote hiciera lo mismo.

—Nada es más importante que Dios.

El sacerdote tuvo que asentir mientras sonreía y el corazón de Beatriz empezó a palpitar sin sentido. Aquel hombre despedía una fragancia amarga que podía embriagar a cualquier mujer. Su aspecto seductor no había cambiado en cuatro años, era la misma representación de hermosura que no envejecía con el tiempo.

Ambos se persignaron y rezaron un Padre Nuestro.

—Hija mía, cuéntame tus pecados para que Dios pueda perdonarlos.

La matrona de los Montejo tardó en responder, pues su piel decrépita, tan similar a las brujas de los cuentos, se había sonrojado.

—Padre, me da vergüenza decirle esto pero llevó tres noches soñando con usted. Me lo imagino al final de la escalera y siento sus labios contra los míos. Entonces me siento tan asqueada por el demonio de la lujuria que invade mi cuerpo...

Contra todo pronóstico, el sacerdote se levantó de su escritorio y fue hasta ella. La tomó delicadamente de la mano y volvió a sonreír, de modo que Beatriz perdió el aliento.

—Déjeme decirle que yo también he sentido esa lujuria y, aunque usted no lo crea, he tenido el mismo sueño y no me arrepiento de ello ni creo que sea un pecado tener un sentimiento que no ha deseado tener.

Beatriz volvió a llenarse de asco. Con el estómago revuelto en uno y mil horrores, se levantó de la silla y fue hasta el patio para apoyarse en una columna. Los niños intentaron ayudarla, pero ella manoteó en silencio. Fue hasta la calle sin escuchar las palabras del padre Ricardo que intentaba explicarse. Pidió un coche de alquiler y fue hasta su casa en silencio.

A Juan Carlos Montejo, el hecho de que su esposa viviera o no en su casa le era indiferente. En los últimos cuatro años había aprendido el valor del silencio y el color de sus recuerdos. Solamente veía a Eva a la hora de la comida, cuando se sentaban frente a frente a insultarse con las miradas. No abrían la boca para pedirse la sal o el agua. Así que se había acostumbrado a no oír la voz de su mujer ni dormir a su lado.

De modo que, sumergido en estos pensamientos, fue hasta la cocina

y encontró a Magdalena escribiendo en un cuaderno.

—¿Qué haces? — le preguntó con una voz ronca.

—Escribo un cuento, papá —respondió Magdalena sin levantar la vista.

Juan Carlos se mostró impasible.

—Deja eso, que no estamos para tonterías. Vine a decirte que tu madre nos abandonó. Como yo soy el hombre de la casa y tú la única mujer, te vas a encargar de que me sirvan la comida a las tres y media en punto. No desayuno ni ceno...

Por alrededor de diez minutos, Juan Carlos se la pasó dando instrucciones sobre lo que su hija debía o no debía hacer como ama de casa.

—... y dos cosas para terminar —dijo finalmente el Montejo—. La primera es que en los próximos días tu abuela va a escoger un hombre con el cual te vas a casar, y no quiero quejas ni reclamos, porque si no me obedeces, borraré tu nombre del testamento. La segunda es que en esta casa se respeta al señor presidente y a su gobierno. Conozco tu forma de pensar y sé que no estás de acuerdo con que el general Díaz nos gobierne, pero yo no estoy de acuerdo con que Francisco I. Madero lo llame dictador y ande haciendo campaña en su contra. Así que no quiero que menciones ese nombre en esta casa.

Magdalena suspiró profundo.

—Lo siento, papá, pero por más que agradezco que me haya traído al mundo y que me haya educado durante muchos años, no puede imponer su opinión sobre la mía. He leído lo que escribió Jorge sobre las matanzas de Cananea y Río Blanco y de cómo el gobierno ha reprimido a periodistas como los hermanos Flores Magón. Si quiere borrarme del testamento está en su derecho, pero no cambiará mi opinión.

—Ya hablaremos después sobre todo lo que don Porfirio ha hecho por esta familia, a ver si cambias de opinión. Ahora te dejo para que ayudes a la sirvienta a preparar la comida. Cualquier cosa, voy a estar en mi despacho.

Juan Carlos golpeó la mesa y salió de la cocina.

Una vez que Beatriz terminó de comer, Petrona entró al comedor con la mirada puesta en el piso y le comentó a su patrona que Eva Montejo estaba en la puerta.

—Dile que pase, recoge mis platos y te vas a la cocina —ordenó, ronca.

Petrona obedeció y despejó la mesa en lo que Eva entraba al comedor.

—Siéntate en la otra cabecera, lo más lejos de mí que se pueda — dijo Beatriz con su mueca de asco.

Eva la obedeció y, por un instante, quedaron enfrentadas; por primera vez, compartieron una mirada. Beatriz empezó a acariciar la efigie de plata que se encontraba en su bastón.

—¿Qué se te ofrece?

Eva se inclinó sobre la mesa, fuerte, decidida; sin miedo.

—Sé perfectamente quién es usted y qué es lo que ha hecho.

—No sé a qué te refieres, querida —Beatriz mostró la sonrisa más falsa y podrida que hubo en su ser, mientras el velo de los muertos se rasgaba y llenaba el de los vivos con un olor a mierda y podredumbre.

—Con todo respeto, déjeme decirle que es usted uno de los seres más despreciables que ha caminado por esta ciudad. Algún tiempo tuve la duda de si usted era capaz de matar, pero el mismo Julio me lo confirmó ayer.

Beatriz mantuvo recta la espalda y los labios en una mueca. Apenas arqueó las cejas. El puño de su mano derecha se cerraba en su bastón, mientras que por su piel se resbalaban gruesas gotas de sudor que caían hasta el piso.

—¡Ay, querida! Estás llena de mentiras y rumores. Déjame decirte que haces acusaciones muy graves en contra de mi persona y sólo acabas de confirmar que mi hijo no pudo haberse casado con alguien peor. Mira nada más todo lo que tuviste que inventar para salvar tu falso matrimonio del fracaso.

—Tal vez le haya endulzado el oído a Juan Carlos, pero yo sé muy bien que los muertos no siempre se callan cuando deja de latir su corazón.

Beatriz se apoyó en su bastón para levantarse. Rodeó la mesa y llegó hasta su nuera para mirarla hacia abajo.

—Si las difamaciones siguen brotando de tu boca, Dios te llevará a ese lugar de llamas ardientes donde sólo se oyen gemidos y castañear de dientes.

—Extraña forma de confesar —sonrió Eva.

Luego se levantó y salió de la casa pensando en cómo probar los crímenes de su suegra.

Mientras tanto, Pablo Martínez no estaba en la casona Montejo, se había cansado de esperar a que Magdalena fuera a visitarlo. Así que le avisó a Petrona que no comería en la casa y salió. Las calles no eran las polvosas calles de hace años, habían sido pavimentadas en años recientes para modernizar la ciudad. En el camino encontró extranjeros de todas las nacionalidades: alemanes, franceses, españoles y otros países latinoamericanos. Todos invitados por el gobierno como parte de la celebración de las fiestas del centenario de la Independencia. Finalmente llegó a casa de su prima y tocó la campana.

—¿Qué quieres? Mi papá no está y yo no quiero hablar contigo.

—Te mandé un mensaje con Petrona.

—Lo recibí, pero no quiero hablar contigo —respondió Magdalena tajante.

Pablo inspeccionó a su prima con la mirada, ya no era la niña que había palpado con sus manos ardientes años atrás. Su rostro cambió, su cuerpo era el de una mujer. Por un momento se quedó sin aliento admirando la flor que se había abierto, brillando por su hermosura.

—Déjame platicar contigo, sólo un momento —pidió Pablo en un susurro que brotaba desde el fondo de su lujuria.

Dudosa, Magdalena se hizo a un lado para que su primo entrara a la casa. Luego cerró la puerta y quedó sumergida en los abrazos de su primo, en los besos húmedos que cubrían su cuello. Quiso escapar, pero él era más fuerte, la tocaba como si quisiera moldear la arcilla en la que se convertía su piel. Pablo la sentía, la saboreaba, quería experimentar cada uno de sus sentidos con aquel cuerpo que luchaba por escaparse.

—¡Pablo! ¡Por favor! ¡Déjame en paz!

Pero no le importaban esos gritos, su cuerpo había sido poseído por un sentimiento que no comprendía, que le quemaba cada célula de la piel y lo hacía actuar como un animal en celo, tratando de despojar del pesado vestido a su prima. Magdalena lloraba y gritaba, intentaba usar toda su fuerza para luchar, pero no había quién oyera su sufrimiento. A veces sentía los labios de Pablo posarse sobre los suyos y sentía una serpiente que intentaba entrar a su boca, pero ella no se lo permitía.

No podía...

No quería pecar...

Sintió que Pablo la empujaba hasta el comedor y la recostaba a la fuerza sobre aquella mesa. En un último acto desesperado, Magdalena estiró la mano y sintió los pedazos del marco roto que un día antes había descubierto el secreto de Julio. Tomó el más grande y lo estrelló contra la cabeza de Pablo, quien cayó de espaldas sobre el tapete.

Libre por algunos momentos, Magdalena tomó más piezas del marco y se las aventó en la cara a su primo, eso le dio tiempo de correr a la cocina para buscar un cuchillo, pero no había ninguno de la vista y Pablo ya estaba detrás de ella. Rápidamente tomó uno de los platos y lo rompió contra la cabeza de su atacante. Entonces corrió a la salida, pero Pablo fue más ágil que ella y la bloqueó, esperando volverla a tener entre sus brazos. No le quedó más opción que subir por las escaleras, correr lo más rápido que pudo y encerrarse en su cuarto.

Pablo la siguió y cuando llegó a la puerta no pudo entrar, pero la lujuria que ardía en su interior le dio fuerzas para empujar la pesada

puerta, hasta que ésta cedió y se encontró en un cuarto vacío, silencioso en todo aspecto. Se acercó a la cama y dio un vistazo a la parte de abajo, pero ahí tampoco estaba. Rodeó el cuarto y se percató de que la ventana estaba abierta y la cortina translúcida se agitaba silenciosa.

Por un momento se asomó y vio la calle, pensando en que se había escapado, pero luego la oyó salir del armario y sintió el empujón, el viento rodear su cuerpo y el golpe contra el pavimento. Cerró los ojos y dejó de existir.

Ignorante de la muerte de Pablo y del acoso sufrido por Magdalena, Eva estaba convencida de que probar los pecados de Beatriz no sería cosa fácil. Caminó por la ciudad, entre celebraciones y extranjeros, perdida en montón de pensamientos que se le iban juntando en la cabeza… hasta que se detuvo al girar en una esquina y se acordó que había dejado su casa y no tenía a dónde ir.

Se recargó en la pared de un edificio de piedra y levantó la mirada al cielo, mientras su aliento se iba llenando de un suspiro amargo. Tenía los ojos humedecidos, la vida rota, un moretón negro en la mejilla izquierda, un extraño palpitar en el pecho que le causaba cierto dolor… una mano cálida que tomaba la suya. Bajó la mirada para encontrarse con la del padre Ricardo, tan guapo y varonil, opacando al sol en su mirada sobrenatural. Despedía un olor tan embriagante a hombre que Eva tuvo que usar toda su fuerza de voluntad para no desearlo.

—¿Qué te sucede, hija mía? Te ves llena de tribulaciones. ¿Acaso hay algo que te molesta?

Eva asintió en silencio, deslumbrada por la hombría del cura.

—Ven, acompáñame al parque para que te sientas más tranquila —añadió el religioso y, aún tomándola de la mano, la acompañó hasta una banca donde se sentaron los dos.

Eva sacó su pañuelo e intentó secarse las lágrimas, mientras que el cura acercaba su boca al oído y le susurraba de una manera sensual:

—Tranquila, hija mía, háblame de tu sufrimiento y déjame saber cómo puedo ayudarte.

La esposa de Juan Carlos Montejo volvió a suspirar.

—Mire, padre, yo sé que el lugar de una mujer es con su esposo y que estamos obligadas a servirlo y ayudarlo en lo que podamos; lo dice la Biblia y lo dice la ley, pero yo no tengo que aguantar golpes e insultos. Alguna vez amé a Juan Carlos y creí que el amor que él sentía por mí lo iba a poner de mi lado, pero no. La influencia que mi suegra tiene sobre sus hijos es tan pesada y maligna que destruye sus vidas.

No fue hasta que el cura escuchó esas palabras que se dio cuenta

del moretón que Eva tenía en la mejilla izquierda. Con su toque gentil, le levantó la cara para que ambas miradas pudieran encontrarse en un momento de electricidad infinita que encendió cien focos de las casas cercanas.

—¿Esto lo hizo tu esposo? —preguntó con absoluta seriedad.

Eva se quedó callada, sin saber qué responder.

—No te preocupes —añadió el cura—. He conocido mujeres en tu situación, seguramente también tienes un moretón en el alma que necesitas curar. Saliste de tu casa y no sabes qué hacer... piensas en regresar porque no tienes a dónde ir. ¿Es cierto?

Eva asintió, mientras imaginaba qué sabor tendría el aliento de aquel hombre cuya belleza podría opacar el fulgor de la luna.

—Escucha muy bien lo que te voy a decir, hija. Ve a la parroquia y pregunta por sor Bernarda, dile que te mando yo y que te dé uno de los cuartos para visitas. Yo tengo unas cosas que hacer, pero te veré en la cena.

Eva asintió, recibió un beso del cura en la frente y partió por una de las calles, aún exprimiendo sus ideas para saber cómo desenmascarar a Beatriz.

El padre Ricardo pasó por un puesto de flores, donde compró el ramo de rosas más grande que pudo encontrar. Contento, lo llevó hasta la casona Montejo, con las paredes cuarteadas y las ventanas manchadas, el pasto que rodeaba la casa se había vuelto amarillo. Tocó la campana y esperó a que Petrona asomara su cabeza morena mancillada de canas.

—¿Qué se le ofrece, padre?

—Déjame hablar con tu patrona, tengo algo que decirle.

Petrona asintió y abrió la puerta para dejar pasar al cura, pues ahí, al pie de la escalera, con el rostro serio como el de una bruja, lo esperaba Beatriz. Arrugada, maligna y con una mirada oscura con la que examinó la belleza divina del padre, similar a la de las estrellas de un campo veraniego. Recibió el ramo de rosas del cura y, tras examinarlas con morbosa curiosidad, las dejó a un lado, en una mesita:

—Muy bonito su detalle, pero la próxima vez no me traiga flores muertas.

El cura no supo explicarse cómo fue que las flores se habían transformado en pétalos marchitos que caían sobre la alfombra. Arqueando las cejas, Beatriz dejó que su voz de ultratumba resonara en la casa:

—No se quede callado, que no me molesta lo de las flores, se tiran a la basura y ya está. Hable, ¿qué lo trae por mi casa?

El cura sonrió, tomó una de las manos de Beatriz y le dijo con una

voz tan suave como se lo permitió su alma enamorada:

—Permítame que continuemos la charla que iniciamos ayer en mi oficina. No dio tiempo de terminar la confesión.

Sonrojada, Beatriz le ordenó a Petrona que se retirara y le pidió al cura que lo acompañara al despacho del difunto Carlos Montejo. La puerta se cerró con llave y ambos quedaron separados por el pesado escritorio.

—Señora mía, déjeme decirle que no entiendo por qué se fue de mi oficina si apenas estábamos empezando la confesión...

La matrona de los Montejo, con los sentimientos hechos de mármol frío, no mostró reacción alguna a lo que estaba oyendo. Sólo hizo una mueca de asco mientras lo interrumpía:

—No se vista de santo, usted conoce su pecado.

El cura se recargó en la silla dejando escapar una risa socarrona.

—Ay, señora Montejo, es cierto que soy un cura y que hice votos de castidad, pero no puedo evitar lo que siento por las mujeres. Me gustan todas, no me importa cómo se vean o cuantos años tengan. Yo creo que no habrá problema en dejar que Diosito se tape los ojos si nosotros hacemos algo que, digamos, no está permitido. Además, si usted viene a mis brazos puedo confesarla mientras me besa y se irá sin pecado alguno de mis sábanas.

Beatriz no pudo soportarlo más, abrió el cajón del escritorio con fuerza y sacó la pistola de su difunto esposo. La boca del arma lanzó un destello mortal al cura, quien de inmediato se levantó con las manos en el aire.

—Calma, señora mía, con un no hubiera sido suficiente para alejarme.

—Se lo advierto, usted no es nadie para decir lo que tengo que hacer. Dios me ha proclamado la Reina del Cielo y me ha dado poder para escoger sobre la vida y la muerte de mis semejantes pecadores. Mañana iré a confesarme y me dará la absolución sin comentar nada de lo que siente. ¿De acuerdo, padre?

—De acuerdo, señora mía —respondió el cura.

—Bien, puede retirarse que ya va tarde para la misa de siete de la tarde.

El padre Ricardo asintió y salió corriendo de la casa.

IV

Con el pasó de los días, los festejos del centenario de la Independencia continuaron y la investigación de la muerte de Pablo Martínez fue cerrada por falta de tiempo e interés.

Luego, la matrona de los Montejo mandó llamar a su nieta para que comiera con ella y, aunque al principio se negó, Juan Carlos la

reprendió.

—Es tu abuela y debes obedecerla en todo lo que te diga. Si no vas porque ella te lo pide, vas porque yo te lo pido como tu padre.

Por un momento, Magdalena pensó que sería más fácil escapar a la parroquia con su madre y alejarse para siempre de su familia, pero no quería huir de sí misma.

Ese día sacó su mejor vestido, sus joyas más elegantes y se peinó lo mejor que pudo frente al espejo, luego pidió un coche que la llevara hasta casa de su abuela y se apeó con cierta lentitud para que no se le arrugara el vestido. Petrona la dejó entrar y se encontró a su abuela leyendo *Las florecillas de san Francisco* en la sala, con un camafeo del apóstol Santiago el menor en sus ropajes negros. Beatriz Montejo se apoyó en su bastón para levantarse, mientras el crujido de sus huesos sonaba como dos carbones ardientes chocando entre sí. Fue hasta su nieta y tocó la tela para inspeccionarla, luego la revisó de abajo para arriba haciendo una mueca.

—¡En qué fachas vienes! Hasta parece que no eres mi nieta... a veces se me olvida que eres hija de tu madre.

Sin decir más fue caminando hasta el comedor con cierta dificultad. Magdalena intentó ayudarla, pero su abuela le quitó la mano.

—Yo puedo sola, no estoy tan vieja...

Magdalena no quiso discutir. Beatriz se sentó a la cabecera y su nieta a un lado. De inmediato salió Petrona con dos platos.

—Para mí hay sopa de verdura y para ti hay crema de tomate... yo preparé la comida de hoy.

—Gracias abuela —sonrió la joven Montejo con falsedad evidente.

Si bien la sopa estaba deliciosa, a Magdalena no le gustaba el tomate y tuvo que hacer un buen sacrificio para deglutirla sin hacer gestos.

—Supongo que quieres saber por qué te pedí que vinieras. Mira, Magdalena, te lo voy a decir tal como lo siento: sé que mataste a tu primo en defensa propia y, para evitar el pecado, cometiste otro pecado. ¿Ya te confesaste?

Magdalena levantó la mirada, pero no pudo sostener la de Beatriz. Dejó la cuchara a un lado y bajó la cabeza.

—Aún no, abuela.

—Por supuesto que no, eres una desagradecida con todo lo que te ha dado Dios. Cometiste un pecado y no te arrepientes por él. Así que, como Reina del Cielo, debo mandarte al tribunal de Dios.

Magdalena recordó el cuadro de la sagrada familia, el cuchillo ensangrentado y la carta de su tío Julio. Quiso huir. El espectro de Arturo, brillando como una perla, le quitó la silla para que se levantara y el fantasma de Julio le abrió la puerta de la casona para

que huyera, mas Magdalena no llegó tan lejos. Sus piernas le fallaron. Cayó pálida sobre el vestíbulo, pensando en la sopa llena de veneno que aún le daba un sabor amargo a su paladar.

Cerró los ojos mientras que su abuela dejaba caer un cartoncito con la virgen de Guadalupe impreso en ambos lados.

Beatriz regresó a la mesa para terminar su sopa de verduras en completa calma.

Y mientras Magdalena agonizaba en el vestíbulo de la casona Montejo, las fiestas del centenario de la Independencia continuaron, pues se estaba inaugurando la Universidad Nacional de México, con representantes de universidades extranjeras y unos de los colaboradores más cercanos de Porfirio Díaz, Justo Sierra Méndez, quien era el secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes.

Se dieron ilustres discursos soporíferos y se otorgaron reconocimientos a intelectuales de toda clase por sus aportaciones culturales a la patria. El mismo general don Porfirio Díaz estuvo presente entre mares de aplausos que llenaron el anfiteatro donde se llevaba a cabo dicha ceremonia.

Era el momento más glorioso del gobierno de Porfirio Díaz, era querido, admirado, respetado y había puesto el nombre de su país en alto con las fiestas celebratorias. Debajo del bigote francés lleno de canas que había estilizado su esposa, y con el rostro maquillado en polvos de arroz, don Porfirio no pudo evitar esbozar una sonrisa arrugada y pensar que así se debía sentir Dios en las alturas.

CAPÍTULO 11

EL GIGANTE CON PIES DE BARRO

MAYO DE 1911

I

Porfirio Díaz leyó su renuncia a la presidencia.

El dictador aletargado se volvió a ver a su esposa con lágrimas en los ojos, mientras las arrugas marcaban la vejez de su rostro adolorido.

—Después de treinta y un años al frente de una nación, no es tan fácil decir adiós… ¿Cuándo dejó de quererme este pueblo que levanté de las cenizas? ¿Cuándo, Carmelita? ¿Cuándo?

Su esposa, compadecida, esbozó una sonrisa débil.

—Es mejor no preguntarse esas cosas, Porfirio. El amor de un pueblo es tan volátil como la vida. No piense en el final o nunca podrá firmar ese papel. Usted sólo hágalo. Es por el bien del país.

El viejo dictador tomó la pluma y la mojó en tinta, pero no la acercó al papel, su conciencia no se lo permitía. No podía dejar el poder con el país levantado en armas, tenía que pacificarlo, era su deber como presidente.

—No puedo, Carmelita. No es lo que el país necesita. Fueron mis amigos los que me convencieron de renunciar.

—Porfirio, sus amigos renunciaron a sus puestos de gobierno hace dos meses, y Pepe Limantour, el único que permanece en el puesto, ya le explicó qué es lo que el país necesita.

Porfirio dejó la pluma a un lado y caminó al otro lado del cuarto, para cubrirse de sombras, como si ellas pudieran alejarlo del mundo por un momento. Tenía un dolor de muelas que no lo dejaba pensar.

—No me obligues. Tú no.

—Porfirio, los revolucionarios tomaron Ciudad Juárez y usted aceptó firmar un tratado para que hubiera paz. Ahora debe cumplir su palabra, es por el bien de México. Hágalo por mí, por su patria, por la paz que tanto anhela.

Porfirio dejó escapar una risa sarcástica.

—¿Y de verdad crees que habrá paz una vez que entregue ese papel

al Congreso?

—¡Porfirio, por favor! La mitad del país pide su cabeza y la otra mitad está cruzada de brazos esperando a que renuncie. Es justo y necesario lo que debe hacer.

El viejo dictador, con el peso de una vida larga y ochenta años encima, volvió al escritorio y mojó su pluma en la tinta. Entonces, con las mejillas húmedas y el aliento entrecortado, firmó.

—De acuerdo, los haré extrañarme… a mi paz y a mi progreso. Ese Panchito Madero no sabe lo que ha hecho levantando al pueblo en armas, ha soltado un tigre y ahora veremos si puede controlarlo o lo acaba devorando.

Carmelita Romero Rubio asintió soberana, compartiendo la tristeza y melancolía de su esposo. Cuando secó la tinta de la firma, tomó el papel en sus manos y le pidió permiso a Porfirio para leerla.

—Hazlo, ya no importa. Este país se va a caer sin mí.

Ella se aclaró la garganta y empezó a leer en voz alta:

> El Pueblo mexicano, ese pueblo que tan generosamente me ha colmado de honores, que me proclamó su caudillo durante la Guerra de Intervención, que me secundó patrióticamente en todas las obras emprendidas para impulsar la industria y el comercio de la República, ese pueblo, señores diputados, se ha insurreccionado en bandas milenarias armadas, manifestando que mi presencia en el ejercicio del Supremo Poder Ejecutivo es causa de su insurrección.
>
> No conozco hecho alguno imputable a mí que motivara ese fenómeno social; pero permitiendo, sin conceder, que pueda ser culpable inconsciente, esa posibilidad hace de mi persona la menos apropósito para raciocinar y decir sobre mi propia culpabilidad.
>
> En tal concepto, respetando, como siempre he respetado la voluntad del pueblo, y de conformidad con el artículo 82 de la Constitución federal, vengo ante la Suprema Representación de la Nación a dimitir sin reserva el encargo de presidente constitucional de la República, con que me honró el pueblo nacional; y lo hago con tanta más razón, cuando que para retenerlo sería necesario seguir derramando sangre mexicana, abatiendo el crédito de la Nación, derrochando sus riquezas, segando sus fuentes y exponiendo su política a conflictos internacionales.
>
> Espero, señores diputados, que calmadas las pasiones que acompañan a toda revolución, un estudio más concienzudo y comprobado haga surgir en la conciencia nacional un juicio correcto que me permita morir, llevando en el fondo de mi alma una justa correspondencia de la estimación que en toda mi vida he consagrado y consagraré á mis compatriotas. Con todo respeto.

Luego regresó el papel al escritorio, con los ojos húmedos.

—¿Morir? ¿Por qué habla de morir?

—Porque ni siquiera Dios es eterno…

—¿Y usted, Porfirio?

El viejo dictador besó la frente de su esposa y ambos compartieron una sonrisa forzada llena de recuerdos, tristezas y un aire melancólico inevitable.

La renuncia de Porfirio Díaz fue entregada al Congreso para ser leída y aceptada, y aquellos que creyeron que la revolución era para el bien del país, festejaron la derrota del viejo dictador. Entre ellos estaba Magdalena Montejo, quien se había despertado con los primeros destellos del sol para arreglarse. Sentada frente al tocador se maquilló sutilmente, acomodó su larga cabellera en un moño estilizado que llenó de broches y sacó del armario su mejor vestido blanco.

Antes de que su padre bajara a leer el periódico a su despacho, salió apurada de la casa, tratando de ponerse un collar de perlas en el cuello. Ya tenía un coche de motor esperándola y apuró al chofer a llegar a la parroquia de Nuestra Señora de Guadalupe.

Llegó cuando aún los primeros destellos solares bañaban de oro las paredes del templo. Jorge Macías la esperaba con su mejor levita, tan guapo como Magdalena lo había encontrado cuando lo conoció en el parque.

—Hoy es un gran día para celebrar, dicen que ya entregaron la renuncia de Porfirio Díaz al Congreso.

—Ahora sí no habrá quién te persiga —respondió Magdalena con verdadera felicidad en su corazón.

Jorge no estaba solo, lo acompañaban dos personas más: Sofía, quien era la mejor amiga de Magdalena desde el colegio de monjas, una mujer alta y desgarbada que llevaba un collar de imitación y un vestido de flores, y Augusto, el hermano mayor de Jorge, de barba rubia y levita bien planchada.

—¿Está todo listo? —preguntó Magdalena nerviosa.

—Sí, todo va estar bien —respondió Sofía—. El padre Ricardo me dijo que tu abuela vino a la primera misa, pero que ya regresó a su casa, y tu mamá fue al mercado a comprar verduras que hacían falta para la cocina.

Magdalena bufó nerviosa, pero Jorge la tomó de la mano y le dio un beso en la mejilla.

—Todo va a salir bien, amor. Tú sólo ten fe.

Magdalena asintió torpemente y tomó el brazo de su novio. Juntos, seguidos de Sofía y Augusto, se adentraron al frío de la iglesia y caminaron por el pasillo principal entre motas de polvo que desaparecían ante los vitrales coloridos. Finalmente llegaron hasta una de las capillas donde ya los esperaba el padre Ricardo.

—Estamos listos, padre —dijo Jorge.

—Pues empecemos, entonces, y tengan fe en que el amor que sienten entre ustedes superará todos los obstáculos que se les pongan.

Y empezó la ceremonia que habría de unirlos para siempre ante Dios, siendo Augusto y Sofía los padrinos y los cómplices de los novios en su pequeña conspiración. Se intercambiaron las argollas y se

juraron amor eterno en lo próspero y en lo adverso, en la salud y en la enfermedad. Se miraron a los ojos como si fueran lo más valioso de toda su vida y, cuando el padre les dijo que estaban casados, se fundieron en un abrazo profundo y un beso en el que se mezclaron todos los sabores de la humanidad. Por artes alquímicas que sólo ellos pudieron entender, alteraron la composición del universo para que todas las estrellas y los planetas giraran a su alrededor, en un acto de amor que superó la fuerza de gravedad; mientras que los presentes aplaudían emocionados y Eva soltaba las bolsas del mercado, decepcionada de su propia hija.

El día que Porfirio Díaz mandó su renuncia al Congreso para ser leída, sucedió un hecho que Beatriz Montejo nunca pudo explicarse, pues encima de su casona se posó una espesa nube gris de la que empezó a llover una ceniza muy fina.

—Es la nieve del diablo, Dios está enojado con la renuncia de don Porfirio —murmuró para sí—. Ya se quitará pronto.

Pero no lo hizo, siguió cayendo la ceniza hasta cubrir todo el pasto del jardín, esconder las flores y manchar las ramas de los árboles. Pasado el mediodía, las ventanas se empezaron a tornar grises y poco a poco fueron evitando que entrara la luz del sol.

—Quiero que salgas con tu escoba para barrer la ceniza de la entrada, no vaya a ser que tengamos visitas importantes. Luego quiero que uses tu trapo para limpiar todas las ventanas de la casa —ordenó Beatriz a Petrona con la misma autoridad y malicia de siempre.

Petrona no tuvo más opción que obedecer a su patrona. Sin embargo, pronto descubrió que mientras más barría la ceniza, más caía sobre la entrada. Era inútil seguir con aquella labor mientras no dejara de llover, así que regresó a la cocina para lavar los platos de la comida. Ahí la encontró Beatriz cuando pegó con el bastón en el mosaico.

—¿No te dije que quería que limpiaras la entrada y las ventanas? —preguntó la matrona de los Montejo con cierta saña.

—Sí, seño, pero sigue cayendo ceniza.

—Eso no es mi culpa, desobedeciste una orden que te di.

El rostro de Petrona quedó distorsionado en un gesto de terror, que se aperló por el sudor del miedo. Su corazón tembló ante lo inevitable.

—Sabes muy bien lo que viene, tú te lo has buscado —añadió Beatriz.

—¿Por qué, seño?

—Tú sabes por qué, así que haz lo que te toca.

Petrona suspiró profundamente, mientras se deshacía de la blusa que tenía encima y dejaba al aire unos pechos morenos, sin forma definida. Luego le dio la espalda a Beatriz para enseñarle las marcas

sangrientas y cicatrices abiertas que se acumulaban en su espalda. Beatriz se acercó a ella, levantó el bastón en el aire y lo dejó caer sobre la espalda de su sirvienta. Trece golpes recibió Petrona aquel día, todos con la efigie maternal de plata en el bastón de Beatriz. Las heridas que ya tenía se abrieron derramando un pus verdoso que apestaba toda la cocina; las heridas nuevas sangraban mientras lágrimas salpicaban el piso cada vez que la mujer recibía un golpe nuevo en la espalda.

Una vez que hubo terminado la sesión de golpes, Petrona volvió a ponerse la blusa, para que la tela se impregnara de ese dolor y pus. En silencio, regresó a lavar los platos, mientras Beatriz la contemplaba con maligna curiosidad.

—Cuando termines con eso, preparas la cena y sales con una escoba a barrer la entrada, hasta que deje de llover ceniza. Luego la tiras a la basura o la guardas donde quieras porque no quiero verla. Haces lo mismo con las ventanas y más vale que te apures, porque no quiero volver a pegarte.

Beatriz salió de la cocina y Petrona hizo lo que se le había mandado. Luego pasó el resto de la tarde barriendo cajas de ceniza, que guardaba en los cuartos vacíos de la casona. Cuando empezó a cansarse tuvo suerte pues se fue la nube y dejó de llover.

Mientras la matrona de los Montejo cenaba, su sirvienta se encargó de limpiar la ceniza de todas las ventanas para que entrara la luz plateada de la luna y, al menos por ese día, no recibió más golpes.

Mientras todo eso acontecía en la casona de los Montejo, Eva estaba furiosa por lo que acaba de ver: ¡su propia hija se había casado en secreto! Magdalena no había terminado el largo beso con su esposo, cuando su madre se lanzó sobre ella y la llevó hasta una de la habitaciones del edificio contiguo.

—Hija, ¿cómo pudiste hacernos esto a tu padre y a mí?

Magdalena, con una máscara de vergüenza, atinó a bajar el rostro.

—Lo siento, mamá, pero hay momentos en la vida en que no puedes confiar en tu familia para salir adelante. Si usted o mi papá o mi abuela se hubieran enterado de que Jorge me había pedido matrimonio, lo hubieran evitado con todas sus fuerzas, tal vez hasta lo hubieran matado.

—¡Magdalena, estoy de tu lado!

—No lo está, no insista, por favor. Tenía que casarme a escondidas para que Dios uniera y el hombre no separara. No crea que no sé cómo funciona esta familia y por qué valores bíblicos se rige.

Poco a poco, la voz de la joven Montejo iba tomando fuerza, se iba llenando de un valor que la obligó a levantar la cabeza y enfrentar la mirada de su madre.

—Está bien, hija, pero ahora que sé tu secreto te pido que no me dejes fuera de la boda civil. Quiero estar ahí para abrazarte y entregarte al hombre con el que compartirás tu vida.

Hubo una sonrisa conciliadora y un abrazo único. Madre e hija, como siempre, compartiendo una felicidad, un secreto… un todo.

—Ahora, ¿me dejarías darte un consejo como madre? —preguntó Eva.

Magdalena asintió.

—Sal de la ciudad, cuando tu abuela se entere de lo que has hecho, podrías correr la misma suerte que tu tío Julio.

—No tengo miedo.

Eva se quedó pensando algunos segundos y luego respondió con la voz cortada:

—Hazlo por mí. Como diría tu abuela, hazlo por el cuarto mandamiento.

—No, mamá. No voy a huir como mi tío Julio ni voy a jugar con las reglas de la familia, como mi tía Ana María.

—Entonces no me dejas más opción que enfrentar a tu abuela en tu nombre, para que puedas ser feliz.

—Por favor, no lo haga.

—Intentó envenenarte y la policía no escuchó tu denuncia. Ésta es la única forma —dijo Eva y salió de la habitación.

Magdalena la llamó entre lágrimas:

—Mamita, ¡no te vayas! Mamita —pero nada pudo hacer.

Ella también salió de la habitación y por más que corrió ya no la encontró.

No estaba ni en el patio ni en la capilla, nadie la había visto salir de la iglesia. Nadie supo dónde pasó la noche, pero Magdalena, en sábanas húmedas tras haber consumado su matrimonio en la más gloriosa de las pasiones carnales desenfrenadas, se volvió a su esposo y dijo:

—No la volveré a ver con vida —y se abrazó a Jorge para quedar dormida.

II

Tras la lluvia de ceniza, las ventanas de la casona Montejo nunca volvieron a recobrar su transparencia cristalina. Petrona intentó tallar los vidrios con agua y jabón, con trapos y periódicos, pero fue en vano. Cuando Beatriz se asomaba a los vidrios, lo único que podía ver era una versión borrosa de lo que había en la calle. Sin embargo no golpeó más veces a su sirvienta, porque alcanzaba a entrar la luz del sol e iluminaba las habitaciones polvosas de la casa.

Esa mañana, Beatriz decidió que pasaría el día recordando a sus

hijos y hasta le pareció volver a oír el trío de voces infantiles gritando por la casa, corriendo por el vestíbulo y jalándose los calcetines por las escaleras. Como era usual, tanto el fantasma de Julio como el de Ana María hicieron su pútrida aparición, llenando el aire de una pestilencia azufrosa.

—¿Cuándo me van a dejar en paz? ¿Cuándo escucharé esos labios que se mueven silenciosos? ¿Cuándo? —preguntaba cada vez que los veía, pero no conseguía respuesta de los espectros.

Entonces entró Petrona, aún con la espalda adolorida.

—Disculpe que la interrumpa, pero la seño Eva está en la puerta y dice que quiere hablar con asté.

—Dile que pase…

Cuando Eva entró a la casona Montejo, se percató, por primera vez, de toda la materia acumulada en aquel lugar. Había paisajes colgando de las paredes, jarrones con flores marchitas, figuritas de porcelana, cajitas, oro, plata, polvo, penumbra en los rincones, cera en los candiles que aún no conocían la luz eléctrica.

—Pasa, siéntate. Ya le dije a Petrona que nos prepare un poco de té —dijo Beatriz con la sonrisa más falsa que pudo encontrar dentro de su alma podrida—. Ya veo que no tienes nada mejor que hacer que quitarme el tiempo con tus tonterías.

Eva temblaba de miedo, jugaba con sus manos, fue hasta uno de los sillones y se sentó en silencio.

—¡Habla! No tengo todo el día —exigió la matrona de los Montejo.

Eva se mantuvo en silencio hasta que Petrona llegó con una charola de plata y la dejó sobre la mesa de la sala. Luego se retiró en silencio, blusa manchada de pus, espalda con sangre.

Beatriz sirvió el té en dos tazas y dejó una al alcance de Eva.

—¿No gustas un poco de crema o azúcar?

—Para que intente envenenarme como lo hizo con mi hija; no, muchas gracias. Ni siquiera sé si voy a tomar su té.

Beatriz se reclinó en el sillón con su taza y bebió un poco de té.

—Entonces, ¿a qué viniste, además de a hacerme perder el tiempo?

Llena de valor, de un sentimiento de lucha que le daba fuerzas para decir las palabras, dijo:

—Ya no quiero cuentos de usted. Sé la verdad y se lo advierto, doña Beatriz, aléjese de mí y de mi hija, porque soy capaz de ir a la comandancia de policía y contarles todo…

—Si así lo deseas, a partir de hoy no volveré a molestarte —Beatriz se levantó del sillón y se alejó de la sala, apoyada en su bastón.

Eva se quedó quieta en el sillón, contemplando la idea de irse de la casona y nunca volver, cuando de pronto sintió el collar de Beatriz apretar sobre su cuello. Intentó romperlo con las dos manos, pero no pudo. Apenas si rasguñaba en su desesperación, con un Padre Nuestro

atorado en las cuerdas vocales. La voz de Eva empezó a flaquear… el mundo se tornaba borroso, los sonidos…

Eva cerró los ojos y dejó de respirar. Lo último que alcanzó a ver fue un cartoncillo con la virgen de Guadalupe impreso por los dos lados.

Cuando el doctor Bruno, el hermano del difunto Epigmenio Camacho, le informó a Juan Carlos que su esposa había muerto y fue encontrada en un callejón abandonado, el Montejo sintió que su corazón de hielo se derretía. Cerró los ojos y se acordó de su primer beso, caricia, sueño, sonrisa… con un suspiro volvió a vivir su boda, el primer hijo que nunca conoció y el nacimiento de Magdalena.

Ahí, frente al médico, sintió que toda las tristezas de su vida se le iban acumulando en el pecho y le llenaban el cuerpo de un líquido que no conocía.

¿Qué era lo que sentía en sus ojos, esas gotas frías que se derramaban por sus mejillas? No podía controlarlo, sintió la muerte de su mejor amigo, de su padre, de su hermana y de su hermano, también la de su hijo y por último la de su esposa.

Por primera vez en su vida lloró, sin importarle lo que su madre le había dicho sobre los maricones. Se envolvió en sollozos y cayó de rodillas para golpear la alfombra.

El médico lo dejó solo y el Montejo buscó entre los cajones de su escritorio una foto de Eva en el día de su boda, donde se podía ver joven y virginal, con un vestido blanco en tonos sepia. Entonces llevó la fotografía a su pecho y la abrazó con fuerza para seguir soltando todas esas lágrimas que guardó por años en su corazón para que no vieran la luz del día.

Esa vez, Juan Carlos Montejo no quiso ver a su hija, se encerró en su cuarto a llorar toda la noche por la muerte de su esposa.

A la mañana siguiente, fue a casa de su madre y le dijo que iba a ocupar la casona para velar a su esposa.

—Estás muy equivocado si crees que voy a dejar que velen a una cualquiera bajo mi techo —respondió Beatriz dando su golpe usual de bastón en el piso.

—Lo siento, madre, no quiero contrariarla, pero sabe muy bien que papá también me dejó esta casa y tengo todo el derecho de hacer uso de ella para velar a mis muertos. En esta casa celebramos mi primer día de matrimonio, también quiero celebrar en ella el último.

Beatriz no dijo más, apretó los dientes en un gesto de furia que no sólo la hizo temblar a ella, sino que tres platos de la cocina vibraron hasta caerse de la mesa de madera, para sorpresa de Petrona, que estaba lavando unas ollas.

A diferencia de los funerales anteriores, no fue posible pedir una mesa prestada porque muchos de los amigos de los Montejo habían huido con el régimen porfirista, dejando atrás sus casas, sus pertenencias y sus negocios. De modo que, cuando llevaron el ataúd de caoba negra con el cuerpo de Eva, Juan Carlos y Petrona tuvieron que sacar la vieja mesa de la cocina por la puerta trasera de la casa y la llevaron alrededor de la cuadra hasta la puerta principal. Para la mesa del comedor se preparó poca comida, apenas unos pocos chilaquiles rojos que la matrona de los Montejo no quiso probar porque tenían un aspecto sangriento. En cuestión de licores, Beatriz se encargó de que se sirviera el peor tequila que tenía guardado y, aunque Juan Carlos no le comentó nada a su madre, tuvo que salir a mediodía a comprar una botellas de buen ginebra.

Beatriz Montejo aún vestía de negro, al igual que el día que había muerto su esposo, pero cada vez que alguien entraba por la puerta para darle el pésame, se encargaba de decirles:

—Muchas gracias, aunque no visto de negro por la muerte de mi nuera, francamente me hubiera gustado que mi hijo nunca se casara, pero... ya ve usted, aquí estamos.

Ante lo cual, los asistentes permanecían en silencio y se alejaban de ella para darle el pésame al viudo. Magdalena apareció a las diez de la mañana, de la mano de Jorge. Ambos compartiendo una argolla de oro en el dedo.

—Hija, ¿qué horas son estas de llegar al funeral de tu madre? —preguntó Juan Carlos con la voz entrecortada y las mejillas húmedas.

—Perdone, papá. Estaba buscando un juez que quisiera venir a la casa.

—¿Para qué? ¿Otra vez quieres denunciar a tu abuela sin pruebas?

Magdalena sonrió tímidamente y se alzó de hombros, luego fue a sentarse a uno de los sillones de la casa, junto a Jorge.

El final del régimen, la renuncia de Porfirio Díaz y la huida de ministros de gobierno, hicieron que el funeral de Eva fuera poco concurrido. Ya no era el fastuoso evento en el que habían velado a Carlos Montejo años atrás, lleno de artistas, periodistas y miembros de la clase alta. A la despedida de Eva acaso fueron diez personas, entre ellas Amada, la hija de don Porfirio, sin su esposo Ignacio de la Torre. Ella no pudo evitar ver las paredes descarapeladas, los techos cuarteados y las ventanas sucias de una casona en decadencia, pero prefirió guardar silencio.

Cuando Magdalena estuvo lista para ver el cuerpo muerto de su madre, le pidió a Jorge que la acompañara y él sólo pudo asentir. Tomados del brazo, ambos caminaron hasta el ataúd abierto, donde contemplaron a Eva Montejo convertida en una estatua, con la piel blanca y dura, sin rastros de la tez morena que había tenido en vida.

Sus labios parecían sonrosados, su pelo negro lacio hasta los hombros y una marca roja en el cuello.

—Mamita, no me desampares ni de noche ni de día hasta que me lleves a los brazos de Jesús y de María —susurró mientras le daba un beso en la frente fría.

Luego regresó al sillón a llorar un rato, mientras Jorge le apuraba un poco de tequila para calmarla.

Cerca de ahí, tan guapo como Dios lo había dotado desde el nacimiento, el padre Ricardo estaba muy ocupado revisando los registros de la parroquia, cuando oyó que tocaron a la puerta. No había dicho palabra cuando entró una monja con un papelito en mano, aspirando el aire lodoso que se había formado en aquella oficina cerrada.

—Mire, padre, es un papel que encontramos escondido en la falda de un santo, uno de los pocos que sobrevivió al incendio.

—He visto antes esta letra, hermana —respondió el cura mientras se limpiaba el sudor de la frente con un pañuelo blanco—. El padre Jacinto nos habla más allá de la muerte.

La monja no quiso opinar más al respecto y salió de la oficina, pensando en la hermosura del cura y las sueños tan pecaminosos que le daba en la noches.

A eso de la una de la tarde, cuando el funeral de Eva Montejo se estaba convirtiendo en una obligación tediosa para todos los presentes, llegó un hombre gordo, bien trajeado, con una carpeta bajo el brazo. Lo recibió Juan Carlos, pensando que se trataba de otro más que llegaba a ofrecer el pésame.

—Buenas tardes, señor, estoy buscando al joven Jorge Macías, de acuerdo con la petición que expresaron en el Registro Público.

Beatriz, con el dolor de su pierna derecha y la ayuda de su bastón, llegó hasta ellos con una mueca de asco impresa en las arrugas de sus labios.

—Siento mucho que lo hayan hecho venir en vano, pero como usted puede apreciar, estamos velando a mi nuera y no necesitamos de sus servicios, así que haga el favor de retirarse.

—¡No se vaya! —pidió Magdalena desde la sala, mientras se limpiaba las lágrimas con el dorso de su mano y llegaba hasta la puerta.

Jorge corrió detrás de ella.

—Abuela, yo le pedí al juez que viniera. Mi mamá quería estar presente en mi boda con Jorge y es la única manera en que se me ocurrió que podía acompañarnos.

—¡Por Dios santo, niña! Respeta la memoria de tu madre —rugió

Beatriz—. No estamos para tus tonterías, ya habrá tiempo para que discutamos con quién te vas a casar y cómo lo vas a hacer.

Fue entonces que Jorge levantó la mano para enseñar la argolla dorada que llevaba en el dedo. Magdalena se volvió a su padre, buscando una respuesta, una mota de apoyo, y Juan Carlos vio en su hija los rasgos de la Eva fuerte de la que se había enamorado años atrás.

—Deja que pase el señor, hijita, y llévalo al comedor para que saque sus papeles. Como tu madre ya no puede firmar, yo seré tu testigo y estoy seguro de que Amadita no se negará a firmar también, en nombre de su padre.

—¡Juan Carlos! —exclamó Beatriz a modo de regaño, pero sólo consiguió el silencio de su hijo.

Decidida a no estar presente en la boda de su nieta con un periodista que había escrito en contra de su gran amigo Porfirio Díaz, Beatriz se refugió en la soledad y el polvo de su despacho. Ahí se dejó caer en la silla detrás del escritorio, abrió uno de los cajones y estuvo jugando un rato con la pistola del difunto Carlos Montejo.

Mientras tanto, todos los presentes se reunieron en la mesa del comedor para llevar a cabo la boda civil, incluso el manto translúcido que separaba al mundo de los muertos del mundo de los vivos se abrió de repente para que desfilaran los fantasmas de los Montejos muertos, que también deseaban estar en la boda. Ante Magdalena, y sólo ante ella, aparecieron Carlos, Julio, Arturo, Epigmenio, Eva y Ana María, vestidos de blanco y brillando como las estrellas más imponentes. El ambiente se llenó con un aroma a rosas dulces. El juez leyó la famosa epístola de Melchor Ocampo y los novios firmaron ante el ataúd abierto; lo mismo hizo Juan Carlos Montejo por su hija y Amada en representación de su padre. Aprovechando la presencia del tequila, Petrona le sirvió a todos un caballito y brindaron por la nueva pareja y la memoria de Eva Montejo.

Entonces, el cadáver sonrió en ese momento y para siempre.

Para Juan Carlos Montejo, ese día resultó ser uno de los más extraños de su vida, pues siguió llorando el resto de la jornada… a veces de tristeza por la muerte de Eva, a veces de alegría ante el matrimonio de su hija. Cuando llegó el momento de que se llevaran el ataúd al cementerio, Beatriz salió de su despacho con la pistola bien escondida entre los pliegues de su vestido.

—¿Dónde vas a enterrar a tu mujercita? —le preguntó Beatriz en secreto, murmurando como un demonio que desea tentar al hombre.

—En el mausoleo de la familia, por supuesto —respondió Juan Carlos con cierta naturalidad.

Camino al cementerio, mientras Juan Carlos Montejo y su madre

iban en el mismo coche de motor, Beatriz acomodó su peinado con la mano derecha y ajustó el camafeo de san Judas Tadeo en su vestido negro. Luego, acariciando la figurita de plata en la parte alta de su bastón, se volvió a la ventana.

—Estás loco si crees que voy a enterrar a una cualquiera en el mausoleo de esta familia. No tiene derecho a estar ahí. Cuando Pablo murió no lo enterramos ahí, tampoco a mi hermana, ni a su esposo, mucho menos a su hija.

—Con todo respeto, madre, si hemos de juzgar a Eva por esos parámetros, usted nació con el apellido Fernández y sólo adoptó el apellido Montejo cuando se casó con papá.

Al llegar al cementerio, Juan Carlos quiso abrir la puerta, pero Beatriz la sostuvo con fuerza para que su hijo no lo hiciera.

—Escucha muy bien mis palabras, porque no estoy jugando cuando las digo. En primer lugar exijo respeto porque soy tu madre y te traje a este mundo con sangre, dolor y lágrimas. Tus palabras hacen llorar a Dios y eso no lo voy a permitir. Además, no se te olvide que tu padre y yo somos primos en quinto grado y que mi segundo apellido es Montejo. Así que deja de decir tantas tonterías y pide que entierren a Eva en una tumba separada al mausoleo. Te prometo que yo pagaré una lápida y la estatua de un querubín…

—No —la interrumpió gentilmente—. Aunque le duela por toda la eternidad hasta el fin de los tiempos, mi esposa será enterrada en el mismo espacio que usted.

—Antes prefiero dejar de ser mujer —luego salió del coche y caminó con la procesión hasta el mausoleo frío…

III

Era una noche tranquila, con el manto azul marino ondeando en las alturas, mientras las estrellas hacían su danza inmortal a una luna menguante. La ciudad entera se había sumergido en la calma, en la luz plateada que florecía en cada uno de sus rincones, de sus pulquerías llenas de borrachos y sus burdeles oliendo a sudoroso pecado.

Magdalena entró al apretado comedor de su casa rentada, iluminado por una escuálida luz eléctrica. Llevaba una charola de madera con un platón de quesadillas, una jarra con agua de jamaica y un molcajete lleno de salsa roja. Los puso al centro de la mesa y esperó a que su esposo se sirviera primero, luego hizo lo mismo ella.

—Ya encontraré algo para que podamos vivir bien, no te preocupes —suspiró Jorge, mientras se dejaba caer en una silla vieja.

—Si quieres le puedo pedir a mi papá que nos ayude, parece que ya está un poco más convencido de que hice lo correcto al casarme contigo y pues a lo mejor eso incluye darte un trabajo.

Jorge apenas esbozó una sonrisa incrédula.

—¡Por favor, Magdalena! ¿En qué podría ayudarnos tu papá? Ya no estamos en tiempos de don Porfirio, vas a ver que las empresas van a empezar a cambiar y nos iremos adaptando a los nuevos tiempos que vendrán sin el dictador.

—Sí, pero que no se te olvide que desde la matanza en la hacienda de mi familia mi papá invirtió su dinero en unas cerveceras alemanas y le ha ido bastante bien, ya ves que sigue viviendo como si aún tuviera la hacienda funcionando al máximo. ¿Tú crees que si yo le pido que te ayude, no lo va a hacer?

—No sé, Magdalena.

Magdalena se sirvió un poco de salsa y probó la quesadilla. Enchilada, se apuró todo un vaso de agua.

—Al menos déjame intentarlo.

—Está bien —cedió Jorge con la boca llena—. De todas maneras yo te digo que hay que esperarnos a ver cómo cambia el país ahora que se nos fue don Porfirio.

—El gigante con pies de barro —suspiró Magdalena, aún enchilada.

—El gigante con pies de barro —repitió Jorge—. Don Porfirio fue una figura de bronce por más de treinta años, no había quién le llevara la contraria hasta que apareció el chaparrito Madero y le rompió los pies.

Magdalena asintió en silencio y luego empezó a reír ella sola.

—¿Qué pasa? —preguntó Jorge intrigado.

—Me acordé de un chiste que le oí hace rato a la señora del mercado que le compré el queso. Dice que ahora que Madero sea presidente, es tan chaparrito que seguramente van a tener que vender silla.

Jorge soltó una risita socarrona.

—Las tonterías que hay que oír... pero bueno, ni qué hacerle. ¿Ya terminaste de cenar?

Jorge salió del comedor, mientras Magdalena recordaba las pláticas que tenía con su madre mientras lavaban los platos de la cocina. La noche empezaba a refrescar, se sentía una brisa fresca que recorría la ciudad y elevaba el polvo en círculos espirales.

Esa noche, el fantasma de Eva no estuvo presente solamente en los recuerdos de su hija, pues Beatriz Montejo sabía que el mundo de los muertos tenía la capacidad de coexistir con el de los vivos. Había pasado más de veinticinco años acosada por sus pecados, el recuerdo de sus crímenes y los fantasmas putrefactos que aparecían de la nada para torturarla durante las noches.

Poco quedaba ya del funeral de Eva Montejo, la mesa estaba de regreso en la cocina, el silencio volvía a esconderse en los rincones y

los muebles rechinaban como cada noche. Además, el aire volvía a llenarse con el polvo del pasado. Más decrépita y añeja que nunca, Beatriz cenó un pedazo de pollo seco a la luz de una vela, que sólo conseguía acentuar las arrugas que manchaban su cara con la vejez de sus años.

Cuando pensaba en el rostro perfecto del padre Ricardo, y en la historia de la multiplicación de los peces que había leído por la tarde en su Biblia, perdía la mirada en el vacío y en sus reflexiones de colores, hasta que se oía el estallido de un coche de motor pasar junto a la casona para regresarla a la realidad.

Fue en uno de esos retornos a la realidad que se dio cuenta de que no estaba sola, pues la amargura de su alma había resonado en el más allá, abriendo las cortinas de un mundo atemporal de donde salió un espectro semitransparente con la piel podrida y hoyos negros en lugar de ojos. Al principio apareció como un reflejo en los vitrales del comedor, como parte del crepitar de la vela, mas pronto formó parte de los átomos de polvo en la cabecera opuesta a la de Beatriz.

La matrona de los Montejo sabía que Eva se había unido al repertorio de los fantasmas que noche tras noche aparecían para molestarla.

—Si tan solo pudieras volver a morirte, si tan solo las balas hicieran sangrar a los fantasmas.

El espectro abrió la boca para mover los labios, como si dijera todas las palabras del mundo, pero no brotaba sonido alguno de su garganta. Aunque el día en que se hiciera escuchar estaba cerca...

Mientras Magdalena estaba ocupada en lavar los platos y un poco de salsa que se había caído sobre el tapete del comedor, Jorge Macías tomaba cerveza con su hermano en una cantina cercana llamada Mesalina. El lugar era un tugurio oscuro, lleno de borrachos de clase media y un olor a licor que adquiría toda las tonalidades posibles antes de ascender a la luna para embriagarla también.

—Estás loco, hombre, tu cabeza se llenó de ficción —Augusto inclinó el cuerpo hacia delante, para que solamente su hermano escuchara el susurro.

La cantina estaba conformada por un espacio mediano, del que colgaban cinco focos del techo.

—¿Tú no crees que la familia de Magdalena esconda algo?

—Son familia de bien, ¿qué van a esconder? —suspiró Augusto mientras dejaba caer su espalda en la silla.

—¡Augusto! Nada más hay que ver cómo se hablan con indirectas, cómo se miran en silencio. Algo se traen y mi esposa no me lo quiere decir.

—Te lo pido más como amigo que como hermano, si sigues con

esas ideas en la cabeza, terminaran por envenenarte…

Jorge le dio un buen trago a su cerveza y regresó el tarro a la mesa, pero, al ponerlo en el borde, éste se resbaló y cayó partido a la mitad, aunque no le importó mucho.

—Soy periodista, quiero saber la verdad y ella no me dice nada. ¿Por qué hay tantos funerales en su familia?

Augusto suspiró preocupado.

—Espero que tu esposa no se quede viuda… —lamentó el mayor de los Macías, mientras levantaba la mano para pedir otra cerveza.

Jorge se despidió y volvió con Magdalena, que ya lo esperaba con la mano abierta para invitarlo a tener una segunda noche de bodas en sus caderas morenas de la luna gitana.

Lo que temió Beatriz Montejo llegó tres días después del funeral de Eva, pues tras no tener noticias de su hijo, éste apareció muy temprano por la mañana en la puerta de la casona.

—Deseo ver a mi madre —pidió Juan Carlos con una voz tan grave que, por un momento, Beatriz, que desayunaba en el comedor, creyó estar oyendo a su difunto esposo.

—Dile que espere en la sala mientras termino de desayunar —respondió Beatriz desde el comedor, pero Juan Carlos hizo a Petrona a un lado y llegó hasta su madre.

Beatriz tomó un pedazo de fruta de su plato y lo llevó a su boca.

—Sigues adelgazando, hijo. Me da gusto…

—Mama, quiero hablar con usted —pidió Juan Carlos.

La matrona de los Montejo respondió con un golpe en la mesa que hizo que su tenedor cayera al piso y el jugo de naranja se derramara hasta el otro lado, manchando el tapete. El candil del comedor tembló al igual que el de sala. Petrona, temiendo lo que estaba por suceder, bajó la cabeza y caminó en silencio hasta la cocina, donde se encerró para escuchar detrás de la puerta.

—A mí no me hablas como a tu mujercita, que soy tu madre. ¿Me oíste? ¿O necesitas que unos golpes en la espalda te recuerden el respeto que le debes al cuarto mandamiento?

La respuesta de Juan Carlos fue un cuchillo de cocina, con el filo lleno de sangre negra, lo que hizo que Beatriz Montejo empezara a temblar y que una gota de sudor frío recorriera la base del cráneo hasta la parte baja de la espalda.

—¿De dónde sacaste eso? —preguntó la matrona de los Montejo con los ojos bien abiertos al fantasma semitransparente de su esposo que se había hecho presente en el comedor, caminando entre las sillas con las muñecas rebanadas.

—Usted tiene una forma muy extraña de hacerse la que no entiende lo que está pasando. Si he de suponer qué pasó con Eva, diré

que seguramente vino a decirle que había encontrado este cuchillo y una carta de Julio…

—¿Y luego? —Beatriz lo retó furiosa.

—Luego le pasó lo mismo que a mi hermano.

Beatriz sonrió ante aquellas palabras, disipó la duda que había en su interior y la guardó en lo más profundo de su corazón para que nunca volviera a salir. Se acomodó el camafeo de su vestido negro y el peinado blanco que coronaba las arrugas de su rostro.

—¿Y tú crees que tienes autoridad moral para juzgarme por lo que hice? ¡Yo soy la Reina del Cielo! Además ya lo decía Cristo en el Evangelio: No juzgues y no serás juzgado, porque con el juicio que tú juzgues y con la medida que midas, serás medido en el tribunal de Dios.

—Jamás he matado a alguien y no creo que haya hecho pecado alguno que justifique la muerte.

—¡Aquel que esté libre de pecado que tire la primera piedra! ¿Cómo ves la paja en el ojo de tu madre y no ves la viga en el tuyo? Hipócrita: quita primero la viga de tu ojo y entonces verás cómo quitar la paja en el ojo de tu hermano.

—¿Ahora citas la Biblia para justificar tus crímenes?

Beatriz Montejo buscó algo entre los pliegues de su vestido.

—No des las cosas santas a los perros, ni arrojes tus perlas a los cerdos, no sea que las pisoteen con sus pies y las destrocen —luego sacó la pistola cargada y la apuntó a Juan Carlos.

—¿No es la pistola de papá?

—Estás muerto, hijo. ¡Muerto! Que Dios perdone tus pecados.

Y, entrecerrando los ojos para distinguir a su hijo en la existencia borrosa del mundo, la matrona de los Montejo disparó.

CAPÍTULO 12

LA DECENA TRÁGICA

FEBRERO DE 1913

I

Petrona Pérez dijo que dejaría su casa para unirse a la revolución.

En toda la ciudad se esperaban cosas del levantamiento: salarios altos, la cancelación de las deudas en las tiendas de raya, riqueza desmedida, un gobierno diferente y un montón de privilegios irreales más, pero lo que Petrona deseaba, más que nada, era deshacerse de los gritos de su patrona. No sabía leer ni escribir, pero todos los días escuchaba rumores en el mercado de lo que acontecía en los campos de batalla como relatos heroicos, donde los hombres humildes probaban su valor ante las fuerzas del gobierno, y ella deseaba tener esas aventuras, conocer a un hombre de bigote bien grande, sombrero de charro y un caballo negro para llevarla lejos de esa casona, lejos de Beatriz y del trabajo arduo de cada día.

Un vez, después de recibir las humillaciones de Beatriz durante todo el día, decidió que no soportaría más gritos. Guardó lo poco que tenía en una maleta vieja de Carlos Montejo y fue al despacho de su patrona.

—Seño, pa'que no diga que soy una india desagradecida vengo a darle las gracias por los años de trabajo, pero pues me voy a la Revolución.

Beatriz ni siquiera se dignó a mirarla mientras leía su Biblia amarillenta.

—¿Para qué? Si aquí no sabes hacer nada, allá menos, niña.

—Algo encontraré, seño. Además, si me permite decirle algo, creo que en esta casa ronda la muerte.

Beatriz dio la vuelta a la hoja, tranquila, y se acomodó los lentes de armazón dorado en la nariz. Por un momento se mantuvo en el silencio y luego, por primera vez en su vida, la miró de reojo.

—¿Y quién te dio permiso de permitirte semejante atrevimiento? Yo hago en mi casa lo que quiera. Si las rosas de los floreros se marchitan es porque tú no te ocupas de ellas, y si los relojes se

detienen o caminan hacia atrás seguramente es porque se te cayeron cuando los limpiabas. Si algo no funciona bien en esta casa debe ser tu culpa, ¿o miento?

—Si usted lo dice debe ser cierto, seño…

Beatriz dejó la Biblia a un lado y reposó ambas manos sobre el escritorio, entrelazando los dedos.

—Y si te vas por los gritos, sabes muy bien por *quién* te los doy.

Petrona bajó la cabeza, encorvó su espalda y respondió con la voz quebrada:

—Por la señorita Magda.

—¿No te dije muy claro que no salieras de la cocina cuando estuviera comiendo con ella?

—Sí, seño, le juro que eso estaba haciendo, pero de repente me llegó el olor que tenía el joven Julio, sentí que me tocaban el hombro y cuando volteé vi clarito una sombra de hombre que caminaba fuera de la cocina. Pus salí y vi a la señorita Magda y corrí por el doctor.

Beatriz gruñó llena de asco, pálida como un cadáver y con el pelo tan blanco como una estrella podrida, al tiempo que una punzada de dolor recorría su pierna derecha hasta su cadera.

—¡Cómo dices tonterías! Se nota que eres una ignorante de pueblo. Pues si quieres irte, chamaca, haz lo que quieras… nada más te advierto que si te vas no regresas, y si le dices a alguien que escondiste el cuerpo de Eva en un callejón, te vas a arrepentir. ¿Me oíste?

—Sí, seño, muchas gracias por todo…

Beatriz abrió el cajón y le entregó unas monedas como pago por lo que había trabajado en el mes, y volvió a su lectura de los santos evangelios. Ni siquiera se despidió de su sirvienta ni la vio partir.

Decidida a buscar justicia en la Revolución, Petrona salió buscado cómo unirse a la lucha armada. Recorrió las calles silenciosas hasta que salió de la ciudad y se encontró con el campo. Ahí llegó a un enfrentamiento de rifles y cañones, donde pidió unirse a uno de los ejércitos.

La familia Montejo nunca volvió a saber de Petrona, asumieron que había muerto en alguna de las batallas y Juan Carlos mandó a hacerle dos misas en la catedral de la ciudad.

Con el dinero que había ganado trabajando con su suegro, Jorge Macías rentó una casa mediana que alguna vez le perteneció al doctor Epigmenio Camacho, médico y astrólogo difunto. Los muebles, sin embargo, se los había regalado Juan Carlos Montejo.

—Fue un buen regalo de bodas de parte de tu papá, ¿no es cierto? —preguntó Jorge con una sonrisa, mientras veía el comedor nuevo.

—Ajá —respondió ella sin mucho interés—. Ya la dejé en su cuna.

De repente Jorge tomó la mano de Magdalena, de forma que ambos compartieron una mirada cómplice. Ella notó cómo temblaba su esposo y se le iba el color de la cara. Quiso besarlo pero él se hizo para atrás.

—¿Qué tienes, amor? —preguntó Magdalena—. Llevas dos días muy callado y no me gusta.

—He estado pensando…

Jorge desvió la mirada, tímidamente.

—¿En qué?

Tratando de desviar la atención, Jorge besó a Magdalena.

—¿Ya nos vamos a poner románticos? —añadió Magdalena—. Luego por eso se te hace tarde para ir a la oficina.

Jorge negó con la cabeza, con el alma pesada no sabía cómo preguntar sin lastimar a la persona que más quería en el mundo, y más cuando la veía pequeña, frágil, femenina en su sonrisa sonrojada.

—Magdalena yo… —pero no pudo terminar la oración, pues oyó la campana de la puerta.

La joven se levantó a abrir y se encontró con su padre, tan calvo como siempre y con la misma complexión delgada que había tenido a los quince años. Sin embargo, su juventud se le había escapado del rostro en las ojeras moradas y las patas de gallo que le habían aparecido en los ojos. Tomaba la mano de una mujer de veintiocho años.

—Buenos días, hija. Quise venir temprano para presentarte a mi novia… Lolia Martínez, porque quiero invitarlos a cenar en la noche para que se conozcan.

Magdalena arqueó las cejas mientras posaba su mirada en la novia de su padre. Se veía como una mujer de clase alta con piel de porcelana y una cabellera negra como las plumas de un cuervo, pero su vestido era de una tela corriente, de un rojo deslavado y unos zapatos a los que se les despegaba un poco la suela.

—Buenos días, m'ija. ¡Está rete chula tu casa! —exclamó Lolia con un acento corriente que la obligaba a separar las palabras como si no las entendiera bien.

Magdalena se limitó a sonreír, mientras que Jorge le daba la mano para saludarla.

—No sabía que tenía una novia, papá — respondió Magdalena, impresionada.

—Bueno, hija, no podía quedarme de luto para siempre, era necesario que saliera a buscar una mujer que me pudiera dar otro hijo. Te voy a decir algo, que espero no me lo tomes a mal, cuando uno llega a mi edad la viudez se vuelve canija, y además soy hombre… me hacía falta una mujer.

—Ay sí, aquí tu papá Carlitos es re buena gente… al rato me va a

comprar un vestido nuevo para la cena.

—Pero no se queden ahí, pásenle —dijo Jorge haciéndose a un lado —. ¿No gustan algo de tomar? Sobró jugo de toronja del desayuno.

Juan Carlos dejó que Lolia pasara primero y fueron todos a la sala a conversar un rato, de modo que Jorge tuvo que hacer de su pregunta un nudo para tragárselo por otro rato.

Sin embargo, la cena entre Juan Carlos Montejo y su hija no se llevó a cabo, pues la Revolución llegó a la ciudad y los balazos empezaron a escucharse en los rincones. Un grupo de cadetes del Colegio Militar se levantó en armas contra el gobierno del ahora presidente Francisco I. Madero. A veces se oían cañonazos, otras veces llegaba un olor a carne quemada que dejaba a los niños sin dormir y a las jóvenes doncellas casaderas con náuseas que les duraron años.

A la Ciudad de México había llegado una nueva plaga que hacía mucho no se veía por esas tierras, causaba temblores extraños y pesadillas nocturnas, vómitos en colores insólitos, le quitaba el hambre a los más viejos y obligaba a todos a quedarse en sus casas pensando que ya estaban a salvo. El nombre de la epidemia era el miedo.

Las fuerzas revolucionarias y las federales habían obligado a todas las personas a resguardarse en sus casas, a cerrar las puertas y rezar por su bienestar. Las monjas encargadas de cuidar la parroquia de Nuestra Señora de Guadalupe hicieron lo propio, sellaron todas las entradas al templo con pesados candados llenos de óxido, mientras soltaban gritos por cada balazo que oían. Infectadas por el miedo, habían cambiado las arrugas por las ojeras y las chapas por la palidez.

—Rápido, cierra la puerta, no nos vaya a pasar lo mismo que a Bernardo Reyes —dijo una de ellas.

—¿Supiste que a don Alejandro Terán le dieron un balazo en la cabeza y luego le cortaron la lengua?

—Ay, pero qué cosas tan feas dices.

—Feo lo que nos dice el padre Ricardo que le cuentan las señoras de sociedad en confesión.

La primera monja hizo un gesto de burla y se aseguró de que todas las puertas estuvieran bien cerradas, pero no fue suficiente pues una bala entró por uno de los vitrales, pasando a través de la cabeza de una Virgen de Guadalupe, para ir a dar a un santo vestido de oro en uno de los altares.

Las monjas gritaron y corrieron hasta el altar principal donde el padre Ricardo limpiaba el cáliz dorado con un pañuelo blanco. Él les ofreció un poco de licor para calmarlas y las llevó hasta su oficina, donde se encerraron por horas para enlodar el aire.

II

Pasaron varios días antes de que el miedo empezara a disiparse en la Ciudad de México. A veces se oían balazos ocasionales por aquí y por allá, pero Juan Carlos Montejo no estaba seguro de si se trataba de disparos del pasado que aún hacían eco en el presente o si había una batalla cerca de su casa.

La confusión que generaban los rumores se expandía por toda la ciudad, en gran parte por los hombres que no estaban infectados por el miedo y salían a las calles, cautelosos de no encontrarse un enfrentamiento armado en el camino. Los extranjeros se refugiaban en sus hoteles y, apenas se asomaban para preguntar qué pasaba, les contaban los chismes del momento.

—Andan diciendo que el presidente Madero ya llegó a Palacio Nacional...

—No sé si sea cierto, pero cuentan que el general Aureliano Blanquet hizo prisionero al presidente Madero...

—Dicen que el general Victoriano Huerta es el traidor que está detrás de toda este desmadre...

—Que el traidor Victoriano Huerta visitó varias veces, en privado, a doña Beatriz Montejo antes de que iniciara la revuelta armada...

Cuando oyó que el nombre de su familia estaba involucrado en la Decena Trágica, Juan Carlos se curó del miedo que lo obligaba a permanecer en casa y se vistió con su abrigo negro para protegerse de la brisa fría que recorría la ciudad. Caminó entre las sombras hasta llegar a la casona Montejo y tocó la campana varias veces, ignorante de la renuncia de Petrona. Eventualmente se abrió la puerta y la envejecida, decrépita y rancia Beatriz Montejo emergió de las sombras.

—¿Qué quieres? Te dije que no quería volver a verte en mi vida.

Juan Carlos se atrevió a mirarla a los ojos y a penetrar la reja del jardín para llegar hasta la mujer que le había dado vida.

—¿Sabía que toda la ciudad anda diciendo que usted es una de las personas responsables de toda esta sangre y esta matazón en contra del presidente Madero?

—No hice nada que no se mereciera ese chaparrito que nunca aprendió a gobernar. Estaríamos mejor con don Porfirio y ya veremos si esto permite que regrese al poder.

—¡Ay, mamá! Cómo se ve que usted no entiende nada de política, lo que acaban de hacer hará que él no pueda regresar al país.

La matrona de los Montejo se mantuvo en silencio, posando ambas manos en su bastón, inspeccionando el abrigo de su hijo con una mueca de asco.

—No tengo ganas ni interés alguno en discutir asuntos de gobierno

en la puerta de mi casa, como le dijo alguna vez don Porfirio a Julio: estás muy pollito para enfrentarte al gallo... así que mejor pasa y hablemos de otra cosa.

Beatriz fue a la sala y Juan Carlos la siguió. Sin Petrona que limpiara, la mugre se multiplicó más que nunca. La casa había perdido su color, se veía gris, sin vida, con nubes de polvo en los rayos lechosos que entraban por las ventanas.

—¿Quieres que te prepare una infusión de hierbas o prefieres un vaso de agua? —preguntó Beatriz, enojada.

—Nada, gracias.

—Jamás había visto un hijo tan desagradecido con su madre.

—Es la actitud que un hijo debe a la madre que ha manchado su alma con sangre.

Beatriz se limitó a sonreír, mientras recargaba su espalda recta en el sillón y dejaba el bastón a un lado. Frente a ella, mirándola sin parpadear, su hijo mayor; alrededor, materia de antaño, cajitas de madera, una pintura de volcanes sobre la chimenea, una araña de cristal colgando polvosa del techo.

—Te lo voy a decir claramente para que me obedezcas y yo pueda regresar al estudio de mi Biblia. A mí también me contaron chismes de ti... ¿o creías que no me iba a enterar de que te han visto con una mujer de moral relajada en varios restaurantes?

—Lolia Duarte de Casarreal no es una mujer de esas que usted dice, viene de una familia bien, es prima en tercer grado de Ignacio de la Torre...

—¿El Ignacio de la Torre que dicen que se viste de mujer en lugar cumplirle a su esposa?

—¡El esposo de Amadita, mamá!

Beatriz soltó un gruñido, seguido de un suspiro.

—Hijo, por respeto a tu difunta esposa, haya tenido la reputación que sea... debes permanecer de luto el resto de tu vida y mantenerte triste y pálido para que todos vean que has perdido a tu esposa y te tengan lástima. Es lo correcto, así te eduqué y eso mismo harás.

—Si no quiero, ¿me volverá a disparar?

—Y esta vez Dios Padre me dará la gracia de tener los lentes puestos para no fallar... ya verás, tus días están contados y los de tu hija también.

Juan Carlos recordó el disparo, el miedo, cerrar los ojos y esperar a que la muerte lo arrebatara de golpe, pero también recordó la bala entrar en uno de los sillones detrás de él. Entonces, como ahora, se mantuvo en silencio mientras salía por la puerta y se perdía en las sombras de la calle, con el corazón palpitando y humeando sangre al resto del cuerpo, libre de respirar aire fuera de ese ambiente pesado que había invadido la casona en la que nació.

Magdalena Macías entendió el sentido del humor negro que tiene la vida cuando entró al cuarto de su hija y se acordó de que sus difuntos tíos Epigmenio y Ana María estaba preparando ese mismo cuarto para un hijo propio que nunca llegó.

Era una habitación pequeña, con dos cómodas bajas llenas de juguetes que había recibido en el bautizo de la beba: muñecas de trapo, juegos de té miniaturas y una Biblia ilustrada para niños que había recibido de su bisabuela, con una nota escrita en la primera página: “Para que aprendas a ser la mujer que tu madre y tu abuela no supieron.”

Magdalena se asomó la cuna para ver a su pequeña criaturita, dormida entre sábanas rosas, con la piel blanca de Jorge, la boca de Magdalena, pero los ojos verdes de Beatriz. Su esposo hizo lo mismo y ambos sonrieron frente a la bolita de carne que tanta alegría les había traído.

—Hicimos bien, ¿verdad? —susurró Magdalena.

—Muy bien —respondió Jorge en voz baja al tiempo que le daba un beso a su esposa.

La niña despertó y vio a sus padres con los ojos bien grandes, como si tratara de entender por qué la estaban viendo así. Magdalena la cargó entre sus brazos y los tres compartieron una sonrisa.

—Aquí estamos, Evita, para amarte y protegerte.

—En verdad me sorprendiste con el bautizo… ¿por qué cediste al nombre que impuso tu abuela?

—Ella será el ser más despreciable de este mundo, pero no tuvo nada que ver en la decisión —respondió con calma.

Jorge escuchaba las palabras de su esposa, pero no podía dejar de ver a su hija, riendo divertida mientras él le hacía cosquillas en la panza.

—¿Pero no te dijo que le pusieras Eva porque había nacido mujer y era una pecadora?

—¿Qué importa quién haya llevado ese nombre antes? También es el de mamá, que en paz descanse. Además, también le pusimos María como la gran mujer redentora de la Biblia, que nació sin pecado… para que vea que yo también sé jugar con los nombres.

Jorge sonrió ante el ingenio de su esposa. Entonces, los tres miembros de la familia Macías bajaron a la sala, se sentaron juntos y pasaron un buen rato, mientras Jorge leía un cuento infantil que acaba de escribir para su hija.

En medio de aquel periodo de miedo, sangre y horror conocido como la Decena Trágica; sumergida en el odio que sentía por todos los hombres que cometían pecados en el mundo, Beatriz Montejo abrió la

puerta de la casona de nuevo, esta vez para recibir al cartero. La matrona le arrebató la carta y apenas le dio las gracias con asco antes de azotar la puerta de regreso. Luego fue hasta la sala, tomó un abrecartas de oro y rompió el sobre. En el interior había tres cuartillas escritas a mano con letra grande y tinta impregnada en lágrimas del mismo Porfirio Díaz, que firmaba al final.

En silencio, leyó con el corazón hecho un nudo.

> Mi señora, Beatriz Montejo, escribo estas líneas con el dolor de un exilio que me impuse por el bien de mi pueblo. Aunque Carmelita me acompaña al bosque de Boloña que tanto me recuerda a Chapultepec, siento la soledad de mi país y el desprecio de una nación que construí a base del esfuerzo. Extraño Oaxaca, la tierra que me vio nacer; extraño el idioma y la comida, extraño el chocolate y el mole.
>
> Extraño México en cada una de mis lágrimas.
>
> No sabe cuánto he pensado en usted últimamente, en los roscones de reyes que nos preparaba cada año, en las bodas de sus hijos, en su vida que peligra estando tan cerca de la Revolución. Pienso mucho en su difunto esposo, que fue un gran hombre y un amigo personal.
>
> ¿Quién hubiera dicho, hace tres años, que el presidente que gobernó por treinta y un años iba a terminar en el olvido y en el desprecio? Madero no entendió mi proyecto de gobierno y puso al país como en el siglo pasado, con guerras civiles, traiciones constantes y una economía inestable que no beneficia a nadie. Ahora siento no haber reprimido la Revolución. Tenía yo armas y dinero, pero ese dinero y esas armas eran del pueblo y yo no quise pasar a la historia empleándolas para contrariar su voluntad, con tanta más razón cuanto podía atribuirse a egoísmo. Digo que siento no haberlo hecho porque a la felicidad nacional debí sacrificar mi aspecto histórico.
>
> Debí imponer el orden y el respeto para continuar el progreso de otrora, pero ya es muy tarde. Envejecí sin darme cuenta y ahora sólo me queda añorar el término de la Revolución para que se calmen aquellas pasiones en mi contra y pueda regresar a morir en paz a mi tierra.
>
> Señora mía, reciba un saludo de París, con la esperanza de que volvamos encontrarnos en esta vida.

Porfirio Díaz.

Con un suspiro en los labios, Beatriz Montejo volvió a guardar aquellas hojas dentro del sobre de unas las cajitas de la sala. Luego fue a su despacho, sacó una cuartilla de papel nueva y mojó su pluma en tinta, pero no tuvo el corazón suficiente para escribirle una respuesta a las lágrimas de don Porfirio.

Victoriano Huerta era un general de bigote bien poblado y usaba lentes por problemas de la vista. Tenía una mente ágil que le permitía entender eventos políticos y miliares no como hechos aislados sino como parte de un todo.

Un día de febrero, vestido muy elegante con su uniforme de general, fue hasta la casona Montejo y lo recibió Beatriz, quien lo

llevó al despacho. Victoriano no hizo comentario alguno de la suciedad que empezaba a notarse en la pesadumbre del viento y en la nata gris que cubría el escritorio.

Beatriz sirvió dos copas de licor, que guardaba del tiempo en que Carlos Montejo vivía.

—¿Y bien, don Victoriano? ¿Cómo va nuestra pequeña conspiración para rescatar al país de Madero?

—Mejor que nunca —brindó Huerta—. El chaparrito logró confiar en mí y creyó que lo estaba ayudando a sofocar la rebelión. ¡Si supiera que estamos atrás de los dos bandos de esta guerra!

—Ese tonto no entiende lo que tiene frente a él, confía en todos. El pueblo no entiende que una cosa es criticar al gobierno y otra cosa estar en él.

Victoriano prendió un cigarro y soltó una bocanada de humo, sonreía feliz mientras bebía del licor. Beatriz le acercó un cenicero de cristal, mientras hacía una mueca de asco ante el pecado que su visitante cometía en contra de su cuerpo.

—Usted siempre tan sabia, doña —respondió, envolviendo las vocales en humo.

Beatriz Montejo recargó la espalda en su silla y acarició la plata de su bastón, como si pudiera moldear el metal.

—No me haga esperar, dígame que estamos listos para la siguiente parte de nuestro plan.

—Mi señora —respondió Victoriano Huerta con tanto placer que parecía estar disfrutando cada una de las palabras—. El general Aureliano Blanquet arrestó a Madero esta mañana.

—¿Y los demás harán lo que acordamos en las reuniones? —preguntó Beatriz, muy interesada.

—Siempre me hace los mismos cuestionamientos, señora. Aunque toda la ciudad tiene miedo, no saben que los supuestos alzados y los federales están bajo mi mando, y que hemos logrado un teatro muy interesante para el que quiera verlo… en el tercer acto de este enfrentamiento armado tendremos un final digno de recordarse por muchos años.

Beatriz alzó su copa con destellos acaramelados.

—Por la patria.

—Por el país —respondió Huerta.

Luego, Beatriz Montejo y Victoriano Huerta repasaron su plan cuidadosamente.

Juan Carlos Montejo pasó el encierro de la Decena Trágica pensando en Lolia, imaginando los pliegues de piel que escondía debajo de sus vestidos de tela barata. Fue entonces que decidió retomar la idea de la cena familiar para que su hija y su yerno conocieran a su novia.

Con las primeras partículas de amanecer que empezaban a hacerse evidentes en la brisa fresca, el Montejo se aseguró de que se viera impecable frente al espejo y, en su palidez, recordó al hombre gordo y bigotón que había sido algunos años atrás. Luego salió a la calle antes de que iniciaran las balaceras y fue a casa de Magdalena Montejo para invitarla a su casa, hizo lo mismo con Lolia; regresó a su casa y le ordenó a su sirvienta mulata que preparara un banquete con todo lo que encontrara en la alacena.

Con los primeras campanadas de la noche, todos los invitados se sentaron a la mesa del comedor, iluminada por la luz eléctrica. Magdalena añoró a su madre, pero prefirió no hablar de ella, pues su esposo y su padre no dejaban de hablar de política.

—¿Cómo puede desearle mal a alguien? —preguntó Jorge—. Madero sigue siendo un hombre.

Juan Carlos tomó un poco de vino francés.

—Creo que me entendiste mal, no le estoy deseando mal a Madero, sólo estoy diciendo que no puedes derrocar a un hombre que estuvo treinta y un años en el poder y no levantar envidias y odios en el camino. En cierta forma él está cosechando los frutos que sembró.

Jorge Macías se cruzó de brazos.

—Pues yo no estoy de acuerdo...

—Lo que yo no entiendo es cómo fue que Victoriano Huerta acabó siendo el presidente de México —comentó Lolia con el vestido rosa manchado de salsa.

Magdalena intentó no reírse, Jorge retuvo una sonrisa, Juan Carlos se volvió a su novia e intentó explicarle:

—Mira, una vez que arrestaron a Madero y a Pino Suárez, presidente y vicepresidente, los obligaron a renunciar a sus cargos. En la Constitución dice que cuando ellos renuncian, el Secretario de Relaciones Exteriores debe tomar el poder. Pedro Lascuráin era el Secretario de Relaciones Exteriores y tomó el cargo de presidente por cuarenta y cinco minutos, porque lo único que hizo fue nombrar a Victoriano Huerta como Secretario de Gobernación. Cuando Pedro Lascuráin renunció, le dio el poder a Huerta.

—Y así fue cómo el traidor de la Revolución consiguió lo que tanto esperaba... ¡el poder! —exclamó Magdalena.

III

Como bien lo temía Jorge Macías, la vida de Madero corría peligro. Una mañana, toda la ciudad se despertó con la noticia del asesinato del primer presidente revolucionario.

Algunos aplaudieron la muerte, otros la lloraron. Magdalena no pudo evitar abrazar a su esposo y llorar en su hombro.

—Pobre don Panchito. ¿Qué pasó?

Jorge respondió mientras consolaba a su esposa.

—Dicen que querían encerrarlo en la penitenciaría de Lecumberri a medianoche y que Madero y Pino Suárez quisieron aprovechar la oscuridad para escaparse. Por eso les dispararon.

—¡Excusas! Mejor ni las hubieran inventado...

—Ay, querida —suspiró Jorge—. Lo peor de todo es que hay quienes creen que esos rumores sí son verdad.

Magdalena no quiso opinar más, salió de su casa, compró un ramo de rosas frente a la parroquia de Nuestra Señora de Guadalupe y tomó un coche de motor hasta la penitenciaría de Lecumberri. Con el tumulto de curiosos, no fue difícil dar con el lugar donde habían encontrado los cadáveres, así que dejó sus flores y rezó un Padre Nuestro por el alma del presidente muerto.

Con el asesinato de Francisco I. Madero, todos los habitantes de la Ciudad de México quedaron curados de aquella plaga terrible llamada miedo. La vida cotidiana volvió a renacer, los mercados a llenarse, las pulquerías a servir tragos, las calles pavimentadas a ser transitadas por coches de motor y las rosas volvieron a florecer como otrora, siempre que Beatriz no se les acercara.

Después de haber dormido a su pequeña, Magdalena bajó las escaleras y se encontró con su esposo en la sala.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Magdalena—. Se te va a hacer tarde para el trabajo.

—No me importa, tengo algo que preguntarte, y prefiero hacerlo ahora porque si le sigo dando vueltas va a ser más difícil.

Magdalena no respondió, dejó que su esposo le tomara la mano y la llevara hasta el comedor, donde se miraron a los ojos en silencio, dejando que el aire se empantanara incómodo y se difuminara el mundo entero excepto ellos. El tiempo perdió su forma normal, se alargó hasta el fin del mundo, se prolongó elástico para que los segundos duraran horas que hicieron temblar a Magdalena.

—¿Qué pasa, Jorge? Me estás asustando.

—Quiero saber qué esconde tu familia, ¿por qué tantos secretos? ¿Tantos silencios?

Magdalena arqueó las cejas sin saber qué responder.

—Porque con tantos funerales o necesitan una limpia o esconden algo —añadió Jorge.

La joven Macías siguió callada, tomando la mano de su esposo.

—Hazme caso cuando te digo que la ignorancia te pone fuera de peligro. A su tiempo lo sabrás.

Jorge, aún lleno de dudas, salió de la casa sin saber qué pensar de su esposa y de su familia.

La casona Montejo también había cambiado desde la Decena Trágica, el moho se había colado en las paredes de las habitaciones selladas y en el techo del pasillo del segundo piso había una costra verduzca que despedía un olor asqueroso. Cada vez que Beatriz veía las manchas, lanzaba maldiciones a Petrona y pensaba que necesitaría una sirvienta muy pronto para deshacerse de toda la suciedad que se iba juntando en cada una de las trece habitaciones de la casa.

El papel tapiz se descarapelaba con la humedad, la pintura empezaba a caerse, los tapetes a pudrirse, los relojes seguían detenidos desde el principio del siglo. Además, Beatriz sufría de la pérdida de ciertos objetos: a veces no encontraba los camafeos en su joyero y, por más que los buscaba en los cajones y los roperos, no daba con ellos... luego, sin buscarlos, los hallaba sobre la mesa de la cocina o detrás de las vitrinas del comedor.

—No me hago vieja de espíritu, sino en la memoria que guarda muchos recuerdos del mundo —se dijo mientras contemplaba su peinado blanco frente a un espejo con marco de oro.

Luego tomó su bastón y salió de la casa, guardando la llave en uno de los bolsillos escondidos en su vestido negro... el sol la cegó, iluminando brillante todo el cielo tierno que ondeaba fresco sobre la Ciudad de México. Así, el rostro de Beatriz Montejo se vio aún más pálido que nunca y sus ojeras más brunas. Pensó en pedir un coche de motor para evitar los dolores en su pierna derecha y en su cadera, pero levantó la mirada al cielo y susurró:

—Estos dolores que siento son el sacrificio que ofrezco al cielo por cada pecado que lastima a Dios, nuestro Señor.

Y empezó a caminar con la agonía silenciosa y los labios apretados, la espalda recta. Sabía que llevaba los bolsillos llenos de esto y otro y que no regresaría a casa hasta que no hubiera terminado con un par de tareas que tenía pendientes desde hacía varios días.

Llegó a una casa pequeña de dos pisos, construida cincuenta años atrás, pero sin elementos arquitectónicos cargados. Llamó a la puerta y apareció una mujer de sesenta y tantos años, pero de apariencia mucho más joven.

—¿Puedo ayudarla en algo? —preguntó ella.

—Quiero ver a su hija Lolia, me llamo Beatriz Montejo y es muy importante que hable con ella.

La mujer reconoció el nombre de inmediato y la invitó a pasar a una salita pequeña con dos sillones y adornos escasos que la matrona de los Montejo reconoció como de ínfima calidad. Se sentó en uno de ellos y posó ambas manos en su bastón, mientas que una sirvienta le servía un vaso de agua fresca.

—Ya le dije a mi hija que usted la está esperando, bajará en unos

momentos —dijo la mujer.

Y en efecto, así fue. Apareció Lolia, con su vestido corriente y su peinado deshecho, exceso de maquillaje en el rostro y las uñas descuidadas.

—Imagino que usted nunca ha leído el *Manual de Carreño* —Beatriz arqueó las cejas a modo de presentación, pero no logró que Lolia se deshiciera de aquella sonrisa tan vulgar.

—Yo ni necesito aprender de modales, cuando me case con su hijo voy a ser requeté feliz...

Beatriz suspiró profundo en lo que Lolia se sentaba frente a ella, rascándose la cabellera de tan sucia apariencia.

—¿Y a qué vino? —añadió Lolia.

—Quería darte algo —Beatriz buscó entre sus bolsillos, primero vio un cartoncillo con la virgen de Guadalupe impreso en ambos lados, pero no era lo que buscaba, luego encontró un cheque firmado y lo puso sobre la mesa.

Lolia lo tomó y, cuando vio la cantidad escrita en él, abrió los ojos bien grandes.

—Tú y yo sabemos lo que de verdad quieres en mi hijo y no es amor —dijo Beatriz con una voz de ultratumba—. Así que prefiero dártelo yo para que lo dejes en paz y nunca vuelvas a verlo. Quiero que te alejes de nuestra familia y te olvides de nuestro apellido. No importa lo que escuches de nosotros, nunca vuelvas a buscarnos.

Lolia contempló el cheque incrédula, luego mostró sus dientes con una sonrisa amarillenta y asintió.

—¿Y este cheque tiene los fondos que dice aquí? Es mucho dinero, señora Montejo.

—La reputación de mi apellido va en ese papel.

Antes de que terminara el día, Lolia ya estaba fuera de la ciudad, en un tren que la llevaría con sus parientes de Oaxaca.

IV

Magdalena Montejo había pasado el día encerrada en la cocina con su hija, llorando mientras limpiaba los platos de la cocina, mientras picaba las verduras para la comida y mientras acurrucaba a Evita en sus brazos. Cada vez que el nombre de Beatriz le llegaba a la memoria, sentía que le hervía la sangre y el rostro se le iluminaba enrojecido. Pasó la tarde dándole vueltas a la sala y al comedor, tratando de ordenar sus pensamientos, pero la confusión no la dejaba ver claro. Así que tomó a su niña y salió a la calle, donde caminó hasta casa de Sofía y se la dejó.

—Por favor, necesito que cuides mucho a Evita, tengo que ir a

visitar a mi papá para preguntarle unas cosas. No me tardo.

Sofía aceptó con mucho gusto, pues además era la madrina de la niña. Entonces Magdalena emprendió el camino a casa de su padre. Cuando llegó notó que había un silencio extraño que bajaba desde el cielo, no había carro de motor alguno ni pájaros en el cielo; se percató de la reja que estaba abierta, al igual que la puerta de la casa. Se le hizo muy extraño, así que entró a la casa y se dejó envolver por los últimos rayos del sol invadiendo, crepusculares, los rincones de la casa. La sombras empezaban a avanzar a través del piso, la noche se adivinaba a lo lejos, la ciudad empezaba a volverse gris.

Magdalena llamó a su padre varias veces, pero no obtuvo respuesta. Cautelosa, recorrió el comedor y la sala, inspeccionó la cocina y cada uno de los cuartos del segundo piso, incluso se asomó a la ventana por donde había caído Pablo años atrás. Entonces sintió un presentimiento en la boca del estómago, que se desplegó como un dolor que no supo comprender. Le entumeció los brazos y le arrebató el color del rostro... vio una sombra encapuchada moverse por la pared y supo que se trataba de la muerte, así que la siguió por el pasillo y los escalones hasta llegar a la entrada del despacho de su padre.

No tocó la puerta, la abrió de golpe y se encontró con algo que no esperaba. Parados, enfrentados y a la vez tan distantes, se encontraban Juan Carlos y Beatriz Montejo. El primero llorando, con un ligero temblor en el labio inferior y los puños cerrados a los costados. Beatriz, en cambio, sonreía triunfal mientras apoyaba una mano en el bastón y la otra donde Magdalena no podía verla. El camafeo de Simón apóstol brilló en su cuello.

Sin moverse, Juan Carlos se volvió a su hija con los ojos enrojecidos y el gesto deshecho.

—Hija, por favor, vete a la cocina y cierra la puerta.

—¿Está bien, papa? —preguntó ella, pero Beatriz pegó en el piso con el bastón.

—¡Hazle caso a tu padre, escuincla!

Magdalena, aún dudando de si debía hacerle caso a su padre, hizo lo que le habían pedido. Fue hasta la cocina y cerró la puerta, ahí se sentó en la penumbra del día, en las sombras que le arrebataban el aliento y le aceleraban el corazón. Tenía miedo de prender la luz, de moverse o emitir ruido alguno. No fue hasta que estuvo sumergida en el silencio total que oyó un disparo desde el despacho de su padre. Magdalena se dejó caer sobre el piso de la cocina, tapando su rostro con ambas manos y abriendo la boca en un gemido que no tuvo fuerza para salir de su garganta.

Sintió el crujir de su espalda, la inevitable caída de sus lágrimas en el vacío. Temió por su vida y la de su hija, incluso por la de su esposo.

Había tanto dolor en ella que los muertos se compadecieron y de las sombras apareció la figura de Julio Montejo, tan similar a un ángel de los relatos en la Biblia. El espectro caminó descalzo hasta su ahijada, le levantó el rostro y le limpió las lágrimas con su camisa blanca. Le dio la mano y la ayudó a ponerse en pie, donde la miró a los ojos con una sonrisa. Luego la abrazó con fuerza y la besó en la frente. Consiguió que Magdalena dejara de llorar y así abrió la puerta de la cocina, donde se perdió en el comedor mientras su ahijada lo seguía. Llegaron los dos hasta el despacho de Juan Carlos Montejo, donde nuevas lágrimas aparecieron.

Magdalena corrió hasta el cadáver de su padre, recostado boca arriba con una lágrima en la mejilla y los ojos bien abiertos. En el piso había un cartoncillo con la virgen de Guadalupe impreso de ambos lados y la pistola con la que lo habían asesinado, aún humeante. Ya no había rastros de Beatriz más que el perfume amargo que usaba todos los días.

—¿Por qué lo mataron, tío? ¿Por qué? —preguntó Magdalena con la poca voz que su tristeza le dejaba.

El espectro no respondió, fue hasta el pesado escritorio y abrió uno de los cajones. De ahí saó un cuchillo de cocina, con el filo oxidado y manchado de sangre negra, y se lo ofreció a Magdalena. Ella lo tomó con ambas manos y miró a Julio, pero éste no abrió la boca, sino que asintió en silencio.

—¿Estarás conmigo cuando me enfrente a mi abuela? ¿Me ayudarás a vengar tu muerte y la de todos aquellos que mi abuela ha matado?

Julio repitió su gesto al disolverse en el aire, dejando un aroma a rosas que se impregnó por toda la casa, y en la memoria de la doliente Magdalena Macías.

CAPÍTULO 13

LOS PECADOS DE LA FAMILIA MONTEJO

JULIO DE 1915

I

Magdalena Macías sabía que su vida estaba en peligro.

Sin embargo, estaba dispuesta a enfrentar a Beatriz a como diera lugar, y para ello había decidido visitarla, pues desde la muerte de su padre tenía pesadillas todas las noches con su abuela matando a su esposo y a su hija de mil formas diferentes.

Cansado de verla pálida y temblorosa, Jorge le sugirió que enfrentara su miedo y fuera a ver a Beatriz Montejo:

—No la he visto desde que le pedí que se retirara del funeral de papá —replicó ella—. Además ya intentó matarme una vez... ¿Y si lo vuelve a intentar?

—¡Por Dios, Magdalena! Es una mujer que tiene prácticamente noventa y cuatro años, ya no puede empujarte por las escaleras ni envenenarte si no tomas nada, y la pistola de tu abuelo está guardada en un cajón de tu cómoda. No puede hacerte nada si no lo permites.

—A veces desearía que el padre Ricardo no te hubiera dado ese papel que escribió el padre Jacinto y te mantuvieras ignorante sobre la verdad de mi familia.

—Ya escribí el artículo sobre los crímenes de tu abuela. Entiendo que es algo que debe resolverse en familia, pero en cuanto me digas podemos publicarlos. Sólo necesitas vencer tus miedos, Magda.

—¿Cómo? Llevé esa carta a la comandancia de policía y dijeron que estaba loca, y la rompieron. No tengo más pruebas que un cuchillo viejo que no dice mucho.

—Yo estoy contigo, y te esperaré afuera de la casa para apoyarte en lo que decidas hacer.

Hizo falta que su esposo le insistiera por trece días seguidos para que Magdalena dijera que sí. Se puso un vestido negro para que su abuela creyera que seguía guardando luto por la muerte de su padre y salió a la calle.

¡Qué diferente era la ciudad que la vio nacer! Ahora había

electricidad, cinematógrafo, teléfono, calles pavimentadas, otro gobierno, otro aire, una vida diferente. Se quedó enrollada en sus propios pensamientos de colores hasta que llegó a la otrora gloriosa casona Montejo. Tenía las paredes cuarteadas, el techo rojo y a varias de las ventanas les faltaban vidrios. Frente a Magdalena, el pasto amarillento se había convertido en una maraña confusa que lo mismo podía encerrar los misterios del universo que una comunidad de insectos aún no descubiertos por la ciencia.

Tocó la campana varias veces, pero no recibió respuesta alguna. Fue entonces que empujó la reja oxidada y encontró que la puerta principal estaba sin llave.

¡Qué diferente lucía la casona Montejo por dentro también! Se veía gris, triste, falta de todo color. Estaba llena de polvo y telarañas, al vitral de Minerva le faltaba la cabeza y parte de la túnica. Los candiles ya no colgaban del techo, faltaban todas las pinturas y los floreros. Magdalena se asomó a la sala, donde las figuritas de porcelana estaban rotas, luego fue hasta la sala, donde la mesa, llena de astillas, se había partido a la mitad y las vitrinas se encontraban vacías. No estaba la cubertería de plata y las vajillas finas. Crujía el silencio.

En el despacho que había sido de Carlos Montejo habían roto una ventana y las hojas secas llenabas la alfombra, cubriendo algunos de los libros que se habían caído; otros tenían las páginas arrancadas o quebradas con el tiempo amarillo. La cocina estaba vacía, sin ollas, teteras, cuchillos, nada más que una vieja mesa donde Magdalena creyó ver el fantasma luminoso de su padre y de sus dos tíos, antes de disiparse en el viento.

Sin encontrar rastros de vida más que de las arañas, hormigas y cucarachas que se arrastraban por los mosaicos, decidió buscar en el piso superior y, sin pensarlo mucho, subió por las escaleras, a cuyo barandal le faltaban partes para sostener a cualquiera y comenzó a bailar en cuanto Magdalena se apoyó en él.

Cuando llegó al pasillo, sintió el aire rancio que serpenteaba bajo sus pies y agitaba las cortinas raídas. En las paredes desnudas se veían las marcas donde alguna vez hubo cuadros, espejos y mesas empotradas con floreros de rosas marchitas. El aire empezó a tornarse gris.

Entró a una habitación y encontró a su abuela llena de polvo, sentada en la cama con las canas enmarañadas en lo que se asemejaba a un nido de cuervos. Debajo de los ojos tenia manchas negras... su rostro, pegado a los huesos con arrugas en las arrugas y, dentro de ellas, aún más arrugas. Sus manos temblaban cuando intentaron tomar el bastón.

—¿Quién eres? —preguntó con una voz tan dura, que no había perdido su autoridad de emperatriz.

—Soy Magdalena, su nieta. ¿Cómo está?

Beatriz Montejo se encontraba con la mirada perdida en la nada, débil, chiquita, pero siempre con la espalda recta.

—¿Cómo quieres que esté? Vinieron los resentidos esos y, en nombre de su mentada Revolución, se lo llevaron todo. Fui a la comandancia de policía y no quisieron ayudarme que porque soy porfirista.

Magdalena intentó acercarse a ella, pero Beatriz hizo una mueca de asco y su nieta se detuvo.

—¿Qué quieres, niña? ¿Vienes a burlarte de mí? ¡Soy la Reina del Cielo y sé que Dios me dará la vida necesaria para mandarte a su tribunal!

Mientras gritaba esas palabras, estalló la ventana, tembló la casona completa y cayó un pedazo de techo junto a Magdalena, de modo que la joven Montejo supo que no era el momento para enfrentarse a su abuela y salió del cuarto, bajó las escaleras y se refugió en la sala, donde se sentó en los sillones viejos y se quedó pensando en su familia.

Augusto Macías contempló la desgracia de su pobreza, un cuarto pequeño de paredes sin pintar, un catre viejo y una ventana cubierta con cortinas viejas, olor a huevo podrido, al humo de los coches de motor que explotaban a lo lejos. Su esposa, gorda pero bien vestida y con un chongo rubio detrás de la cabeza, se sentó junto a él.

—¿Qué te pasa, querido? —le preguntó en voz baja.

—Y encima lo preguntas —respondió harto, cansado, con el peso de la vida moliéndole los huesos—. Llevamos dos días sin comer y este mes no tenemos para pagar la renta del cuarto.

Manuela suspiró, su esposo se levantó de la cama y fue hasta la ventana, donde entreabrió la cortina y contempló a los transeúntes con sus levitas llenas de polvo, hablando sobre el presidente Venustiano Carranza.

—¿No ibas a hablar con tu hermano para que te diera trabajo en la cervecería?

Augusto se volvió a su esposa.

—¿Crees que no lo hice? Jorgito anda bien raro desde que se casó. Después que le conté dónde estaba viviendo y cómo estaba comiendo un día sí y otro no, ¿sabes con qué me salió?, con que el trabajo debe ganarse y que no podía inventar un puesto o correr a uno de sus empleados nomás para darme trabajo.

—Desagradecido —tronó Manuela, luego se levantó y fue hasta su esposo para abrazarlo por detrás y besarle la nuca.

—Ya se le olvidó que yo lo cuidé después de que papá murió, que yo trabajé para que él pudiera estudiar su carrera de periodismo y

comprar todas esas novelas que le gustaban… ya se le olvidó todo lo que hice por él.

Augusto apretó su puño, lleno de rabia, y lo llevó lentamente hasta su rostro. Cerró los ojos e intentó no sollozar, pero pronto aprendió que es imposible contener lágrimas que se encuentran llenas de coraje.

—¿Sabes lo que es que la única persona de tu familia te decepcione de tal manera que te arda el pecho? —preguntó él con la voz entrecortada.

—No te preocupes, así como la vida nos da la espalda ahora, estoy segura de que llegará el momento en que nos sonreirá.

Manuela lo abrazó con todas sus fuerzas, hundió su rostro en la camisa sucia de su esposo, mientras pensaba qué hacer. Finalmente, lo rodeó, acarició sutilmente su mejilla y lo miró a los ojos enrojecidos.

—Augusto, déjame ayudarte. Creo que sé cómo puedo convencer a tu hermano de que nos ayude, pero tienes que confiar en mí.

—Pero… —Augusto intentó responderle, pero su esposa colocó un dedo índice en su boca para callarlo, mientras ella sonreía de una forma tan pícara como seductora.

—No, no digas más —susurró Manuela—. Deja que te enseñe lo buena que puedo ser. Antes de que termine el día, lo habré convencido de ayudarnos.

II

Habiendo dejado a su abuela sola con sus gritos, Magdalena recorrió el pasillo avejentado por el paso del tiempo, por el remojo de la humedad podrida y las manchas de los tapetes. Intentó abrir una de las puertas, pero la encontró sellada, luego hizo lo mismo con la segunda y se adentró a un mar de telarañas y un piélago de polvo en lo que otrora había sido la habitación de Ana María, que no había sido abierta desde los días en que se había casado. Su vestido de boda aún lucía gris sobre la cama, pero cuando lo intentó levantar, se le deshizo en las manos convertido en ceniza. Por un instante creyó ver el fantasma de su tía en un rincón, pero resultó ser una sombra. Buscando en los cajones, encontró un cepillo negro y una foto de Epigmenio Camacho, en tonos sepia y las esquinas dobladas.

Luego fue hasta el cuarto que había sido de su tío Julio, pero encontró las pertenencias de Pablo sobre el escritorio y en el armario. Además, “Magdalena” estaba escrito con tinta a lo largo de las paredes descarapeladas, los pisos de madera y hasta en el techo.

Por simple curiosidad de mujer, revisó los cajones de la cómoda, hasta encontrar la Biblia de su padrino y, entre las hojas, una fotografía de un hombre con bigote, posando serio ante la cámara. En esa imagen, Magdalena reconoció al fantasma de su abuelo.

—Que en paz descanse —dijo besando la foto y regresándola al cajón.

En aquel silencio se le apareció el espectro podrido de Pablo Martínez sin ojos, oídos ni manos, pero moviendo sus labios para decir “Magdalena” en silencio.

Para no ser molestada, salió de aquella habitación.

Magdalena intentó abrir varias puertas, hasta que encontró una y se adentró en una habitación oscura, llena de cajas y bolsas, un cuarto que hacía las veces de bodega. Ahí encontró una muñeca suya de la emperatriz Carlota, unas cajas llenas de ceniza, un arca de Noé hecha de cerámica, una pintura de su tía Clara... y un cuadro que recordaba muy bien, un cuadro de su abuela hacía más de treinta años con sombras en el rostro y una tiara lunar en la cabeza, con el marco dorado roto en tres. También encontró informes de la hacienda de los Montejo, periódicos viejos donde Jorge Macías había escrito artículos en contra del régimen de Porfirio Díaz y un sin fin de cosas más que se habían acumulado a lo largo de los años.

Siguió buscando entre las habitaciones, pero la de su abuelo la encontró sellada. La última que halló abierta fue la de Juan Carlos en sus tiempos de soltero. Era parecida a la de Julio, también sumergida en olas de polvo y un aire pesado que apenas permitía que Magdalena respirara. Buscando en el ropero, se encontró con la ropa de juventud de su padre; en uno de los cajones de la cómoda, encontró una cuartilla doblada, con una mancha de sangre en una de las esquinas.

La leyó en un murmullo:

—“Amada Beatriz —leyó—. No puedo seguir viviendo con este pecado en mi conciencia y he preferido enfrentarme a la muerte de carne que a la muerte de espíritu. Por varios meses he tenido una relación sentimental con otra mujer, pero ahora ella pide algo que mi corazón desea entregarle y mi alma no puede. Así que, antes de caer en el adulterio, preferí entregarme al Señor. Cuando tengas nietos, háblales de mí. Despídete de mis hijos que son mi alegría, reza por el descanso de mi alma y pídele a Dios para que no me deje caer en las llamas del infierno. Recuerda mi amor por ti y no olvides que fuiste la única mujer digna de poseer mi corazón. Perdóname por no envejecer contigo. Tuyo siempre, Carlos.”

Magdalena se mantuvo en silencio, releyendo la carta varias veces, tratando de comprender aquellas palabras. La dobló y regresó al pasillo.

Beatriz Montejo no pudo evitar que sus manos temblaran, que sus huesos crujieran y sus caderas dejaran de dolerle: tampoco pudo evitar que sus canas interrumpieran su existencia o su estómago dejara de tener hambre. Sentada en la cama con la mirada perdida, levantó la

cabeza en cuanto su nieta entró a la habitación.

—¿No te dije que te fueras? —preguntó, enseñando los dientes.

Magdalena no sintió miedo, le sostuvo la mirada mientras se acercaba y le entregó la supuesta carta suicida de su abuelo. La matrona de los Montejo no necesito abrirla, reconoció de inmediato el papel.

—Estoy confundida, abuela. Por un lado mi tío Julio me dice que a mi abuelo lo mató usted, y por el otro encuentro su carta suicida…

Beatriz Montejo dejó la carta a un lado y arqueó las cejas.

—¿Qué quieres de mí?

Magdalena se sentó junto a ella, pero su abuela no dejó que le tomara las manos.

—Necesito la verdad. ¿Qué le pasó a mi abuelo, a mis tíos, a mis padres, a todos los que se han acercado a ti y han muerto?

—¿Quieres que te cuente los pecados de la familia Montejo?

Beatriz se quedó sin aire, respirando agitada con la boca abierta antes de reiniciar su narración:

—¿Sabes por qué maté a tu abuelo? Me dijo que tenía una amante y uno de los trabajadores de la hacienda me confirmó que se trataba de Claudia. Los dos estaban faltando contra el sexto mandamiento y no parecían arrepentirse, así que quemé la casa de Claudia y le di unas hierbas a mi esposo para que se quedara dormido. Luego le rebané las muñecas. Por desgracia Claudia vivió, pero no quiero hablar de su muerte ahora.

—¿Qué hay de mi tío Julio y de su amante?

Beatriz Montejo suspiró, envuelta en recuerdos.

—También los maté. La Biblia dice claramente en el Levítico que el hombre que se acueste con otro, como quien se acuesta con una mujer, debe ser condenado a muerte porque ha cometido un acto infame. Dios sabe que mi hijo era un sodomita que merecía ser castigado por sus crímenes. Julio se fue a vivir con el maricón que lo envenenó con su pecado y le dio una llave a Ana María por si quería escapar de mí o de su esposo. Ana María era demasiado inocente, fue fácil robarle la llave, ir a casa de Julio…

Magdalena imitó la mueca de asco que era tan usual en su abuela, se levantó de la cama sin dejar de ver a la matrona de los Montejo, vieja, decadente, un pálido cascajo de la emperatriz que fue en tiempos pasados.

—No entiendo cómo fue capaz de matar a sus propios hijos.

—Ya llegará el día que dejes de juzgarme. Porque también fue necesario matar a Ana María. ¿Sabes qué hizo? Arreglé su matrimonio para que pudiera casarse bien con el doctor Epigmenio Camacho, pero ella era una terca que prefería andar con el hijo de un carnicero.

—¿Mató, también, al tío Epi? —preguntó Magdalena con los ojos

bien abiertos, horrorizada por las confesiones de su abuela.

—No, a él no. Murió de causas naturales y por esos días me enteré de que Ana María había faltado al cuarto mandamiento al no deshacerse del hijo del carnicero y al sexto mandamiento al cometer actos pecaminosos con él. Entonces la empujé por las escaleras, perdió el conocimiento y murió en el hospital. Nunca volví a saber del hijo del carnicero…

—Y ni preguntarle por mis padres…

—¿Para qué? Sabes muy bien que nunca quise que tu padre se casara con tu madre. Por más obediente que fue mi Juan Carlos, fue en lo único que nunca me obedeció. Cuando vi la oportunidad de separar con la muerte lo que Dios había unido, ahorqué a Eva. Con lo que no contaba era con que Juan Carlos se fuera a poner en mi contra y una vez más tuve que castigar un pecado contra el cuarto mandamiento.

Para este punto, Magdalena ya tenía los ojos húmedos con su dolor, se volvió a la ventana sucia y lloró en silencio para que su abuela no la viera.

—¿Y no se dio cuenta de los pecados que cometía al detener los otros? —preguntó la joven Montejo con la voz sumergida en el dolor del pasado.

—Pero yo sí me arrepentí por esas muertes, fui a confesarlas con el padre Jacinto Ramos, hasta que su conciencia no pudo más y amenazó con delatarme. Yo no iba a permitir que un sacerdote rompiera su secreto de confesión, así que quemé la parroquia de Nuestra Señora de Guadalupe…

—¡Fue usted! —Magdalena volvió a contemplar a su abuela, tan macabra como el demonio bíblico.

—… pero no contaba con que el padre Jacinto sobreviviera. Pensaba en matarlo, pero él mismo se encargó de hacerlo. En medio de una cena en esta casa, se arrebató la vida. De haber sabido que mantenía un romance con una prostituta, lo hubiera matado antes.

—Qué hay del padre de Pablo? ¿También lo mató usted?

—Aunque quise hacerlo, no fui yo. Déjame contarte la historia de los Martínez: Clara murió dando a luz a Pablo y porque yo no la ayudé mientras estaba en labor. Preferí que sufriera como castigo por haber tenido relaciones con un hombre antes del matrimonio. Por eso siempre consideré a Pablo como un pecado y le permití hacer lo que quisiera, de todos modos ya estaba condenado al infierno eterno. Años después fue el mismo Pablo quien se encargó de ir hasta la casa de su padre y ahorcarlo dormido con un cordón de las cortinas de la casa de mi hermana. Por eso Bernardo y Rosa fueron encontrados culpables de haber matado al padre de Pablo y enviados a prisiones diferentes. Carmela murió en la cárcel por una neumonía que no le supieron

detectar a tiempo, mientras que Bernardo murió de depresión al saber que su esposa había muerto.

—¡No puedo creer todo lo que estoy oyendo! —dijo Magdalena para sí.

—¿No querías la verdad? Ahí la tienes. Le pagué a Lolia para que dejara en paz a tu padre y a ti intenté matarte por faltar contra el quinto mandamiento y no mostrar arrepentimiento. Quise envenenarte, pero la estúpida de Petrona fue por el doctor y te salvó. Ahora me toca, con mis últimas fuerzas, acabar el trabajo que no pude realizar contigo para morir en paz…

El silencio inundó el polvo, los recuerdos formaron telarañas, crujió la madera y los cristales mientras que la matrona de los Montejo veía a su nieta moverse de un lado para otro, ordenando sus ideas hasta que explotó en un volcán de sentimientos encontrados.

—Y después de tantas muertes sigue sin entender la Biblia. Tanto ir a misa, tanto rezo, tanto castigo y nunca entendió, abuela, que el mayor de los mandamientos es el amor… el amor que nunca le dio a mi abuelo y que él tuvo que buscar en Claudia, el amor que el tío Julio sentía por Arturo, Ana María por el hijo del carnicero y mis padres entre sí, el amor que la tía Clara sintió por su novio… ante todo pecado, siempre está el amor que usted nunca dio. Cuando logre matarme, si es que lo hace, no habrá quién la recuerde…

—El general Díaz me recordará —respondió Beatriz muy ufana.

—¡El general Díaz murió ayer en París! Así que usted está condenada al olvido de la historia y al desprecio del porvenir. Ya sea que yo viva o muera, usted ya perdió.

Magdalena le dio la espalda a su abuela, sin decir otra palabra, salió de aquella habitación y luego de la casona Montejo. Beatriz no se atrevió a seguirla, pues se había dado cuenta de que las palabras de su nieta le habían entrado por un oído y se le habían agolpado en la garganta, arrebatándole la voz. Intentó hablar, pero no salió sonido alguno de su boca.

Magdalena regresó a su casa mientras que un viento fuerte agitaba la ciudad, tiraba árboles y volaba periódicos de los puestos. Pasó una pareja que comentaba la muerte del general Díaz y se preguntaba cuándo regresaría el cuerpo a territorio nacional.

La joven Macías los ignoró, no tenía tiempo para política ni para la situación del país. Tenía el discurso de su abuela en la mente, fresco como una herida y el calor del verano le punzaba en la cabeza, le pegaba el fondo húmedo a la piel. Llegó a su casa y fue hasta el jardín, donde la nana Luz cuidaba a sus hijos: María Eva corría por el pasto tratando de atrapar una mariposa, mientras que el pequeño Julio dormía en su carriola.

La nana Luz, una mujer gorda en sus setenta años, con una trenza canosa y el rostro moreno lleno de arrugas, se levantó de su asiento para saludar a su patrona.

—Buenas días, señora Magdalena. ¿Fue usted al médico? Se ve muy abochornada y no es bueno para la criatura que carga. ¿Me permite que le traiga un vaso con agua fresca?

—No, déjelo así —respondió Magdalena, sentándose junto a la nana en una de las mesas del jardín.

—¿Ni siquiera un té? —insistió la nana Luz.

—No es necesario, fui a visitar a mi abuela y me hizo hacer un coraje, pero ya se me va a pasar. No se preocupe. ¿Desayunaron bien los niños?

—Evita se comió muy bien sus quesadillas, pero Julio no quiso terminarse su plato de sandía picada. Creo que no le gusta.

—Creo que no… luego le compro otra fruta en el mercado.

La nana Luz no preguntó más, se mantuvo en silencio en lo que el corazón de Magdalena Macías normalizaba su ritmo y calmaba sus pensamientos.

Al otro lado de la ciudad, Jorge Macías fue hasta la oficina que otrora había sido de Juan Carlos Montejo, que aún tenía los mismos libreros y cuadros. Se inclinó sobre su escritorio y hojeó los reportes de ventas del primer trimestre del año, pero no tenía muchas ganas de trabajar esa mañana… veía números y más números y lo suyo era el periodismo y las letras. Sacó una cuartilla limpia, mojó su pluma en la tinta y empezó a redactar un cuento sobre una princesa que dormía en una isla.

Apenas llevaba unas cuantas líneas, cuando oyó que tocaron a la puerta.

—Adelante —ordenó Jorge, mientras seguía escribiendo.

Entonces apareció Manuela, con un vestido rosa que resultaba escandaloso y un sombrero lleno de mariposas amarillas. Sin esperar a que la invitaran a sentarse, lo hizo. El perfume dulce obligó a Jorge a levantar el rostro.

—Comadre, no la había visto… ¡qué milagro que me visita! ¿Qué la trae por la oficina?

Manuela llevaba un escote pronunciado aquel día, se inclinó sobre el escritorio y arqueó las cejas de forma seductora. Mojó sus labios con la lengua y dijo:

—Compadre, usted y yo estamos grandecitos como para andarnos por las ramas. Ya sabe bien que vine a interceder a favor de mi esposo… dele el trabajo compadre. Lo necesitamos.

—Eso ya lo hablé con él. Mi hermano es un hombre capaz y muy inteligente, puede conseguir trabajo en cualquier empresa. ¿Por qué

aquí?

Manuela se levantó. Seductora en su obesidad, cerró la puerta con llave y regresó al escritorio, pero no se sentó.

—Me decepciona, compadre, ¿no somos su familia? ¿Acaso nos desprecia porque no pertenecemos a la decadente familia Montejo?

Jorge dejó la pluma a un lado y se recargó en el respaldo de su silla, contemplando el escote de su cuñada, la piel de los hombros, ese cuello que palpitaba con cada palabra.

—¿Y qué sugiere comadre?

—Nada en lo que usted no esté pensando ya, y espero que no se haga el santo, porque cuando la lujuria entra por una puerta, las buenas costumbres salen por la ventana.

Jorge se levantó de la silla, embriagado por el perfume que llenaba el ambiente. Se acercó hasta su cuñada para que su aliento lo tocara y lo envolviera.

—Tanto apuro tienes por conseguirle un trabajo a tu marido —susurró Jorge.

—El hambre es canija y yo creo que usted ha estado pensando lo mismo que yo desde hace algunos meses. No se haga, lo he visto desnudarme con la mirada. Así que si usted no dice nada y le da trabajo a mi esposo, yo soy capaz de hacer cualquier cosa por usted.

Jorge Macías sonrió, la tomó de la cintura y la atrajo hacia sí. Se fundieron en un beso cavernoso y un remolino de caricias, mientras que una nube de tormenta cubría el sol.

Esa tarde, Augusto Macías regresó cansado de pedir trabajo en restaurantes y empresas varias. Su rostro estaba aperlado en sudor y su espalda llena de polvo. Le rugía el estómago del hambre que le devoraba la existencia, pero no tenía qué comer o beber... incluso su mente se negaba a recordar el sabor de una carne jugosa en el asador o de un buen vino francés recién descorchado. Entró a la casa y se encontró con su casero, un hombre viejo de largos bigotes canosos y una levita gastada en las mangas.

—¡Señor Macías! —le dijo el casero al verlo entrar—. Espero no tener que recordarle todos los días que me debe la renta de su cuarto del mes de julio. Yo no soy una beneficencia y me veré obligado a desalojarlo si insiste en no pagarme.

—No, señor. Le juro que muy pronto le voy a pasar el dinero —respondió el otro muy apenado, con la voz cansada y el hartazgo evidente.

Ya estaba por subir las escaleras Augusto Macías, cuando su casero lo alcanzó antes de subir el primer escalón y le entregó un papel manchado de lodo.

—¿Esto qué es? —preguntó al recibirlo.

—Su hermano habló por teléfono y le dejó un mensaje —respondió el viejo y se fue.

Augusto subió con el mensaje en la mano hasta su cuarto y, una vez que se hubo descalzado en la cama, leyó el recado, dudoso de que pudiera ser algo bueno. Sin embargo, quedó gratamente sorprendido cuando leyó: “Tienes trabajo, pasa mañana a la oficina”.

Entonces se llenó de una alegría que no supo explicar, pensó en su esposa y supo que había sido ella quien había convencido a Jorge. ¿Cómo? Eso no importaba, tenía trabajo, dinero... podría levantarse y salir adelante.

A lo lejos se oyó un trueno.

También esa tarde, mientras las nubes de tormenta se agolpaban entre ellas, formando rayos de todos colores y truenos espantosos, un viento frío recorrió las calles de la ciudad. Jorge y Magdalena llegaron al cementerio y, tomados de la mano, caminaron entre el paso gris y el olor a muerte, en el ambiente húmedo que los cubría.

—¿Cómo te fue con tu abuela?

—Avivó el odio que siento por ella, me dijo lo que ya temía, pero no quería escuchar. La verdad une familias y las destruye... —respondió la joven Macías, pero tuvo que callar porque se le quebró la voz.

Una lluvia fina empezó a caer en el cementerio, confundiéndose con las lágrimas que brotaban de los ojos de Magdalena. A ninguno de los dos les importó el agua y siguieron caminando en el cementerio con la misma lentitud de siempre.

—¿Qué te dijo, amor?

—Me habló de la muerte en mi familia —dijo, señalando el mausoleo.

Abrieron los portones y bajaron por la escalera. El interior era aún más frío, el aire gris envolvía las letras doradas que señalaban los nichos de cada uno de los muertos. Por aquí Carlos Montejo, por allá Ana María, Eva, Julio...

—Mira a los muertos, Jorge, recuerda sus nombres y no olvides las fotos que te enseñé. Mi abuela se ha encargado de eliminarlos uno por uno porque se siente la Reina del Cielo y cree que tiene el derecho de juzgar a todos de acuerdo con sus pecados.

—¿A todos...?

—Mató a mi abuelo y a mis dos tíos, también a mis padres. Les arrebató la vida con toda premeditación y ahora, que se ha convertido en una sombra de su pasada existencia, cuenta sus crímenes con orgullo, como si fuera su legado al mundo. Todos los seres humanos estamos hechos de luz, Jorge, los rayos del sol conforman nuestros átomos y creo que Dios nos otorga una vida entera para aprender a

brillar en el firmamento. ¿Cómo matar esa luz con el poder de las tinieblas?

Mientras decía aquellas palabras, sus ojos se perdieron en los nichos, pero volvió en sí cuando sintió la mano de su esposo sobre la suya. Entonces se dio cuenta de que tenía a Jorge de frente.

—Estás muy rara, Magdalena, ¿qué tienes?

Ella suspiró, no se lo quiso decir a Jorge pero estaba rodeada de un aroma a rosas que brotaba de aquellas tumbas, de las cuales también aparecía un vapor extraño que tomaba la forma de cada uno de sus muertos, brillando hermosos sin putrefacción alguna, pero con una sonrisa amplia de oreja a oreja.

—Estoy tratando de entender cómo fue que se atrevió a arrebatarle la vida a otro ser humano… ¿Cómo? ¿Cuánta rabia y cuánto odio puedes tener dentro de ti para apagar una estrella?

Jorge se mantuvo pensativo por algunos segundo, luego tragó saliva y se volvió a su esposa.

—Y tratando de entenderla, ¿a qué has llegado?

—Sólo he conseguido entender la muerte de mi abuelo. Imagino la rabia que ha de haber sentido mi abuela al saber que su esposo andaba de moral relajada con otra mujer. No la justifico, pero imagino que debió de sentirse horrible.

La voz de Magdalena volvió a quebrarse y Jorge la abrazó con fuerza.

—Calma —le susurró al oído—. Estoy aquí para protegerte.

—Nunca me falles, amor, porque llevo el pecado en la sangre —respondió Magdalena.

Se vieron a los ojos, como el día de su boda, y compartieron una sonrisa.

—¿Ya te había dicho que tu nombre es mi constelación favorita? —preguntó Jorge y Magdalena no puedo evitar sonrojarse.

III

Beatriz Montejo no se había percatado del silencio en su vida hasta que enmudeció. Entonces vio las cosas como formas de materia, con color y peso. Vio la cama, pero no pudo nombrarla, sólo pudo separarla en su mente mirándola ya no como cama sino como madera y sábanas finas con manchas amarillentas.

Al caer la noche, las gotas furiosas chocaron contra los cristales de la casona y aparecieron los muertos caminando alrededor de la cama, donde la matrona de los Montejo estaba sentada, viéndolos putrefactos, asquerosos, de un olor pestilente a carne en descomposición, pero de un aspecto semitransparente.

Entonces el fantasma de Carlos Montejo, con las muñecas

rebanadas, rompió filas y se acercó a Beatriz. Por primera vez habló, con una voz tan grave, que hizo eco en todas las paredes:

—No insistas más, Beatriz, ya te dije que lo nuestro se acabó. Aunque Claudia haya muerto en el incendio, lo nuestro se acabó.

Luego volvió a caminar entre los muertos y fue Clara la que pasó al frente con el camisón ensangrentado y lágrimas en los ojos:

—¡Ayúdeme, tía! ¡Por mi bebé! ¡Ayúdeme a no morir! ¡Ayúdeme!

Clara se alejó, caminando en el sentido de las manecillas de reloj y confundiéndose entre los demás espectros, de los cuales apareció Arturo con su pelambre rojo con la herida de bala que llevaba en la frente.

—Señora, baje la pistola. No cometa un pecado del que no se pueda arrepentir...

No se había alejado Arturo, cuando el espectro podrido de Julio tomó su lugar.

—Mamá, por favor. Soy... su... hijo —dijo el menor de los Montejo, luego tomó a Arturo entre brazos y lo besó con pasión, antes de regresar al polvo de la nada.

Beatriz Montejo quería gritarles a los muertos, responderles, pero movía los labios y de ellos no brotaba sonido alguno. Con el temblor luminoso de un rayo, también se le acercó el espíritu del padre Jacinto Ramos.

—No lo aguanto más. Ya no lo aguanto más. Que Dios me perdone por lo que estoy por hacer, pero creo que es lo mejor para todos.

Los muertos, siempre los muertos que no la dejaban ser feliz, que la acosaban en momentos extraños del día y que Beatriz no había aprendido a alejarlos: ni con agua bendita ni con misas semanales ni rosarios completos. Los muertos no se alejaban ni la dejaban vivir. Caminaban en círculos en la alfombra, hasta que apareció Ana María, con sangre en la nuca. Se acercó a su madre y le dijo:

—Si tengo que dejar de ser una Montejo para aprender a ser feliz, que así sea...

Beatriz hizo una mueca de asco. El pasado no se iba, los recuerdos formaron costras en su mente y la tormenta tomó fuerza al tiempo que Eva Montejo aparecía de la nada y se acercaba a ella.

—Pues se lo advierto, doña Beatriz. Aléjese de mí y de mi hija, porque soy capaz de ir a la comandancia de policía y contarles toda la verdad...

Una vez que Eva volvió a los muertos errantes, apareció el último de ellos, Juan Carlos Montejo, semitransparente como los otros y con su herida de bala escurriendo pus.

—Sólo le pido que no mate a su nieta. Déjela vivir, madre... déjela.

Los muertos caminaron entre sí, en círculos irreverentes, ni siquiera se veían entre ellos, pertenecían a otro mundo, al que

volvieron entre los truenos inevitables y el golpeteo de la lluvia con la ventana. Después de un rato, Beatriz conoció el silencio y la sensación de una lágrima fría cayendo por su mejilla. Recuperando la voz, pasó el resto de la noche en Padres Nuestros y Aves Marías.

Y mientras Beatriz Montejo era acosada por los fantasmas, Magdalena no podía conciliar el sueño. Con los ojos bien abiertos en medio de la oscuridad veraniega, se volvió en la cama para ver si su esposo dormía, mas no fue necesario indagar mucho. Jorge empezó a roncar.

Magdalena se levantó de la cama, pensando en la familia, en su definición, en lo que le habían enseñado las monjas de la escuela. ¿Un padre? ¿Una madre? ¿Hijos? ¿Podía llamarse madre a Beatriz Montejo habiendo asesinado a sus hijos, o padre a Bernardo Martínez habiendo corrido a su hija de la casa?

Bajó las escaleras con el crujir de la madera y su camisón que flotaba etéreo en las sombras. Fue hasta la sala, tanteando las paredes, y empezó a buscar algo entre las cajitas. Un rayo iluminó el cuadro de la sagrada familia con marco nuevo, pero la obligó a reflexionar sobre la familia bíblica perfecta, con dos padres amorosos y un hijo obediente. ¿Entonces Julio dejaba de ser parte de su familia por haberse rebelado contra su madre y Ana María fue feliz solamente por haberse casado?

Llena de dudas, Magdalena encontró una llavecita plateada y fue hasta el despacho que había sido de su padre, cerrado en cuanto concluyó la investigación policial del crimen. Metió la llave en la cerradura y giró. Le llegó un golpe de polvo, lleno de humedad, la ventana estaba abierta, la cortina bailaba, el frío cuajaba en los libros amarillentos. Magdalena cerró la ventana, confundida.

¿Qué hacer? ¿Caer en el mismo juego de Beatriz para luchar contra ella? ¿Derramar sangre para evitar más derrames? ¿Tapar un pecado con otro?

Abrió el cajón y, con el brillo opaco de un cuchillo de cocina ensangrentado, apareció el fantasma podrido de Pablo Martínez.

IV

La mañana siguiente amaneció húmeda, pero con el cielo claro y libre de nubes. Beatriz Montejo se levantó de su cama, después de haber pasado la noche en vela, y tomó su bastón entre manos. Se sentía débil, delgada, le temblaba el cuerpo de dolor con cada paso que daba hacia el pasillo. Se topó con un espejo sin su marco de oro, pues el metal precioso se lo habían robado los hombres de la Revolución, y contempló su imagen despeinada y ojerosa, frágil. Acomodó su camafeo de san Pedro y pasó los dedos por su cabellera, pero no

consiguió darle otra forma.

¡Qué gris se veía su casona! Llena de objetos y a la vez tan vacía. Pétalos grises, sombras mañaneras, tapetes deshilachados, un vitral roto y un barandal partido, escalones cuarteados, ecos de pésames en un pasado distante, las vitrinas vacías, las flores muertas. ¡Qué triste el hoyo del techo donde antes colgaba un comedor de cristal!

En la cocina llena de platos sucios, rotos, ollas abolladas, encontró una tetera y empezó a hervir un poco de agua para preparar un té. De la alacena, en un compartimento secreto que Petrona nunca había descubierto a pesar de sus años de servicio, obtuvo un tarro de porcelana lleno de un polvo blanco que olía muy amargo.

Preparó dos tazas de té y tuvo que hacer dos viajes a su cuarto para llevarlas. Entonces se sentó y esperó con una sonrisa macabra.

Magdalena también había pasado la noche en vela, con los ojos bien abiertos mirando al techo y el cuchillo entre manos. En silencio, había permitido que su mente se quedara en blanco para que las olas del tiempo chocaran contra ella y llegara pronta la mañana con sus rayos sangrientos.

Su cuerpo temblaba de frío, aunque hacía calor. Se arregló muy bien y se vistió de verde, con un collar de perlas que había sido de su madre. Estaba tan distraída que no se fijó en el peinado que se hacía frente al espejo. Entre suspiros de miedo, se le escapaba el tiempo... fue ahí que se contempló como una mujer con un busto de buena forma, unos ojos de almendra y unos labios delgados. Acarició su vientre, pensando en el hijo que venía en camino y al que esperaba ponerle el nombre de su padre, de ser niño, o el de la madre de Jorge, si naciera niña.

—Lo hago por ti, para que nadie te arrebate las razones para sonreír —susurró casi en silencio.

Jorge se estiró en la cama, despeinado, acariciando su bigote. Las sábanas blancas se pegaban a su pecho desnudo. Estiró los brazos y se levantó para enfundarse en su bata. Con la sonrisa que tanto enamoraba a Magdalena, se acercó a ella y posó su mano derecha en el hombro de su esposa.

—A veces creo que Dios nos llena de atardeceres para competir con la belleza de tus ojos, pero nunca logra ganarte.

Magdalena forzó una sonrisa, pero no pudo sostenerla por mucho tiempo, le temblaron los labios. Bajó la cabeza y dijo:

—Siento el final correr por mis venas, hoy mi corazón palpita de un modo distinto y creo que todo puede pasar. Si acaso muero...

—Amor, todo va a salir bien —interrumpió Jorge, con cierta calma.

—La justicia del mundo y las leyes del país no pueden con mi abuela. Sólo yo puedo enfrentar a la bruja del cuento que me contó mi

tío Julio hace muchos años. Si acaso muero, te voy a pedir que no te arriesgues. Vende la cervecería, toma a los niños y sal del país. Hazlo por mí.

—¿No crees que lo que pides es un poco exagerado?

Magdalena se volvió a su esposo para evitar su reflejo y mirarlo a los ojos. Jorge se aterró del miedo que contempló en los ojos de su esposa.

—Hazlo por mí —insistió Magdalena con la voz quebrada.

Jorge no tuvo corazón para responderle, asintió y la vio partir de aquella habitación, apenas alcanzó a decir:

—Tengo que ir a la oficina por unos papeles y te alcanzo afuera de casa tu abuela. Todo va a salir bien.

Pero no estuvo seguro de que su esposa lo hubiera escuchado.

Sin haber desayunado, Magdalena salió a la calle, llevando el cuchillo ensangrentado escondido entre las los pliegues de su vestido. Con paso firme avanzó por la banqueta, sin que el resto del mundo le importara. No la sacaron de concentración ni las explosiones de los coches de motor ni los malos olores de una pulquería cercana, tampoco el sol que calentaba la ciudad ni una riña entre dos policías. Llegó a la casona Montejo y la contempló por última vez, de una arquitectura hermosa pero decadente, llena de ventanas sucias, columnas clásicas y pintura descarapelada sobre el cemento. Abrió la reja cubierta de óxido y pasó por el pasto amarillento. Se percató de que la puerta estaba abierta y supuso que había sido su abuela quien la había dejado así para ella.

Entró.

De haber sabido que era la última oportunidad que tendría de contemplar el comedor tallado en tiempos de otrora por el mejor carpintero de la ciudad, se hubiera sentado un rato a recordar todas las cenas de cumpleaños, Navidad y fin de año. A lo mejor hubiera hecho lo mismo en la sala o hasta en la cocina... pero Magdalena no pensaba en eso, se le había metido en la cabeza el polvo que llenaba el piso, las telarañas de los rincones y la suciedad de las ventanas.

El encuentro con su abuela era inevitable. Empezó a subir las escaleras, sin quitarle la mirada al vitral de Minerva, que ya no tenía cabeza y que ya no alcanzaba a pintar de colores lechosos las escaleras, como lo había hecho en tiempos del funeral de Carlos Montejo.

Con cierto pesar caminó hasta la habitación de su abuela y se dejó entrar sin pedir permiso. Entonces la encontró ahí, sentada en las sábanas amarillentas y el recuerdo de los muertos. Tenía la mirada perdida en la nada, pero la posó sobre Magdalena cuando la vio entrar.

—Así que has venido a matarme sin pensar en Dios o en tu alma… —la voz de la matrona de los Montejo sonaba cansada, pero tan grave como siempre—. Ya no importa. No puedes ganar.

—Yo sólo estoy respetando el mayor de los mandamientos, ya te juzgará el tribunal del cielo cuando llegues con él.

Beatriz sonrió levemente y le ofreció a su nieta una de las tazas de té que había dejado sobre la cómoda. Aún estaba caliente, se sentía en la porcelana pintada con florecitas, en el vapor verdoso.

—¿En verdad cree que soy tan estúpida para caer?

—Alguna vez lo creí, pero me has demostrado lo contrario. Le hiciste justicia a tu nombre.

Magdalena, llena de rabia, dejó caer la taza de porcelana al piso y luego pisó los pedazos al acercarse a su abuela. Beatriz, en cambio, no perdió la compostura, tomó su taza y bebió tranquilamente del té, pero no pudo terminar de darle el primer sorbo porque se tornó pálida.

—Al menos te hubieras bebido el té. El veneno siempre estuvo en el mío.

Magdalena no lo pensó dos veces, sacó el cuchillo ensangrentado y lo enterró en el pecho izquierdo de su abuela, llenándolo de sangre una vez más. Lo dejó ahí mientras se alejaba dando pasos hacia atrás.

—No eres tú la que me mata, soy yo la que decido morir. Ahora me recordarás el resto de tu vida… no olvides mi… hi… s… to… ri… a…

Poco a poco se le fue la vida a Beatriz, gota a gota en aquel cuchillo. Al final bajó la cabeza y cerró los ojos para siempre.

Magdalena se quedó sin aliento, con los ojos llenos de lágrimas y un extraño palpitar en el corazón.

El humo dio vueltas en el aire, como un remolino sin forma definida, abriéndose cada vez más, hasta que penetró en las paredes y la casa entera empezó a temblar. Parecía como si la estructura fuera sacudida violentamente por un gigante. Magdalena no lo pensó dos veces, tomó el cuchillo y el bastón con la efigie de plata y caminó hacia la puerta, donde estaban los espectros luminosos de sus tíos Epigmenio y Ana María. Avanzó por el pasillo mientras los cristales estallaban y las puertas se caían, el techo se desmoronaba, estaba rodeada de fantasmas conocidos.

Bajó por las escaleras mientras el vitral terminaba de destruirse. Al pie se encontró con Arturo y su tío Julio. Con un ruido espantoso, se destruyeron el comedor y la sala, lo mismo que la cocina y parte de las escaleras. Magdalena siguió avanzando hasta la puerta principal, que ya estaba abierta por los espectros de sus padres que asentían por haber vengado su muerte.

En cuando la joven salió de la casa, toda la estructura se vino abajo y no quedó más que un cúmulo de piedras deshechas, recuerdos,

olvidos, festejos, fantasmas, cristales y basura.

—¿Qué has hecho? —le preguntó su esposo, que la esperaba afuera de lo que alguna vez fue la casona Montejo.

Fue entonces que Magdalena descubrió una mancha de lápiz labial en la camisa de su esposo y vio en ella su futuro. Apretando el bastón inerte de Beatriz Montejo, supo que no podía escapar a su destino, llevaba el pecado en la sangre.

Era inevitable, su esposo debía morir y, ahí, por primera vez, se le apareció el espíritu putrefacto y pusilánime que la acosaría el resto de su vida.

Magdalena Macías contempló, con morbosa curiosidad, al fantasma de su abuela.

AGRADECIMIENTOS

Me gustaría agradecer a Bertha Hernández y Alejandro Rosas, pero en especial a Juan Miguel Zunzunegui por ayudarme a corroborar y a investigar algunos de los datos y personajes históricos de esta novela, aunque muchos se hayan quedado en el tintero.

También a Enrique Krauze y a Paul Garner, porque sus libros no sólo me sirvieron para obtener datos históricos del Porfiriato, sino también a conocer la imagen del general Díaz, la historia de México y a buscar su difusión por medio de las redes sociales.

En tercer lugar a Lidia Reyes y a Andoni Vales por sus comentarios sobre los primeros borradores de este libro y que me ayudaron a ver la historia de una forma diferente.

A mi familia por todo el apoyo en estos meses de proceso creativo y ardua labor literaria para confeccionar este pedacito del Porfiriato.

Por último, quiero agradecer a los seguidores de @DonPorfirioDiaz, que todos los días me han preguntado por este libro y me han dado la fuerza para llegar hasta el final, además de ser la razón para los #LunesDePreguntasDeDonPorfirio, #LosDomingosHistóricos, de los que he aprendido mucho en el camino.

Y para ti, lector, que has llegado al final de esta aventura. Espero que hayas aprendido algo nuevo del Porfiriato y, si no, al menos espero que hayas pasado un buen rato.

Los pecados de la familia Montejo

Primera edición digital: julio, 2013

Diseño de portada: Random House Mondadori / Héctor J. Barrera Carrera

Random House Mondadori, S. A. de C. V.
Av. Homero núm. 544, colonia Chapultepec Morales,
Delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11570, México, D.F.

www.megustaleer.com.mx

Comentarios sobre la edición y el contenido de este libro a:
megustaleer@rhmx.com.mx

ISBN 978-607-311-666-4

/megustaleermexico
@megustaleermex

Conversión eBook:
Information Consulting Group de México, S. A. de C. V.



Consulte nuestro catálogo en: www.megustaleer.com.mx

Random House Mondadori, S.A., uno de los principales líderes en edición y distribución en lengua española, es resultado de una *joint venture* entre Random House, división editorial de Bertelsmann AG, la mayor empresa internacional de comunicación, comercio electrónico y contenidos interactivos, y Mondadori, editorial líder en libros y revistas en Italia.

Forman parte de Random House Mondadori los sellos Beascoa, Debate, Debolsillo, Collins, Caballo de Troya, Electa, Grijalbo, Grijalbo Ilustrados, Lumen, Mondadori, Montena, Plaza & Janés, Rosa dels Vents, Sudamericana y Conecta.

Sede principal:
Travessera de Gràcia, 47–49
08021 BARCELONA
España
Tel.: +34 93 366 03 00
Fax: +34 93 200 22 19

Sede México:
Av. Homero núm. 544, col. Chapultepec Morales
Delegación Miguel Hidalgo,
11570 MÉXICO D.F.
México
Tel.: 51 55 3067 8400
Fax: 52 55 5545 1620

Random House Mondadori también tiene presencia en el Cono Sur (Argentina, Chile y Uruguay) y América Central (México, Venezuela y Colombia). Consulte las direcciones y datos de contacto de nuestras oficinas en www.randomhousemondadori.com.





DEBOLSILLO Electa Grijalbo Lumen MONDADORI

Montena PLAZA JANÉS ROSADELSVENTS *Editorial Sudamericana*